Vislumbre de Fundamentos del Evangelio

Chile 2009

GINO IAFRANCESCO V.

Ediciones Piedad

VISLUMBRE DE FUNDAMENTOS DEL EVANGELIO

GINO IAFRANCESCO

Primera edición: julio de 2012
Grabaciones: Equipo Editorial Piedad

Transcripciones: Hermanos Alejandro Pacheco, Alexander Aranda, Ana Belén Nercelles, Andrés Garbarino, Carlos Vergara, Cristian Rojas, Isaí Ibaceta, Jessica Riquelme, Lucas Bustamante, Luz María Mc Donald, María José Fariña, María José Mercado, María José Riquelme, Natalia López, Natalia Urbina, Noemí López, Pablo Calderón, Paola Riquelme, Rodrigo Aguilera, Rodrigo Lucero, Verónica Iturra, Yanet Martínez.

Edición: Hermana Ana Muñoz.

EDICIONES PIEDAD
SANTIAGO - CHILE

PROLOGO

El volumen que ustedes tienen en sus manos, es la recopilación de casi la totalidad de los mensajes que el hermano Gino Iafrancesco predicó en Chile entre los meses de Julio y Agosto del año 2009, en su recorrido que comprendió la ciudad de Iquique por el norte, y la ciudad de Temuco por el sur, pasando por las ciudades de La Serena, Santiago, Rancagua y las localidades de Curaco y Toltén, en la Novena Región. Solo el último capítulo de este libro fue reemplazado por uno similar predicado en la localidad de Facatativá, Colombia, ya que en el proceso de grabación y transcripción sufrió un severo deterioro que impidió ser considerado en este libro. Pero el mensaje predicado en Chile y Colombia tienen el mismo tenor, así que el resultado es similar.

El hermano Gino Iafrancesco es un obrero cristiano, cuyo ministerio abarca su Colombia natal y diversos países de Latinoamérica y el mundo. Normalmente su ministerio consiste en viajar visitando las iglesias, enseñando las Escrituras con un alto grado de conocimiento y revelación en los asuntos sagrados, y muy apreciado por las iglesias que visita por su profundo conocimiento en las Sagradas Escrituras y comprensión espiritual. Sin duda, un erudito bíblico, pero también un simple hermano que conoce íntimamente a su Señor en Espíritu.

Las páginas de este libro cuentan, capítulo a capítulo, la riqueza de la doctrina cristiana, presentándola para la fe de una iglesia consciente de la proximidad de la venida del Señor.

Temas como la encarnación de Jesús, su divinidad, la trinidad, la cruz, el Espíritu, la iglesia, son tratados con sencillez, dejando la sensación de que esos temas, que nos pueden parecer lejanos o de alta escuela teológica, deben ser parte de nuestra fe cotidiana, y es cómo los incorporamos a nuestra santísima fe que nos enriquece de día en día.

Este material debería ser parte integral de lo que cree la iglesia, que palpita a Jesús y Su voluntad y Su venida. En medio de una generación pervertida, su pueblo ha de brillar como luminares, depositando nuestro corazón y fe en Su preciosa palabra, y por tanto, en Su preciosa Persona.

Sin lugar a dudas, la lectura del presente texto nos traerá riqueza y gran ánimo para seguir sirviendo a nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.

Santiago, 22 de junio de 2012

Equipo Ediciones Piedad

ÍNDICE

1. Suma y paradigma — 7
2. La prioridad del Arca — 17
3. Predicamos a Jesucristo — 25
4. Dios tiene un Hijo desde la eternidad: Personalidad — 37
5. El testimonio divino ante el conflicto de las civilizaciones — 41
6. El Verbo de Dios — 53
7. La Divinidad del Hijo — 63
8. La persona del Hijo — 75
9. Manifestaciones teofánicas del Hijo de Dios antes de la encarnación — 79
10. La Encarnación — 85
11. Base de la eficacia — 105
12. Tres escenas del Espectáculo — 111
13. Recapitulación — 119
14. Las aflicciones de Cristo por su Cuerpo, y el misterio — 125
15. Persona, Divinidad, Teofanía — 139
16. Elementos de la promesa: La Sangre y el Espíritu de Cristo — 157
17. Valor polifacético de la Sangre de Cristo — 163
18. La Cruz — 169
19. El Óleo de la Santa Unción — 183
20. Tres niveles de la Cruz — 199
21. Primer nivel de la Cruz y tres niveles de Perdón — 205
22. El valor de la Sangre de Cristo ante nuestra conciencia — 213
23. La circulación del Arca. La obra del Señor, la obra del Espíritu I — 219
24. Segundo nivel de la Cruz — 229
25. Lo indispensable de la realidad de Cristo en nosotros — 243
26. Ciertas paradojas — 251
27. Libertados para fruto — 261
28. ¿Quién me librará? — 275
29. La normalidad de una iglesia bíblica — 291

Capítulo Uno *

Suma y Paradigma

Veremos un verso a manera de epígrafe; es decir, daremos una idea mínima, para luego desarrollarla de una forma más completa. "La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia" (Sal.119:160).

NOS HA HABLADO UN MISMO ESPÍRITU

Es interesante que aparezca aquí esa expresión. A veces, la visión que tenemos de la Palabra del Señor pareciera que está desconectada; es decir, a veces al acercarnos a la Biblia recibimos impresiones fragmentarias. En la Biblia, encontramos historias, un poco de genealogía, proverbios, visiones, salmos, canciones, consejo, doctrinas, y pareciera que fuera como una colección – aunque de hecho es una colección de varios autores.

Lo que debemos ver, es que detrás de estos autores, y a lo largo de muchos años, y de muchas épocas, y teniendo en cuenta a personas en diferentes situaciones, nos ha hablado un mismo Espíritu. Es precioso que el Espíritu de Dios, que es uno solo, haya querido utilizar personas de muchas clases, que han vivido diferentes experiencias. Algunas eruditas, otros pescadores, o inclusive pasajes escritos por mujeres que en aquellas culturas antiguas eran muy menospreciadas. En fin, lo que hemos estado diciendo, es que personas en distintas situaciones, y en diferentes épocas, la humanidad ha sido representada. Cada uno de nosotros, seguramente, ha sido tocado por el Señor en uno o en otro Salmo, porque hemos encontrado representada allí nuestra situación, y Dios nos ha hablado a través de esos libros, a través de esas oraciones.

Toda la Biblia parece que proviene, y de hecho, el exterior proviene de una gran diversidad, y, sin embargo, ha sido traducida a una gran cantidad de idiomas, y ha sido beneficiosa a muchas culturas, y el Espíritu Santo la ha utilizado en países llamados "civilizados" – y lo ponemos entre comillas, porque en ellos encontramos grandes brutalidades, pero de entre ellos Dios tuvo que sacar gente.

* Mensaje predicado en Rancagua el 28/08/2009

SEPARADOS POR DIOS

La Iglesia ha sido sacada del mundo, ha sido separada de la cultura humana, y aunque seguimos siendo personas de nuestra raza, tenemos nuestra historia, nuestro lenguaje, tenemos las costumbres, tenemos nuestro acento al hablar. Iglesia quiere decir, en esencia, personas que fueron escogidas y atraídas por Dios, escogidos en Cristo para pertenecerle a él, y por haber sido escogidos, fueron llamados, y fueron separados para Dios, separadas para el reino, separados o escogidos, como esposa del Hijo de Dios, como miembros de la familia de Dios, con una misión especial y distintiva.

El Señor le da a los suyos, a los que ha separado para sí, su propio norte, su propio Espíritu, y una identidad, que especialmente en estos tiempos finales, nosotros debemos comprender muy bien; porque estos tiempos de globalización, de eclecticismo, de ecumenismo, de ambigüedad, de engaño, son tiempos difíciles. Esta es la última prueba, pues a lo largo de la historia la humanidad ha sido probada, y el pueblo de Dios también ha sido probado. Y cuánto más probado será en los últimos tiempos, porque en la misma Palabra del Señor se habla de una hora de la prueba para el mundo entero. Claramente, siempre ha habido una prueba, pero sin ser el tiempo de la prueba final.

LA LOCURA Y LA CORDURA

Dice el Señor que: "….te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo…" (Mt.32:36). Porque será una prueba más acentuada, más seria. Siempre ha habido una batalla; bueno, no siempre, pero digamos que desde la rebelión de Satanás en los cielos; y para nosotros los hombres, desde que nacemos. Pero todo comenzó con la batalla en los cielos, con la rebelión de Lucifer, con aquel querubín que quiso ser como Dios.

Y Dios lo permitió, y lo hizo con mucha sabiduría, pues Él no es afectado negativamente. Dios nunca puede ser vencido, nunca puede ser derrotado, nunca puede ser disminuido, ni humillado, aunque el Señor Jesús como hombre se humilló a sí mismo, pero lo hizo voluntariamente. Pero ha habido una insolencia terrible contra Dios, y ha habido ofensa terrible contra su santidad, contra su gloria, contra su justicia. Y porque la ha habido, habrá un juicio. La locura del enemigo le ha hecho creer que puede ser semejante a Dios, y se le ha permitido esa locura para que sirva de prueba para todos; por lo tanto, podríamos decir que hay una guerra entre la locura y la cordura. La cordura es el Señor, la cordura es la del Hijo de Dios.

Entonces, el Señor ha separado a su Iglesia, a su esposa, a sus seguidores para sí, los que hemos ido aprendiendo a amarle de a poco. Porque la Palabra dice que: "…él nos amó primero" (1ª Jn.4:19). Y es por eso que ahora nosotros le amamos, por causa de su amor primero. Ahora, la Iglesia, poco a poco va conociendo al Señor, va conociendo su persona, sus principios, sus propósitos, caminos y planes, para llegar a su objetivo. La Iglesia que lo va conociendo, se va identificando con él, y recibe del Señor su propio Espíritu.

LAS DOS LÍNEAS

Un "paradigma" significa una manera de ver las cosas, una cosmovisión, una mirada panorámica, una manera de entender el mundo, de entender la historia, valores. Todas esas cosas juntas forman un paradigma. Podríamos decir que Dios ha dividido a la humanidad en su diagnóstico de ella, es decir, los que están con él tienen un paradigma, una manera de ver las cosas, y los que están contra él tienen otro paradigma, y otra manera de ver las cosas. Dios ya había profetizado desde el principio que esto sería así.

Una de las primeras profecías la podemos encontrar en Génesis 3:15, donde Dios le ha hablado a la serpiente. Dios la maldice y le dice, entre otras cosas, que: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Dios le dice a la serpiente que Él mismo pondrá enemistad entre ella y la mujer, y entre su simiente, que son los hijos del diablo, y la Simiente de la mujer, es decir, aquel nacido de la virgen, el Emanuel, el Dios con nosotros. Y como en la Iglesia somos uno, el Cristo de Dios es corporativo.

El Señor Jesús es la cabeza, y la Iglesia es su costilla; su amada es su cuerpo. Entonces, a lo largo de toda la historia humana, ha habido dos líneas: una línea que es atraída por el Señor, y que le ama, y otra línea, como la de Caín que sale de la presencia de Dios, pero que prefiere andar por sí mismo, dándole la espalda a Dios, edificando su mundo sin tener en cuenta a Dios. Pero el Señor vino y nos pidió orar, y ser uno con él en este interés, "en que el reino de Dios venga a la tierra y que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo" (paráfrasis de Lc.11:2). Por lo tanto, los que son de Dios, sus hijos, le siguen y tienen una línea específica.

Éstos están en el Espíritu y en el propósito de Dios; en cambio, el enemigo tiene sus intereses, diciendo Jesús de ellos que: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis

hacer…" (Jn. 8:44). Lo que hay en lo íntimo del corazón de los hijos del diablo, es lo mismo que hay en el corazón del diablo, y están conscientes de esto, llamándole a Satanás "padre". En cambio, otros han sido engañados y le están siguiendo, y que igualmente se hallarán con él en el infierno. Es necesario reiterar constantemente que Dios no hizo el infierno para los hombres, sino que lo hizo para Satanás y sus ángeles, pero que estará lleno de millares de hombres y de mujeres supremamente incómodos en él.

Dios desea que todos los hombres y mujeres procedan al arrepentimiento, porque él no es un dictador, aunque es soberano y todopoderoso, pero no usa su poder de una manera arbitraria. Dios quiere las cosas como él las tiene en su Trinidad, o sea, en armonía, en consideración mutua, en consenso. Así es el carácter de Dios, y él quiere todo de esa manera.

Dios no va a conquistar de la manera que lo han hecho los llamados conquistadores en la historia, pues ellos han hecho sus tronos en base a muerte. En cambio Dios nos conquista con su amor enviándonos su Espíritu y su Palabra, y aún más, pues siendo sus enemigos, él toma la iniciativa de reconciliarse con nosotros, de manera que Dios ha hecho todo lo habido y por haber para salvar al hombre, y lo seguirá haciendo hasta cuando Él estime que no es conveniente continuar, así como tuvo que decidirlo antes del diluvio, porque "…todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (Gn.6:5).

LA CONTENCIÓN DE DIOS

Por lo que Dios dice que: "No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre…" (Gn.6:3). Dios contendió con el hombre, y esa contención de Dios con nosotros es por pura gracia. Bienaventurado aquel contra quien Dios contiende, porque la contienda de Dios es su amor. Cuando él contiende con nosotros, él nos está amando, está procurando librarnos de la locura y traernos a la cordura. La verdadera bendición de Dios, en quien están escondidas todas las bendiciones espirituales, es en Cristo. Toda bendición espiritual desde antes de la fundación del mundo, está en Cristo, y que fueron anticipadas a través de profecías, a través de tipologías, pero ya la totalidad de la bendición divina es Cristo, y los que son escogidos no lo son por algo que ellos son en sí mismos, sino que son escogidos en Cristo.

La Biblia dice que: "…nos escogió en él (…) para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo…" (Ef.1:4). Dios escogió a Cristo y nos dio a todos a Cristo, para todo aquel que quiera. "…Ven. Y el que oye,

diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Ap.22:17). Él nos llama a venir, y seguramente él también nos ayudará a llegar, así como él le dice a un paralítico que se levante y ande, pues de esa misma manera él nos ayudará a pararnos y andar. Dios no sólo nos va a dar un mandamiento, sino que nos va a dar el socorro y la gracia suficiente para obedecerle. Dios sabía quiénes recibirían a Cristo en su miseria y quienes querían la bendición de él; esa fue la diferencia entre Jacob y Esaú. A veces, pareciera que Dios lucha contra las personas, pero esta lucha es para despertar la búsqueda de la bendición que es Cristo.

Cristo es la bendición de Dios, y Dios se la quiere dar a todos, por eso manda que se le anuncie el Evangelio a toda criatura, aun sabiendo que no todos lo van a recibir. El Señor nos dice "… si alguno quiere venir en pos de mí…" (Lc.9:23-24). Dios quiere que todos sean sus discípulos, pero él no obliga a nadie, sino es sólo para el que quiera aceptarlo. Entonces, Dios tiene una elección eterna, un conocimiento eterno y un amor eterno, y él ha hecho las cosas correctamente. Él nos ha invitado a todos, y cada día es una extensión de esa invitación.

Cada día que abrimos los ojos vemos que Dios nos está llamando a salir fuera y venir a él. Así es la novia, así es la Iglesia y Dios tendrá su identificación con ella; habrá una sincronía en su corazón, la cuerda que vibra en el corazón de Dios encontrará eco en otros corazones, en los de los hijos de Dios, en los que declaran realmente que Dios se ha revelado en Cristo. Este es nuestro paradigma, el punto de vista de Dios, el de su Espíritu, el de su carácter, porque los hijos y las hijas de él lo quieren con todo lo suyo.

La Palabra de Dios expone, avergüenza y juzga la identidad distinta a Dios: "El que no es conmigo, contra mí es…" (Lc.11:23). El Señor dice esto, porque no se puede ser neutral, sino que hay que pronunciarse por el Señor. Es mejor que la Iglesia se prepare a no ser ambigua, sobre todo en estos tiempos donde a lo malo se le llama bueno, y a lo bueno se le llama malo. Lo que se espera de la Iglesia, es que se identifique con Dios, que la Iglesia lo conozca como él es, en su amor, en su Trinidad, en su solidaridad con nosotros, en las razones que tuvo y que lo condujo a la encarnación y a la expiación.

En Éxodo, cuando Moisés tenía que decirle al pueblo lo que Dios le pedía, escribió esto en el capítulo 25, y así dice el Dios de Israel: "Y harán un santuario para mí…" (Ex.25:8). Ese verbo "harán" aparece por muchas partes en la Biblia; por ejemplo: "Harán también un arca…" (Ex.25:10), que representa al mismo Cristo. Ahora, nos dice que le hagamos un arca para que Cristo sea formado en nosotros.

Para esto debemos colaborar, querer hacerlo de corazón, espontánea y voluntariamente y traer su ofrenda a Dios para el tabernáculo.

EL CANDELERO

Antes era más fácil porque era sólo una figura, era madera y plata, pero hoy las verdaderas maderas somos nosotros, el servicio somos nosotros. Pero aun así, él dice que le hagamos un arca, y que le hagamos una mesa con panes de la proposición, y un candelero cuya vara del centro representa el Cristo. Y este candelero tiene brazos ahí al centro derecho, y al centro izquierdo, y tiene otros brazos a la derecha y a la izquierda, y todos caben en el mismo candelero.

Nosotros sólo tendríamos candeleros de izquierda o de derecha, pero poner en la misma mesa a Simón el zelote, con Mateo el publicano, solamente se le ocurre al Señor Jesús. Nosotros sabemos quiénes eran lo publicanos, eran los oligarcas de la época, los oligarcas nacionales que hacían negocios con los imperialistas, que no les importaba el pueblo de su nación, sino sólo les interesaba el dinero y les gustaba que su país estuviera bajo el dominio de los imperialistas. Y pagaban los impuestos adelantados al imperio, para cobrarle los intereses a su propio pueblo; por eso eran aborrecidos los publicanos. Sin embargo, el Señor llamó a Mateo.

Simón el zelote era del otro lado. Los zelotes eran los cananitas, que amaban su patria y no soportaban a los imperialistas, ni tampoco a los oligarcas de su propia patria; y no solamente ideológicamente, sino con cuchillo y con espada los mataban. Así el Señor tuvo gente de la izquierda y la derecha en su mesa, como en el candelero. Aquí los brazos de centro derecha y centro izquierda se podían encontrar en una manzanita que es fruto del Espíritu. El candelero es como el árbol de la vida, y también es comparado con un manzano, que es Cristo.

En Cantar de los Cantares se nos dice que Cristo es el manzano: "Como el manzano (…) bajo la sombra del deseado me senté y su fruto fue dulce a mi paladar" (Cnt.2:3). El candelero tiene nueve manzanas, tres manzanas en la caña central y una manzana en cada brazo, que representan el amor, gozo, paz, paciencia, benignidad. Seguramente la manzana del amor es la que está en el centro arriba donde se junta en centro derecha y centro izquierda, pero la manzana de más abajo donde se juntan la ultra derecha y la ultra izquierda se llama paciencia. Y paciencia se traduce también en longanimidad, y así se puede ir colocando las otras manzanas, pero tienen que estar todas las nueve, bien equilibradas en Cristo, porque él es la realidad,

y toda la virtud crece en el árbol de la Iglesia, en el candelero, el árbol de vida, incorporando en el cuerpo a todos los hermanos.

LOS ALTARES

Por eso era que la vida de los patriarcas era una vida de altares, y cada altar era una consagración más profunda, porque en cada consagración Dios lo liberaba de más problemas y más complicaciones con Satanás. Cuando Abraham se consagraba en el primer altar, significaba una primera cosa, y Dios estaba muy feliz porque Abraham había sido liberado de algo, algo que lo dañaba a él mismo, y luego Dios lo conducía a un nuevo altar, y en ese nuevo altar había algo más que consagrar. Hasta ahora, ni siquiera se nos había pasado por la cabeza que estábamos atados a determinadas cosas que considerábamos normales.

El Señor quiere que edifiquemos un altar más avanzado que el anterior, pidiéndonos lo que más amamos, incluso devolviéndole lo que él mismo nos dio. Los altares nos introducen en el seno de la Trinidad para participar de la naturaleza divina, y ser libres de las cosas que son vergonzosas, que son distintas a nuestro Señor. Él tiene que hacer un trabajo a fondo con nuestras vidas. Él nos ha dado una identidad y es la identidad de él mismo, la del Padre, la del Hijo y la de su Espíritu.

Quién iba a pensar que Dios, siendo absoluto soberano, respete incluso al ser humano más pequeñito, inclusive a los que se quieren ir al infierno. Dios no quiere que vayan, pero ellos insisten y él lucha hasta cuando sabe que se cruza una línea, entonces deja de luchar y los entrega.

"…No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre…" (Gn.6:3). Es muy delicado desaprovechar las contiendas de Dios. Cuando nos redarguye, cuando nos corrige, cuando nos humilla, cuando nos trata, nos está diciendo que todavía hay oportunidad. Bienaventurado aquel a quien Dios trata, porque no lo ha entregado a su locura. La sabiduría es el temor a Dios, y la inteligencia es apartarse del mal, pero en este conflicto que estamos, no todos están en la línea del Espíritu.

LA PROPUESTA DE DIOS

Para que Cristo se forme en la Iglesia, y hacerle al Señor un arca que esté en el Lugar Santísimo, hacerle una mesa con panes de la proposición, un candelero, un altar, un incensario, debemos estar en la vida

de la iglesia. Mientras el mundo está en lo de ellos, ¿en qué estamos nosotros? ¿Estamos haciendo un candelero al Señor como él lo pide? No es tan fácil hacer esos panes, pero él dijo: "me harás". Dios nos ha dado un sentido en la vida, y nos dijo para qué vivimos, y qué es lo que podemos hacer para agradar el corazón de Dios, y esto lo haremos en unión con su Hijo. Jesucristo lo hace todo para el Padre y él vive en nosotros y su Espíritu nos conduce a través de nuestro espíritu a hacer lo mismo que el Hijo hace, y el Hijo vino a hacer la voluntad del Padre.

El candelero es la Iglesia en cada ciudad, y debemos estar abiertos y en comunión con nuestros hermanos para reunirnos en Cristo por el fruto del Espíritu. Seamos una ciudad asentada sobre un monte que no se puede esconder; seamos una propuesta, una proposición de Dios al resto de las ciudades. Tenemos que tener una identidad clara, la identidad del cuerpo de Cristo, estar en su Espíritu y hacerle un candelero que es lo mismo que hacerle panes de proposición, o sea, una propuesta de vida y esa propuesta es la vida de la Iglesia.

La propuesta de Dios para la humanidad en Israel eran figuras, pero hoy en nosotros es una realidad. Hay que tomar esos granos de trigo del granero del Señor y molerlos unos con otros. No es fácil estar juntos, pero Dios quiere que lo estemos para que seamos molidos y vueltos flor de harina; es decir, como polvo, y después ser pasados por aceite, y ser amasados para ser un pan de la proposición, ser amasados, ser horneados en el fuego. Así se hacen los panes, y esos panes eran las tribus del pueblo de Dios. En Israel eran doce panes, pero hoy, el Israel de Dios es la Iglesia, los panes son las Iglesias, y nosotros, siendo muchos, somos un solo pan.

Dios siempre hace propuestas, y esa propuesta es Cristo, y la Trinidad de Dios encarnada y expresada en la Iglesia. Esa es la propuesta de la vida intratrinitaria, la vida del Padre y del Hijo en el Espíritu formándose en la Iglesia. Los discípulos tenían en común todas las cosas, y nada de lo que poseían era propio; ¡qué cosa maravillosa era ese pan!

El hacer este pan es algo voluntario, pero del que algunos querrán huir, porque el que ama la oscuridad no viene a la luz para que no se descubran sus actos. Pero el Señor, ¿qué hizo en la Cruz? Expuso y avergonzó a los principados, los mostró públicamente, y los exhibió. Y si nuestra vida es como ellos, vamos a quedar avergonzados también, porque el Señor vino a exponer la realidad de Dios, mostrar quiénes somos, porque ellos se hacían los dioses de las naciones y ¿qué clase de dioses eran? Eran tramposos y perversos.

Pero si estamos con Cristo no seremos avergonzados, porque él nos cubrirá, nos limpiará, perdonará, y nos vestirá de gala. La iglesia tiene un testimonio que dar y es la Palabra de Dios, un paradigma divino. El Espíritu en que anduvo el Señor fue en el mismo Espíritu en que anduvo Pablo, Timoteo, y así muchos más discípulos y apóstoles, porque el Espíritu es la corriente de Dios. El Espíritu es el que nos comunica lo que Dios es y cómo ese Espíritu del Padre y del Hijo es Espíritu de la Trinidad; por lo tanto, es el que puede mostrarnos a Dios, el que puede iluminar y avergonzar.

El Señor ascendió, recibió el Libro de los 7 Sellos, abrió el Libro, derramó el Espíritu Santo, envió apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para perfeccionar a la Iglesia para la obra del ministerio; o sea, envió a la Iglesia, y el evangelio ha estado cabalgando, llevando a las personas el Espíritu y la verdad del Señor; pero ese no es el único caballo que cabalga. Porque si la gente no quiere la verdad, dice la Palabra, "…por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos" (2ª Ts.2:10), Dios les envía un poder engañoso para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad. Sería algo muy terrible si menospreciamos la verdad, pues sólo quedaría la mentira, y las personas son entregadas a ella porque la adoran y la aman más que a Dios, haciéndola su ídolo, por sus propios intereses.

Capítulo Dos *

La Prioridad del Arca

"El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana" (Nm.9:15).

Esto que podemos leer en la Palabra es muy interesante, porque todos nosotros queremos la cobertura de la nube, pero por aquel entonces había que erigir el Tabernáculo llamado la Tienda del Testimonio. Miremos la relación del Tabernáculo levantado y el testimonio. Sobre el testimonio que es el Tabernáculo, el Señor hace descender su nube que es su presencia, y era continuamente de esta manera.

Cuando Dios descendía (aunque él es omnipresente), no lo hacía en el sentido de su esencia, sino de su economía, la manifestación de sus atributos divinos, y nadie se atrevía a acercarse a él. Dios enseñaba la reverencia y el temor a él. De esta forma, Dios deseaba enseñarle a su Pueblo a estar cerca de él y conocerle sin caer muertos, porque estaban en presencia santa. El Señor no se quería quedar arriba en el monte; él quería descender, por eso le pidió a su pueblo que le hiciese una tienda, un Tabernáculo para él, donde moraría en medio de su pueblo. Aquella tienda era la figura de la verdadera casa del Señor, el cuerpo único de Cristo, la familia única del Señor que sería la Iglesia.

MUDANZA DEL CAMPAMENTO

"Así era continuamente: la nube lo cubría de día, y de noche la apariencia de fuego. Cuando se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí acampaban los hijos de Israel. Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban…" (Nm.9:16,18).

El Señor estaba entrenando a su pueblo para seguirle. Cuando se levantaba la nube, había que seguir detrás de ella, y no había que levantarse antes, como tampoco había que quedarse atrás, sino que había que aprender a seguirla, estando atentos al mover del Espíritu del Señor.

* Mensaje predicado el 11/08/2009 en Santiago.

"Y cuando la nube estaba sobre el tabernáculo pocos días, al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Y cuando la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, o cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado un día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían. O si dos días, o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo permaneciendo sobre él, los hijos de Israel seguían acampados, y no se movían; mas cuando ella se alzaba, ellos partían. Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían, guardando la ordenanza de Jehová como Jehová lo había dicho por medio de Moisés" (Nm.9:20,23).

Pues este es el entrenamiento de Dios en el seguimiento colectivo. El Señor nos hace pasar por distintas experiencias, a veces gratas, a veces desagradables, pero de todas maneras es el Señor que determina cuando comienza esa nueva jornada, y qué lección hay que aprender de ella; y cuando ya las cosas están en su punto se pasa a la siguiente.

El Señor nos hace pasar por determinados periodos, y cuando hay que aprender o vivir una nueva experiencia la nube se levanta, y no hay que atrasarse ni adelantarse, sino debe haber un discernimiento en el espíritu, del mover de la nube, de la presencia del Señor, para no entristecernos por haber salido de su presencia sin que él lo haya indicado. Sobre este tema habría mucho más que decir, pero esto es sólo una parte introductoria.

Debemos saber que eso que leímos en el capítulo 9 sintetiza una serie de muchas jornadas donde se aprendieron lecciones; sin embargo, había algo que permanecía siempre en todas estas jornadas, y es que había en ellas una disposición dada por Dios. Dice en 1ª de Corintios que estas cosas les acontecieron y están escritas para amonestarnos a nosotros, y que son un ejemplo, por lo que no estamos solamente leyendo historias del pasado, sino que con estas palabras, Dios nos quiere enseñar hoy a nosotros. Antes era una historia exterior, hoy es una historia interior espiritual. Hoy el pueblo del Señor es la Iglesia.

Retrocediendo unos capítulos en Números, podemos apreciar algunas instrucciones de Dios para cada una de las jornadas, porque el avance debe ser constante en el pueblo del Señor, porque él quiere que avancemos, como dice la Escritura: "…la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento…" (Pr.4:18). Y hoy esto nos muestra que la Iglesia debe ir de gloria en gloria, de triunfo en triunfo, y de jornada en jornada, para que cada nueva etapa sea exitosa, y para que no haya muerte.

ORDEN DE LA MUDANZA

Ahora continuemos viendo aquellas instrucciones de Dios a su pueblo: "Cuando haya de mudarse el campamento, vendrán Aarón y sus hijos y desarmarán el velo de la tienda, y cubrirán con él el arca del testimonio; y pondrán sobre ella la cubierta de pieles de tejones, y extenderán encima un paño todo de azul, y le pondrán sus varas. Sobre la mesa de la proposición extenderán un paño azul, y pondrán sobre ella las escudillas, las cucharas, las copas y los tazones para libar; y el pan continuo estará sobre ella. Y extenderán sobre ella un paño carmesí, y lo cubrirán con la cubierta de pieles de tejones; y le pondrán sus varas. Tomarán un paño azul y cubrirán el candelero del alumbrado, sus lamparillas, sus despabiladeras, sus platillos, y todos sus utensilios del aceite con que se sirve; y lo pondrán con todos sus utensilios en una cubierta de pieles de tejones, y lo colocarán sobre unas parihuelas. Sobre el altar de oro extenderán un paño azul, y lo cubrirán con la cubierta de pieles de tejones, y le pondrán sus varas. Y tomarán todos los utensilios del servicio de que hacen uso en el santuario, y los pondrán en un paño azul, y los cubrirán con una cubierta de pieles de tejones, y los colocarán sobre unas parihuelas. Quitarán la ceniza del altar, y extenderán sobre él un paño de púrpura; y pondrán sobre él todos sus instrumentos de que se sirve: las paletas, los garfios, los braseros y los tazones, todos los utensilios del altar; y extenderán sobre él la cubierta de pieles de tejones, y le pondrán además las varas. Y cuando acaben Aarón y sus hijos de cubrir el santuario y todos los utensilios del santuario, cuando haya de mudarse el campamento, vendrán después de ello los hijos de Coat para llevarlos; pero no tocarán cosa santa, no sea que mueran. Estas serán las cargas de los hijos de Coat en el tabernáculo de reunión" (Nm.4:5,15).

El Señor tenía que enseñar a su pueblo el orden de Dios y su delicadeza, para que su pueblo conociera al Señor y aprendiera a caminar personal y colectivamente conforme a su voluntad. Es necesario comprender que todo aquello de la nube levantándose y bajando, es para mostrarnos a no andar conforme a nosotros mismos, a no andar conforme a la costumbre, conforme a la inercia; sino que andar conforme a él mismo y tener un contacto directo con él, con la nube y que sea su presencia la que nos guíe, la que nos hace levantar o detener, la que nos hace hablar o callar, la que nos da tiempos de fiestas, o a veces tiempos de pruebas.

En la Palabra que acabamos de ver, podemos apreciar que aparecen dos veces, al principio y al final del último pasaje la frase: "Cuando haya de mudarse el campamento", porque llega un punto en que el

Señor quiere enseñarnos algo para avanzar, no sea que nos pase lo que se dice en el libro de Oseas: "Efraín se ha mezclado con los demás pueblos; Efraín fue torta no volteada" (Os.7:8). ¿Qué pasa si la torta se cocina mucho tiempo? Va a quedar por un lado negra, carbonizada y al otro lado va a estar cruda. Así nos pasa si no atendemos la dirección del Espíritu, nos quedamos carbonizados en una cosa porque permanecemos más de la cuenta en lo mismo siguiendo costumbres. Cada pueblo del Señor era una torta, así como también la Iglesia es un pan. En ese entonces, una torta era Rubén, otra Simeón, otra Leví, etc.

Cada tribu era una torta, era un pan de la proposición, o sea de la propuesta. Dios tiene una propuesta que es la vida de Cristo en la Iglesia, la vida de la Iglesia en Cristo; por lo tanto, Israel era una figura, pero ahora en el Nuevo Testamento, el pan es el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Dios nos está amasando para que juntos seamos una propuesta de vida; la vida de la Iglesia en Cristo. La obra de Jehová tiene que ser con seriedad, no con indolencia. Eso fue lo que hizo Saúl, porque él debía haber aplicado el juicio de Dios, y no representó al Señor con su actitud.

Al Señor hay que representarlo con equilibrio, representar su misericordia y su santidad, así como dice la Palabra: "Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová, y maldito el que detuviere de la sangre su espada" (Jer.48:10). O como dice Pablo: "Mira, pues la bondad y la severidad de Dios…" (Ro.11:22). Necesitamos aprender el equilibrio del Señor, y para que el pueblo aprenda, él nos dice: "Quieto estuvo Moab desde su juventud, y su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija…" (Jer.48:11). "…Ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado." (…) "… Y vaciarán sus vasijas, y romperán sus odres. Y se avergonzará Moab de Quemos, como la casa de Israel se avergonzó de Bet-el, su confianza" (Jer.48:11-13). O sea, esto nos muestra cómo el Señor nos pasa de una experiencia a otra, porque nos ama y nos quiere maduros.

Continuando con Números capítulo 4, notemos cuál es la prioridad al trasladar el campamento. ¿Cuál es el primer cuidado? El Arca es el primer cuidado, porque es la que va a presidir, porque el crecimiento tiene que ver con ella.

El Señor Jesucristo dijo una frase que tiene que ver con esto cuando preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? (Mt.16:13). Y había muchas opiniones acerca de Jesús, pero luego le preguntó a los suyos: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Y Pedro movido por el Espíritu Santo, se levanta y dice: "Tú eres el Cris-

to, el hijo del Dios viviente" (Mt.16:15-16). Jesús le responde "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt.16:17).

Así como Pedro, nosotros somos bienaventurados porque Dios nos reveló esto. Debemos conocer cada vez mejor a Cristo, con mayor luz, con mayor equilibrio, y crecer en el conocimiento espiritual de Cristo, porque el Señor edifica la Iglesia mediante la revelación de Jesucristo. Cualquier avance legítimo y verdadero en la jornada del pueblo de Dios, tiene que ver primeramente con Cristo.

El Arca de la que se nos habla es muy significativa porque ella nos habla de Cristo. Él es quien edifica la Iglesia. El primer cuidado que hay que tener para avanzar, es volvernos inmediatamente a Cristo, es crecer en el conocimiento de él. Entonces, esa Arca es llamada el Arca del Testimonio; Cristo es el testigo fiel y verdadero, Cristo es el testimonio de Dios.

El Arca era hecha de dos materiales: Oro y madera de Acacia. El oro y la madera, hablan de su divinidad y su humanidad, respectivamente. El oro estaba por dentro y por fuera del Arca. El oro por dentro, se refiere a la identidad de la persona divina de Cristo como Verbo de Dios, y con Dios antes de la fundación del mundo. Ésta es su primera identidad que es eterna y aunque él se encarnó en hombre, y se humilló, y se despojó de su gloria, seguía siendo la misma persona divina, porque él no dejó de ser quien era. Jesús era la personalidad divina del Verbo hecho hombre, y ahora tenía también la naturaleza humana, representando así a la madera de acacia.

Él fue un hombre verdadero, con espíritu humano, con alma humana, con cuerpo humano, sometido a las pruebas humanas, pero creció en estatura, en sabiduría, en gracia y obediencia. Por lo tanto, aquí tenemos los dos materiales, las dos naturalezas de la persona del Hijo: Hijo de Dios e Hijo del hombre; la naturaleza divina y humana de la misma persona. Pero podemos preguntarnos: ¿Por qué tiene oro por fuera también? Porque Jesús dijo: "… Padre, glorifícame tu al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn.17:5).

Es decir, que ahora el Padre ascendió al Señor Jesús a su diestra, y lo glorificó recuperando la gloria que antes tenía, pero como también posee la naturaleza humana, la gloria de él apareció en su cuerpo, en su ser íntegramente humano. Ahora hay un hombre en la gloria, y el oro no está solamente por dentro, sino que también por fuera, porque él ya está glorificado en la divinidad y humanidad.

CRISTO Y LA IGLESIA

El Arca es una caja con medias medidas; es decir, todas las medidas son las mitades, porque al ser un Arca de la Alianza, no puede ser uno solo, sino representa dos mitades de un todo. Ahora el Arca tiene que "aliarse" con alguien, para unirse, para casarse, como un abrazo entre el cielo y la tierra. Dios quiere casarse con su creación, con su Iglesia, con la humanidad, por lo tanto, él es una mitad y nosotros somos la otra, como el varón y la mujer. Encima de esas medias medidas de la caja del Arca, que nos habla de Cristo, en quien se une Dios y el hombre, está el propiciatorio.

El propiciatorio nos habla de la esencia del evangelio, nos habla de la muerte de Cristo. Pero no sólo nos habla de la muerte, por el hecho de ser el lugar donde se colocaba la sangre, sino que también nos habla de resurrección y ascensión. El Sumo sacerdote entraba y ponía la sangre en el propiciatorio; pero ¿por qué el sacerdote tenía que introducir esa sangre dentro del Lugar Santísimo y colocarla en el propiciatorio? La sangre no se quedaba afuera en el atrio en el Altar de Bronce del atrio, donde se sacrificaban los corderos, sino que el sumo sacerdote tenía que introducirla en el Lugar Santísimo. A Moisés se le dijo que hiciera eso, conforme al modelo que se le fue mostrado en el monte, pero Juan vio las cosas reales. En Apocalipsis se ve que Juan vio el Arca, y el Arca se veía en el templo. En Apocalipsis tenemos la realidad y con Moisés tenemos la figura; entonces, era necesario ver el propiciatorio junto con el Arca, porque el propiciatorio es la tapa del Arca.

Existe una jerarquía y orden en los asuntos. Hay cosas que están en el Lugar Santísimo, cosas que están en el Lugar Santo, otras en el Atrio, cosas que están afuera, cosas que están adentro. Pero ¿cuál es el lugar más importante del Tabernáculo? El Lugar Santísimo. ¿Y qué es lo que el Señor puso en el Lugar Santísimo, en el lugar central de todo? El Arca. Ahora, al mudar el campamento, al tener que avanzar, ¿cuál es el primer cuidado? El Arca; y el Arca tienen sus materiales, que hablan de la persona y obra del Señor Jesús. Hay que conocer al Señor, en su relación trinitaria con el Padre y el Espíritu Santo. Conocerlo en su humanidad, como Dios y como hombre. La persona y obra de Cristo, es lo que está entronizado en el Arca, con el propiciatorio, y eso es lo que hay en el Lugar Santísimo. Eso es lo primero.

He ahí está el Arca que es Cristo, y sólo debajo de esa palabra está la eternidad, su lugar en la Trinidad, su despojamiento, su encarnación, su persona divina y humana. Cristo caminó sobre las aguas, echó fuera demonios, multiplicó los panes, etc., pero si no hubiera muerto no

seríamos salvos. He aquí está el Propiciatorio, la persona divina y humana que murió. Cuando hablamos del propiciatorio, hablamos de la obra completa de Jesús, tanto de su muerte, como de su resurrección; como ofrenda y como sacerdote, porque resucitó y ascendió. La Sangre y el Espíritu son cosas centrales. La Iglesia tiene que apegarse a este fundamento, en la persona divina y humana de Cristo, en su obra, en la cual primero murió conforme a las Escrituras por nuestros pecados y fue sepultado y resucitó al tercer día. Por ahí comienza el evangelio y comienza el fundamento. Esta es la prioridad. Eso es lo mayor, eso es lo primero que asegura el avance legítimo de la Iglesia y la formación de Cristo en nosotros. En Hechos se decía de la Iglesia primitiva que perseveraban en cuatro cosas: "…en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y las oraciones" (Hch.2:42).

El Arca también tenía pieles de tejones por dentro y el paño azul por fuera. El azul nos habla de la divinidad, de lo celestial. El carmesí nos habla de la sangre, de la redención; pero el Arca tenía el azul por fuera, es como cuando tenía el oro por dentro, después la madera y luego nuevamente el oro, porque fue glorificado. El Arca tenía las pieles de tejones, que nos habla de la humanidad, y por fuera el paño azul que nos habla de la glorificación del Hijo de Dios, que servía para que supieran que esa era el Arca, el primogénito.

Llegamos al Lugar Santo; frente a frente, al norte: la mesa de los panes, y al sur: el candelero, que nos habla de la Iglesia. Pero no puede haber Iglesia sin cabeza, que en este caso es representada por el Arca. Después viene la comunión unos con otros y el partimiento del pan, que es lo que está representado por la mesa de los panes y el candelero, uno frente al otro equivalente, y después las oraciones representadas por el altar de oro del incienso.

Primero es el Arca, incluso antes de la iglesia, pues primero es Cristo. Por lo tanto, si hay que mover el campamento, primero el Arca. La doctrina de los apóstoles es acerca de Jesucristo. Pablo dijo: "… no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor…" (2Co.4:5).

Y ahora, después de eso, el Lugar Santo; es decir, nosotros como vuestros siervos, por amor de Jesús, y eso viene detrás.

Capítulo Tres *

Predicamos a Jesucristo

En la Segunda Epístola a los Corintios, capítulo 4, verso 5, dice algo precioso: "Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo".

Ahora vamos al libro de los Hechos de los Apóstoles, que dice: "Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos" (Hch.4:32). "Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones" (Hch.2:42).

Menciona aquí, en primer lugar, la doctrina de los apóstoles, y por eso leímos primero en 2ª de Corintios que los apóstoles no se predicaban a sí mismos, sino que predicaban a Jesucristo como el Señor, y también que su muerte fue una muerte expiatoria.

El Señor Jesucristo había dicho que: "El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envío, este es verdadero…" (Jn.7:18). Jesucristo no buscaba su propia gloria, pues él dijo: "…yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga" (Jn.8:50). Dios el Padre busca la gloria de su Hijo, y también busca llevar muchos hijos e hijas a la gloria, y para eso envió a Jesús.

Entonces, también en Hechos de los Apóstoles dice que: "Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo" (Hch.5:42).

Todos esos versos que hemos leído nos muestran el tema central de los enviados del Señor, que eran los apóstoles (eso es lo que quiere decir apóstoles, los que envía el mismo Señor). Su tema central no era ellos mismos, no era cosas de ellos, o acerca de ellos, sino que predicaban al Señor Jesucristo. El Evangelio de Dios tiene como tema central al mismo Señor, y podemos verlo de esta manera en la Palabra.

* Mensaje predicado en la localidad de Curaco, Novena Región, el 24/08/2009.

Leámoslo en la epístola a los Romanos, desde el capítulo 1 verso 1. "Pablo, siervo de Jesucristo…". Notemos que él hubiera podido decir "presidente de la iglesia anglicana", o "secretario de la confederación evangélica de Chile", o hubiera podido decir "vocal de la junta directiva regional", ¿verdad? Tantas cosas que a los hombres nos gusta adjudicarnos, como títulos y cosas así. Pero no representaba organización humana, sino que representaba al gran Señor.

Continúa diciendo: "…llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios" (Rom.1:1). Pablo no miente, y notemos esta palabra "apartado para el evangelio de Dios". Recordemos lo que dijo el Espíritu Santo también en Hechos, cuando dice: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hch.13:2). "Apartadme"; él fue apartado, fue separado para ocuparse de esto tan importante a los ojos de Dios. Puede ser que los seres humanos no lo entiendan en consistencia, pero después lo entenderán. Lo importante es que Dios y los suyos lo entienden.

Y ¿para qué fue apartado Pablo? "…para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras" (Rom.1:1). Aunque Dios mandó la ley por Moisés, en la misma ley Dios dice que enviaría otro, y que debían oírle, porque recordemos que el Señor Jesús es profeta, aunque es mucho más que un profeta, porque él es Hijo de Dios, es el Verbo, Dios hecho hombre, pero como hombre tomó varias oficios: es profeta, es sacerdote según el orden de Melquisedec, y él es el Rey de reyes y Señor de señores. Entonces, ya estaba prometido que había que oír lo que dijera el Mesías cuando viniera; por eso la mujer samaritana estaba esperando que llegara el Mesías.

EL MESIAS PROMETIDO

Sabemos que Jesús entabló una conversación con ella, y ella le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí" (Jn.4:9). Entonces el Señor le dice: "Si conociera el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva" (Jn.4:10). Así el Señor le promete que le daría un agua con la que no tendría más sed, y ella responde: "Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas" (Jn.4:25).

Ella sabía que tenía que venir el Mesías; no sólo los judíos de Judea, sino incluso los samaritanos, que eran de las diez tribus de Israel (de las otras diez tribus que se habían mezclado con otros pueblos), pero

ellos ya sabían que venía el Mesías. O sea, Dios había prometido el evangelio por los profetas en las Santas Escrituras. Por lo tanto, ¿cuál es el tema central del evangelio, de las buenas nuevas que nos da Dios? Las buenas nuevas que nos da Dios son su Hijo.

Dios envió a su Hijo, y la Palabra nos dice aun más: "…de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn.3:16). Por eso, Jesús fue mostrado por Dios en público, después de su vida privada, antes de su vida pública, cuando llegó a bautizarse. Dios dio testimonio diciendo: "…Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd" (Jn.17:5). Eso no lo ha dicho Dios de ningún otro ser humano, sino sólo del Señor Jesús. Esto ocurrió cuando apenas iba a comenzar su ministerio público; o sea, el Padre honró la vida privada, la vida secreta de Jesús, aunque no fue secreta para su familia.

En Nazaret decían: "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas?" (Mt.13:55). Los hombres se preguntaban de dónde habrá salido él con estas cosas, de dónde vienen esos milagros, y esa sabiduría que Dios le ha dado, y se maravillaban de él. En la vida secreta de Jesucristo, aunque mejor le llamaremos la vida privada, que es mejor que secreta, Dios lo honró.

TESTIMONIOS ACERCA DE JESUS

En la Biblia, en el Nuevo Testamento, tenemos dos cartas escritas por dos de los hermanos del Señor Jesús; porque de ella, por ejemplo, en el evangelio de San Mateo, y en el evangelio de Marcos, nos dan los nombres de sus cuatro hermanos. Uno era Jacobo Santiago, el otro era Judas Tadeo, otro era José, así como el papá putativo de Jesús, que no es su padre, porque Jesús nació por el Espíritu Santo. Mientras uno de sus hermanos se llamaba José, el otro se llamaba Simeón. Entonces, dos de esos hermanos, Jacobo que se llama también Santiago, y Judas Tadeo, San Judas Tadeo, eran hermanos de Jesús, y, sin embargo, escriben dos cartas que hablan del Señor.

San Judas Tadeo, que era uno de los hermanos menores, dice en su carta: "Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo…" (Jud.1). Llama a Jesucristo como su Señor, y dícese siervo de su hermano, con el que ha crecido y vivido su vida privada, de niño, en la carpintería con José.

El Señor Jesús era un hombre verdadero que trabajó como lo hacían en el campo, en un pueblo pequeño. Él trabajó en la carpintería trabajos duros; y sus hermanos, que son los que conocen la vida privada de

sus otros hermanos, ni siquiera se atrevieron a llamarle "hermano", sino "Señor". Ellos mismos no podían creer esto tan grande, pero luego se les apareció resucitado, como lo dice en Primera a los Corintios, que se le apareció a Jacobo, el hermano del Señor Jesús (1Co.15:7). Y cuenta la historia primitiva, que cuando Jacobo escuchó que Jesús había resucitado, dijo: "No comeré pan, ni beberé agua hasta que yo no le vea resucitado".

San Pablo simplemente la menciona, pero en la historia de la Iglesia primitiva, se cuenta cómo fue. Dice que el Señor Jesús se le apareció a Jacobo y le dijo: "Come tu pan y bebe tu agua Jacobo; porque el Hijo del Hombre ha resucitado de los muertos". ¡Qué maravilla!, ¿verdad?

Entonces, el evangelio es acerca del Hijo de Dios, que nos muestra que él no había cometido ningún pecado; inclusive una vez dijo: "¿Quien de vosotros me redarguye de pecado?..." (Jn.8:46). Y claramente, nadie podía reargüirlo de pecado, y cuando quisieron acusarlo para matarlo, se contradecían entre los testigos, porque no encontraban culpa en él. Pero aun así lo crucificaron, por decir quién era él realmente. Lo crucificaron por ser lo que era, y no porque haya pecado, simplemente porque él era el Cristo. Él fue como aquel cordero que fue examinado y no hallaron ningún defecto. Y con este ejemplo, Dios estaba preparando nuestro reconocimiento del Señor Jesús como el varón perfecto.

Jesús, después de su vida pública, en la que vivió como hombre y también hizo milagros, cuando iba a ir a Jerusalén ya para morir, fue transfigurado en gloria, delante de tres testigos en el monte Tabor, cerca de Nazaret, cerca del valle Meguido, al norte de Israel. En la transfiguración, estos tres testigos fueron Jacobo, Juan y Pedro. Delante de ellos, se transfiguró, y aparecieron Moisés y Elías y hablaban con él.

En ese momento, cuando ya había pasado su ministerio público, por segunda vez, Dios mismo, Dios el Padre, dio testimonio de él, y San Pedro dice: "…nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo" (2Pe.1:18). Ellos oyeron esa voz de Dios desde la magnífica gloria. Podemos apreciar que el tema del Padre, y todas las cosas que el Padre hizo, han sido por el Hijo. El Padre ama al Hijo, y todo lo que hace y lo que hizo, es para el Hijo.

PREDICAR Y ENSEÑAR A JESUCRISTO

Como hemos visto, el evangelio de Dios es acerca de su Hijo Jesucristo. Hay muchas cosas en la Palabra de Dios, pero si se le separa del

tema central, perdemos el equilibrio; todas las cosas tienen que ver con Cristo, porque todo fue hecho para él, y en él está la base de todo. Él es la última palabra de Dios y que todas las cosas al final son para él, y para su gloria.

Por esta razón, hemos visto que los siervos de Dios no se predican a sí mismos, sino a Jesucristo, y que el evangelio de Dios es acerca de nuestro Señor. Luego dice que los apóstoles todos los días, en el templo y por las casas – porque ellos también se reunían por las casas como nosotros, porque lo aprendimos de la Biblia –, dice que no cesaban de predicar y de enseñar de Jesucristo. Esa era la doctrina de los apóstoles, el evangelio de Dios acerca de su Hijo. Entonces, no nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo, y también enseñamos sobre él.

Ahí hay dos palabras que se traducen así: predicar y enseñar. Muchas veces nosotros pensamos que es la misma cosa, pero no lo es; una palabra es kerigma - predicaciones. Kerigma es la proclamación profética en el Espíritu, según la coyuntura de la necesidad que haya. Siempre Dios proclama lo que Jesucristo es y la obra de Jesucristo para enfrentar cualquiera sea la situación. Por otra parte, está la Didaché - enseñar. La enseñanza es la didaché y la predicación es el kerigma. Kerigma y Didaché. Los apóstoles no cesaban de predicar (kerigma) y enseñar (didaché) a Jesucristo.

De la palabra didaché viene didáctica; es decir, era una enseñanza didáctica, ordenada, acerca del Señor Jesús; y también la palabra kerigma, una proclamación profética acerca de Jesucristo que todos los días hace el Espíritu Santo, porque Él vino para que Jesucristo sea glorificado, para que Jesucristo sea predicado y enseñado todos los días en el templo y por las casas. Por lo tanto, para que la gente sea evangelizada era necesario predicar y proclamar, pero luego había que enseñar, y enseñar didácticamente acerca del Señor Jesucristo. Por esto, Dios ponía a los profetas junto con los maestros, para que se acompañen y complementen, produciendo los dos aspectos, que son el kerigma de la predicación profética, y el aspecto didaché de la didáctica de la enseñanza.

EL EVANGELIO DE PABLO

Sigamos con Romanos 1, que nos dice: "…acerca de su Hijo…" (Ro.1:3). Y a continuación, Pablo nos muestra quién es el Hijo. "…nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne…" (Ro.1:3). Nos muestra un aspecto del Señor Jesucristo que nos habla de su humanidad, por la línea de David. "…que fue declarado Hijo de Dios

con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos…" (Ro.1:4). Aquí se ve el aspecto de la divinidad. Pablo nos ha mostrado al Señor Jesucristo en su aspecto divino y humano, muerto y resucitado.

Ahora pasemos a 1ª de Corintios capítulo 15. Es necesario fijarnos en estos primeros versos que, siendo sencillos, son muy profundos y riquísimos. El apóstol Pablo, después de haber puesto en orden muchos problemas en la iglesia de Corinto acerca del matrimonio, de la comida, del vestido y de muchas otras cosas, el Espíritu Santo lo movió a cerrar la carta con la respuesta para todos aquellos problemas. Pablo respondía a los problemas, pero llevándolos a la respuesta que era el Señor Jesucristo.

"Además os declaro, hermanos, el evangelio…" (1Co.15:1). Otra vez, hay una declaración apostólica de lo que es el evangelio; no es cualquier cosa lo que va a decir Pablo acá, y no es solamente el final de una carta, sino que es la declaración apostólica de lo que es el evangelio, de lo esencial, de lo principal, de lo primero, en lo cual todos estamos enterados, que es nuestra común fe, la de los cristianos.

"…que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis…" (1 Co.15:1). ¡Qué privilegio el que la Iglesia primitiva recibió! No necesitamos pasar por un sin fin de interpretaciones pontificias, cardenalicias, y episcopales, o un montón de cosas intermedias; no. Surgió directo del horno a la mesa, es decir, de los apóstoles a nosotros, sin pasar por tantos que le agregan o le quitan a lo del Señor. Por eso es que estamos hablando de esos recovecos intermediarios de gente que pretende ponerse de mediador entre Dios y los hombres, con una serie de locuras. El Espíritu Santo le inspiró a Pablo lo que escribió, y aquí lo tenemos.

Entonces, Pablo dice aquí que el evangelio que recibió la Iglesia primitiva y en el cual también perseveraron, primero es una declaración apostólica, o sea enviada por el Padre a través del Hijo y del Espíritu Santo a los apóstoles que Él escogió y envió al resucitar. Ahora, dice que la Iglesia primitiva lo recibió, y no sólo eso, sino que perseveraron en él. Los apóstoles no iban a perder tiempo con cosas, porque ellos predicaban el evangelio acerca del Hijo.

"…por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano" (1Co.15:2). Esto habla de una fe de verdad. Porque a veces esa emoción que sentimos es pasajera, algo cultural, social, o meramente intelectual, pero que no es espiritual ni viene del corazón. El cristiano nace de nuevo solamente si la persona creyó de verdad. Lo que ha dicho Pablo es importante, porque va a

declarar el evangelio que recibió de Dios, que recibió con los otros apóstoles, el que Dios le mandó a predicar, que predicó, lo que él recibió y que salvó a la Iglesia primitiva, pues perseveraron, y ha salvado a toda la Iglesia.

"…primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí…" (1Co.15:3). Lo que ha recibido Pablo no puede faltar, es la piedra del tope. Y ¿qué es lo primero que predicó Pablo? Cristo. Primero empieza por la persona, y le llama el Cristo. La identidad más intima, más interior del Señor Jesús, es la persona del Hijo, el Verbo de Dios que estaba con él antes de la fundación del mundo y de la caída del hombre. El Verbo no se refiere sólo a la humanidad luego de haber nacido, porque antes de que él naciera como hombre, ya existía como Verbo con Dios. Él estuvo eternamente con el Padre y nada de lo que fue hecho, fue hecho sin Él. Eso es lo primero que aparece en el punto central.

EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS

El evangelio de Dios es acerca de su Hijo hecho hombre, y declarado Hijo de Dios según la resurrección. A través de la resurrección nos demostró que ése era el Hijo de Dios y que su sacrificio hecho en humillación y encarnación había sido aceptado en los cielos, por eso lo resucitó. Entonces, lo primero que la Iglesia, el pueblo cristiano, tiene que saber acerca de Jesucristo, es que él es divino y humano. Divino en cuanto Verbo, y humano en cuanto se hizo carne en el vientre de la virgen María, resucitando luego en gloria, encontrándose ahora a la diestra del Padre.

Jesús es una persona con dos naturalezas: la divina y la humana. Cuando Jesucristo resucitó, él hizo una cosa durante los cuarenta días, y fue tomar las Escrituras, y comenzar a mostrar lo que ellas hablaban de él.

Así está escrito en el libro de Hechos de los Apóstoles, que podemos ver antes de continuar con Corintios: "En el primer tratado (o sea en el evangelio según San Lucas), oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del Reino de Dios" (Hch.1:1,3).

Ahora, vamos hacia el final del evangelio de Lucas, que es la primera parte de Hechos, porque Hechos lo escribió también Lucas. Entonces, al final de Lucas, en el capítulo 24, surge también cuando Jesús se

apareció: "Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies…" (Lc.24:36-39).

Por esta razón se ha dejado las cicatrices en el cuerpo, porque él resucitó con el mismo cuerpo que murió, con el mismo que fue crucificado. Jesús se dejó las cicatrices como si fueran su firma, la prueba de su muerte en la Cruz. "…que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lc.24:39). Él no era sólo un espíritu, sino que él resucitó con su carne y sus huesos, y pidió que lo tocaran para mostrar quién era.

"Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían (ahora era de gozo, imaginémonos lo increíble que era la situación, pero había que creerlo, era increíble, pero sucedió), y estaban maravillados…" (Lc.24:40-41). Jesús había hecho muchas maravillas en la vida, había caminado sobre las aguas, había multiplicado los panes y los peces, resucitado muertos, sanado enfermos, echado demonios, hecho milagros, pero esto que estaba ocurriendo, ya era más de la cuenta para la fe natural de ellos.

LA ESCRITURA REVELADA

"…les dijo, ¿tenéis aquí algo de comer?" (Lc.24:41). Esto era para que pudieran ver que no era una alucinación, pues las alucinaciones no comen. "Entonces le dieron parte de un pez asado y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos" (Lc.24:42,44). Estas eran las tres divisiones del Antiguo Testamento: la Tanak viene con la Torá, ley de Moisés; Nebiim, los profetas; y Ketubin, los salmos, y los otros escritos junto con los salmos. Esa era la división de las Escrituras en el Antiguo Testamento, que Jesús les mostró.

"Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras…" (Lc.24:45). Este trabajo de Jesús era muy necesario, y que continúa haciendo. Comenzado desde el principio les abrió el entendimiento, porque no se puede dar nada por sentado, y había que estar seguros. ¿Para qué? Para que comprendiesen las Escrituras y que supieran lo que ellas hablaban de él.

"…y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en

su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas" (Lc.24:46,48). Ese es el testimonio principal. A veces nosotros decimos: "¡Qué lindo que Jesús caminó sobre las aguas!", y está bien, pues nunca vamos a menospreciar esto, pero si hubiere caminado diez mil veces sobre las aguas, pero no muere por nosotros, igual nos iríamos al infierno. Si él hubiera multiplicado los panes y los peces, y no sólo dos veces, sino diez mil veces, pero no hubiera muerto por nosotros, igual nos iríamos al infierno. Entonces, en la persona divina y humana del Hijo de Dios e Hijo del hombre, y en su muerte, resurrección, ascensión e intercesión, y regreso, está el centro del testimonio cristiano. Eso es lo principal que nosotros creemos y es lo central que debemos hacer creer a todas las gentes. O sea, dar testimonio.

El Señor es el que los hará creer, pero él dice que: "…el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, el dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio…" (Jn.15:26-27). El testimonio de la Iglesia debe ser el mismo del Espíritu. Jesucristo, el mismo que murió, resucitó y ascendió, intercede y volverá, con la misma voz, la del Espíritu y la de la Iglesia.

EL CENTRO DE NUESTRO MENSAJE

Ahora sí podemos volver a 1ª de los Corintios. Pero era necesario ver cómo Jesús les habló de él mismo y de las obras que hizo, y que ellos habían visto. Eso era el fundamento, el primer testimonio de la Iglesia, y de eso tenemos que asegurarnos, que todas las personas comprendan.

"…Que Cristo murió por nuestros pecados…" (1Co.15:3). Claro que se podía enseñar lo del caminar de Jesús sobre las aguas, de la multiplicación de los panes y los peces, sobre echar fuera demonios, todo eso está muy bien, pero esas señales le siguen a la Palabra, cuyo tema central es el propio Señor Jesús. Lo que la Iglesia conoce como evangelio de Dios, es acerca de su Hijo en su divinidad y en su humanidad; o sea, lo relativo a la Trinidad de Dios y a la encarnación del Verbo, y a la expiación, a la muerte expiatoria. "…conforme a las Escrituras; y fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y apareció a Cefas, y después a los doce" (1Co.15:3).

Luego menciona varias apariciones, pero sólo principalmente a los varones, sin casi mencionar aquellas a las mujeres, ya que se le apareció también a María Magdalena; pero en aquella época los judíos no aceptaban testimonio de mujeres, sino sólo de hombres. El Señor Jesús valoró a la mujer y la puso a valer lo mismo que el hombre,

pues la misma Sangre que pagó por el hombre, lo pagó por la mujer. El Señor es el que nos ha valorado, porque somos hombres y mujeres a la imagen y semejanza de Dios, cada uno con su función, pero seres humanos a su imagen y semejanza, y ellas coherederas de la gracia y de la vida del Padre.

Hay cosas que nosotros recibimos de Dios por la muerte de Cristo, y hay cosas que nosotros recibimos de Dios por su resurrección. Por ejemplo, si él no hubiera muerto, no tendríamos el perdón de los pecados, ni limpieza del pecado, ni liberación del pecado, ni justificación, ni reconciliación; no lo tendríamos. Jesucristo murió por nosotros y resucitó: eso es lo principal, es el centro de la Palabra de Dios, el centro del evangelio y el centro de la historia, y debe ser el centro de la Iglesia, el centro de nuestro testimonio, y de nuestra vida.

Ahora, también hay cosas que nos vienen por la resurrección. Por ejemplo, si él no hubiera resucitado y ascendido, no hubiera derramado el Espíritu Santo. Él dice: "…Os conviene que me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré" (Jn.16:7). El Espíritu Santo llega a hacer muchos trabajos. ¿Cómo íbamos a nacer de nuevo en el Espíritu, si el Espíritu Santo no es enviado? No habría regeneración, no habría renovación, no habría vivificación de nuestros cuerpos mortales, no habría transformación, no habría configuración a la imagen de Cristo, no habría unidad en la Iglesia, no habría dones ni fruto del Espíritu, nadie nos enseñaría, y estaríamos todos ciegos.

Entonces, de la obra del Señor, lo primero que comenzó a predicar Pedro, el primer mensaje, tenía que ver con la Sangre y con el Espíritu: "…Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados…" (Hch.2:38). Esto es lo que hace la Sangre, que es perdonar los pecados, y que nosotros todos los días seamos nuevos. Necesitamos todos los días la Sangre de Cristo para limpiarnos, y el Espíritu de Cristo para fortalecernos. A través de la Sangre y de la Cruz se quita todo lo viejo, y a través del Espíritu se introduce todo lo nuevo. El Espíritu es el que introduce la nueva vida, pero el que borra la vieja es la Sangre, y la que termina con ella es la Cruz. Por eso en el centro del tabernáculo, en la casa de Dios, en el corazón divino, está el Arca de oro y de madera, con el propiciatorio, refiriéndose a la persona divina y humana de Jesucristo, y a su obra, su muerte, su resurrección, su ascensión, desde donde nos viene la Sangre con la que nos limpiamos, y la Cruz por la que somos liberados, y el Espíritu por el cual recibimos nueva vida, y somos regenerados, renovados, transformados, y configurados a la imagen de

Cristo, hechos un solo cuerpo. Todas las maravillas de Dios las hace por el Espíritu.

La Sangre y el Espíritu son un regalo, porque nadie tendría con qué pagarlo. Esos son los elementos esenciales del Nuevo Pacto. Dice él: "…porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado" (Jer.31:34). "Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios. La Sangre y el Espíritu son los dos elementos esenciales del nuevo pacto que estableció Jesucristo antes de morir" (Ez.11:19-20). "…tomó el pan, (…) Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; (…) Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama" (Jn.22:19-20).

Nos damos cuenta que este nuevo pacto son las promesas de perdón por su sangre, y de regeneración por su Espíritu. Dios nos dio a su Hijo como un regalo, nos dio la vida cuando estábamos muertos, y nos dio su Espíritu.

Capítulo Cuatro *

Dios tiene un Hijo desde la eternidad: Personalidad

Jesucristo existía desde antes de la fundación del mundo, no sólo desde cuando vino a la tierra y se hizo hombre, sino que ha estado junto al Padre y al Espíritu desde la eternidad.

Lo podemos apreciar cuando Jesús pronuncia aquellas palabras: "… glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn.17:5). Es necesario poder conocer esta revelación y advertir que en la Palabra, desde el Antiguo Testamento, se nos deja ver la presencia del Hijo en compañía del Padre y del Espíritu Santo, pudiendo ir descubriendo los misterios de los que nos habla cuando promete enviarnos a un Salvador.

Dios ha venido revelándose desde el principio, desde Génesis, pero su revelación completa se dio en el Hijo. Al ver a Jesús podemos ver al Padre, y al Hijo lo vemos por el Espíritu, quien es el que lo glorifica. Sin la ayuda del Espíritu no conocemos al Hijo; y si no lo conocemos a él, no conocemos a Dios el Padre que viene en plenitud a la Iglesia en el Hijo, y estos vienen en plenitud a la Iglesia por el Espíritu; por lo que lo relativo a la Trinidad es central y debemos detenernos en eso, para asentar esa revelación.

DIOS SE REVELÓ EN TRINIDAD

Por esta razón es necesario conocer la Trinidad del Padre, Hijo y Espíritu, la que realmente nos revela a Dios. Si la Iglesia no hubiera aprendido en estos siglos que Dios es trino, no conocería a Dios, ni sería edificada. Dios se reveló en Trinidad y esa revelación fue perfecta.

Entonces la revelación de la Trinidad comienza así: "…hagamos al hombre a nuestra imagen…" (Gn.1:26). La imagen de Dios es una sola, y la Biblia dice que: "Él (el Hijo) es la imagen del Dios invisible…" (Col 1:15). Pero además el Padre nos dice que: "el Hijo lo expresa a Él" (Hch.1:1).

* Mensaje predicado en Iquique el 28/07/2009.

O sea que el Padre se siente identificado y complacido con el Hijo. Dios el Padre quiere que el hombre en general lo represente, así como Jesús lo ha representado.

Continuemos viendo cómo la Trinidad se ha manifestado desde el Antiguo Testamento, y las muestras de ella que comienzan a ser significativas a la luz del Nuevo Testamento. Señalemos algunos pasajes donde se revela esta Trinidad, comenzando, por ejemplo, con aquella vez cuando los hombres construían la torre de Babel, cuya intención era que su cúspide llegara al cielo; y Dios nos vuelve a hablar en plural diciendo: "Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero"(Gn. 11:7).

O como en Isaías 6: 3, que nos dice: "Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria", proclamando tres veces Santo; y en ese contexto continúa diciendo: "Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" (Is.6:8). Destaquemos en este último versículo la palabra "nosotros".

El hombre fue creado para marchar con Dios, en Dios y para Dios, y en esta afirmación el hombre encuentra su razón de ser, encuentra su realización en Dios. Cristo es el misterio de Dios revelado, Dios como un hombre: "…el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos…" (Col.1:26).

Y este ahora hombre Jesús, ya era una persona divina con el Padre. Cuando Dios habla en plural, diciendo "hagamos", "descendamos", "confundamos", o "¿quién irá por nosotros?", nos hace comprender la esencia de Dios, su naturaleza y su amor a la Iglesia. Nada de esto se entendería si no vemos espiritualmente a Dios en Trinidad.

Dios tiene una propuesta, y es la Trinidad formada en la Iglesia, por el Padre, el Hijo y el Espíritu. Lo que él tiene planeado con la Iglesia es lo más alto que se ha hecho en la eternidad. Esto no será comprendido, ni sospechado, si no se ve a Dios trino, ya que es ella la que nos va guiando, la que nos va enseñando, en la medida que vamos conociendo, contemplando al Señor y siendo ganados por él y para él, mostrando la multiforme sabiduría de Dios para que sea conocida por medio de la Iglesia, ante principados y potestades en lugares celestiales.

LA REVELACIÓN DEL MISTERIO: CRISTO

En Colosenses 1, en el verso 25, Pablo nos dice: "…de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios…". Él nos muestra que había sido hecho ministro según la economía de Dios que le fue dada para con las Iglesias, y nos habla de un anuncio

cumplido de Dios. Lo que está haciendo Pablo es explicarnos estas promesas de la Palabra, lo que permite que ella pueda ser vista y entendida de manera completa.

Él dice aquí en Colosenses: "el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos…" (Col.1:26). Este misterio del que nos habla es un privilegio para los santos, a quienes Dios quiso dar a conocer estas riquezas de la gloria.

Él dice en una frase sintética algo que simboliza todo este misterio, y que le da la clave de unificación y de coherencia a todas las porciones de la Palabra de Dios, diciéndonos: "…de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros…" (Col.1: 27).

He aquí el misterio revelado: Cristo es la clave de toda la Palabra de Dios. Cuánto contenido implican las palabras "Cristo" y "en". Cuando leemos en la Palabra "Cristo en vosotros", está incluyendo a cada uno de los hermanos; ahí está el espíritu, el alma, el cuerpo de cada uno; están todas las Iglesias de la tierra, de todas la épocas, y mostrándonos la única esperanza de gloria.

"A quien anunciamos (al Cristo de este misterio glorioso), amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre…" (Col.1:28). Luego nos dice: "para lo cual"; aquí nos está mostrando para qué trabajamos nosotros; "…trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col.1:29).

Así como también el mismo Jesús nos dice: "Trabajad no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece…" (Jn.6:27). Trabajamos y luchamos por una labor de edificación en medio de la guerra, según la potencia de él. Porque – y aquí empieza a explicar lo de su trabajo y su lucha –: "…quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro" (Col.2:1).

Pablo luchaba, oraba y trabajaba en función más allá de lo que se veía. Él sabía que si estaba colaborando con el Espíritu y estaba en la corriente del Espíritu, su trabajo no era solamente para su generación, sino que tendría trascendencia, no por causa de él, sino por causa del Espíritu que en él estaba y por el propósito eterno de Dios.

También dice que trabaja y lucha para que: "…sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo…" (Col 2:2). Este entendimiento del que nos habla Pablo no es

solamente intelectual, sino espiritual, es revelación, es participación espiritual, es un toque verdadero de la gracia del Espíritu del Señor.

"…en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col.2:3). Pablo nos presenta la suficiencia del Señor Jesús, la plenitud divina en el Hijo y cómo nosotros en el Hijo estamos completos. Pero estas cosas no están escondidas para quedarse de esa forma, sino para que por medio de la Iglesia sean manifestados, expresados, vividos. Pablo dice: "el misterio de Dios", y este asunto del misterio, es el mismo Dios, quien está revelándose, dispensándose y formándose en nosotros, llenándonos de su plenitud. Fuera de Dios, las cosas están perdidas, sin rumbo, pero el que coordina, realiza y le da lugar a cada cosa es el propio Dios.

Así como Pablo le dice a Timoteo: "…el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1ª Ti.2:4). Estas son palabras claves, que luego en el verso 9 del capítulo 2 de Colosenses nos dice: "… en él (en Cristo) habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad…". Luego continúa con una palabra sumamente importante "… y vosotros estáis completos en él" (Col. 2:10).

Estos son dos versículos sumamente ricos. En Cristo está toda la plenitud de la divinidad, y nosotros, la Iglesia, como el cuerpo de Cristo en general, estamos completos en él. Entonces, aquí está la plenitud del Padre en el Hijo y la plenitud del Padre y del Hijo en la Iglesia por el Espíritu.

Continuemos con 1 Corintios 15:26 y 27: "Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies". Cuando dice que todas las cosas han sido sujetas a él, claramente se exceptúa a Dios el Padre que fue quien sujetó las cosas a su Hijo. Este es el sentido de la Palabra cuando dice "que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla…." (Fil.2:10), "…y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor…" ¿Para qué? "… para gloria de Dios Padre" (Fil.2:11).

Toda esta palabra nos guía a reunir en el Hijo todas las cosas, someterlo todo a él y que todo le obedezca. El sentido de toda la historia de Dios ha sido este sometimiento de todo a su Hijo; y la historia sucede con este objetivo. Ahora también se nos muestra lo que ocurrirá cuando todo esté sujeto a Cristo: "Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (1ª Co.15:28).

Este es el objetivo final, el Dios que estaba antes de todo, ahora "sea todo en todos".

Capítulo Cinco *

El testimonio divino ante el conflicto de las civilizaciones

Hemos estado viendo la importancia de conocer al Señor en su Trinidad, y ver lo que implica que nuestro Dios, el único Dios, tenga un Hijo. Mirábamos que no es solamente un asunto teológico, sino intensamente práctico, con muchas implicaciones para nuestra vida personal, para la vida de la familia, para la vida de la Iglesia, e incluso para la vida social. Claro que es algo que sobrepasa nuestro entendimiento, y sin embargo, es algo de lo que Dios ha hablado, y que él ha revelado.

LA FORMACIÓN DEL HIJO

Dicen las Escrituras: "Las cosas secretas pertenecen a Jehová…" (Dt.29:29). Pero las reveladas pertenecen a nosotros y a nuestros hijos. Lo principal que la Palabra de Dios nos revela es acerca de Dios mismo, y Dios se revela como él es, porque quiere compartirse. Bienaventurados los que hemos sido creados por Dios para conocerlo y para recibirlo. Lo principal que el Señor ha revelado a la Iglesia, dentro de tantos temas que hay en la Palabra de Dios, es el Señor mismo, y lo que él hará: "…él os guiará a toda la verdad…" (Jn.16:13).

La formación de Cristo en la Iglesia es comparada por el Señor con aquella visión de esa mujer que está de parto, como aparece en Apocalipsis 12: "Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento" (Ap.12:2). Y esa figura ya lo había dicho el Señor Jesús, registrada por Juan en su evangelio, donde el Señor, hablándoles a sus apóstoles, les dice: "La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora tenéis tristeza..." (Jn.16:21-22).

* Mensaje predicado en Temuco el 25/08/2009.

Está relacionado lo de Apocalipsis 12 y Juan 16. El mundo se alegrará y la Iglesia sufrirá; la Iglesia pasará por dolores de parto como aquella mujer de Apocalipsis, refiriéndose al pueblo del Señor en general, incluido el Antiguo y el Nuevo Testamento, que ha estado de parto para que el Hijo varón se forme dentro de su vientre. La Iglesia está siendo edificada por el Señor Jesús, y conducida a toda verdad por el Espíritu Santo conforme a su labor.

Si miramos un poquito la historia de la Iglesia, nos damos cuenta cuáles fueron las teclas que fue tocando el Espíritu Santo a lo largo de los siglos, porque él es el que edifica a la Iglesia, es el vicario de Cristo, el que vino en nombre del Hijo, trayéndonos al Señor Jesús, así como el Hijo nos trajo al Padre. El Espíritu Santo ha conducido a la iglesia, la ha dirigido, primeramente y antes que cualquier otra cosa, a conocer a Dios mismo. Una de las cosas que haría el Espíritu del Señor, entonces, es abrirnos los ojos acerca de la gloria del Hijo, porque en la medida que lo conocemos, conocemos al Padre; porque el Hijo es como el Padre, y es su imagen, la exacta representación de Dios.

El Padre que es llamado en la Escritura como "el Dios invisible", se ha dado a conocer por medio del Hijo: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, (…) él le ha dado a conocer" (Jn.1:18). Algunos manuscritos más antiguos lo dicen de una manera más estrecha todavía, refiriéndose al Señor como "el unigénito Dios, o, el Dios unigénito". De manera que el Hijo vino para que viéramos cómo es el Padre.

El interés de los discípulos era conocer al Padre; incluso uno de ellos se lo expresó, diciendo: "Felipe le dijo: Señor muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre…" (Jn. 14:8-9). El Hijo nos ha dado a conocer al Padre, pero ahora necesitamos también que el Espíritu Santo nos dé a conocer al Hijo, y nos lo presenta en su divinidad, en su humanidad, en su personalidad, y en su relación con el Padre, con el Espíritu y con la Iglesia. Esto es lo que está en el corazón de la Iglesia, lo fundamental, lo central, lo que nunca debemos olvidar.

EL ESPÍRITU REVELA A DIOS POR MEDIO DEL HIJO

El Espíritu Santo comenzó a mostrar a los discípulos de la Iglesia primitiva (y no sólo a la primera generación, sino a las generaciones siguientes), a Dios por medio del Hijo. Jesucristo indujo esa búsqueda en el Espíritu de la Iglesia cuando los llevó aparte del mundo religioso en que estaban. Ellos estaban en Jerusalén, donde había muchos

grupos, mucha actividad religiosa, y él seguramente que a propósito se los llevó a un lugar apartado, a Cesarea de Filipo, retirándolos de todas las distracciones, al punto focal diciéndoles: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" (Mt.16:13).

Apreciemos la didáctica que utiliza el Señor. Dios, para revelársenos y dársenos tenía que mandar a su Hijo, y éste comienza como el novio con la novia, a llamarle la atención sobre lo principal. Los apóstoles responden muy diplomáticamente con lo que sabían, porque lo más probable es que no le dijeran todo lo que decían los hombres acerca de él, lo que después se escribió en algunas partes del Talmud; mas fueron las partes buenas lo que los discípulos le dijeron de las opiniones humanas, diciéndole que era Elías, o Jeremías o alguno de los profetas; pero en fin, dijeron las opiniones de los hombres (paráfrasis Mt.16:14).

Hoy, toda la tierra está llena de opiniones de los hombres acerca de Jesús, circulando incluso muchos libros, algunos son best seller, presentando un Jesús apócrifo. Han vuelto a estar de moda los libros apócrifos, especialmente el de Judas Iscariote y de María Magdalena, y el Código da Vinci, y tantos otros, porque Jesús sigue siendo un tema que vende, pero claro, el Jesús apócrifo, el Jesús de los best seller, es al que quieren leer, pero al de la Biblia no lo quieren oír: "…y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas." (2Ti.4:3-4). Esto es lo que han estado haciendo.

La Palabra de Dios, en contraposición a lo anterior, nos dice que: "…el que conoce a Dios, nos oye…" (1Jn.4:6). Es decir, los que son de Dios oyen lo que los apóstoles del Nuevo Testamento confiesan por medio del Espíritu Santo de Cristo; los del mundo no nos oyen, no soportan y no pueden aguantar lo que el Espíritu Santo dice.

"En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error" (1 Jn.4:6). El Espíritu de verdad se distingue por su confesión acerca del Cristo. Estos versículos clásicos de Juan, nos muestran la importancia de la revelación y confesión acerca de Jesucristo, y las intenciones de la serpiente de presentarnos otro Jesús, otro espíritu y otro evangelio, siendo este el punto crucial del combate entre el Espíritu de Dios y el espíritu del anticristo.

La revelación acerca del Señor Jesucristo y la confesión acerca de esa revelación, sobre el Cristo revelado por el Padre, y confesado por la Iglesia, dice que "…sobre esta roca edificare mi iglesia…" (Mt.16:18). Existiendo una íntima relación entre revelación de Jesucristo y edificación de la Iglesia. No habrá verdadera edificación de la Iglesia,

sin una verdadera, profunda y espiritual revelación y confesión de Jesucristo. La Iglesia crece en la medida que conoce al Señor Jesús; por eso el enemigo está tan interesado en confundir este asunto, y por lo mismo es que también el Espíritu Santo, por mano de los apóstoles, está igualmente interesado en que tan crucial punto sea revelado y confesado. No seamos descuidados ni ingenuos, sino sumamente cuidadosos sobre esto. A veces damos por sentadas ciertas cosas, pero si palpamos un poco, nos damos cuenta que es necesario cavar profundo, para que el fundamento esté realmente colocado y estemos sobre la roca, porque depende de lo que Jesucristo sea para nosotros, eso determinará lo que nosotros seamos para Dios.

Entonces, por eso el Espíritu Santo hará, conforme a su misión de glorificar al Hijo y de enseñar: "…él os guiará a la toda verdad…" (Jn.16:13). Lo primero que comenzó a hacer, al igual que como lo hizo el Señor, fue llamar la atención de la Iglesia acerca de quién es el Hijo de Dios. Anteriormente, estuvimos introduciéndonos en la importancia e implicaciones de este tema, pero necesitamos penetrar aún más en el.

LO FUNDAMENTAL V/S LO PERIFÉRICO

El Espíritu Santo continuó con la pregunta acerca de Jesús: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? (Mt.16:15). Primero, Jesús pregunta por la opinión de los hombres, y luego pregunta por la opinión de los apóstoles, es decir, por los suyos. Sus discípulos no pueden estar mezclados, ni contemporizando con las opiniones del mundo, pues hay un claro contraste entre la confesión del Espíritu por sus discípulos legítimos, y las opiniones del mundo acerca de Jesús. En esto la Iglesia no puede ser descuidada. En la Palabra del Señor hay asuntos cruciales y hay asuntos que son periféricos; hay asuntos donde se pueden tolerar una diferencia de escuela, porque no es lo mismo que una herejía.

En asuntos fundamentales, en cuanto al Señor Jesús, el apóstol Juan, el apóstol del amor, decía con mucha claridad a los santos en sus cartas que: "Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina…" (2Jn.1:10). Quizá nosotros, en otras cosas, hemos aprendido a no pelearnos por doctrinas, pero tratándose acerca del Hijo de Dios, del Señor Jesús, necesitamos tener mucho cuidado, porque no podemos decir "bienvenido" con ligereza a cualquier cosa que se diga acerca de él, porque ahí está minándose nuestro fundamento, ya que el diablo quiere presentar a otro Jesús, poniendo dinamita en nuestro fundamento. Satanás no quiere que dejemos de ser religiosos; todo lo contrario, ya que

él fomenta la religión, porque quiere hacerse Dios, y va a necesitar la religiosidad y la devoción de la gente. Él prefiere la religión al ateísmo, ya que sólo para combatir a los fieles mete el asunto del ateísmo, pero el preferiría la religión, con tal de que sea él a quien se adora.

Si hacemos un seguimiento de qué era a lo cual el Espíritu Santo llamaba la atención de los cristianos de los primeros siglos, vemos que el asunto central era el mismo que en Cesarea de Filipos había introducido el Señor Jesús, preguntando sobre quién era él. Entonces, ¿quién es el Hijo? Es la pregunta fundamental. ¿Qué relación tiene el Hijo con el Padre?, ¿Es una creatura del Padre? ¿Es la misma persona del Padre? ¿El Hijo es el mismo Padre disfrazado de hombre?

Estas interrogantes no son solo antiguas, sino actuales y de mucho interés, que quizás ya habrán llegado hasta nuestras propias casas, por medio de personas muy bien intencionadas, que vienen a decirnos que Jesús no es Dios, y que piensan salvarse enseñando en contra de la divinidad del Hijo de Dios; enseñando otras cosas contra el infierno, contra la resurrección corporal de Cristo, y otras series de temas religiosos. Todo este asunto ha estado y sigue estando en ebullición, pero igualmente la Iglesia debe crecer para el Señor, con un testimonio claro en medio de miles de voces dirigidas por demonios.

Existen demonios y existen doctrinas de demonios queriendo presentar otro Jesús, otro espíritu, otro evangelio, y todo eso está en aumento en el mundo religioso. Hoy en día, el mayor escándalo para millones de personas en la tierra, que siguen a un falso profeta llamado Mahoma, es escuchar que Dios tiene un Hijo, y que ese Hijo es Jesús. Lo más preciado para el corazón del cristiano, es la peor blasfemia para un musulmán. Los sociólogos están estudiando el problema del conflicto de las llamadas civilizaciones, estudiándolo como un asunto de sociología y de estrategias políticas, para ver cómo facilitar la globalización del mundo, sabiendo manejar las variedades religiosas y cómo utilizar el ecumenismo y eclecticismo al servicio de la globalidad.

A veces la sociología estudia la religión, y las conversiones en Latinoamérica del catolicismo al protestantismo, y otros temas parecidos, pero lo estudian en aras de aquella globalización. Hay millones de dólares que circulan para promover el eclecticismo, para promover la unidad humana, pero ¿unidad alrededor de quién? ¿Y para quién? ¿O al servicio de qué? Puede parecer muy práctico, sí; la religión ha sido aceptada como útil para el orden social, pero ¿será eso suficiente?

En el corazón de ese llamado conflicto tan actual de civilizaciones, está este punto y pregunta crucial: “Y vosotros ¿quién decís que soy

yo?". Nosotros, la Iglesia, somos la sal de la tierra, somos la luz del mundo, una ciudad asentada sobre un monte que no se puede esconder, y le debe al mundo un testimonio claro, un precedente nítido basado realmente en el trabajo multigeneracional de Dios, en la Palabra revelada por Dios desde el principio, a lo largo de los XXI siglos que tenemos de cristianismo.

Entonces, ¿cómo no va la Iglesia a digerir con plena conciencia este asunto para la gloria de Dios? Porque este es el punto decisivo, que se esconde debajo del Armagedón, que será un conflicto, la intención máxima de rebelión de Satanás que quiere hacerse semejante a Dios, contra el Dios verdadero.

La Palabra nos dice que: "Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos…" (Ap.16:13). Por otra parte, Zacarías nos dice que al anticristo le interesa la carne de las ovejas gordas y que ellos van trabajando por lo alto para reunir a los reyes de la tierra, para reunirlos contra el Cordero y contra los suyos, y puede ser que reúnan los ejércitos hablando de paz y seguridad, pero ellos no tienen interés en eso.

Satanás sabe que con esa falsa promesa va a canalizar la fuerza de los ejércitos, incluidas las bombas de neutrones, para resistir la segunda venida del Señor Jesucristo. Y no estamos hablando sueños, ya que lo dicen expresamente los luciferianos en sus propios libros, que recibirán la Segunda Venida de Cristo con bombas de neutrones. Les parecerá raro, pero en Chile hace poco murió Miguel Serrano, un militar luciferiano y pro fundador de este movimiento, que en uno de sus libros pudimos leer lo anterior. Satanás quiere reunir las naciones y a sus ejércitos no para la paz y la seguridad, sino usando la propuesta de paz y seguridad. La Palabra discierne para qué reúne Satanás a las naciones, pues dice que los quiere reclutar para pelear contra el que montaba el caballo blanco, contra el Señor Jesús, el Verbo de Dios, y contra su ejército.

Los que están con el Verbo de Dios son llamados, escogidos y fieles, y quiera Dios que estemos en ese bando, en el bando que desciende del cielo, que nació de lo alto y que representa los intereses de Dios en la tierra, y no la Babilonia que se levanta de abajo para arriba, pretendiendo conquistar el cielo y la gloria divina. La gloria desciende de Dios para abajo, pero Babilonia son ladrillos de barro, hechura humana que se levanta de abajo para arriba; pero que ya fue juzgada, fue confundida y fue dispersada. La dispersión y la confusión es el juicio de Dios contra Babilonia. El propósito eterno de Dios nuestro Padre es recapitular, reunir en Cristo Jesús todas las cosas.

LA IGLESIA FIEL REPRESENTANTE DEL SEÑOR

Hoy en día, nosotros no podemos contemporizar. Tenemos que conocer al Señor, porque nuestro testimonio tiene que ser claro y no podemos simplemente ser prácticos, ya que ese aparente beneficio de la práctica para convivir, renunciando a la verdad, no es de los seguidores del Señor Jesús. Debemos ser muy decentes con la gente, amables, cariñosos, cuidadosos, caritativos, pero muy claros con ellos. La Iglesia tiene la incumbencia de dar el testimonio acerca de Jesucristo. La Iglesia no se va a reunir en concilio mundial con otras religiones para ponerse de acuerdo y facilitar la convivencia en la tierra, porque esa no es la misión de la Iglesia. La Iglesia debe representar al Señor, así como el Señor ha representado a su Padre, cosa que no les gusta a las personas, porque ellas quieren el lugar de Padre. Los hijos del diablo tienen los mismos intereses de su padre el diablo, pero la Iglesia tiene al Señor en el centro.

Entonces, nosotros, en estas cosas, tenemos que ir despacio y asegurarnos de cuál es la Palabra de Dios, y la confesión del Espíritu acerca de esta crucial pregunta: "¿Quién decís vosotros que soy?". El Espíritu Santo se demoró cuatro siglos para que los santos, a la luz de los testimonios bíblicos, reconociera que Jesús es el Hijo de Dios, y es consustancial con el Padre. Esto se trata de revelación, y se trata de saber por qué estamos o no de acuerdo con alguna voz de las tantas que hay en la tierra.

El Espíritu Santo comenzó a enseñar a la Iglesia de los primeros siglos, quién es Jesucristo en su divinidad, y por qué se le dice Dios, también. Jesucristo es la gran piedra de escándalo y de tropiezo para el propio Judaísmo, y ahora para el Islam; y además, para cierta parte de la cristiandad quienes aún se encuentran confundidos alrededor de esto. Por lo tanto, la Iglesia debe oír lo que dice el Señor, porque Él tomó las Escrituras cuando resucitó, y se pasó los cuarenta días antes de la ascensión enseñando lo que decían de él, y luego los apóstoles, de los cuales nos dice la Palabra que: "Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo" (Hch.5:42).

Este era el tema de los apóstoles, y el tema del evangelio de Dios; y como dice en Romanos 1: "…el evangelio de Dios, (…) acerca de su Hijo (…) que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Ro.1:1,4). Eso era lo que estaba en el Lugar Santísimo del Tabernáculo, lo que ocupaba el lugar central en la casa de Dios, que es el Arca del Testimonio de oro y de madera, lo cual nos habla de la persona divina y humana de Cristo, y el propi-

ciatorio, que nos habla de la esencia del evangelio, de la obra de esta persona divina y humana.

Recordemos que el propiciatorio es donde se colocaba la sangre de la expiación, pero ahora también nos habla de su resurrección y ascensión, porque esa Sangre fue derramada cuando era un hombre (es todavía hombre), cuando estaba de paso por la tierra. Allá en el Atrio, en el Altar de Bronce, derramó la Sangre, pero esa Sangre no se quedó allí, sino que fue introducida por el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo, lo que implica la resurrección, ascensión y entronización del Señor Jesús, porque en base a su Sangre obtuvo eterna redención. Entonces, el propiciatorio nos habla de la esencia de la obra del Señor en la Cruz, en la resurrección y en la ascensión. Eso es lo que ocupa el lugar central, en el corazón de la fe de la Iglesia, y de allí es de donde recibe todos sus beneficios, desde la divinidad, desde la humanidad, desde la muerte, desde la resurrección, desde la ascensión, desde la entronización, desde la intercesión, y desde el derramamiento del Espíritu. Desde ahí proviene la vida de la Iglesia, debajo del trono en el Lugar Santísimo, desde donde surge el río de Dios hacia el Lugar Santo, hacia el Atrio, y toda alma que entrare en aquel río será vivificada. Desde ahí desciende todo; aquí está la casa de Dios, que es la Iglesia, y ¿qué tiene en su corazón? ¿A quién ha recibido? Al Señor; y al recibir al Hijo, se recibe al Padre; al recibir al Espíritu, el Padre y el Hijo han venido a hacer morada, junto con lo que el Señor Jesús consiguió en su humanidad, en su vida, muerte, resurrección y ascensión. El Espíritu toma todo lo que es del Hijo, y el Hijo todo lo que es del Padre, y todo lo que es del Padre y del Hijo, lo pasa el Espíritu a nosotros.

Por esto, la Palabra nos habla no sólo del Espíritu Santo, sino de: "la suministración del Espíritu de Jesucristo" (Fil.1:19). Esa frase es muy importante y muy significativa, y está también en Gálatas, que nos dice: "Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?" (Gá.3:5). Por el oír con fe recibimos la suministración del Espíritu, y el Espíritu nos trae todo lo que es del Señor, así como el aceite trae todas las especies machacadas, el aceite de la unción pasa hasta el borde de las vestiduras del cuerpo, trayendo la mirra, la canela, la casia, y el cálamo que nos hablan de la obra del Señor.

La Iglesia siguiendo al Espíritu y la Palabra, junto con el testimonio del Padre, del Hijo y del Espíritu, debe conocer al Señor en su divinidad, en su personalidad distintiva como Segunda Persona de la Trinidad, como Verbo de Dios y también como hombre, lo que comprende su vivir humano, su muerte, resurrección y ascensión. Todo lo anterior junto es el corazón del testimonio de la Iglesia. Dios nos ha

dado vida eterna y esta vida está en su Hijo; el que tiene al Hijo, tiene el testimonio en sí mismo, y tiene también la vida.

EL ESPÍRITU SANTO EN HEBREOS

Hebreos es una epístola que cumple la función del Espíritu de glorificar al Hijo por la vía del contraste, es decir, contrasta el Antiguo Pacto con el Nuevo; contrasta al Hijo con los ángeles, y contrasta muchas otras cosas para exaltar y glorificar al Señor Jesús.

Vamos a hacer el seguimiento de la manera cómo el Espíritu Santo empieza a abrir los ojos de la Iglesia por el testimonio.

El Espíritu Santo inspiró, creemos que a Lucas, a escribir Hebreos, aunque no es el tema en este momento, sino es que el autor fue guiado para el testimonio. Y justamente en el primer capítulo de la epístola aparece nada menos que el testimonio del Padre acerca de la divinidad del Hijo. Hemos oído el testimonio de Jesús acerca de su Padre, pues él vino a glorificarlo, pero ahora la Palabra de Dios nos muestra la glorificación hacia el Hijo. El Padre honra al Hijo y pide que nosotros también le honremos, al igual como se honra al Padre. Esto es justamente lo que el Islam tiene como gran blasfemia. Lo que nos pide el propio Padre en la Palabra, pidiéndoselo a todas las criaturas en el cielo y en la tierra, que reconozcan el lugar divino que ocupa el Hijo. Esa es la confesión de la Iglesia, que está en el centro del conflicto.

Veamos aquellos capítulos que nos hablan de esto: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas por la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él será a mí hijo? (Heb.1:1-5).

Dios nos ha hablado por el Hijo, y el Hijo es el hablar de Dios final, y cualquier otra cosa que se diga no puede ser diferente a lo que ya ha dicho el Hijo. La Iglesia puede crecer en la revelación, en el entendimiento espiritual del hablar del Hijo, pero el hablar del Hijo es conclusivo, es la última palabra de Dios.

Dios, en otros tiempos, habló de muchas maneras, pero en los postreros tiempos el hablar de Dios es el Hijo. Todo le pertenece al Hijo por voluntad del Padre; el Hijo desde la eternidad compartía la gloria del Padre; él es el resplandor de la gloria divina y esa frase no es un invento del autor, porque Dios mismo, cuando le mostró a Ezequiel el resplandor de la gloria divina, lo vio semejante a un hombre (Ez.1:26,28). Esta era la semejanza de la gloria divina, era el Hijo antes de la encarnación, el Hijo en la eternidad con el Padre, en el principio de todo. Todo ha sido creado y sustentado por el Hijo.

Qué síntesis preciosa ha hecho el Espíritu en esta introducción a la epístola, y qué síntesis del evangelio de Dios acerca de su Hijo. En la actualidad, estas palabras provocan un escándalo, pero Lucas no se está inventando esto, o cualquier otro que haya sido el autor ocupado por el Espíritu Santo, porque se basó en la Palabra del propio Padre, pues es él quien ha hablado acerca del Hijo. También aquí, Dios Padre ha hecho un contraste entre el Hijo y los ángeles quienes son poderosos en gloria, pero no como Jesús. Lo que está haciendo el Espíritu Santo por medio del autor, es citar al Padre, pues Jesús no es una doctrina inventada por Lucas o por los cristianos, a quienes se les ocurrió divinizar a un carpintero, sino que el Padre le reveló a su Hijo a muchos carpinteros y pescadores.

El Padre, cuando introduce al Primogénito en el mundo dice: "Adórenle todos los ángeles de Dios" (He.1:6). Dios el Padre le manda a los ángeles a adorar al Hijo, e incluso cuando está en la tierra como hombre, fue adorado desde que nació en Belén, por aquellos personajes con regalos muy significativos, al igual que aquella vez cuando el ciego recibe la vista y fue adorado por él. Jesús, a lo largo de su vida recibió la adoración. Por lo tanto, ¿nos podemos dar cuenta quién es el Hijo? "…El que no honra al Hijo, no honra al Padre…" (Jn.5:23).

Dios tiene un Hijo, y le agradó que en el Hijo habitase toda plenitud, y el propio Hijo da testimonio. La misma vida autosuficiente de Dios, posee el Hijo. Esto no se dice de ningún ángel, ni anciano, querubín, serafín, arcángel, etcétera, sino sólo se dice del Hijo.

"Ciertamente de los ángeles, dice: El que hace a sus ángeles espíritus, Y a sus ministros llama de fuego" (Heb.1:7). Eso se dice de los ángeles, que son espíritus; mas del Hijo dice: "…Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el centro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual, te ungió Dios, el Dios tuyo…" (Heb.1:8-9).

Jesús es una persona divina, que era en el principio, antes de todas las cosas. Por eso fue que cuando Isaías en el capítulo 6 vio a Jehová de los ejércitos en el trono, diciendo que serafines a su alrededor proclamaban a la Trinidad: Santo, Santo, Santo (paráfrasis Is.6:1,13), nos habla de la gloria de Jesús antes de la encarnación.

"Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra…" (Heb.1:10). Podemos apreciar en estas palabras que el Hijo no es solamente un hombre en la tierra, sino que ya era en el principio. "Y los cielos son obra de tus manos" (Heb.1:10). Muchas veces repetimos esto, pero no nos fijamos que es del Hijo de quien se habla.

"Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados…" (Heb.1:11-12). Se mudará de vestido el Señor, pues ese universo tan tremendo es un vestido viejo. La gloria es de Dios, no del sol, no de la luna, ni de las estrellas. Todo va mudando, pero él no muda. "Pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán" (Heb.1:12). Los años del universo podrán ser años luz, pero se acaban, mas los del Señor permanecerán para siempre.

"Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra?…" (Heb.1:13). O sea, al lado de Dios, en su trono. Como dice la Palabra en otro lugar: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Ap.3:21). ¿Quién está sentado en el trono? El Padre y el Hijo. Y ¿quién más se sentará ahí? Los vencedores de la Iglesia. Qué llamamiento altísimo, pero que no podremos ni siquiera soñar con ese llamamiento si no conocemos al Hijo. Pero ahora que conocemos al Hijo y las promesas sobre él, descubrimos lo enorme de nuestro llamamiento.

"¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación? (Heb.1:14). Esto fue escrito a manera de contraste, para ver la gloria del Hijo sobre el paño de fondo de la gloria de los ángeles, que son tan fuertes en poder, pero que no son nada comparados con el Hijo.

Capítulo Seis *

El Verbo de Dios

LA DIFERENCIA ENTRE LAS TRES PERSONAS DE LA TRINIDAD

Lo distintivo del Espíritu Santo no es la divinidad, porque la divinidad es la misma, y así también como la esencia es la misma, la naturaleza también es la misma. Pero esa divinidad, esencia y naturaleza divina del Espíritu subsiste a manera de procedente del Padre y del Hijo.

La procedencia es lo característico distintivo del Espíritu Santo. En cambio el Padre no procede, pero el Espíritu sí procede. Es la misma esencia, es la misma divinidad, la misma naturaleza, pero que subsisten de una manera distintiva en el Padre, de una manera distintiva en el Hijo. Lo que se puede decir del Padre, no se puede decir del Hijo, pero hay cosas que sí se pueden decir de ambos, como la divinidad, la naturaleza, y la esencia. Pero la subsistencia o la hipóstasis, como dice la palabra griega, es distinta.

Por eso no estaba equivocado nuestro hermano Tertuliano de Cartago cuando escribió por allá en la Iglesia primitiva que: "Hay un solo Dios Verdadero, pero tres personas distintas"; no tres dioses diferentes, sino un solo Dios verdadero. Pero ¿por qué tres personas distintas? No son distintas en la divinidad, porque Dios es uno solo; y si no lo son en la divinidad, ni en la esencia, ni en la naturaleza, entonces ¿en qué son distintas? En la manera cómo esa única divinidad, esencia y naturaleza, subsisten. En el Padre subsiste de manera ingénita, sin que nadie lo engendre, y sin que proceda de nadie; pero esa misma divinidad subsiste en el Hijo como unigénito del Padre, y esa misma divinidad con esencia y naturaleza divinas subsiste en el Espíritu Santo como procedente del Padre y del Hijo; pues eso es lo distintivo. Lo que se confiesa del Hijo como distintivo, no se puede decir del Padre – sí que es Dios y que tiene vida en sí mismo, implicando esencia y naturaleza; pero que es unigénito no, porque eso es distintivo del Hijo, el ser unigénito del Padre.

* Mensaje predicado en Iquique el 05/08/2009.

Con el Padre, en la misma divinidad, ha estado siempre el Hijo. El Espíritu Santo se demoró cuatro siglos enseñándole a la Iglesia que el Hijo tiene la misma sustancia del Padre. Cuatro siglos se demoró la Iglesia digiriendo esta verdad que desde el principio fue confesada en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo Testamento por los profetas; por el Padre primero, por el propio Hijo, y por el Espíritu Santo a través de los profetas en el Antiguo Testamento, y de los apóstoles en el Nuevo Testamento. La divinidad del Hijo fue confesada, pero esa divinidad del Hijo debe confesarse también con la personalidad de él, como una segunda persona junto con el Padre; no la misma persona, sino una persona propia, distintiva, unigénito del Padre, a quien el Padre le dio el tener vida en sí mismo.

El Padre es ingénito, pero esa vida eterna en sí mismo, autosuficiente, de esencia y naturaleza divinas, quiso que también el Hijo las tuviera, y las tiene, pero como dadas por el Padre, y por eso a él se le llama Unigénito del Padre. Luego, ya nos detendremos en la palabra unigénito, pero por ahora vamos desembocando en un reconocimiento del Hijo.

No podemos negar al Hijo, ni tampoco que estuvo siempre con el Padre. ¿Conoces el Nombre de Dios y el de su Hijo? "En el principio" (Gn.1:1). Así empezó Génesis, y así también empieza Juan: "En el principio" (Jn1:1). La diferencia está en que lo que aparece en Génesis está oculto, en cambio en Juan aparece explícito. "En el principio creó Dios (Elohim)…" (Gn.1:1).

LA PERSONALIDAD DEL HIJO

Veremos dos pasajes claros, donde no sólo se confiesa la divinidad del Hijo, sino también se confiesa la personalidad de él, porque nuestra confesión cristiana va más allá de su divinidad. Porque la divinidad del Hijo todavía es confesada por los "Solo Jesús", y sin embargo ellos confiesan una sola persona. Entonces, ¿dónde está la segunda persona? El problema con los "Solo Jesús" o los Unitarios, es que se les desapareció la segunda persona, están negando al Hijo, porque están prácticamente diciendo que sólo existe el Padre, y lo del Hijo es solamente el hombre en el que se "metió" el Padre.

El Hijo es otra persona, es la segunda persona de la divinidad, de la Trinidad. Es el unigénito del Padre que tiene vida en sí mismo como el Padre, y no a partir de la encarnación, sino desde antes que el mundo fuese. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios" (Jn.1:1).

Podríamos pensar que Juan está complicando tanto las cosas, y que

hubiese sido mejor decir: "En el principio el Verbo era Dios", y punto; o, "En el principio era Dios", pero él no está complicando, sino que él está revelando. Dios lo ha revelado, y él está confesando la revelación Divina que aprendió del propio Hijo, del Espíritu y del Padre, porque si alguno viene al Hijo es porque el Padre le reveló quién es el Hijo. "En el principio era", o sea, antes del principio, ya en la eternidad pasada, pre-existía el Verbo con el Padre; en el principio era no solamente el Padre, sino que también era el Verbo.

Por eso, cuando Juan leía: "En el principio creó Dios", él ya estaba viendo al Hijo y a "Elohim" cuando dijo: "…Hagamos al hombre a nuestra imagen" (Gn1:26). Y también estaba viendo al Hijo cuando la Palabra decía: "… ¿quién irá por nosotros?..." (Is.6:8). Ese es el Cristo que confiesan los Apóstoles. Y no podemos recibir de manera ingenua otro espíritu, ni otro Jesús, ni otro evangelio. Aquí hay que tener mucho cuidado.

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn. 1:1). Aquí no sólo está confesando la pre-existencia del Hijo, sino la co-existencia del Hijo con el Padre. Hoy en día, muchas veces la gente dice que el Verbo era Dios, pero pon atención en ver si también dice "que era con Dios". Algunos quieren decir que "era con Dios" para confesar una segunda persona, pero no divina. El Verbo no fue creado, fue engendrado, pero no en el tiempo, sino en el auto conocerse de Dios. Dios genera una imagen de sí, que es igual a sí, en el auto conocerse de Dios. En ese conocimiento eterno de Dios, el Verbo es el unigénito del Padre, que es engendrado por el Padre, pero no en el tiempo, pues no empieza a existir, sino que siempre acompañó a Dios, porque la omnisciencia de Dios acerca de sí mismo, la imagen que él tiene de sí mismo, siempre le ha acompañado.

"Este era en el principio con Dios" (Jn.1:2). Aquí "este", no es "esto", porque algunos dicen que el Verbo quiere decir la Palabra, pero la palabra no es un "esto", es decir, no es una cosa, no es un sonido, pero sí es una persona.

Aquel Verbo fue hecho carne, y vimos su gloria. "…gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Jn.1:14). Juan está confesando al Hijo, y no negándolo. Desde la eternidad estaba el Hijo todavía no encarnado; antes de todo existir, el Verbo era con Dios y el Verbo era el Hijo; se le llama Hijo no sólo a partir de la encarnación, sino que se le llama Hijo en la creación. Esta declaración confiesa la divinidad en el medio, habiendo confesado antes, y volviendo a confesar después, la co-existencia del Hijo con el Padre en la eternidad; es decir, que ya en el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios, co-existencia del Hijo con el Padre.

¿Y por qué le llamamos persona? Esa persona no comenzó con la encarnación, porque si esa persona hubiera comenzado con la encarnación, no hubiera podido decir "…antes que Abraham fuese, yo soy…" (Jn.8:58). Juan recordaba todo eso, así también cuando decía "…Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn.17:5).

En la epístola a los Hebreos se dice: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo…" (He.1:1-2). Es decir, aquel Hijo ha estado en los días postreros; en aquellos tiempos en que escribía el autor, eran los últimos días, habían comenzado los últimos días. El resto de la historia del Antiguo Testamento –larga historia – había pasado, y él podía hablar que: "…en estos postreros días nos ha hablado…" (He.1:2).

Empecemos a leer ahora con cuidado "…por el Hijo, a quien…" (He.1:2). Ese pronombre "quien" se aplica a una persona; sólo una persona puede ser un quien, o si no sería un "que" y sería alguna cosa, pero si dice "quien" tiene que ser una persona. Ahora, esta persona del Hijo que habló en los días postreros, ¿es algo que apareció y fue creado sólo en los días postreros? ¿O ya era con el Padre en la creación y antes de la fundación del mundo?

El Padre nada creó solo, y ni siquiera lo planeó solo, pero no solo planeó con el Hijo, sino que creó con él. ¿Dónde va a parar nuestro individualismo ante este hecho de que ni siquiera el Padre hizo nada solo? Todo lo que ha hecho el Padre ha sido hecho por medio del Hijo, con el Hijo, en el Hijo, para el Hijo, y todas la cosas fueron creadas teniendo como punto de referencia el Hijo.

Si Dios no tuviera un Hijo, no conoceríamos el amor, no conoceríamos la lealtad. Si Dios mismo no fuera Trino, no sabríamos a dónde vamos, ni en qué consiste la obra que Dios está haciendo con nosotros. Todo lo hace el Padre en función del Hijo, y todo lo hace el Hijo en función del Padre; si esto no nos es revelado y participado por el Espíritu que proviene del Padre y del Hijo, y si no vemos la Trinidad, no veremos la Iglesia. Todo empieza desde aquí, y desde aquí salen todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

"…a quien constituyó heredero de todo… " (He.1:2). Todo fue hecho para el Hijo, y Juan nos dice que: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él todo lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn.1:3). "… y por quien asimismo hizo el universo…" (He.1:2). O sea, Dios el Padre, por ese "quien", que es el Hijo, hizo el universo. El Hijo aparece aquí en la hechura del universo, por medio del cual Dios hizo todo.

Todo lo que existe es amor del Padre al Hijo, y es por causa del amor que el Padre tiene al Hijo. La Trinidad es la que explica la creación, la que explica el universo visible y el invisible. Todo es una expresión de amor eterno del Padre al Hijo. Todo lo que existe es un regalo que el Padre le da al Hijo, y Dios, que conoce al Hijo, quiere honrarlo dándole la Gloria; y el Hijo se la devuelve otra vez al Padre.

Como veíamos anteriormente, antes que el mundo fuese, el Hijo tenía con el Padre la gloria, porque él mismo era la gloria de su Padre. "… el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia…" (He.1:3). Todo el propósito eterno de Dios era en relación con el Hijo, así como todo lo que el Hijo tiene en su corazón es en relación con el Padre. El Hijo vivió en función del Padre, y el Padre en función del Hijo; ese es el amor, el vivir en función del otro, vivir para el otro. No conoceríamos el amor, si no se nos revela la Trinidad. No conoceríamos lo que verdaderamente tiene valor, lo que verdaderamente tiene altura y sublimidad, sin la Trinidad.

EL HIJO EN EL LIBRO DE PROVERBIOS

En Proverbios podemos ver muchas frases que aparecen dichas por Pablo, o por Juan en el Nuevo Testamento. Recordemos que en la Primera Carta a los Corintios se nos dice: "Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios" (1Co.1:24). Salomón, como hijo de David, es una figura de Cristo, y se nos enseña en el Nuevo Testamento que el Espíritu de Cristo obró a través de los profetas. Por eso David pudo profetizar y hablaba como si fuera Cristo. Era el Espíritu de Cristo hablando a través de ellos, y ahora la sabiduría de Dios hablando a través del que es tipo de Cristo, el hijo de Isaí, a quien Dios le dijo: "…tú no me edificarás casa, sino tu hijo que saldrá de tus lomos, él me edificará casa…" (1 R.8:19).

Salomón le edificó el templo, pero eso era sólo una figura del verdadero hijo de David que edifica el verdadero templo. El verdadero Hijo de David edifica la casa de la Sabiduría que es el Señor Jesús. Él es el Hijo de David que edifica el cuerpo de Cristo, que es la verdadera casa de Dios; pero aquello tenía una tipología que era Salomón edificando el templo físico, que era la figura de la casa espiritual de Dios que es el cuerpo único de Cristo. Entonces, aquí aparece la Sabiduría de Dios, que, según Pablo por el Espíritu Santo, es Cristo.

"Yo, la sabiduría…" (Pr.8:12). Aquí la sabiduría aparece personalizada, aparece hablando en primera persona, aparece diciendo "Yo". Es la persona de la sabiduría, que es Cristo hablando a través de su tipo,

que era el hijo de David, Salomón. "…habito con la cordura, y hallo la ciencia de los consejos" (Pr.8:12).

¿Quién viene hablando en todo este capítulo? La persona de la Sabiduría: "Jehová me poseía en el principio…" (Pr.8:22). La persona de la Sabiduría estaba con el Padre en el principio.

"Ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio" (Pr.8:22-23). Porque antes del principio no había nada aparte de la Trinidad. Desde el principio él tuvo el principado. Él fue el Principio de lo demás y el Primero de todo.

"Antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrada…" (Pr.8:23-24). Es fundamental aclarar que ser engendrado no es lo mismo que ser creado. Aquí aparece la Sabiduría divina diciendo que eternamente ha estado con el Padre, y antes de todas las cosas tenía el principado, y a la misma vez dice que fue la sabiduría engendrada. ¿Por qué se habla de la sabiduría siendo engendrada? No quiere decir "siendo comenzada", no vayamos a confundir esto, pues a la Sabiduría no se le dice que empezó, porque si la Sabiduría hubiera comenzado, entonces tendríamos que decir que hubo un tiempo en que Dios no tenía sabiduría, que Dios no era sabio, pues entonces no era Dios. ¿Nos damos cuenta?

A la Sabiduría se le dice engendrada, pero no creada. ¿Por qué engendrada? Porque cuando Dios, y ese "cuando" no empieza en el tiempo, sino ese cuando viene desde la eternidad, cuando Dios se conoce a sí mismo. Por ejemplo, podemos decir que cuando una persona tiene un conocimiento claro de sí mismo, esto se puede entender, sólo que en el plano de Dios esto es elevado a una potencia más perfecta, pero para entenderlo, así como nosotros fuimos creados a su imagen, podemos entenderlo. Una persona, al ser consultada, por ejemplo por su testimonio, o cómo ha sido su vida, la persona se conoce a sí misma y tiene una imagen de sí misma, y es capaz de contarnos sobre su vida, su familia, y nos empieza a hablar acerca de sí misma; por lo tanto, tiene una imagen de sí misma, aún cuando esa persona pueda pensar que es más o menos de lo que es. Pero a Dios no le pasan esos problemas, porque Dios no se equivoca acerca de sí mismo; Dios se conoce a sí mismo tal como él es. Él tiene de sí una imagen que es igual a él, a quien nada le falta, ni nada le sobra. El auto-conocimiento perfecto que Dios tiene de sí desde la eternidad, ha engendrado de sí una imagen que es igual a él, que es uno con él, en la cual él se conoce, y por la cual él se revela.

Porque antes de Dios revelarse y decir: "YO SOY EL QUE SOY" (Ex.3:14), él tiene que auto-conocerse, porque si él no se auto-conoce, ¿cómo va a auto-revelarse? Esa auto-revelación plena de Dios es el Verbo de Dios. El Verbo de Dios es la Palabra de Dios, pero no es la Palabra sólo acerca de alguna cosa. Cada cosa se menciona con una palabra, cada objeto, es como una imagen de algo, pero existe una palabra acerca de lo que Dios mismo revela, representa, y expresa. Entonces, el Verbo de Dios es la Palabra de Dios que lo expresa a él mismo, un Verbo que contiene su plenitud. El Verbo de Dios expresa la plenitud de Dios, y no es cualquier palabra. En el caso de Dios, la Palabra de Dios es en la que él se auto-revela, porque él se auto-conoce, y se reconoce en su imagen. Y esa imagen que Dios tiene de sí mismo, por la cual él se revela, que ha estado con él eternamente y que es igual a él, es el Verbo de Dios, que estaba con Dios.

El Padre quiso que el Hijo, que es el Verbo, tuviese vida en sí mismo, para que la Palabra lo exprese a él tal como era. Esa es la teofanía de Dios, la expresión de Dios total. El Verbo se refiere a la Palabra que expresa a Dios, tal como Dios es, por eso también el Verbo es llamado: "… la imagen del Dios invisible…" (Col.1:15).

Esa imagen es la auto-revelación de Dios, pero antes de auto-revelarse, debe auto-conocerse, y en ese auto-conocerse eterno de Dios, la Sabiduría de Dios acerca de sí mismo, y acerca de todo, es engendrada por Dios, pero no engendrada en el tiempo, porque Dios no empieza a conocerse, sino que es engendrada porque Dios se auto-conoce, por lo que engendra una imagen de sí, que es igual a sí.

"Antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas" (Pr.8:24). Estas "fuentes de las muchas aguas" no se refiere solamente a las aguas de la tierra, porque en Génesis y en los Salmos habla de: "Y las aguas que están sobre los cielos" (Sal.148:4). Estas muchas aguas, no sólo las del planeta tierra, son los elementos que también están en los océanos de la tierra, pero que antes de estar aquí en la tierra, y antes de ser reunidas, estaban dispersas, y antes de ser separadas, estaban unidas con el resto del material del universo que fue creado por Dios.

"Antes que los montes fuesen formados, Antes de los collados, ya había sido yo engendrada;…" (Pr.8:25). Es por eso que al Hijo se le llama unigénito del Padre, pues: "…como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo;…" (Jn.5:26). "No había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo" (Pr.8:26-27). La persona de la Sabiduría, del Verbo que estaba con

Dios, y era Dios, por medio del cual todo fue hecho, y sin el cual nada de lo que ha sido hecho fue hecho.

"…Allí estaba yo; Cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo" (Pr.8:27). Aquí dice "círculo", pero la palabra exacta es órbita. El Espíritu se movía, y el movimiento del Espíritu era enorme. La faz del abismo se refiere al material de todo el universo, y las aguas se refieren a todos los elementos que están también en los océanos, pero que han estado también en las estrellas, y en todas partes.

Continúa diciendo: "Cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento..." (Pr.8:28-29). Antes no había separación entre océanos y tierra, ya que fue en el tercer día que Dios dijo: "descúbrase lo seco" (Gn.1:9), "cuando establecía los fundamentos de la tierra…" (Pr.8:29). "Fundamentos" se puede traducir como "los ejes de la tierra". Con él estaba el Hijo, ¿haciendo qué? "Con él estaba yo ordenándolo todo…" (Pr.8:30). Nada de lo que ha sido hecho fue hecho sin él.

"Y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él" (Pr.8:30). Esa palabra que nos dice "delante de él", es como una imagen de sí mismo, porque la Sabiduría de Dios estaba con Dios delante de él. "… en todo el tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres" (Pr.8:30-31).

EL SURGIMIENTO DEL CONCEPTO DE VERBO

Este es nuestro Dios, es Dios Trino, el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Espíritu Santo se detuvo primero a hablarnos quién es Jesús. ¿Nos damos cuenta que el prólogo del evangelio de Juan tiene base aquí en Proverbios 8? Ese fue el propósito de los 400 años intertestamentarios. Para eso es que se escribió la Septuaginta, y para eso fue que a Alejandro Magno Dios le dio tanto reino, y se hablaba en griego, y hubo un periodo en que las culturas hebrea y griega tenían que crear un puente de comprensión, porque desde el mundo judío tenían que pasar las cosas a los demás pueblos y naciones y lenguas; entonces Dios trabajó extendiendo la cultura griega y luego la romana, preparando las cosas, y traduciéndose la Biblia al griego.

Comenzaron Aristóbulo, sumo sacerdote y genio, y Demetrio de Falerón, bibliotecario de Alejandría, y Filón, a hacer el puente entre la cultura hebrea y la griega, porque el Señor tenía que pasar la revelación que había comenzado en Israel al resto de las naciones. El periodo inter-testamentario fue la preparación soberana de Dios, para que por

el Nuevo Testamento surgiera desde Jerusalén a los cuatro ángulos de la tierra el evangelio de la paz, y el concepto clave fue el concepto de Verbo, ahora encarnado y salvador.

El concepto de Verbo, Dios hizo que comenzara con los griegos, allá con Heráclito de Éfeso, y después con Platón y los estoicos, para que estuviera madurito, para que Juan lo viera escrito en el muslo de su visión apocalíptica del Señor Jesús. Dios tuvo que "cocinar" cuatro siglos para que pudiera haber un entendimiento entre los judíos y los griegos, y poderse escribir el Nuevo Testamento en griego, y podernos hablar del Señor Jesús; siendo un trabajo largo, precioso, significativo, porque nada de lo que sucede en las naciones sucede al azar, sino que Dios gobierna todo en función de su Hijo, porque él creó todo para su Hijo. Comenzó con Abraham, y con Israel, pero en su simiente serían benditas todas las familias de la tierra, entonces el Antiguo Testamento iba a preparar el Nuevo, y también el periodo inter-testamentario iba a preparar el Nuevo.

Toda la historia ha sido para preparar el Nuevo, y el Nuevo es para llevar a culminación el propósito eterno de Dios, pero todo comienza en la Trinidad, en el amor que el Padre le tiene al Hijo, y que el Hijo le tiene al Padre, siendo ese amor el Espíritu que proviene del Padre y del Hijo, y que es derramado en los corazones de la Iglesia, haciéndonos uno. "…y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él" (Jn.14:23).

Esto es un fundamento importante, y acordémonos siempre que Dios tiene un Hijo desde la eternidad, y el Hijo de Dios es Dios con él, y no es otro Dios, pero es una segunda persona de la misma y única Divinidad. El Hijo era el objetivo de existencia de todas las cosas, y todo es un regalo, una herencia del Hijo.

Capítulo Siete *

La Divinidad del Hijo

La Palabra nos dice de Jesús: "…siendo en forma de Dios (…) se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombre, (…) obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil.2:7-8).

En ese despojamiento, en esa encarnación, vamos a encontrar palabras del Señor donde él habla en esa condición de hombre, en esa condición de despojamiento, en esa condición de humanidad. Algunas personas quieren engancharse de esos versículos para negar su divinidad. No están comprendiendo que él se dio y se hizo hombre, y que cuando vemos los versículos de su humillación, de su encarnación, no debemos olvidar lo de su divinidad, así como cuando vemos lo de su divinidad, no debemos olvidar su encarnación.

Los dos versículos son verdaderos y complementarios, no son contradictorios, pero es mucho más fácil confesar la humanidad del Hijo y dejarlo solamente humano y usar los versos de su despojamiento y de su humillación para tratar de negar su divinidad. Pero es el mismo Dios, el Padre, quien ha confesado la divinidad del Hijo, y el mismo Hijo lo ha hecho en ciertas ocasiones, y así también el Espíritu Santo lo ha hecho, y no sólo en el Nuevo Testamento, sino desde el Antiguo por los profetas y en el Nuevo Testamento por los apóstoles.

Veremos los versos que Satanás está negando constantemente, y por todas partes, pero que la Iglesia confiesa con las propias palabras del Padre, las del Hijo y las propias palabras del Espíritu Santo por los profetas, y apóstoles en la Biblia.

"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación

* Mensaje predicado en Iquique el 29/07/2009.

de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo? Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros. Y: tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán. Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación? (He.1:1-14).

Este pasaje lo iremos desglosando para poder extraer minuciosamente lo que el Señor quiere mostrarnos.

Ya la palabra "Porque", con que inicia el verso 5, nos liga este verso con lo que acaba de decir en el saludo de la carta. En ese saludo, él confiesa al Hijo como el heredero de todas las cosas y también como el creador con el Padre; por eso en el verso 2 nada de lo que ha sido hecho fue hecho sin el Hijo. El Padre lo planeó todo con el Hijo y lo creó con él, por él, en él y para él. El Hijo estuvo en el planeamiento y en la creación de todas las cosas.

EL HIJO, SUPERIOR A LOS ÁNGELES

Luego dice en el verso 4, después que él se hizo hombre y murió por nuestros pecados, después de resucitar, y sentarse a la diestra del Padre, que es "hecho tanto superior a los ángeles", porque como hombre – los hombres somos inferiores en fuerza y en poder que los ángeles, aunque tenemos un destino superior; el Señor se hizo hombre y luego fue glorificado, y fue reconocido como Hijo de Dios con poder, por eso dice "hecho tanto superior a los ángeles". Después nos detendremos en cierto espacio en la consideración de este aspecto angélico.

Para que lo otro no sea malentendido tenemos que poner esta primera base. El nombre del Señor Jesús es un nombre superior al nombre de

los ángeles, y no podemos poner al Señor Jesús en el nivel de los ángeles creados, pues su nombre es superior, y aquí se comienza a hacer un contraste. Toda esta epístola a los Hebreos está llena de contrastes, contrasta al Hijo con los ángeles, el Antiguo Pacto con el Nuevo, etc., mostrando la superioridad del Hijo y del Nuevo Pacto. Aquí comienza esa comparación con los ángeles, para mostrar que el Hijo heredó un nombre superior al nombre de los ángeles y vamos a ver que ese nombre es de Hijo. Este nombre no se lo dijo Dios a ninguno de los ángeles creados, y lo que dijo el Padre, lo dijo exclusivamente de su Hijo nuestro Señor Jesucristo. Entonces, no importa lo que cualquier teólogo, concilios, o denominaciones digan del Hijo, sino lo que importa primeramente es lo que el propio Dios, el Padre, ha dicho del Hijo.

Queremos llamar la atención a que en este pasaje el que habla repetidamente es el Padre, y no habla una sola vez, sino varias veces, y esas "varias" veces fueron habladas en el Antiguo Testamento, en distintas ocasiones, y fueron recogidas por el Espíritu Santo a través del autor de esta epístola y reunidas en un pasaje: "¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy?". A ningún ángel Dios le llamó Hijo de esta manera tan especial, como el Hijo unigénito, el unigénito del Padre.

Continúa diciendo: "y otra vez", es decir, que la siguiente cita proviene de otro pasaje del Antiguo Testamento, también del Padre, y dice: "Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo". La cita aquí aparece en futuro, porque era una profecía del Mesías que nacería como hombre. Desde el tiempo de David se había profetizado esta venida: "David, tú has derramado mucha sangre,"… tú no edificarás la casa, sino tu hijo que saldrá de tus lomos, él edificará casa a mi nombre" (1 R.8:19).

Aunque vino Salomón y edificó el templo, eso era apenas una figura del verdadero hijo de David que edificaría el verdadero templo. Entonces, fue en ese contexto que él habló en futuro, porque estaba hablando del aspecto humano del Mesías, descendiente en el futuro de David. "Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo". El Padre ha pronunciado estas palabras y está reconociendo al hijo de David como su Hijo.

"Y otra vez". Ya hay una tercera vez que el Padre habla: "Cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice… Veamos qué es lo que dice el Padre cuando introduce al Primogénito, al Señor Jesús, en el mundo: "Adórenle todos los ángeles de Dios"; o sea que el propio Padre manda a los ángeles a adorar a su Hijo. Cuando un ángel se le apareció al apóstol Juan, él, encontrándose confundido, se quiso pos-

trar, pero el ángel no lo permite, diciéndole: "…no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos los profetas…" (Ap.22:9).

Cuando iban a adorar a Pablo y Bernabé, ellos rehusaron también ser adorados. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, aún desde niño fue adorado, desde los magos que le adoraron al nacer, aquel ciego de nacimiento lo adoró, y los apóstoles, aunque algunos dudaban, pero al verlo resucitado lo adoraron. El Señor nunca dijo que no lo adoraran, lo que molestaba a la gente y buscaban apedrearlo pues creían que Jesús era sólo un hombre.

"Adórenle", esto lo dice "otra vez". Es una tercera vez en que el Padre habla del Hijo y manda a los ángeles a adorarle. Y ¿qué dice de los ángeles? Se hace una comparación, un contraste, para no dejar al Señor Jesús en el mismo nivel que los ángeles creados: "Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego, mas del Hijo dice…". Aquí viene el contraste, ¿qué dice el Padre del Hijo? "Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros". Dios el Padre ungió con el Espíritu al Hijo. El Padre es el que viene hablando en todos estos pasajes, hablándonos de Dios-el Hijo. Él utilizó a escribas, pero la confesión del Espíritu proviene del Padre proclamando que el trono del Hijo es eternamente. Esa es una manera hebraica o hebrea de referirse a la eternidad.

LA DIVINIDAD DEL HIJO

Ahora estaremos deteniéndonos en versos que nos conducen al reconocimiento de la divinidad del Hijo de Dios, aquella que no pueden soportar los judíos, ni los musulmanes, ni los llamados Testigos de Jehová, ni muchos otros seres humanos en la tierra. Pero ésta es la confesión de la Iglesia, porque ella no puede decir nada distinto del Padre, ni del Hijo, ni del propio Espíritu Santo. La Iglesia tiene que decir lo que la Biblia dice, porque la voz del Espíritu y de la Iglesia es la misma.

Entonces en el verso 10 aparece "Y", la conjunción que liga esta nueva confesión con las anteriores, y liga al autor de ésta próxima cita con el autor de las anteriores: "Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra". Esto se dice del Hijo y no de ningún ángel, y no se está hablando sólo del Padre, sino también del Hijo. Se está confesando al Hijo para que todos le honren, como honran al Padre. Qué palabra más

tremenda es ésta, y qué difícil de oír para los judíos. Dios ha dicho que "…toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo." (Hch.3:23). Y también dijo: "…El que no honra al Hijo, no honra al Padre…" (Jn.5:23).

En el verso 10 aparece el Hijo en la creación y en la fundación del mundo. No está hablando esto sólo de Dios el Padre, sino también del Hijo como partícipe de la creación. Los cielos, eso tan tremendo que apenas ahora, en estos últimos siglos, desde Galileo hacía acá es que empezamos a mirarlo más, y nos dice que "ellos perecerán, mas tú permaneces; Y todos ellos se envejecerán como una vestidura".

Todo ese universo inmenso, es sólo un vestido que el Señor se va a cambiar: habrá cielos nuevos. El primer cielo y la primera tierra pasarán, y ya no se hallará lugar para ellos; Dios se cambiará de vestido, y ese vestido es el universo. "Pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán. Pues, ¿a cuál de los ángeles…? Y continúa en el mismo Espíritu, comparando al Hijo con los ángeles, para mostrar que el Hijo no está en el mismo nivel de los creados, sino tanto superior a los ángeles.

"¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores?". Porque acaba de decir que los ángeles son espíritus que son ministros de fuego "enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación". Los ángeles fueron enviados a servicio de los herederos de la salvación, y que también les fue mandado adorar al Hijo; entonces cuando escuchemos la palabra Hijo, no nos imaginemos solamente al Señor Jesús como hombre, aquel nacido en Belén, sino acordémonos de aquel que nació, ya antes de nacer era Dios con el Padre, y era divino, y no fue creado en ningún momento. Todas las cosas fueron hechas por el Padre a través del Hijo, con el Hijo, y nada creó el Padre directamente, sino todo a través del Hijo.

TESTIMONIOS DEL ESPÍRITU SANTO ACERCA DEL HIJO

Ahora vamos a ver otro aspecto. Ya hicimos una mención rápida de las palabras del Padre, ahora también del propio Hijo acerca de sí mismo, palabras que confesaban su divinidad, y por las que los hombres buscaban apedrearlo, porque decían que Jesús era un hombre que se hacía pasar por Dios. Jesús pudo escaparse de esta gente, porque aún no había llegado su hora.

El Señor se humilló y se vació, pero no dejó de ser la persona eterna que siempre ha sido, que es y será, solamente que estuvo en una acti-

tud de humillación como hombre, y como hombre el Señor dice: "… el Padre es mayor que yo" (Jn.14:28). Pero también en otro pasaje se dice: "siendo igual a Dios".

Entonces, ¿es igual o es menor que el Padre? En su divinidad es igual, pero en su humanidad es menor. No nos confundamos por esos versos, tengamos los dos presentes, porque son las dos cosas al tiempo. No dejemos que uno sea usado contra el otro. Los dos versículos son verdaderos, y no son contradictorios, sino complementarios y se refieren a aspectos diferentes.

Ahora vamos a ver algunas de las confesiones del Espíritu Santo acerca del Hijo. Primero, en el Antiguo Testamento a través de los profetas, y luego en el Nuevo Testamento a través de los apóstoles. ¿Qué hizo Jesús durante los cuarenta días después de su resurrección, antes de ascender públicamente al cielo? Él tomó las Escrituras y les mostraba lo que estaba escrito, y fue necesario que esto sucediera así. El Señor Jesús hizo un trabajo, y fue mostrarles a lo largo de todas las Escrituras lo que decían de él. Siempre se aferró a las Escrituras diciendo: "Así está escrito…" (Lc.24:46). Lo que hablaron los apóstoles no era un invento de ellos, sino que hablaban lo que habían aprendido del propio Señor Jesús, quien les enseñaba de las Escrituras.

Veamos lo que nos dicen estas Escrituras, en el Antiguo Testamento, sobre el Hijo de Dios.

"Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel" (Is.7:14). O sea, era necesaria una señal de que él es el Mesías que nos viene a revelar a Dios, y que cuando él viniera "nos declarará todas las cosas" (Jn.4:25), como decía también la mujer samaritana. Y ¿cuál es la señal que el Señor mismo nos daría? Es esta: una virgen concibiendo, ¡eso sí es una señal! Si fuera una mujer normal, común y corriente que concibe de la manera común y corriente, no sería una señal.

Mateo, inspirado por el Espíritu Santo, nos muestra lo que significa Emanuel: "…que traducido es: Dios con nosotros" (Mt.1:23). Ése hijo sería Dios con nosotros. Más adelante en el mismo libro de Isaías, sigue hablando de ese hijo, diciendo: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz" (Is.9:6). El Hijo del Padre, el Hijo heredero del Padre, es el heredero del trono de Dios. Muchos hombres han sido llamados "admirables", pero nunca podrían llegar a igualar al Señor, quien a través de él revelaría a Dios el Padre.

Una vez le preguntaron a un rabino: ¿De quién habla este versículo en Isaías? Él responde: del Mesías. Nuevamente le preguntan: ¿Qué relación tendrá el Mesías con Dios? Pues el Mesías será el mismo Dios. A este rabino sólo le faltó decir que su nombre es Jesús. Hace apenas unos años atrás, murió un rabino muy respetado entre los judíos, llamado Kaduri, el principal de los rabinos cabalistas de Israel, respetadísimo, de 106 años. Kaduri tenía un hijo a quien le pidió un favor, que luego de un año después de su muerte abriera una caja en la que dejó una carta. Todo el mundo esperaba lo que el rabino diría en su carta. Cuando se cumplió la fecha, abrieron el sobre, y éste decía que "el Mesías era Jesús". Lo que le faltó decir al otro rabino lo dijo este, aunque sea después de muerto. Actualmente, en Sao Pablo de Brasil, Dios ha comenzado a moverse entre los Judíos, y ya van 613 judíos ortodoxos convertidos a Cristo.

TESTIMONIOS DE LOS PROFETAS TOCANTE AL HIJO

Sigamos viendo qué nos dice la Palabra en otros versos de Isaías. "Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad" (Is. 35:4,6). ¿Quién es el que nos va a galardonar? Aquel Salvador de quien se habla sería Dios mismo, el Salvador y el Juez. Y ¿qué hizo en la tierra el Señor? Sanó enfermos, cojos, todo lo que aquí dice que haría Dios mismo cuando viniera.

"Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios" (Is.40:3). ¿A quién se le prepararía el camino? Pues, a Jehová. Ahora se entiende cuando Juan el Bautista decía: "Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado" (Jn.1:27). Juan sabía que él era la voz que clamaba en el desierto, para preparar camino al propio Jehová que vendría detrás.

"Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu" (Is.48:16). ¿Quién es éste que está hablando? El propio Jehová. Jehová enviando a Jehová. Más adelante nos detendremos en esto, pero por el momento estamos viendo la divinidad del Hijo, y aquí lo vemos a él hablando. Es el Hijo enviado por el Padre y aquí menciona al Padre, al Hijo y al Espíritu. Ese "yo" es el Hijo; Jehová el Padre y el Espíritu es quien lo envía.

Pasemos ahora a otro testigo, porque dice la Palabra: "…el Padre es mayor que yo" (Jn.14:28). Ya vimos a Isaías, y ahora veremos a Jeremías. Vamos a ver aquí como habla del Mesías que viene de David. "He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra" (Jer.23:5-6).

Este es el Hijo de David, linaje de David, el Mesías, y ese es su nombre: "Jehová, justicia nuestra". Entonces ¿quién sería el Mesías? El renuevo de David, el propio Dios que nos salvaría. Esta es la explicación de Pablo en el Nuevo Testamento que dijo: "Él se hizo justicia por nosotros". Él nos hizo justicia, haciéndose como si fuese pecador en la cruz por nosotros.

Vamos ahora a Ezequiel, nuestro tercer testigo. Vamos a leer allí una descripción de unos querubines. "Y cuando se paraban y bajaban sus alas, se oía una voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas. Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él. Y vi apariencia como de bronce refulgente, como apariencia de fuego dentro de ella en derredor, desde el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor. Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba" (Ez.1:25,28).

No nos dice claramente que veía a un hombre, porque todavía él no se había hecho hombre, pero antes de hacerse hombre, ya era el prototipo a la luz del cual fue hecho el hombre. Cuando Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen" (Gn.1:26), esa imagen de Dios es el Hijo, y el Hijo antes de la encarnación ya era el prototipo para el ser humano, para el hombre. Por eso dice de este que está describiendo en el trono, que tenía como la semejanza de un hombre, porque éste es el que se haría hombre.

Notemos que el lenguaje aquí es muy semejante al de Hebreos, donde dice que: "Él es el resplandor de su gloria, la imagen misma", o sea, el carácter es la palabra exacta, de su hipóstasis, o sea, su subsistencia. Él es la semejanza de Dios, su imagen. A Dios el Padre nadie le puede ver, y para poder verlo hay que mirarlo a través del Hijo: "…nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn.14:6).

Y manuscritos más antiguos incluso dicen: "El unigénito Dios, el Dios unigénito le ha dado a conocer". Luego nos dice sobre aquel resplandor, pero ¿de quién? "de la semejanza de la gloria de Jehová." La imagen del Padre es el Hijo. Él es el resplandor de su gloria. Las palabras del Nuevo Testamento tienen base en el Antiguo.

Vamos al libro del profeta Zacarías, nuestro cuarto y último testigo. "Así ha dicho Jehová mi Dios: Apacienta las ovejas de la matanza, a las cuales matan sus compradores, y no se tienen por culpables; y el que las vende, dice: Bendito sea Jehová, porque he enriquecido; ni sus pastores tienen piedad de ellas. Por tanto, no tendré ya más piedad de los moradores de la tierra, dice Jehová; porque he aquí, yo entregaré los hombres cada cual en mano de su compañero y en mano de su rey; y asolarán la tierra, y yo no los libraré de sus manos. Apacenté, pues, las ovejas de la matanza, esto es, a los pobres del rebaño. Y tomé para mí dos cayados: al uno puse por nombre Gracia, y al otro Ataduras; y apacenté las ovejas. Y destruí a tres pastores en un mes; pues mi alma se impacientó contra ellos, y también el alma de ellos me aborreció a mí. Y dije: No os apacentaré; la que muriere, que muera; y la que se perdiere, que se pierda; y las que quedaren, que cada una coma la carne de su compañera. Tomé luego mi cayado Gracia, y lo quebré, para romper mi pacto que concerté con todos los pueblos. Y fue deshecho en ese día, y así conocieron los pobres del rebaño que miraban a mí, que era palabra de Jehová. Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo Jehová: Échalo al tesoro; ¡hermoso precio con que me han apreciado! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa de Jehová al tesoro (Zac.11:4,13).

Es necesario nuevamente decir que aquel que habla no es sólo Zacarías, pues no está hablando sus palabras humanas, sino que claramente dice: "Así ha dicho Jehová"; por lo tanto, estas palabras en adelante son de Jehová, quien viene hablando en primera persona.

En el verso 11 dice: "Y fue deshecho en ese día", o sea, el pacto de Jehová fue deshecho. En estos versos Jehová está profetizando que lo venderían a él, por treinta piezas de plata; y ¿con quién se cumplió esta profecía? Cuando el Señor Jesús fue traicionado por Judas y recibió de los sacerdotes treinta monedas de plata. Pero aquí dice Jehová que es a él a quien valorarían por treinta piezas de plata. Entonces ¿quién era el Mesías? ¿Quién es el que viene hablando en todo este pasaje? ¿No es Jehová? El Mesías era el propio Jehová, ¿nos damos cuenta?

Si pasamos más adelante en el mismo libro, en el capítulo 12 sucede lo mismo. "Profecía de la palabra de Jehová acerca de Israel. Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho: He aquí yo pongo a Jerusalén por copa que hará temblar a todos los pueblos de alrededor contra Judá, en el sitio contra Jerusalén. Y en aquel día yo pondré a Jerusalén por piedra pesada a todos los pueblos; todos los que se la cargaren serán despedazados, bien que todas las naciones de la tierra se juntarán contra ella. En aquel día, dice Jehová, heriré con pánico a todo caballo, y con locura al jinete; mas sobre la casa de Judá abriré mis ojos, y a todo caballo de los pueblos heriré con ceguera. Y los capitanes de Judá dirán en su corazón: Tienen fuerza los habitantes de Jerusalén en Jehová de los ejércitos, su Dios. En aquel día pondré a los capitanes de Judá como brasero de fuego entre leña, y como antorcha ardiendo entre gavillas; y consumirán a diestra y a siniestra a todos los pueblos alrededor; y Jerusalén será otra vez habitada en su lugar, en Jerusalén. Y librará Jehová las tiendas de Judá primero, para que la gloria de la casa de David y del habitante de Jerusalén no se engrandezca sobre Judá. En aquel día Jehová defenderá al morador de Jerusalén; el que entre ellos fuere débil, en aquel tiempo será como David; y la casa de David como Dios, como el ángel de Jehová delante de ellos. Y en aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vinieren contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito (Zac.12:1-10).

¿Quién es el que viene hablando en primera persona todo este pasaje? Jehová. ¿Qué dice Jehová? "Mirarán a mí, a quien traspasaron". El que fue traspasado con una lanza era el propio Jehová, pero ¿quién es el que va a poner los pies en el Monte de los Olivos? Y ¿quién fue el que ascendió del Monte de los Olivos? ¿Acaso no fue el Señor Jesús?

La Palabra dice que: "Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hch.1:11). Cuando venga en su gloria el Señor Jesús va a poner sus pies en el Monte de los Olivos, pero aquí Zacarías dice: "Y vendrá Jehová", y con él todos sus santos y afirmará sus pies en el monte de los Olivos. Entonces, ¿quién es el Señor Jesús? El propio Dios, el Hijo de Dios, y también el Hijo del Hombre. A él venderían por treinta piezas de plata, a él traspasarían y llorarían por él como se llora por un hijo unigénito. Con mucha claridad los profetas confiesan que el Mesías no sería cualquiera, sino que sería el mismo Dios, el Hijo de Dios, Dios el Hijo, ése sería el Mesías, que sería el propio Dios.

TESTIMONIOS DE LOS APÓSTOLES RESPECTO DEL HIJO

Dejemos por ahora el Antiguo Testamento y veamos cómo se expresa el apóstol Pedro en el Nuevo Testamento. "Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra" (2P.1:1). Es hermoso leer cómo se expresa Pedro. La Iglesia ha alcanzado una fe igualmente preciosa que la de los apóstoles. Y ¿qué confiesa de Jesucristo? Que es nuestro Dios y Salvador. Lo mismo confiesa Pablo, en la carta a Tito. "…aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tit.2:13).

En el momento que el Señor Jehová ponga los pies sobre el Monte de los Olivos, llegará nuestra esperanza bienaventurada. Y al igual que en la carta de Pedro, aquí se confiesa que Jesucristo es nuestro Dios y Salvador, y esta también es la confesión de la Iglesia.

"Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén" (Ro.9:3,5).

¿Qué nos dicen estos sobre el Cristo? Que él es Dios. Hemos visto la divinidad de Cristo, y que él es la segunda persona en la Trinidad con el Padre, pero ahora estamos reforzando el aspecto de su divinidad.

San Juan, nos dice que "En el principio era" (Jn.1:1). Esa es la pre-existencia, que no comenzó en el principio, sino que ya era antes del principio. "…y el Verbo era con Dios" y también ya nos hemos detenido en esto que se nos muestra de la co-existencia del Hijo con el Padre.

El siguiente versículo, que deben recordar especialmente los hermanos más nuevos, subráyenlo, recuérdenlo, está la confesión de los profetas y apóstoles que el Señor envió, y son las confesiones del Espíritu Santo. Ya vimos la del Padre, la del Hijo y ahora estamos viendo la del Espíritu Santo por los profetas y apóstoles acerca de la divinidad del Hijo de Dios. "Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna (1Jn.5:20).

¡Qué confesión de Juan!, diciéndonos que el Hijo vino a darnos a conocer al verdadero, al Padre y que estamos en el Hijo. "Este" se refiere

al Hijo, al verdadero Dios, es decir, que el verdadero Dios, el Dios único, es también trino. Donde es un solo Dios Padre, que se revela por el Hijo, y el Hijo revela al Padre. El Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento acerca del que es verdadero, y estamos en el verdadero. El que está en el Hijo, el mismo Hijo lo coloca en el Padre. Esta es la confesión exclusiva de la Iglesia, no del Judaísmo, no del Islam, no es de la Filosofía ni de la Ciencia. Sólo a la Iglesia Dios le ha revelado esto; sólo la Iglesia conoce a Dios y lo conoce en Jesucristo: "…nadie viene al Padre sino por mí." (Jn.14:6). Esa es la confesión de la Iglesia.

"…Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré" (Jn.20:25). En el evangelio de Juan vemos esta confesión de Tomás. El Señor se les había aparecido resucitado a los apóstoles, pero Tomás no estaba y él no quería creer, y tampoco pensaba que el Señor podría estar escuchándolo. Ocho días después de esto se les aparece Jesús y le dice a Tomás: "…Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente" (Jn.20:27).

No es casualidad que el Señor Jesús resucitara con las cicatrices. Esas son su gloria y nuestra salvación eterna. Tomás, al verlo resurrecto, al mismo que fue crucificado, con el mismo cuerpo, y no como algunos piensan que va a venir a través de otro. Él no necesita venir a través de nadie más; este mismo Jesús que fue tomado de vosotros al cielo, este mismo vendrá, el mismo Jesucristo, con las mismas cicatrices del mismo cuerpo que fue crucificado, en el cuerpo con que resucitó. En la gloria hay un Hombre, no sólo un Espíritu, sino Jesucristo Hombre, nuestro único mediador, un hombre completo, con espíritu humano, alma humana y cuerpo humano glorificado, pero dejando a propósito sus mismas cicatrices.

Entonces Tomás, otro testigo, al igual que Pedro, Pablo y Juan, también lo confesó diciendo: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn.20:28).

Ese es el testimonio de Dios, del Padre, así como vimos también en ese ramillete de pasajes del Antiguo Testamento pasajes del Hijo, y como él recibió adoración, por medio del Espíritu por los profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel, Zacarías y los apóstoles, Pedro, Pablo, Juan y Tomás. Esa es la confesión de la Iglesia.

Capítulo Ocho *

La persona del Hijo

Veremos algunos versos que nos muestran aspectos de la divinidad, y aspectos de la persona del Hijo, confesiones centrales de la fe cristiana.

JESUS ES EL CRISTO

En 1 de Juan capítulo 2 versos 22 y 23 dice: "¿Quien es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre".

Estos versículos nos enseñan que Jesús es el Cristo, frase básica del cristianismo, pero esta confesión es más profunda de lo que parece a primera vista, porque no solamente quiere decir que Jesús es el Mesías que había sido prometido a Israel, sino que Dios está muy interesado en que nosotros sepamos que Jesús es el Hijo del Dios viviente.

El Señor Jesús dijo que: "…porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis…" (Jn.8:24). Esta palabra es muy fuerte, y con consecuencias incluso para Israel, ya que muchos de ellos ellos renegaron del Mesías. Satanás ha hecho un trabajo muy sutil, ya que él no sólo ha querido negar el hecho de que Jesús es el Cristo, sino que inclusive, en medio de personas que confesaron que Jesús es el Cristo, él ha querido separar a Jesús de su divinidad, como si fuera simplemente un hombre. Dicen que la palabra Cristo se refiere a lo divino y Jesús a lo humano. Algunos personas hacen una separación de Jesús, entre el hombre que fue acá en la tierra, y entre la persona de la unción a la que le llamaban el Cristo o Dios. No sólo estaban los judíos clásicos que negaban a Jesús como el Mesías prometido a Israel, sino que también el anticristo utiliza el gnosticismo, es decir, diciendo que la persona del Señor Jesús es una y la persona divina es otra, como si

* Mensaje predicado en Iquique el 09/08/2009.

fueran dos personas distintas, como si la persona humana fuera Jesús y la divina fuera el Cristo.

Hoy en día, desgraciadamente, esto también sucede con personas que han sido engañadas por el espíritu de error en su entendimiento, que niegan al Hijo diciendo que la persona del Padre se introdujo en un hombre y que a ese hombre se le llamó Hijo, sosteniendo equivocadamente que en la divinidad solamente existe la persona del Padre y de esta manera también negando a la Trinidad.

Veamos nuevamente cómo nos es revelado Jesús en el Antiguo Testamento que nos dice: "¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra? ¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si lo sabes? (Pr.30:4). Cuando se comienza a ver lo que Dios ha hecho, su creación, entonces su eterno poder y deidad se hacen claramente visibles por medio de las cosas hechas. Es maravilloso ver cómo en el Antiguo Testamento se nos muestra la presencia del Hijo junto al Padre; ¿cuál es el nombre de su hijo? "Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre" (1ª Jn.2:23).

CONOCER A DIOS EN TRINIDAD

Dios tiene un Hijo, por medio del cual, en el cual y para el cual, creó todas las cosas. Debemos ver esto con mucha claridad para comprender el orden del universo, toda su armonía, toda lealtad, todo amor en la familia, en la Iglesia, en todo negocio justo, que dependen de la relación de la Trinidad. Conocer a Dios en Trinidad, es saber qué es ser un buen padre, un buen hijo, qué es ser un buen esposo, un buen hermano; es saber de la lealtad y solidaridad que nos debemos unos a otros; y muchas de estas cosas no serían conocidas, si no hubiera sido revelada la Trinidad del único Dios.

Si no hubiera Trinidad no habría Iglesia. ¿Y qué es la Iglesia? Es la Trinidad incorporada entre nosotros; el Padre por el Hijo, el Padre y el Hijo por el Espíritu Santo en nuestro espíritu, en nuestra alma, en el templo completo; en cada uno de nosotros, y haciéndonos uno como la Trinidad es una. Entonces es muy práctico y fundamental tener de Dios la revelación que el Espíritu ha dado a la Iglesia acerca del Dios trino dada por Cristo.

La unidad de la Iglesia es la Trinidad morando en nosotros, haciéndonos partícipes de su naturaleza divina. La naturaleza se refiere a los atributos comunicables que Dios desea compartir con el hombre; pero

en cambio la esencia divina se refiere a los atributos incomunicables de Dios que lo hacen ser como es, lo que hace que Dios sea Dios eterno, divino, omnipotente, omnisciente, omnipresente, autosuficiente; y esto, la esencia divina, es lo que hace la diferencia entre el ser de Dios y el ser de las criaturas que dependen de él. En teología a esto le llaman aseidad, lo que es exclusivo de la divinidad, de lo cual nadie participa, solo la divinidad.

Pero los atributos comunicables divinos que él quiere compartir con nosotros sus criaturas, son su naturaleza, de lo cual dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen" (Gn.1:26). Pedro enseña que nosotros los hijos de Dios, miembros de la Iglesia, del cuerpo único de Cristo, somos participantes de la naturaleza divina. Los seres se diferencian unos de otros también por su naturaleza, por ejemplo, la humana, y la de los animales, la de los minerales, la de los vegetales, la de los espíritus. Dios quiso comunicarnos y transmitirnos su naturaleza, que tengamos su carácter, su rectitud, su santidad, su amor. Nosotros somos creados por Dios, y él en su voluntad ha querido que seamos sus hijos, y herederos de su naturaleza divina. Nosotros somos criaturas por la voluntad de Dios. Nuestro ser comenzó de la nada por la Palabra de Dios y por la voluntad de Dios, no por su conocimiento anticipado, sino por su voluntad.

En Apocalipsis dice: "Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Ap. 4:11). Nosotros no tenemos vida por nosotros mismos como el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo, que existen eternamente antes de la fundación del mundo. Por lo tanto, toda criatura que existe es deudora de la voluntad soberana de Dios y él debe dar el sustento a quien creó y mantenerlo en existencia; y nuestro sustento es Jesús, porque la Biblia nos dice que él es el sustento de todo el universo visible e invisible. "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn.5:26). "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios…" (Jn.1:1).

Juan está confesando lo que Dios le ha revelado, y él estaba viendo al Hijo que era el Cristo que confesaban los apóstoles, y que nosotros no podemos recibir de manera ingenua otro espíritu, ni otro Jesús, ni otro evangelio.

"…y el Verbo era Dios" (Jn.1:1). Aquí habla no sólo de la pre-existencia del Hijo junto al Padre, sino que era con Dios y era Dios. Esto es antes que todo existiera. El Verbo no fue creado, fue engendrado. Dios engendra una imagen de sí que es igual a sí mismo, pero no la engendra en el tiempo, porque este Verbo no comienza a existir,

sino que siempre le ha acompañado. A este Verbo se le llama Hijo, no solo a partir de la encarnación, sino que también estaba presente en la creación.

"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el hijo…" Ahora, esa persona del Hijo que habló en los días postreros, ¿apareció solo en los días postreros? ¿O era siempre con el Padre? (La Palabra nos sigue diciendo que) "…a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo…" (He.1:2). Además, como se dice en la epístola a los Hebreos: el Hijo no solamente participó con el Padre y el Espíritu de la creación, sino que también sostiene todas las cosas.

El Hijo vivió en función del Padre, y el Padre en función del Hijo; ese es el amor, el vivir en función del otro, vivir para el otro. Si Dios no fuera trino, no sabríamos a dónde vamos ni en qué consiste la obra que Dios está haciendo por nosotros.

Capítulo Nueve *

Manifestaciones teofánicas del Hijo de Dios antes de la encarnación

Hemos visto de Jesús, su Divinidad y su persona. Ahora podremos ver qué nos dice la Palabra acerca de Jesús antes que se hiciera Hombre.

Debemos recordar que él ya existía antes de la creación; por lo tanto, también hubo manifestaciones antes de la encarnación. A estas le llamaremos "teofanías". La palabra teofanía viene de teos (Dios) y fanos o manifestación; por lo tanto, necesitamos ver aquellas apariciones de Dios en la historia de su pueblo, porque éstas eran a través del Verbo de Dios, de su Hijo. Es decir, la Segunda Persona de la Trinidad ya estaba en la historia de su pueblo aún desde el Antiguo Testamento.

LAS ESCRITURAS NO SE CONTRADICEN

En la Palabra hay versículos que aparentemente pueden ser contradictorios, pero lo más probable es que haya un tercer versículo en otro lugar donde la aparente contradicción es resuelta.

Por ejemplo, donde se nos dice que Dios es invisible (refiriéndose al Padre), "…a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver…" (1Ti.1:16). Pero por otra parte, en Éxodo, Moisés conversaba cara a cara con él. Cuando la Palabra del Señor está hablando de que Dios es invisible y que ningún hombre le ha visto ni le puede ver, se está refiriendo a la manifestación del Señor en la plenitud de su Gloria. Y de hecho, esa frase "ninguno lo puede ver", se refiere a aquella manifestación gloriosa del Señor a Moisés, cuando en aquella ocasión Moisés le dice: "…Te ruego que me muestres tu gloria" (Ex.33:18). Moisés realmente no sabía lo que eso significaba y lo que estaba pidiendo, y respondiéndole el Señor le dice: "… no me verá hombre y vivirá" (Ex.33:20).

Recordemos cuando iban a arrestar al Señor Jesús en el huerto de Getsemaní, y los soldados y alguaciles preguntaron por Jesús nazareno, y

* Mensaje predicado en Iquique el 05/08/2009.

simplemente él responde: "Yo soy", entonces los hombres retroceden y caen. Si Jesús hubiera mostrado su gloria, no solamente hubieran caído sino que también hubieran muerto. Podemos entonces darnos cuenta de que sí ha habido una manifestación de Dios, aunque restringida. Él se ha revelado y se ha aparecido, pero no en toda su gloria.

En el Nuevo Testamento hay una revelación del Hijo más completa de la que podemos encontrar en el Antiguo Testamento, porque ha sido una revelación en continuidad y no hay contradicción en ella. Dice la misma Escritura: "…las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visible desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas…" (Ro.1:20). Dios quiere ser conocido, revelado, porque nos hizo a su imagen para que, mirando su gloria a cara descubierta, seamos transformados a su imagen y así también nosotros avanzar de gloria en gloria.

En Miqueas encontramos una expresión interesante en relación con el Mesías, que veremos a continuación: "… con vara herirán en la mejilla al juez de Israel" (Mi.5:1). Podemos ver cómo el pueblo de Israel rechazaría al Mesías. "…Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, (una ciudad en aquel tiempo pequeña) de ti me saldrá el que será Señor en Israel…" (Mi.5:2). Aquí hay profecía diciéndonos que el Mesías nacería en Belén y que sería despreciado.

EL ANGEL DE JEHOVÁ

Pero ahora, miremos esta otra parte, versículo 2 última parte: "… y sus salidas (noten las salidas del que sería el Mesías) son desde el principio, desde los días de la eternidad" (Mi.5:2). El que había de nacer en Belén y que sería su líder y juez, se ha mostrado y revelado desde el principio. Aquel que había de hacerse hombre, ya había salido del Padre a intervenir en su nombre.

Veamos lo que nos dice Éxodo sobre las salidas del Mesías: "Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza…" (Éx. 3:1). El Ángel de Jehová, el que ha sido enviado por el Padre, es el Hijo, pero también es Dios. El Padre es invisible, y nadie le ha visto en toda su gloria, pero el Hijo lo ha dado a conocer en muchas de sus salidas antes de hacerse hombre. Pero luego, en la encarnación dio a conocer al Padre de manera perfecta. Jesús es la imagen del Invisible. "…y he descendido para librarlos de mano de los egipcios…" (Éx. 3:8). Podemos ver cómo Dios está en todas partes;

él no tiene que descender porque es omnipresente, pero en cuanto a su manifestación como teofanía él desciende.

El Ángel de Jehová continúa dirigiéndose a Moisés cuando lo envía a hablar con Faraón para sacar a los hijos de Israel de Egipto, diciendo: "…Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros Padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos. Ve y reúne a los ancianos de Israel, y diles: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham de Isaac y de Jacob, me apareció…" (Éx.3:15-16). Podemos ver en esta palabra que el Ángel de Jehová era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob que se le apareció. Esa es una de las importantes salidas de aquel Verbo de Dios, que estaba con Dios y que salía a representar a su Padre – porque como decíamos anteriormente, Dios en sí mismo es invisible, pero la imagen del Dios invisible se venía revelando en el Hijo antes de la encarnación.

Podemos advertir que desde el Génesis Dios se paseaba por el huerto del Edén y el hombre podía escuchar su voz. El Dios omnipresente se revelaba de una manera particular moviéndose de lugar en lugar, como un viento apacible. Dios habla, se aparece y a la vez se oculta para que vivamos, pero su intención es llenarnos y conducirnos él y conocer su gloria.

En el capítulo de Génesis en el cual Agar, la esclava Egipcia de Sarai, huye por los maltratos de su señora, y es encontrada por el Ángel de Jehová en el desierto, podemos nuevamente apreciar otra aparición del Hijo. "Y la halló el Ángel de Jehová junto a una fuente de agua en el desierto…" (…) "Y le dijo el Ángel de Jehová: Vuélvete a tu señora,…" (…) "Entonces llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres Dios que ve; porque dijo: ¿No he visto también aquí al que me ve?" (Gn.16:7-13). He aquí nuevamente al Ángel de Jehová apareciéndose en nombre del Padre, como el mismo Dios, haciendo que fuera visible y se comunicara con los hombres.

Continuando en Génesis, cuando Jacob estaba preparándose para el encuentro con su hermano Esaú – al que le arrebató su primogenitura –, se nos cuenta sobre una lucha que sostuvo con un varón: "… Así se quedó Jacob sólo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba" (…) "Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido" (Gn.32:24-28). Este varón del que se habla no es cualquier varón, sino el mismísimo Hijo, en el que se nos deja de manifiesto ya en

el versículo 28. Aquí también en este hecho podemos encontrar una figura que representa la relación de Dios con los hombres, ya que él también ha estado contendiendo con nosotros por gracia, para que nos amoldemos al Señor y dejemos de ser quienes somos, y así recibir del Señor un nuevo nombre.

Siguiendo con el libro de Éxodo, que dice: "He aquí yo (es el Padre) envío mi Ángel (es el Hijo) delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él" (Ex.23:20-21). El propio nombre de Dios está en el mensajero. Por eso Jesús decía que: "… el que me recibe a mí, recibe al que me envió" (Mt.10:40). Pero no lo entendían y procuraban matarle. Los hombres tenían el Antiguo Testamento, pero tenían un velo en sus ojos que les impedía ver a Jesús como el enviado e Hijo de Dios, y muchos se encuentran hasta hoy en ese estado.

Sin ir más lejos, podemos ver que el pueblo de Israel al ser sacados de Egipto y ser guiados por el Ángel (Hijo) a la tierra que se les había prometido, ellos también se olvidaron y no escucharon su voz. "El Ángel de Jehová subió de Gilgal a Boquim, y dijo: Yo os saqué de Egipto, y os introduje en la tierra de la cual había jurado a vuestros padres" (…) mas vosotros no habéis atendido a mi voz" (Jue.2:1-2).

El Ángel de Jehová es el que ha estado en el Antiguo Testamento; él introdujo a los israelitas a la tierra prometida, fue él que los acompañó en todas sus jornadas. Veamos esto en Primera a los Corintios, capítulo 10."Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo" (1Co.10:1-4).

Aquella roca que los seguía era Cristo, porque él ya existía antes de la encarnación y aun antes de la creación. Él estaba en el principio, el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios (Jn.1:1). Al Padre nadie le puede ver, pero el Hijo es la imagen del Dios invisible, el representante, o como se le llama también, el Ángel de Su Faz.

Veamos otros versículos, ahora en Isaías, donde el Padre envía al Hijo y en el que también podemos apreciar a la Trinidad en el Antiguo Testamento: "Yo, yo hable, y le llamé y le traje; por tanto, será prosperado su camino. Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en

secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envío Jehová el Señor, y su Espíritu" (Is.48:15-16). "… y fue su Salvador. En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad" (Is.63:8-9).

He aquí el mensajero portador de su rostro, de su imagen, el que lo representa. Por eso decíamos anteriormente que la palabra ángel no se restringe a naturaleza, sino que se refiere a su oficio de mensajero. Los ángeles celestiales, arcángeles y los hombres también son mensajeros, pero creados.

Otra expresión semejante a ésta, la podemos encontrar en Malaquías: "He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Mal.3:1). Jesús es el deseado de las naciones, el Ángel del Pacto.

Retrocediendo al capítulo 2 de Zacarías, vemos cómo aquí también el profeta nos habla del Mesías: "Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos: Tras la gloria me enviará él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo" (Zac.2:8). Aquí está hablando el Mesías como el enviado del Padre: "Porque he aquí yo alzo mi mano sobre ellos, y serán despojo a sus siervos, y sabréis que Jehová de los ejércitos me envió" (Zac.2:9).

Las apariciones de Dios eran por medio del Hijo. Por eso dice Juan: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Jn.1:18). Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, nos ha dado entendimiento para conocer al que es Verdadero. Ya estaba escrito que el que hacía las salidas desde el principio, vendría a hacerse hombre, y que volverá "…hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz" (Mi.5:3). ¿Quién ha de dar a luz? La mujer que representa al cuerpo de Cristo. En el Antiguo Testamento era Israel que tenía que dar a luz como nación al Mesías; pero en el Nuevo Testamento es la Iglesia, donde se está formando Cristo. Cuando la Iglesia esté lista, e Israel esté listo, llegarán los dos rediles a ser un sólo rebaño a través del Mesías. Cuando Israel reciba al Mesías, será reinsertado en el olivo, en el cuerpo de Cristo.

Entonces luego dice aquí: "Y el resto de sus hermanos se volverá con los hijos de Israel" (Mi.5:3). Esto nos quiere decir que el resto de los hermanos son el remanente que queda al final. "También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer… y ha-

brá un rebaño, y un pastor" (Jn.10:16). "Y él estará, y apacentará con poder de Jehová, con grandeza del nombre de Jehová su Dios; y morarán seguros, porque ahora será engrandecido hasta los fines de la tierra" (Mi.5:4).

Capítulo Diez *

La Encarnación

Hemos visto el aspecto de su divinidad, el aspecto de su persona en la trinidad y hemos visto también su oficio de mensajero del Padre, representante fiel, el testigo fiel y verdadero de Dios, que nos muestra a nuestro Dios como nuestro Padre. "El que me ha visto a mí – dijo el Señor Jesús –, ha visto a mi Padre, y el que me recibe a mi recibe al que me envió, no me va a dejar solo el Padre, el que me envió, conmigo está" (Jn 14:9; 13:20; 16:32).

El Padre está plenamente en el Hijo, le agradó al Padre que en el hijo habitase toda plenitud (Col.1:19). Pero necesitamos ver el aspecto complementario de la encarnación del hijo de Dios. Podríamos decir que esa palabra encarnación refleja el segundo gran dogma o gran verdad revelada por Dios a la iglesia.

A la iglesia se le ha revelado con claridad que el Hijo de Dios es Dios con el Padre, y es el mensajero de su paz, el resplandor de su gloria, la imagen misma de su hipóstasis, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. (Heb.1:3). Él también se hizo hombre y hay un aspecto humano y una realidad humana en el Señor Jesús, que juntamente con la divina, también nosotros debemos tener en cuenta. La realidad divina del Hijo de Dios y la realidad humana del Hijo del Hombre; el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre son la misma persona; no son dos personas, es una sola persona, a la vez divina y a la vez humana.

Porque fue la persona divina la que se hizo humana. Y necesitamos detenernos más en esto, ya que esto es parte de la fe de la iglesia y no estamos pretendiendo decir esto como una novedad. Pues vamos a tratar lo relativo a la encarnación. Después de lo relativo a la trinidad, veremos lo relativo a la encarnación.

* Mensaje predicado en Iquique el 08/08/2009.

OTRO JESÚS, OTRO EVANGELIO

Entonces, comenzaremos citando 2ªJuan, capítulo único, versos 7-10. Dice: "Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo…". Cómo Satanás es capaz de hacernos perder el trabajo de la iglesia y de la obra del Señor, si consigue presentarnos a otro Jesús, introducir otro espíritu y presentar otro evangelio. Él deja todo nuestro deseo de servir a Dios. Porque si él no logra quitarnos el amor a Dios, la emoción, entonces él va a tratar de cambiar el objeto de esa devoción, porque él quiere esa devoción y esa adoración para él.

Satanás quiere presentar otro Jesús, otro espíritu, y otro evangelio, para robárselo a usted, porque él es un ladrón y roba lo que le corresponde sólo a Dios. Entonces por eso él engaña. "Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo". Por causa de que usted ya es un hijo, Satanás no puede evitarle la salvación, pero puede hacer que por lo menos parte de su galardón sea perdido.

Entonces, por eso dice que "recibáis galardón completo". "Cualquiera que se extravía y no persevera en la doctrina de Cristo no tiene a Dios". O sea que Dios te mantiene en el camino recto y en la doctrina de Cristo. "El que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo". Y fíjense que esta frase la dice en el contexto más amplio de aquellos que niegan que Jesucristo ha venido en carne. "Si alguno llega a vosotros y no trae esa doctrina…"; la doctrina de Cristo, la del Padre y del Hijo, la de los apóstoles del Señor Jesús, la del Nuevo Testamento, "… no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras". O sea que en esto que tiene que ver con la persona del Señor Jesús, la iglesia no puede ser descuidada. Estas son las cosas fundamentales, las cuales Satanás está procurando destruir, porque nuestra salvación depende de quién es para nosotros el Señor Jesús.

Entonces Satanás quiere presentarnos a otro Jesús. Él no va a venir diciendo: "Jesucristo es malo"; no. Él va a venir hablando del maestro Jesús, pero va a hablar cosas perversas en contra del Señor Jesús, y especialmente en estos tiempos finales de engaño, de falsos cristos, en que se multiplicarían los falsos cristos. La iglesia tiene que estar muy clara acerca de la doctrina del propio Cristo. La doctrina del Padre, del Hijo y del Espíritu, por los profetas y apóstoles, en el Antiguo y Nuevo Testamento acerca del Señor Jesús.

Esta es una cuestión fundamental y la iglesia no puede trastabillar, tiene que estar firme y clara, y uno de los aspectos es éste de la encarnación. Él vino en carne, Él vino como un hombre verdadero. Y esto lo tiene que decir el apóstol Juan. Porque ya en la propia época de él, había una serie de herejías. Los docetistas, que querían negar la verdad de la encarnación de Cristo, y uno llamado Sebilto que decía que la humanidad de Cristo era sólo una apariencia, y de allí viene la palabra docetismo (que viene de doquesis), que quiere decir "apariencia". Como si el Señor hubiera sido como una especie de fantasma que tomó apariencia de hombre. Ya recuerdan que una vez los apóstoles lo vieron caminando sobre las aguas y pensaron que era un fantasma. Pero no era un fantasma. Él dijo: "Yo soy" (Juan 6:20). Y esa palabra 'doquesis', quiere decir que es como un fantasma, como una apariencia, como una aparición, que no es un hombre verdadero como nosotros y por eso en la primera epístola de Juan dice: "Este es Jesucristo que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre" (1ª Juan 5:6). ¿Por qué él dice así? Porque algunos habían querido decir que el Cristo era una persona espiritual, que vino sobre un hombre que era Jesús. No está identificando la persona de Jesús con el Cristo, sino poniendo esa persona que entró en el bautismo de Jesús y lo abandonó otra vez en la cruz, y ahora ese Cristo espiritual viene a través de cualquiera de los falsos profetas de la historia y de la época contemporánea. Sólo en EE.UU. había una estadística de 2000 cristos ya. ¿Y por qué esas personas creen ser el Cristo? Porque ellos han desencarnado al Señor Jesús. Lo ponen sólo como un espíritu, y entonces vuelve ese espíritu que estuvo en Jesús y ahora está en mí.

Es verdad que el espíritu del Señor está en toda la iglesia, pero Él sigue siendo el Cristo como hombre; el Cristo no ha dejado de ser hombre ni dejará de ser hombre. Hay un hombre en la gloria para siempre, que es nuestra Cabeza, que así como se fue, así vendrá. Pero al desencarnar a Jesús y no confesar a Jesús en carne, entonces se le aplica ese título de Cristo a cualquier espíritu que se mete en cualquier hombre que diga que ahora él es el Cristo, como si el Señor necesitara el cuerpo de otro porque ahora se quedó sin cuerpo. ¿Por qué sucede esto? Porque no confiesan que vino en carne.

Por eso mire lo que dice Juan: "Amados, no creáis a todo espíritu" (1ª Juan 4:1-6), o sea que aquí el mismo Espíritu Santo promueve un santo escepticismo. Hay una fe que promueve el Espíritu Santo, pero también hay una crítica que promueve el Espíritu Santo. "No creáis a todo espíritu". Por toda la Palabra de Dios aparece esta instrucción: probad los espíritus, examinadlo todo, comprobando cuál sea la buena voluntad; esa es su palabra de examinar, de probar, de comprobar,

la iglesia juzgue cuando dice: "Los profetas hablen dos o tres y la iglesia juzgue".

La iglesia tiene que juzgar a los que están hablando en la iglesia; hay que probar a los que se dicen ser apóstoles, probar a los que se dicen ser profetas, a los espíritus hay que probarlos. Es la responsabilidad de la iglesia y una de las principales pruebas está en este asunto de la encarnación y en la condición humana del Señor Jesucristo.

Entonces dice: "Amados, no creáis a todo espíritu". En estos tiempos, si la cosa tiene apariencia de sobrenatural, la gente está dispuesta a comerse todo, sin masticarlo sin examinarlo. La iglesia como iglesia, debe probar, debe examinar. Los profetas sí, hablen dos o tres, y los demás, juzguen, comprobando, probando, examinando. Esa es la responsabilidad de la iglesia.

Ahora dice así: "No creáis… sino probad los espíritus si son de Dios", probarlos para ver si son de Dios o no. Porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios, el Espíritu de Dios se caracteriza por una confesión especial acerca de Cristo.

Dice: "Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne"…, o sea, que no separa la persona divina de la humana del Señor Jesús, "… es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne"…, lo desencarna, dice, "… no es de Dios". Ahora, fíjese cómo usted va a oír y va a ver que gran cantidad de libros que tienen que ver con Jesucristo se vuelven un best-seller, pero herético. A los apóstoles, que anduvieron con él, que comieron con él, aún cuando resucitó entre los muertos, a ellos no les ponen atención, pero a la herejía sí. Sin embargo el Jesús de la Biblia, el que confiesa el Espíritu Santo con los apóstoles del Nuevo Testamento, ese es desconocido, ese es rechazado.

Entonces, ese es el ambiente en que la iglesia tiene que dar su testimonio. Dice: "Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo". No me refiero al personaje que es el anticristo, si no que el espíritu del anticristo.

Hay muchos espíritus de anticristo trabajando desde el primer siglo de la era cristiana; muchos, tratando de presentar a otro Jesús, poner otro fundamento, meter la mano en lo fundamental. La iglesia tiene que ser cuidadosa, y no tiene que ser ingenua, ni ser apresurada en abrir las puertas bajo una pretendida inclusividad, pues la inclusividad es con los hijos de Dios, con los miembros del cuerpo de

Cristo, en Cristo y según Cristo; los que tienen el espíritu de Cristo y confiesan a Cristo como los apóstoles. Pero luego dice aquí: "Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido". O sea que hay una guerra que podríamos llamar cultural, religiosa y a veces, incluso, los perseguidores matan.

Por otro lado, dice: "… los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo"; es decir, que en el mundo hay guerrillas religiosas incluso antes que Jesucristo llegara al mundo. "Ellos son del mundo, por eso hablan del mundo…" y están hablando de Jesucristo, pero aquí dice que hablan del mundo, en vez de hablar acerca de Jesucristo, "… y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye". Oye a los apóstoles del Señor Jesús en el Nuevo Testamento. El que es de Dios.

Si una persona no puede recibir el testimonio apostólico del Nuevo Testamento acerca de Jesucristo, no está bajo el Espíritu de Cristo. Si quiere cambiar lo que Jesucristo dice, por el Espíritu Santo a través de los apóstoles, en el Nuevo Testamento, y presentarlo como de Jesús, está bajo el espíritu del anticristo. Por eso dice aquí: "Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye" (1ª Juan 4:6). El que no oye lo que los apóstoles de la Biblia del Nuevo Testamento dicen, no es de Dios. Eso es claro. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error. Entonces, en estas cosas la iglesia debe ser muy clara.

Hay muchas maneras sutiles de negar que Jesucristo vino en carne. Hoy en día en el modernismo, ha surgido otra de estas historietas anticristo. Ahora la moda es decir que el Jesús histórico es distinto al Cristo de la Biblia. No confiesan que Jesús es el Cristo, que el Jesús histórico y el Cristo de la fe, el de la Biblia, es el mismo. Hoy los académicos, los críticos escépticos, dicen: "Bueno, del Jesús histórico no se sabe casi nada y es muy contradictorio, y eso que dicen de él es sólo un invento de la iglesia". O sea, están diciendo que Jesús es una cosa, que no sabemos cuál sea. Esa es una enseñanza, en esencia, del modernismo acerca de Jesús. O sea, están negando que Jesús es el Cristo, que el Jesús de la historia es el Cristo de la fe y el mismo de la Biblia. Se da cuenta, maneras sutiles según la época. Los racionalistas lo atacan por ese lado, Los místicos lo atacan por otro lado esotérico masónico, rosacruz, fraternidades por allí, falsos cristos por allá. Por eso la iglesia debe volver a la palabra del Señor. Y este es un punto central. Entonces, vamos a ir a dos pasajes claves y que se complementan mutuamente.

PRINCIPIOS DE HERMENÉUTICA

Pero antes me parece necesario enunciar algunas reglas básicas de la hermenéutica. La hermenéutica es aquella ciencia, técnica y arte de la sana interpretación. Y el pueblo de Dios, a lo largo de los siglos, ha ido aprendiendo en su trato de las Escrituras, algunas claves que llegan a volverse normas de la hermenéutica. La misma Palabra habla de ello. Dice: "En boca de dos o tres testigos conste toda palabra" (Mt. 18:16). O sea que cuando tú lees un pasaje, es bueno también que leas otro pasaje paralelo que habla de lo mismo. A veces con otras palabras, a veces con un detallito más; para complementar, porque los pasajes paralelos ayudan a tener un cuadro más grande. De hecho, el testimonio del Señor, Dios no quiso que lo dijera un solo testigo, sino que Él puso el ángulo de Mateo aquí, el ángulo de Marcos aquí, el ángulo de Lucas aquí, el ángulo de Juan aquí. Así como el arca es llevada por los cuatro levitas, hay cosas que dice Mateo, pero otras que dice Marcos; hay cosas que sólo lo dice uno de ellos, otros lo dicen los 2, otros lo dicen los 3, otros lo dicen los 4, y algunas que lo dicen los otros, pero dicen detalles que otros no dicen, y los críticos quieren decir que son contradictorios. No son contradictorios, son complementarios. El espíritu crítico de hoy quiere llevar a las personas a encontrar tropiezos, y ellos se tropiezan y buscan los tropiezos para tropezarse, porque no quieren ceder ante el Señor. Entonces ahí se quedan, en su propio tropiezo.

Tenemos que ver los pasajes paralelos, que son complementarios aunque no digan las cosas de la misma manera. El mismo hecho que la digan de maneras parecidas pero con ciertas diferencias, esas ciertas diferencias son las que permiten el complemento. Son los ángulos de un mismo hecho, visto desde distintos ángulos.

Todos ellos verdaderos; todos ellos registrados por inspiración del Espíritu, pero complementarios. Esa regla de la hermenéutica consiste en tener en cuenta los pasajes paralelos, los que hablan de una misma cosa. Entonces, si determinada situación Mateo la cuenta y Marcos también la cuenta y hay una coincidencia del noventa por ciento, y hay un diez por ciento de Mateo que no dice Marcos, y un cinco por ciento de Marcos que no dice Mateo, no es contradicción, es complemento. Muchas veces sucede que cuando consideramos uno solo, sin considerar el otro, inclusive aquel que aparenta ser contradictorio, no lo es, y luego un tercer pasaje nos muestra donde estas aparentes contradicciones se solucionan. Por ejemplo, cuando uno cuenta lo que estaba escrito en la cruz, lo dice Mateo con una frase, y Marcos lo dice con otra frase, y Lucas lo dice con otra frase, pero llega Juan y dice que en la cruz estaba escrito en tres idiomas. Estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Entonces Mateo hablaba para

los judíos, Marcos para los romanos, Lucas para los griegos. No hay contradicción, estaba escrito en tres idiomas, no es que se contradiga: se complementan.

La iglesia lleva veintiún siglos en la tierra y ya pasó por esas experiencias muchas veces. Aunque para usted es complicado, puede ser que no lo sea para otros en el cuerpo de Cristo. Así que no se quede usted solo, usted es miembro de un cuerpo. Examine las cosas y entonces tendrán sentido.

Ahora vamos al Evangelio de Juan. "En el principio era el verbo…" (Juan 1:1-4) habla de la preexistencia de la persona del Hijo con el Padre, antes de la creación y de la identidad de esa persona con el Verbo; y es una persona, porque dice: "Este era en el principio", no "esto", sino "Éste", por medio de quien Dios hizo todo y para quien lo hizo todo. Éste, quien es la persona del hijo. "Y el verbo era con Dios".

Ahí está la coexistencia del Hijo con el Padre. Y el verbo era Dios, ahí está la divinidad del Hijo. Esta es la personalidad del Hijo en el principio con Dios, y lo confiesa dos veces. Todas las cosas, mediante el Padre, por medio del Hijo, creó todas las cosas. "Todas las cosas mediante él fueron hechas. Y sin él nada hubiera sido hecho fue hecho". Esto está relacionado con Colosenses 1:12,13. Viene hablando del Hijo, porque en el 12 dice: "Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo". Viene hablando del Hijo, en quien, en la persona, tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, en el Hijo. "Él es la imagen del Dios invisible", lo que dijo Juan, "a Dios nadie lo ha visto jamás, el unigénito hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer" (Juan 1:18). Dicen los manuscritos más antiguos "monogenesteos", y los más tardíos dicen, "el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer". O sea, el Dios invisible se da a conocer por medio del Hijo: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación. Porque En él fueron creadas todas las cosas", incluidas las que hay en los cielos.

Miguel es un arcángel creado por Dios que no existía, y fue creado por el Padre mediante el Hijo; el Hijo con el Padre crearon a Miguel, no son los mismos. Entonces dice : "Las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles…" y empieza; "… sean tronos…", menciona en primer lugar los 24 tronos de los 24 ancianos gloriosos del cielo, de que habló Isaías 24:23, "… sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él…" , nótese en Él por medio de Él y para Él, "… y él es antes de todas las cosas y todas las cosas en el subsisten" (Col. 1:15-17).

FUE HECHO CARNE

Qué confesión clara del Espíritu Santo por el apóstol. Dice Juan: "El que es de la verdad, oye mi voz" (Juan 18:37). "Y aquel Verbo fue hecho carne" (Juan 1:14). Por eso decía Juan en otro lugar: "Vino mediante agua y sangre", no que en el bautismo solamente la divinidad vino y entró en un hombre. No, no es eso; no es que la divinidad entró en un hombre, o un hombre descubrió que él era divino, y nosotros hemos seguido el ejemplo de creernos divinos también, como aquellos que ven a Jesús como un simple hombre, que se dio cuenta que era Dios, y que nosotros también tenemos que darnos cuenta de que no somos hombres, sino dios. Se da cuenta, no es así que aquí dice: "Aquel Verbo…", o sea la persona divina del Hijo que estaba con el Padre antes de la fundación del mundo por medio de quien el Padre creó todo, esa misma persona fue hecho carne, o sea, no que vino sobre un hombre como si el Verbo fuera una persona y ese hombre era otra persona, y en el bautismo vino. No; no vino solo mediante agua en el bautismo y como decía Berinto y los gnósticos: Sino de agua y sangre. Él fue concebido en el vientre de María y se desarrolló como un hombre y se hizo carne, o sea la misma persona divina del Hijo, la segunda persona de la trinidad, el Hijo unigénito del Padre, en quien, por quien y para quien todo fue creado, esa persona divina se hizo también humana, y ahora es una persona divina y humana.

Entonces, mire lo que dice acá: "Aquel Verbo", esa persona, "se hizo" o sea "fue hecho carne". 'Salf', que quiere decir carne, a veces en un contexto se refiere solo a los músculos, por ejemplo en Lucas 24, cuando los apóstoles pensaban que Jesús era un espíritu y que estaban viendo un espíritu, eso era aceptado en la cultura judía, que de pronto los espíritus se podían aparecer. De hecho, en el mismo libro de Job, uno de los amigos de Job dice que se le apareció un fantasma y le habló un fantasma, así pensaban los apóstoles. Dicen que el que caminaba sobre las aguas era un fantasma y que el que se les había aparecido resucitado era un espíritu; ellos se imaginaban que era eso, entonces Jesús les dijo: "Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo". Entonces ahí usó la palabra "carne" en el sentido muscular, o sea, que la palabra carne que es la palabra salf, es una palabra muy amplia que incluye muchas cosas, incluye los músculos, pero también la palabra carne por el contexto, incluye la naturaleza humana integral, y esa definición la dio el propio Señor Jesucristo, porque dijo: "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Juan 3:6). Es decir, que un ser humano se reproduce en otro ser humano y el ser humano se le llama carne. No solamente la carne son los músculos, también al cuerpo se le llama carne, y a la naturaleza humana integral también se le llama carne. Entonces, para interpretar esta palabra "fue

hecho carne", vamos a considerar otro pasaje junto con éste, donde la encarnación no fue tomar solamente músculos o solamente cuerpo, sino hacerse hombre, vivir en carne, quiere decir en humanidad íntegra, se hizo hombre.

Él se hizo carne, es lo mismo que se hizo hombre, y eso incluye el espíritu humano, el alma humana y el cuerpo humano. No solamente los músculos o los músculos y los huesos, o solo la piel, o un fantasma como algunos se imaginan, o que quizás él era como una especie de zombi. No; Él era un hombre con la íntegra naturaleza humana. Esa palabra 'carne', en el contexto en que se usaba, implicaba toda la naturaleza humana, y por eso para interpretar el pasaje hay que tener en cuenta los otros paralelos para poderlos interpretar como es, porque si te olvidas del otro, vas a interpretar éste en contra del otro, y nunca podemos interpretar un pasaje contra el otro, sino con el otro.

Entonces aquí dice así: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó…". La palabra que aquí se tradujo fue 'tabernaculizo', que es un verbo que habrá que meterlo al español, que no está, pero en el griego está: "Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad." Entonces, en primer lugar tenemos que tener en cuenta eso, que Juan dice que Jesús es el Cristo, y que es una persona divina y humana al mismo tiempo; no son dos personas, como decía Nestorio, como si la persona divina fuera una y la persona humana fuera otra; no, no son dos personas. Él, que era divino, también se hizo humano, y por eso Él es divino y humano. La misma persona es divina, pero también es humana.

Entonces, el pasaje paralelo está ahí en Filipenses 2, que es también la confesión del Espíritu Santo, pasaje sumamente importante: "Aquel Verbo se hizo carne", no que vino sobre un hombre, Él mismo se hizo ese hombre, la persona es la misma persona que ya existía en su condición divina, pero se despojó de su condición divina. No que dejó de ser la misma persona, ni que dejó de ser Dios, pero a sí mismo se anonadó, es decir, aceptó someterse a condiciones humanas y se hizo un hombre verdadero, sin dejar de ser la misma persona y sin dejar de ser Dios, pero sí despojándose, no dejando de ser quien era, pero colocándose en una condición inferior, inclusive inferior a los ángeles, lo dice, pero llegó a ser superior, pues los ángeles son mayores que los hombres en fuerza y poder, no en destino.

Los ángeles no fueron hechos a imagen y semejanza de Dios y no tienen el mismo destino que el hombre renacido, que por causa de Cristo tiene un destino superior; y los ángeles son espíritus ministradores de los herederos de salvación, y aunque ahora nosotros somos, en cuanto a nuestra naturaleza humana, inferiores en poder a los án-

geles, sin embargo, heredaremos una condición superior, porque el mundo venidero, Dios no lo sujetó a los ángeles, sino que lo sujetó a los herederos de la salvación, que son hombres (Heb. 2:5), los que ahora serán hombres glorificados.

LOS MUEBLES DEL SANTISIMO

Vamos a considerar la tipología del arca, donde usted ve que era hecha de oro y de madera, que el oro era por dentro y por fuera. El oro de adentro se refiere a la identidad divina de la persona del Hijo antes de la encarnación, por eso es el oro de adentro, pero Él se hizo carne, o sea que ahora un poquito más afuera es de madera de acacia, que eso representa la humanidad, así como Juan el Bautista dijo: "El hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego" (Lc 3:9). Esto se refiere a los hombres, así como el tabernáculo fue hecho de madera de acacia, de tablas que nos representan a nosotros que, juntos, formamos el tabernáculo.

Entonces, en el arca que representa a Cristo, vemos por dentro el oro, porque era por dentro y por fuera rodeada de oro, revestida de oro por dentro y por fuera, el oro por dentro nos habla de la identidad divina de la persona del Verbo, pero él se hizo hombre, entonces ahí quedó la madera; pero luego Él dijo: "Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Juan 17:5); entonces, el Padre le devolvió otra vez al Hijo la gloria, solo que ahora no solo era El Hijo de Dios, si no también era el Hijo del Hombre.

Ahora que ya había asumido su naturaleza humana para siempre, ahora cuando el Padre le devolvió la gloria al Hijo de Dios, el Hijo de Dios la recibió, pero ahora no sólo como Hijo de Dios, sino que también como Hijo del Hombre; ya no solamente con su naturaleza divina, sino con su naturaleza humana, porque Él no piensa renunciar a la naturaleza humana, porque el hombre muestra la imagen de Él, Él es prototipo para el Hombre. Entonces ¿qué pasó?, el Padre le dio la gloria y fue glorificado con aquella gloria que tenía antes, porque esa gloria, pasó ahora también a su humanidad. Entonces el hijo glorificó la naturaleza humana.

En su glorificación, entonces, ahora tiene la gloria también por fuera. Ahora el oro no está solo por dentro, pues cuando tú ves que el arca va presidiendo la posición de los muebles en el santuario, detrás venía el otro montoncito, con la mesa y los panes de la proposición; en tercer lugar, el candelero, y en cuarto lugar, el altar de oro con el

incensario; el montoncito que iba adelante que presidía, era el arca; el arca siempre tiene que presidir, eso es lo primero, eso es lo que ocupa el lugar central en la casa de Dios, en el tabernáculo; en el lugar Santísimo lo que está es el arca, que tiene el propiciatorio, la caja con su oro y madera que representa la persona humana y divina de Cristo.

Pero la obra de Cristo, la obra expiatoria de Cristo, está representada en el propiciatorio, donde se derramaba la sangre, para ser aceptados nosotros por Dios en su nombre. Eso es lo que ocupa el lugar central y en nuestra fe eso debe ser lo primero: Dios ha revelado a su Hijo, que es Divino, y que se hizo hombre y también murió por nosotros. Ahí está la esencia del evangelio. Entonces, el primer montoncito, cuando había que trasladar el arca, Núm 4:5-12, había que ponerla y extender unos paños, de aquellos paños del tabernáculo, y se cubrían con esos paños y con esas pieles.

Había una cosa curiosa: todos los otros montoncitos, que venían cargando los levitas, en segundo, y tercer lugar, y las estacas y los otros muebles, todo estaba cubierto, y lo que se veía por fuera eran las pieles de tejones (los tejones eran como una especie de ratones grandes del desierto que hay ahí en el Sinaí), y con esas pieles era que se hizo la tienda más exterior, o sea, que el tabernáculo lo hacían con una especie de ratones. Lo que hacía que no tuviera parecer ni hermosura, que aunque los hombres ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser; es decir, nosotros tenemos el paño de azul con que se cubría la mesa; el azul y el púrpura era lo que estaba por dentro. Y por fuera las pieles de tejones. En cambio, el arca tenía por dentro las pieles de tejones y por fuera el paño de azul; el azul que nos habla del cielo, de la divinidad del Verbo, porque dice que las vestiduras del sumo sacerdote y también del interior del tabernáculo, eran azul, púrpura y carmesí, porque el azul representa la divinidad, pero como se hizo hombre, para derramar su sangre, ahí está el escarlata, el carmesí, que es el rojo vivo de su sangre, y el púrpura, es su condición de Rey, que es una mezcla ahora del azul con el rojo, y sale el púrpura. Como Él resucitó, entonces Él es divino y humano.

Él es Señor. Los reyes se vestían de púrpura, hasta Herodes para burlarse de Él, lo vistió de púrpura, pero Él tenía una vestidura de azul, solo que en la procesión de los muebles, el arca era la única que tenía el azul por fuera. ¿Por qué? Porque nos habla que el Señor Jesús resucitó y su divinidad se traspasó, o se transmitió como en la transfiguración, y aprendió a ser glorificado. Pero sigue por dentro, siendo también un hombre y más adentro, siendo la misma persona que ya existía antes de la encarnación, y era el oro que estaba por dentro, y cuando se hizo hombre, estando acá en la tierra, es la madera de

acacia, que representan su humanidad, y por eso que fue cubierto de oro, porque fue glorificado, y por eso que el montoncito donde iba el arca tenía el paño azul por fuera y los otros tenían el paño adentro. Nosotros ahora tenemos adentro lo que es divino y por fuera somos como un ratón, por dentro está lo que el Señor nos dio.

Pero el Señor, lo que tenía adentro ya lo tiene también por fuera, ya Él fue glorificado como el primero, el Primogénito de los muertos, el primero en resucitar en gloria y para nunca más morir. Otros resucitaron y se volvieron a morir, pero Él resucitó y gloria por el primer primogénito, el primero en resucitar e incorruptible, para nunca más morir. Entonces ahora viene la gloria también por fuera, por eso el arca tenía por dentro y por fuera el oro. Pero también dice san Juan, que ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser. (1ª Juan 3:2). Pero dice Pablo: "Cuando Cristo, vuestra vida», Aquel que está por dentro en nuestra vida «se manifieste, nosotros seremos manifestados también con él en gloria» (Col. 3:4), y tendremos también un cuerpo glorioso, semejante al suyo.

JESUS PERFECCIONADO

Entonces, hermanos, es necesario seguir con atención todo lo relativo a la encarnación, a la humanidad íntegra del Señor Jesús, porque Él asumió esta humanidad para realizarla, en Él. Él es el Varón perfecto, Él creció como hombre, como Dios Él no tiene que crecer. ¿Cómo va a crecer Dios? Él es inmutable, no necesita crecer, pero como hombre, dice que creció en estatura, creció en gracia y en sabiduría, delante de Dios, delante de los hombres. "Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él" (Lc. 2:40). "Así que, por cuanto lo hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía…» (Heb 2:14-17). Para podernos socorrer, él debía ser en todo igual a nosotros, excepto el pecado, pues todo eso implica la humanidad. ¿Recuerdan cuando el Señor Jesús estaba predicando en la sinagoga en Capernaúm, el demonio se manifestaba a través de los endemoniados? ¿Qué era lo que decían los demonios? "Sabemos quién eres, el Santo de Dios", el Hijo de Dios, ellos confesaban que él era Hijo del Dios Santo, pero no quieren confesar que Él vino en carne. ¿Por qué? Porque fue en carne, en la condición de hombre, que es aprobado en todo, y Satanás fue vencido por Él en carne. Satanás no fue vencido solamente por Dios como

Dios, sino que el Verbo se despojó y se hizo un hombre y nació como un niño, y vivió toda la vida humana, y asumió nuestra naturaleza y la fue desarrollando a la perfección, y llevó la naturaleza humana a su perfección, la perfección de la razón, la perfección de la emoción, la perfección de la voluntad, de la intuición, de todas las facultades humanas; como hombre, Él fue el varón perfecto, la humanidad fue perfeccionada en Él, y Él hizo esto, para pasárnoslo a nosotros.

Ahí en Juan 17, dice: "Padre, por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Juan 17:19). Si no vemos esto, no vamos a saber todo lo que nos ha sido dado y cómo fue conseguido. Porque él se hizo un hombre, y como hombre fue tentado en todo, y por eso es que puedes vencer cuando estás en la tentación. Él fue tentado también, pero Él venció, entonces, no es necesario que tú cedas en medio de la tentación.

Señor Jesús, tú pasaste por esto y tú venciste; cuento contigo, Señor Jesús, y arraigado en Cristo, creyendo, contando con Él; Él es poderoso para socorrerte, porque Él no sólo te está socorriendo como Dios, sino que Él también se santificó como hombre, para que tú también en él seas santificado.

Cuando leíamos lo relativo a las especies que traía el aceite de unción, a decir, la mirra, la canela, el cálamo y la acacia, eso figura todo lo que Él consiguió en: su vida, muerte, resurrección, ascensión e intercesión, y lo pasa a nosotros. Si Él hubiera sido un hombre igual que tú y yo, ¿cómo te va a ayudar? Porque Él no solamente vino a morir por ti, sino que también se santificó por ti; Él venció, luchó. Dice: «Por la obediencia de un hombre…», esa obediencia fue hasta la muerte de cruz, pero no empezó en la cruz, con exactitud comenzó desde que empezó a existir como hombre, desde ahí Él fue siendo fiel en todo.

Ahora, para mí tiene un profundo significado que de entre los testigos del Señor Jesucristo, está la epístola de Santiago y la epístola de Judas, que eran sus hermanos y crecieron con él desde que eran niños, que vivieron con Él en su casa. Y ahora, llamarle a su hermano el Ungido, el Señor, no es cosa fácil. Sin embargo, dos hermanos de Jesús, que crecieron con él, en su casa, le llaman el Cristo y el Señor. Para mí esas dos cartas tienen mucho peso, porque son de los que estaban cerca, desde que eran niños.

Volvamos a Hebreos: "Por lo cual debía…»; aquí nos detendremos, «… debía ser en todo semejante a sus hermanos", para venir a ser hombre, porque el crecía, como Dios no tiene que crecer, pero como hombre crecía en sabiduría y en gracia, en estatura. Y vamos a leer otra frase y dice: "… Venir a ser misericordioso…"; él obedeció y aprendió la obediencia, porque él siempre había sido obedecido, por

todos los ángeles y arcángeles y los 24 ancianos Y todo, porque todo fue hecho con él, en él y para él.

Pero ahora se hizo un hombre; ese era el gran desafío, es el gran espectáculo, para la misma trinidad. Primero, como era él, y ahora, la segunda gran cosa, es ver la encarnación; él siendo un hombre, siendo probado en todo, ese era el gran partido final. Aquí, en una palabra, eso nos es dado comparado con el universo: visto de los Ángeles, manifestado en carne y venciendo, y el diablo probándolo, por la derecha y por la izquierda y por arriba, por abajo, por detrás y por todos lados. Vino para ser tentado, fue al desierto a ser probado, el mismo Espíritu lo conducía a ser probado, y estaba luchando como hombre. Por eso Satanás no quiere confesarle como hombre.

En el tiempo, en la historia, venció, y allí «debía ser semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote, en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados». No podemos olvidar este aspecto de la obra de Cristo, ciertamente Él murió para que seamos perdonados. Pero Él padeció siendo tentado, para poder socorrer a los que son tentados, no solamente como Dios, sino como hombre es que fue que Él consiguió la victoria, por eso Él es el único digno de abrir el libro, es el único digno, como hombre.

Saltemos a la siguiente parte. "Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión, porque no tenemos un sumo sacerdote que no se pueda compadecerse…», sino para que fuese misericordioso, como hombre aprendió. Dice aquí: «No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo, según nuestras semejanza, pero sin pecado» (Heb 4:14-16), y fue un hombre en todo igual que nosotros, sólo que Él no pecó, Adán tomó la naturaleza humana y la rindió al poder del pecado. En cambio, el Señor hizo lo contrario, venció al pecado en la carne, como hombre, y condenó al pecado en la carne y crucificó al viejo hombre y a nosotros con él. Y Él venció a Satanás.

Adán recibió la naturaleza humana sin pecado y la rindió al poder del pecado. Jesucristo no permitió que el pecado venciese a la naturaleza humana, sino que el condenó al pecado en la carne. "Satanás nada tiene en mí, ¿quién de vosotros me acusa de pecado?". Ninguno. Sólo falsamente, pero de verdad ninguno. Y la prueba es que Dios lo resucitó. Ya estaba profetizado que no habría engaño en Él, de cierto, no habría mentira en Él, no habría pecado, y por eso, estaba tipificado en un cordero sin defecto, que fue examinado, y el mismo que lo vendió

se ahorco, y el mismo que lo mandó a matar se ahorcó de nuevo y los que lo acusaron, no lo acusaron por un pecado sino por quien Él era, porque era el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre que vendría en gloria, lo cual es verdad. Por eso fue que lo crucificaron, pero Él como hombre fue examinado y por eso Él habla de sus pruebas, cuando Pedro le dice: "Señor, nosotros hemos dejado todo para seguirte, ¿qué más tendremos?". Y le dice el Señor: "Vosotros que me habéis acompañado en mis pruebas…», les dice lo que tendrían. "En esta tierra cien veces más y en el siglo venidero, la vida eterna", pero Él dijo: "Me acompañasteis en mis pruebas", o sea que Él vino a ser probado, fue llevado al desierto para ser probado y Él tenía que ser probado como hombre, si Él caía, nadie se salvaba y todo estaba en juego en su persona. Eso es lo grande del Señor, por eso el diablo quiere decir que es una historia, es un fantasma, claro, porque el Señor le puso la bofetada plena, por eso el diablo tiene una rabia, un odio, pero el Señor quiere que tomemos lo que él es, lo que Él hizo, lo que Él consiguió, y lo asumamos por la fe, mediante el Espíritu, Él es poderoso para socorrer cuando somos tentados, porque Él fue tentado, entonces Él nos puede socorrer con misericordia; Él tiene misericordia de ti en tus tentaciones y tiene poder para socorrerte. "Tenemos tal sumo sacerdote…", no sólo tenemos el perdón, tenemos también esto, cuando estés en medio de la tentación, acuérdate, Señor Jesús, tú pasaste por lo mismo y tú venciste, tú me puedes ayudar, Señor. Si tú caes, es porque tú quieres pecar; no es necesario que caigas si confías en Él; si acudes a Él, si lo invocas y crees y cuentas con él, Él te considera muerto al pecado y vivo para Dios en Cristo Jesús. Entonces, por eso dice aquí: "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado".

NOSOTROS EN ÉL VENCIMOS

Ahora sigamos en Hebreos: "Y Cristo, en los días de su carne…" (5:7); porque habrían unos días antes de su carne y otros días desde la glorificación, pero los días de su carne se refiere a su prueba humana, la condición nuestra aquí en el tiempo, en el espacio. "… Ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió…". No porque era Hijo no tenía que aprender; aunque era el Hijo, era la persona Divina, pero Él fue hecho hombre. Del principio asumió la naturaleza humana y el vivir humano, y las pruebas humanas; y padeció en serio. Él se despojó a propósito para ser probado, y dice aquí: "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia». Por el padecimiento, amados.

Si esto está escrito para el Hijo, ¿qué queda para nosotros? Él, por lo que padeció, aprendió, entonces también nosotros tenemos que aprender, nosotros también recibimos la provisión por fe, para la obediencia, o sea, la práctica, la aplicación de la provisión, se aprende.

Se aprende a no confiar en uno mismo, se aprende la magnitud de la maldad del ser humano y se aprende lo que realmente fue la victoria de Cristo. Es cuando tú tienes que perdonar, así como Él perdono, ahí empiezas a conocer a Cristo. Porque Él tuvo que pasar por eso mismo antes que tú, para poderte ayudar; Él no está en un mundo distinto al tuyo, Él vino a nuestro mundo a vivir nuestra experiencia humana, a ser probado en todo, como nosotros, y a vencer para ayudarnos desde adentro, y, sí, Él está a la diestra del Padre, pero él vive también dentro de nosotros; Él no nos conoce a nosotros desde afuera, sino desde más adentro de nuestro propio yo, porque nuestro yo es apenas del alma, que es un círculo intermedio, pero en nuestro espíritu está Su Espíritu y todo lo que consiguió.

Su Espíritu desde adentro conoce nuestra lucha, y él dice: "No es tuya la guerra, es mía, mírame a mí; yo no sólo estoy afuera para ayudarte o aplaudirte". Y acuérdate y levántate, Él es el que nos levanta, Él conoce lo que vivimos, porque está dentro, no sólo afuera, está dentro de nosotros. Él desde ahí lleva el yugo con nosotros y quiere que nosotros llevemos su yugo con Él, eso quiere decir el Paráclito, el que está al lado de, el paralelo; Él está dentro de nosotros para que con Él llevemos el yugo y seamos victoriosos en Él. Y el otro pasaje dice: "Y habiendo sido perfeccionado…». El siguiente verso; él como Dios no tiene que ser perfeccionado, sino como hombre él tenía que crecer hasta ser el varón perfecto. "Habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos lo que le obedecen…" (Heb.5:9). Ya no son los que creen, sino los que le obedecen. Claro que hay que empezar creyéndole, luego obedeciéndole a Él. Él obedeció, la obediencia en uno nos constituyó justos y ahora en unión por la fe con Él, contamos con Él y caminamos en Él, en comunión. Y por esa unión, dijo en oración: «Padre, yo me santifico a mí mismo por ellos»; Él tenía que ser probado, en serio, de verdad, no de apariencia; de verdad, como hombre en carne, para poder ayudarte. Por eso que nadie le puede decir: "Dios, es que tú no sabes lo que es el hombre", nadie le puede decir eso, él se hizo hombre, y por eso Él es el Señor.

Por eso Él es el Señor; podríamos ver al Señor como creador, antes, pero ahora, ahora es como hombre el Señor, no sólo como Hijo de Dios, «se humilló hasta la muerte, por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos y en la tierra» (Fil. 2:9-10). Él venció en franca lid a Satanás, a la carne, al mundo, y al pecado, y a

todo lo venció como hombre, para pasarlo a nosotros.

Sigamos: "Haya pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús…". O sea, que hubo en Él. "El cual…", fíjese en esta frase importante, «… siendo en forma de Dios», o sea, en el principio era el Verbo, el Verbo era con Dios, y era Dios, y todas las cosas por él fueron hechas, y en Él fueron hechas y para Él fueran hechas. "… siendo en forma de Dios…". Aquí Pablo está confesando también la divinidad de Cristo, y ahora dice así: "… no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse…", o sea, que Él, siendo en forma de Dios es igual a Dios; es la imagen de Dios, la exacta representación de Dios, pero Él no se aferró a eso.

Él hizo todo lo contrario del diablo; el diablo no era, y se quiso hacer, Él era y se despojó, y lo venció ya desde el principio. El diablo no era, pero dijo: "Seré semejante al Altísimo…"; sin serlo, pretendió hacerse Dios. Él, siendo Dios, siendo en forma de Dios, igual a Dios, no estimó ser igual a Dios como cosa a lo cual aferrarse". Es el sentir que hubo en Cristo Jesús y que Él nos puede pasar; ninguno de nosotros solo puede, pero Él sí puede.

Él está en nosotros por la fe; nos lo dio gratis, sin merecerlo, para ayudarnos. Si queremos…, pues Él va a respetar, él va a ayudarte si quieres, el que quiera, el que quiere ser mi discípulo, y el que no quiera, bueno, que tenga lo que Él quiera, pero si quieres toma tu cruz, te niegas a ti mismo y le sigues a Él, que está dentro de ti, conduciéndote fielmente desde lo más intimo de tu propio ser; Él no está lejos de ti. Él está dentro de ti. Dice su Palabra: "No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó…", no dice de sí mismo, como si hubiese dejado de ser la persona única y eterna del hijo de Dios que siempre fue en Él mismo.

Él se hizo como uno de nosotros, se hizo uno con nosotros. Se despojó, porque Él se despojó. "El Padre es mayor que yo", pero aquí se ve igual, pero hay uno que es mayor. ¿Por qué aquí dice que se despojó? Eso no lo sabe sino el Padre; ni los ángeles, ni el Hijo, porque se despojó. Hay frases que provienen de su condición en despojamiento, no porque no sea Divino, sino porque se despojó. Pero su persona es la misma, sus derechos son los mismos: "Padre, glorifícame Tú…", porque se hizo hombre en su condición gloriosa, con aquella gloria que tuve…", ahora ya no la tengo, pero ahora la tengo otra vez. Entonces, dice así: "… Sino que se despojo a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres", pues esta frase "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres", es un pasaje paralelo, que equivale al otro, que dice: "Y aquel Verbo fue hecho carne. "Siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios

como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres", una cosa equivale a la otra y la otra equivale a la una. Por eso la palabra 'carne' es una palabra amplia, que implica toda la condición humana, todo lo que la naturaleza humana indica. Por eso dice que "hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1ª Tim 2:5). No semi Dios, no semi hombre, porque si Él fuera mitad hombre y mitad Dios, no sería ni Dios ni hombre, porque son mitades y mitades. Entonces Él no es mitad Dios, Él es Dios, Él no es mitad hombre, Él es hombre. Si Él no fuera hombre, ¿cómo iba a realizar la naturaleza humana, para pasar esa realización y esa glorificación a nosotros? ¿Acaso no dice Pablo que ya fuimos glorificados?

Romanos dice: "A los que antes conoció, a esos también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo…, y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, también justificó, y a los que justificó, a éstos también glorificó" (8:29-30). Y él habla en pasado, y nos dice que nos glorificó, pero yo todavía no me siento glorificado, entonces ¿cómo dijo que nos glorificó? Porque Jesucristo asumió nuestra naturaleza y la desarrolló. Él creció y obedeció hasta ser perfeccionado, el varón perfecto, y nos pasó por la muerte, y nos pasó por la resurrección y la glorificación, porque nuestra naturaleza, ya la asumió y fue glorificada, y por eso Dios nos glorificó en Él.

Ahora nos lo da a Él: "Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida", y eso es por la fe, son palabras espirituales, no de canibalismo. Así como Él vive por el Padre, "el que me come, él también vivirá por mí". "Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida"…, el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el día postrero", o sea, todo lo que Él es, nos lo pasa. "Este es el pan que yo daré, mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo" (Juan 6:51-58). Es decir, se hizo carne, y en carne venció todas las pruebas y venció la muerte, el pecado, y al mundo, y ahora es nuestra comida.

Nosotros vivimos por Él, nos alimentamos de Él, somos constituidos por lo que comemos, y la manera de comer es la fe, por la fe; Él se santificó, para santificarnos, Él es nuestra santificación, Él es nuestra justificación, Él es nuestra sabiduría, nuestra redención, todo lo que necesitamos es Él, y ya mora en nosotros por el Espíritu. Y ahora cuando enfrentemos nosotros la prueba, porque nosotros ahora tenemos que ser probados y ahora esa victoria, tiene que demostrarse victoria, también en la iglesia y es el desafío, hay que vivir por el Señor Jesús y ser vencedores de verdad.

Gracias a Dios que casi todas las profecías se han cumplido, y hay

profecías acerca de los vencedores. Y habrá vencedores, es necesario que haya vencedores, no sólo la cabeza, sino el cuerpo, con la victoria en la cabeza. Y dijo: "Padre, glorifica tu nombre; lo he glorificado", eso fue en su Hijo, pero añadió: "lo glorificaré otra vez" (Juan 12:28), y esa "otra vez" es con la iglesia. Esa victoria que se vio en el Señor Jesús, es entregada como regalo a la iglesia, pero la responsabilidad y victoria de la iglesia, es vivir por ese motivo, es creerlo, es disfrutarlo, es demostrarlo, "comprobar cuál sea la buena voluntad de Dios agradable y perfecta" (Rom 12:2).

LA ÍNTEGRA VICTORIA

Es por eso que Jesús tenía que ser hombre; tenía que ser probado y el diablo lo atacaba y lo dejaba por un tiempo y luego lo buscaba de nuevo, y eso era para poder ayudarte a ti y a mí. Entonces, Él se hizo hombre, y ya cuando en Filipenses dice 'hombre', ahí ya está incluyendo al espíritu humano, el alma humana y el cuerpo humano. Él no se hizo carne solamente en el sentido de músculo, en el sentido solo de cuerpo, sino en el sentido de la naturaleza humana, lo cual también significa carne. Entonces, Él tenía espíritu humano, además del Divino: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc. 23:46), y murió, pero el espíritu fue y predicó a los espíritus encarcelados, y también Él tenía alma humana.

Hubo una persona, de la iglesia en Laodicea, llamada Apolinar, que pensaba que Jesús había asumido solamente la carne humana, pero no el alma humana. Si el Señor no asumió la íntegra naturaleza humana y también el cuerpo, ¿cómo nos ayudaría? Ya no sería un hombre como nosotros, no podría ni ayudarnos, ni sustituirnos en la cruz. Satanás, por eso, no quiere confesar que Él vino en carne, dice que llegó como un fantasma, como una apariencia o como un espíritu, y lo que resucito, fue como un espíritu, porque Satanás quiere confundirnos en eso, para robarnos la provisión integra de Dios.

Pero Él tenía un alma humana, por eso dijo: "Mi alma está muy triste hasta la muerte" (Mt 26:38), y "no dejarás mi alma en el Hades" (Sal. 16:10), y Él fue al Hades y predicó a los muertos. Y también tenía cuerpo: "Me preparaste cuerpo" (Heb 10:5), sacrificios y ofrendas de esos típicos de antes, no le gustaban, Él quería la obediencia fiel, y luego el sacrificio expiatorio, y eso es preparar el cuerpo. Fue un hombre verdadero, tentado y probado en todo, según nuestra semejanza venció, y el Padre dio testimonio de su vida privada, no sólo a través de Jacobo y de Tadeo, sino Él mismo. Cuando Jesús salió del agua, en el bautismo, dijo: "Este es mi Hijo Amado" (Mt. 3:17), y luego en su vida pública, cuando ya tenía que morir, dijo en el monte de la Transfigu-

ración de nuevo: "Este es mi hijo amado, en el cual tengo contentamiento" (Mt. 17:5). De su vida privada y pública, Dios dio testimonio público, mostró su gloria y lo resucitó, para declararlo Hijo de Dios, aunque ya era Hijo de Dios. Él era el que se había hecho hombre y había muerto en una muerte expiatoria, aceptada a nuestro favor, y para eso lo resucitó, para resucitarnos a nosotros, fue declarado Hijo de Dios. Pero Él tuvo y tiene espíritu humano, además del Divino.

Pedro, cuando llegó a la casa de Cornelio, él dijo que era un varón aprobado por Dios, lleno del Espíritu Santo, un varón completo con espíritu humano, alma humana y cuerpo humano, igual que nosotros, lleno del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, llenó su espíritu humano y cuando Él estaba en la cruz, encomendó su espíritu humano al Padre y dijo que su alma estaba triste hasta la muerte y su cuerpo fue crucificado y padeció de verdad, no de mentira, en serio, como hombre, y como hombre resucitó, con el mismo cuerpo con el cual fue crucificado, el mismo con el que anduvo en Galilea, en Judea y en Berea y Decápolis y todos esos lugares; en ese mismo cuerpo, en ese mismo cuerpo que fue traspasado, y a propósito, se reservó las cicatrices, como prueba. Él habría podido resucitar sin cicatrices, Él ha quitado cicatrices a muchas personas, pero Él se las dejó, porque se dijo: "Mirarán a aquel a quien traspasaron" (Juan 19:37). "Tomás, ven acá, mete tu dedo aquí. Un espíritu no tiene carne y hueso como veis que yo tengo, palpad y ved, que yo mismo soy" (Juan 20:27), y cuando dice palpad, está incluyendo su cuerpo.

Él resucitó espíritu, alma y cuerpo, y él vino en carne, y en carne nos glorificó, y ese mismo Jesús que así se apareció y así comió con ellos y estuvo cuarenta días con ellos, y ellos dijeron: "comió con nosotros…, lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos palpado tocante al Verbo de vida, porque la vida fue manifestada y la hemos visto, eso os anunciamos" (1ª Juan 1:1), el evangelio; "ese mismo Jesús, que ha sido levantado de entre vosotros al cielo" (Hch 1:11), es el que se sentó a la diestra del Padre, para comenzar a abrir el libro y darnos sus mandamientos, para que todas las cosas le sean sometidas. Ese mismo Jesús, así mismo vendrá, como la Biblia lo dice, con las nubes y pondrá sus pies en el monte de los olivos y miraran al que traspasaron (Zac 12:10).

Jesucristo vive en carne humana, es el gran testimonio de la iglesia, esa es la gran riqueza de la iglesia, tal como su divinidad, como su humanidad, su muerte y como hombre, su resurrección como hombre, su ascensión como hombre, su mediación como hombre, su reino como hombre. El Hijo del Hombre y su venida como hombre, y todo eso lo hizo, para pasárnoslo a nosotros, para ser misericordioso con nosotros y ayudarnos. Ahora sí puede ayudarnos.

Capítulo Once *

Base de la eficacia

Vamos a la epístola que Pablo le escribió a Filemón, capítulo único versículos del 4 al 6. "Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones, porque oigo del amor y de la fe que tienes hacia el Señor Jesús, y para con todos los santos; para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús".

EL ESPIRITU

En este versículo, podemos ver primeramente que hay una provisión de Dios, colocando en Cristo Jesús todo lo que nosotros necesitamos. El apóstol Pablo no nos dice que "estará" en vosotros, sino que "está". No estamos completos en nosotros mismos, pero estamos completos en Cristo Jesús. Dios perfeccionó en el Señor Jesús todo lo que habría de darnos; todo lo que sería eficaz Dios lo colocó en el Señor Jesús.

Cuando nosotros recibimos a Jesús por primera vez, y al entrar por su Espíritu a nuestro espíritu, como dice Pablo en 1 a los Corintios 6:17: "…el que se une al Señor, un espíritu es con él…", la traducción en griego dice "un espíritu es". Esto indica que esas dos cosas, estos dos espíritus ya son sólo uno y se hacen un solo espíritu. Este es el espíritu nuevo. El Señor prometió que daría espíritu nuevo, es decir, pondría su Espíritu en el nuestro, y de esta manera nos da a nosotros lo que es él y lo que él ha conseguido. Todo nuestro ser debe estar habitado por el Señor Jesús y cubierto por Él. Todo nuestro ser es para que el Espíritu Santo lo habite, y lo vivifique, y así también que de nuestro espíritu pase a nuestra alma, que incluye la mente, la que a su vez incluye el intelecto.

Las cosas del Padre vienen a nosotros por el Hijo, y las cosas del Padre y el Hijo vienen a nosotros por el Espíritu. Por eso en el contexto de la venida del Espíritu Santo, en las palabras del Señor Jesús, que registró el evangelio de Juan, él dice: "…no os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Jn.14:18). En el mismo capítulo, comienza a hablar que nos

* Mensaje predicado en Santiago el 11/08/2009.

enviará otro "Consolador" y que ellos mismos vendrán. "… Y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada con él" (Jn.14:23).

Escrito está que la venida del Espíritu nos trae al Hijo, y no está refiriéndose a la Segunda Venida en gloria y majestad del Señor, sino a esa venida prometida de su Espíritu; pero también nos señala que no viene solo, sino como siempre nos dice: "…el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre…" (Jn.8:29). Entonces, cuando el Hijo vino, el Padre vino con él y en él. "…Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo…" (2 Co.5:19).

De la misma manera como el Señor fue, así también lo iremos siendo nosotros, porque para eso él vino, para hacer ese trabajo en nosotros. Las tres personas de la Trinidad, cada uno y todos, viniendo primero a nuestro espíritu. A esto podemos llamarlo que es la regeneración. Cuando somos regenerados, una vida nueva entra en nosotros, la que tiene todo el potencial para desarrollar el don de Dios en nosotros.

En Romanos 8, cuando habla del Espíritu, dice una frase interesante: "…la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte…" (Ro.8:2). Con esta palabra se quiso revelar que dentro del Espíritu hay una ley que siempre nos lleva a lo que Dios aprueba; nos lleva a vivir en el Espíritu, así como dentro de nuestra carne hay otra ley que siempre nos lleva al pecado. Entonces, el Señor nos dio un Espíritu, y este Espíritu conteniendo una ley. Nuestra carne, después de la caída del hombre, quedó programada para pecar. Cuando nosotros recibimos al Señor, no significa que nuestra carne se ha convertido; por lo tanto no nos engañemos, porque la carne sigue siendo pecaminosa. Solamente que ahora Dios nos dio algo mayor que ella para poder ayudarnos, y socorrernos en combate contra la carne, pudiendo decir entonces que existe una lucha entre el Espíritu y la carne.

La carne no puede desconectarse, los mandamientos, y las buenas intenciones no pueden cambiarla, y ella sigue funcionando, pero sí fue vencida en Cristo, y esa victoria sobre la carne está en el Espíritu.

No debemos pensar que después de que las personas se convierten, y leen la Biblia, y ayunan, son menos terribles en su carne, porque ésta no mejora para nada. Solamente si nosotros andamos en el Espíritu vamos a poder vencerla. No piense que su carne ha mejorado o mejorará en esta vida. Sólo cuando este cuerpo de muerte sea transformado en un cuerpo de resurrección, el problema de la ley del pecado en la carne ya no será una molestia. Dios nos ha librado, no quitando el

pecado de nuestra carne, sino poniendo en nuestro espíritu una ley superior a nuestra carne.

El Espíritu también tiene una ley dentro de él mismo. El Espíritu Santo siempre va a agradar a Dios, siempre va a glorificar al Hijo, y siempre va a hacer la voluntad del Padre. Dentro del Espíritu Santo, esta ley siempre va a actuar como Cristo, y Cristo actúa como su Padre y ellos hacen morada en nosotros. La carne siempre nos conducirá hacia la muerte, pero el Espíritu nos levanta de la muerte, combatiéndola, porque el Espíritu es más poderoso. No se pretende decir que no exista más la ley del pecado en nuestra carne cuando recibimos al Señor, ya que mientras estemos en nuestra carne operará siempre el Adán caído. Pero si estamos en el Espíritu, por la fe, el Espíritu operará siempre en el Cristo resucitado. Y, como decíamos anteriormente, hay un combate constante entre la carne y el Espíritu.

Si andamos en el Espíritu tenemos una herencia, y si nos quedamos en nuestra carne, en nuestra sola naturalidad, en la fuerza de nosotros mismos, tenemos otra herencia. En nuestra carne heredamos todo lo que Adán llegó a ser después de la caída. Él vendió la naturaleza humana al poder del pecado, de manera que toda la fuerza de la sola naturaleza humana no es suficiente para vencer el poder del pecado que ahora está en la carne. Antes estaba afuera, estaba en Satanás, en los demonios, pero no estaba en la carne de Adán antes de la caída. Dios hace responsable a Adán diciendo que "….como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte…" (Ro. 5:12).

Y la naturaleza humana fue vendida al poder del pecado. De manera que en nuestra carne opera la ley del pecado hasta que un día no estemos más vestidos de esta carne, hasta que esta carne sea vestida de inmortalidad. Y así como la carne absorbe muerte, el Señor Jesús en su resurrección hace el proceso contrario dándonos vida. Dios nos dio al Hijo para llenarnos de la victoria y de la resurrección del Señor Jesucristo, primero en nuestro espíritu, así como también en nuestra alma y cuerpo.

El Señor nos usa con todo lo que él mismo nos dio, haciéndonos saber que todo es "en él". "…Todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús" (Flm.1:6). Todo el bien de que se habla en este versículo, es la paciencia de Cristo, es gozo, paz, benignidad, misericordia. Por eso es necesario tener un corazón inclusivo de todo lo que es de Dios en Cristo, y de todos los que son de Cristo, que es el cuerpo completo, para que la plenitud pueda ser contenida y expresada en la Iglesia.

LA PIEDAD

"… Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: Gracia y paz os sean multiplicadas…" (2ª P.1:2). Ahí está la fuente de la misma luz que es Jesucristo, y continúa diciendo "…como todas las cosas…" (2ª P.1:3). Es unidad en diversidad, un Espíritu, muchos dones; un Señor, muchos ministerios; un Dios, diversidad de operaciones "…que pertenecen a la vida y a la piedad…" (2ª P.1:3).

Él nos hizo participantes de la naturaleza divina; o sea, en la vida divina nos fueron dados los que son los atributos comunicables de Dios. Ahora, el regalo de Dios se llama también vida y se llama también piedad. Y ¿qué es la piedad? Es la semejanza a Dios. El misterio de la piedad es Dios manifestado en carne. Muchas cosas pertenecen a la vida y a la piedad, y el Espíritu Santo nos dice que "…nos han sido dadas…". Esto es una afirmación; todo lo necesario para vivir en Cristo y para asemejarnos a Cristo, nos fue dado "…por su divino poder…" (2P.1:3).

¿Quién puede impedir al poder de Dios darnos todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad? Y aun dice más: "…mediante el conocimiento de aquel…" (2ª P.1:3). Conocerlo a él y conocer acerca de él no es lo mismo. A veces oímos cosas acerca de Jesucristo pero no lo oímos a él, no lo tocamos a él, ni nos dejamos tocar por él. Pero cuando lo conocemos, decimos lo correcto acerca de él porque lo hacemos en la fe y en la comunión con el Señor.

Todo lo que necesitamos para tener la vida de Cristo, y ser transformados a su imagen, es ser prosperados mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria, y no por nada nuestro. Ahora, lo que hace el Espíritu Santo es comenzar a transmitirnos todo lo que Jesucristo nos trajo, cubriendo nuestra alma a lo largo de nuestra vida en la que tenemos que estar adquiriendo "cosas" de este pozo, todos los días, a cada hora, aplicando el Espíritu Santo, aplicando lo que nos fue dado de una vez y para siempre. Como dice la Palabra: "…nos ha dado preciosas y grandísimas promesa, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido…" (2P.1:4).

Todo lo que pertenece a la vida y a la piedad nos lo prometió y nos fue dado. Debemos creer esas promesas, recibiendo con fe lo dado y anunciado por el evangelio prometido, que es el nuevo pacto. Y ese "habiendo huido" es la Cruz, pues ya no vivimos más por nosotros y sólo podemos vivir por Cristo. "… yo estoy con vosotros todos los

días, hasta el fin del mundo…" (Mt.2:20). Si él falta, no lograremos llegar a ninguna parte, pero nosotros también tenemos que estar en él, creyendo y recibiendo gracia, y actuando en su nombre.

Ahora habla de: "…habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud… " (2P.1:4). Hemos hablado de gracia, y ahora hablamos de la responsabilidad de los que creen. Si nosotros ponemos solo nuestra diligencia, no hay ni gracia, ni paz, ni provisión, porque nuestra diligencia no hace nada; pero si nuestra diligencia está puesta en él, y él está puesto en nosotros, nuestra diligencia que es vacía, él la llena. El Señor en nosotros es la provisión y nosotros en el Señor es la responsabilidad. Por causa de que él nos ha hecho partícipes de la provisión, nos dio todo lo que pertenece a la vida y a la piedad, pero nosotros debemos ser diligentes en que todo lo que él nos dio vaya creciendo, y se vaya formando en nosotros. Lo que él nos da con la fe se convierte en virtud ("añadid a vuestra fe virtud"); todo empieza con la fe que nos da él, porque la fe es un don de Dios.

Dice la Escritura que la fe viene por el oír la Palabra de Dios, que es el Hijo. Y por eso es que viaja con Dios, nace de Dios, y él nos hace nacer para una esperanza viva, por medio de una Simiente incorruptible que es la Palabra que salió de Dios. Entonces la Palabra es la que nos da la fe, y ahora esa fe se vuelve virtud; es decir, todo es el desarrollo de Cristo en nosotros. Él tuvo misericordia, nos cubrió, nos vistió, nos regeneró, nos dio fe y la fe se vuelve virtud. Esa virtud es la experiencia del don y ese es el que se vuelve conocimiento; es decir, el verdadero conocimiento es cuando experimentamos la virtud que produce la fe.

"…a la virtud, conocimiento…" (2P.1:5). ¿Nos damos cuenta? "…al conocimiento, dominio propio" (2P1:5). Notemos cuál es la base del dominio propio, porque a veces uno no se sabe dominar porque no ha experimentado la virtud, vale decir, el conocimiento del Señor. Entonces, ahora ¿qué hace el Señor?

"Al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor" (2P.1:6-7). Podemos ver cómo Cristo se va formando; esto es Cristo y estas son las escaleras del templo de Dios, cuyos escalones se dirigen en bajada, y no en subida, para humillarnos, y cuando llegamos a la descripción de estas escaleras llegamos a la puerta que es Cristo.

Otro pasaje también relativo a esto, se encuentra en Efesios capítulo 1

verso 3: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo…". Otra vez se vuelve a usar el pasado. No sólo que nos va a bendecir, sino que ya nos bendijo y todas las bendiciones que dio vinieron en Cristo. Él es la realidad de todas las bendiciones. ¿Y dónde nos bendijo? "En los lugares celestiales", porque esa es la realidad de Señor.

Continúa con: "según nos escogió en él" (Ef.1:4). Otra vez "nos escogió en él"; nunca es por algo que nosotros somos, o por algún aporte propio, porque el aporte es de él. Jesucristo es quien nos salva, quien nos perdona, limpia, resucita, él es el que hace todo.

Veamos que la provisión ya fue dada, y la bendición espiritual, en Cristo Jesús: "…a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención…" (1ª Co.1:29-30). Esto ha sido iniciativa, obra y realización de Dios en Cristo, contenida en el Espíritu; por él estamos nosotros, los que hemos creído, en Cristo. Estar en Cristo es no estar en sí mismo, sino descansando en él, como si nuestro cuerpo descansara en otro. Luego nos señala que siempre hay sabiduría en él, pero no lo que la Iglesia sabe de sí misma, sino lo que la Iglesia aprende de Cristo, a no rendirse ante el mundo, a pedirle ayuda al Señor, invocarlo, confiando en él, porque para eso vino el Espíritu Santo. Él se ha manifestado a su Iglesia, porque el mundo no lo oye.

"Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia (…) y él enderezará tus veredas" (Pr.3:5). Pero será destruido y exterminado el que no busca a Dios y no le consulta (Paráfrasis de Sofonías 1:4,6). Entonces uno a veces no consulta a Dios, sino que se fía de su propia prudencia y establece su propio tropiezo. Si nosotros nos aferramos a su mano (porque no sabemos cuidarnos solos) el Señor nos cuidará y nos será fiel.

Dios escogió lo vil del mundo, pero no para dejarlo en lo vil, sino para que Cristo sea nuestra justificación, y nuestra santificación. No tenemos otra manera de justificarnos, sino por medio de Cristo. Él es la justificación, la santificación, la redención, que ha pagado un precio tan alto según nos valorizó. Nadie daba nada por nosotros, pero él pagó consigo mismo por nuestros pecados.

Dios nos ha dado a Cristo y en él vida, piedad, fe, virtud, conocimiento, paciencia, dominio propio, piedad, afecto fraternal, amor. También sabiduría, justificación, santificación y redención. Dios nos ha dado a Cristo y debemos acudir a él, contar con él cada día.

Capítulo Doce *

Tres escenas del Espectáculo

La Palabra del Señor es tan rica y preciosa, que realmente ha sido el alimento para el pueblo del Señor por siglos. Pareciera que nunca terminamos de leerla, y que nunca terminamos de desentrañar todos los tesoros que están en ella, no importando cuántas veces la hayamos leído. Necesitamos depender del Señor para leerla, y que sea el propio Espíritu Santo quien nos guíe.

El Señor ya nos ha dado Palabra, y algunas de ellas han sido recurrentes, porque él desea que se asienten en nuestros corazones. El Señor le ha entregado cosas maravillosas de manera muy particular y exclusiva a la Iglesia, reservándole a ella la verdadera sabiduría.

LA VERDADERA SABIDURÍA

Después de haber visto el contraste entre la sabiduría humana y la divina, Pablo entra a subrayar que existe una sabiduría divina predestinada para la gloria de la iglesia: "Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder" (1ª Co.2:2,4).

Pablo nos muestra que él se propuso esto, y que nadie es suficiente, sino sólo el Espíritu. Y nosotros tenemos el mismo Espíritu que él. Es el Espíritu Santo quien tiene que mostrarse, y a continuación nos dice el por qué. "…para que nuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (1ª Co.2:5).

Contrastaremos lo que es característico de la Iglesia, que es Cristo como poder y sabiduría de Dios, con lo que buscaban los griegos con todos su tipos de sabiduría, o los judíos con sus señales y milagros, pero desconectados de Cristo el Mesías.

* Mensaje predicado en La Serena el 17/08/2009.

Pablo nos enseña, guiado por el Espíritu, que la verdadera sabiduría y el verdadero poder es Cristo mismo. Entonces, como la iglesia ha recibido a Cristo, pues él ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros.

"Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta…" (1ª Co.2:7). Esta sabiduría oculta, no del ocultismo, sino oculta porque Dios la ha querido reservar para un tiempo, y este es ese tiempo, el de la Iglesia.

"…la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria…" (1ª Co.2:7). Esta gloria es para la Iglesia. El Señor quiso vestir a la Iglesia de gloria, como le dio gloria solamente a su propio Hijo, a su propio Verbo, a su propia sabiduría. Dios guardó algo que ni siquiera a los propios ángeles les quiso contar, y sabemos que entre ellos hay seres celestiales de gran categoría, que incluso el mismo Pablo describe en Colosenses, aquellos seres del mundo invisible, creados para Cristo y por medio de Cristo, nombrándose en relación a ellos, tronos, principados, potestades, gobernadores, etcétera. Podemos asociar estos tronos con los veinticuatro ancianos celestiales que están delante del trono de Dios que llevan sus coronas y las ponen a los pies del Señor, y que también en el capítulo 24 de Isaías son llamados los ancianos, y al llamarles así, y aparecer en esa posición tan especial, rodeando el trono de Dios, podemos imaginarnos que son las criaturas más antiguas que Dios creó en el mundo invisible, y que conocen la historia celestial porque han sido testigo de ella desde que fueron creados; y sin embargo, ni siquiera a ellos Dios les reservó estas cosas, o sea, se las manifestó, pero se las reservó para la Iglesia. Aunque hay ángeles altísimos, por ejemplo, aquel ángel que se aparece a Daniel, para contarle cosas que estaban escritas acerca del futuro de Israel, y de la historia en el libro de la verdad.

"Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe" (Dn.10:21). "Y ahora yo te mostraré la verdad. He aquí que aun abra tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos…" (Dn.11:2). Y así empieza este ángel a revelarle a Daniel lo que está escrito en el libro de la verdad, hablándole en este capítulo acerca de la historia futura, hasta la resurrección y la segunda venida del Mesías. A pesar de todas estas revelaciones, el apóstol Pablo nos dice que hay cosas que los ángeles desean conocer.

Podríamos explicar esta situación de la siguiente manera: En la actualidad vemos como existen best seller, o trilogías de películas y libros que la gente quiere ver o leer, según sea el caso. Si hacemos una comparación de esta situación con lo que ocurre en el cielo, vemos como

se les presenta a los ángeles la edificación de la Iglesia, que ha sido el acontecimiento más importante que "ahora" está sucediendo, pues es como una tercera parte de una escena, de la que no se apartarían los ojos. En el cielo, los ángeles han visto la maravillosa historia de la Trinidad, la preciosa historia de la encarnación del Verbo y también la historia del Verbo que introdujo la edificación del Espíritu en medio de la Iglesia.

LA IGLESIA, ESPECTÁCULO A LAS NACIONES

Pablo dice que: "…hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1Co.4:9). Este apóstol se consideró a sí mismo como el más pequeño de todos los santos y creemos que no decía esto sólo por diplomacia; él era consciente de su debilidad humana, por eso no desaprovechaba la gracia de Dios.

"A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo…" (Ef.3:8). Y luego coloca una coma, y añade una conclusión, pues no puso punto final: "…y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido, desde los siglos en Dios…" (Ef.3:9).

Esa palabra dispensación es una traducción parcial, y una palabra más completa sería "economía"; es decir, del misterio escondido. El evangelio revelado, riquísimo de Cristo, y también el misterio de la economía del evangelio es para restaurar al otro, pero restaurarlo a la economía de Dios. Es decir, Dios nos enseña por Pablo cómo ser salvos, pero también nos enseña para qué somos salvos. Él dice que el misterio escondido es la sabiduría oculta de Dios, que habla a los Corintios y ahora le habla a los Efesios.

"…que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales…". No sólo en el Milenio o en la Nueva Jerusalén, sino desde ahora, es decir, desde los siglos pasados; estos XXI siglos que hemos vivido, caben en este "ahora". Estos principados y potestades y ángeles son los espectadores de esta tercera escena del espectáculo, pues eran espectadores de la gloria del Señor, y luego del tremendo espectáculo de la vida del Señor Jesús visto de los ángeles.

¿Cómo se le llama cuando está Jesús en la Cruz? Se le llama también espectáculo (Lc.23:48); y resulta que nuestro Padre, no para ocultar

sino para mostrar su propia gloria y la de su Hijo, permitió que continuara el espectáculo por la obra del Espíritu en la Iglesia. Entonces, dice que es un espectáculo no sólo para los hombres, porque se podría haber dicho que el misterio y la sabiduría de la Iglesia es para Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra, pero no solo eso, porque aquí Pablo está hablando de principados y potestades, mirando ahora, aprendiendo de Dios por la Iglesia. ¿Quién se iba a imaginar esto?

Tenemos en el pasado al ángel Gabriel quien comunica cosas, y viene este otro ángel que le comunica a Daniel, y a nosotros, lo que está escrito en el libro de la verdad. Pero ahora dice Pablo que, aun en el cielo, están viendo esta clase, o mejor dicho esta película que está de moda. Ahora en el cielo está de moda la edificación de la Iglesia, y cuando se convierte un hombre hay gozo, y es un gran espectáculo que ellos están viendo. Pero así también hay espectadores del otro lado que están viendo y luchando contra la Iglesia, que son los principados y potestades rebeldes en los lugares celestiales.

Podemos decir que el Padre junto con el Hijo y el Espíritu Santo, en el momento de decir "hagamos al hombre" (Gn.1:26), dio como resultado que ese hombre que se propuso, es la Iglesia, es el hombre nuevo. Cuando estaba comenzando ya cayó, y ese vaso ya se quebró, pero si Dios dijo "hagamos", es como cuando el Señor le dice a Jeremías: "Levántate y vete a casa del alfarero (…) Y descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echo a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. Entonces vino a mi palabra de Jehová, diciendo: ¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel?..." (Jer.18:2,6).

Esto se le mostró a Jeremías, para manifestar cómo es Dios. El Señor está haciendo lo suyo, aunque a veces su pueblo, al igual que Israel, le falló, pero Dios aún sigue con el remanente.

El Mesías lo ha hecho, lo ha realizado; lo que fue propuesto fue realizado con Cristo, el Mesías, la persona del Hijo, del Verbo que estaba con Dios; quiere decir que se hizo con el Hijo de Dios; con él Dios creó y con él Dios redimió, y llevó al hombre a su realización, y ahora él por el Espíritu se dispensa a la Iglesia, para formarse en ella, y esa dispensación de Cristo en la Iglesia es el nuevo hombre, y es él quien cumplirá la Palabra que dice "hagamos al hombre a nuestra imagen". Ahora la Iglesia contiene y porta a Dios, para representar al Señor, y las puertas del Hades no prevalecerán. Esa es una lucha verdadera, una lucha cósmica real.

El Señor nos dice: "Yo estoy con vosotros" (Mt.28:20), y que "… lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte…" (1Co.1:27). Dios escogió lo necio, lo que no sirve para nada, lo menospreciado, y le dio el más alto precio, porque dice que el tesoro está en vasos de barro, para que la gloria y el poder sean de él, y no de nosotros.

Volvamos a 1ª de los Corintios, donde estábamos anteriormente en el capítulo 2: "…la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: cosas que ojo no vio, ni oído oyó…" (1Co.2:8). Estas cosas no se descubren de abajo hacia arriba, sino que tienen que venir de arriba hacia abajo. Babilonia se levantó de abajo hacia arriba, pero la Jerusalén celestial desciende de arriba hacia abajo, porque el arquitecto y el constructor es Dios.

"Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1Co.2:10). Estas son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman, y que privilegio el de nosotros, la Iglesia.

"Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu de mundo…" (1Co.2:11:12). El mundo nos está tocando a la puerta constantemente, a toda hora, por todas partes, por la radio, por la televisión, por las propagandas, por la calle, para que lo recibamos, pero la Iglesia no quiere recibir otro espíritu, y como dice el Señor: "…las ovejas le siguen, porque conocen su voz" (Jn.10:4). "… sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido…" (1Co.2:12). Pablo, con otras palabras, nos dice lo que ya ha dicho el Señor Jesús respecto del Espíritu cuando él venga.

Ahora miremos una de las funciones de Espíritu: "Él os guiará a toda verdad; (…) Él me glorificará…" (Jn.16:13-14). Es decir, él nos abrirá los ojos acerca de nuestro Señor, y él también lo glorificará. El Padre busca la gloria del Hijo, y el Hijo no busca su propia gloria, sino la del Padre, y el Espíritu busca la gloria del Hijo, y así es la Trinidad. En la Trinidad no hay rivalidad, no hay competencia.

El Señor es de una manera tan especial, que nos quiere conquistar para que nosotros estemos en el mismo Espíritu. Sabemos que esto nos va a quitar toda nuestra vana gloria, que nos costará muchas cosas, pero queremos seguir al Señor.

Continúa diciendo la carta: "…el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido…" (1Co.2:12). No bastará el tiempo, ni el Milenio para conocer a Dios el Padre, y a su Hijo. Ahora también sepamos lo que Dios nos ha concedido: "…lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual" (1Co.2:13).

Nos damos cuenta que también esta sabiduría de Dios, manifestada en la Iglesia, se refiere a lo que Dios nos ha concedido, y eso también lo sabe Satanás, quien ha querido ser igual a Dios. El diablo piensa que Dios es egoísta, y trata de presentarle una distorsión de Dios al hombre, diciéndole a Eva que "…serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios…" (Gn.3:5).

Mostró un Dios que no es el verdadero, pero Dios hizo todo lo contrario, porque él quiso hacer al hombre a su imagen y semejanza, mientras que Satanás quiso ser semejante al Altísimo; qué contraste. La imagen y semejanza Dios también la va a demostrar por medio de la Iglesia; ya lo demostró Jesucristo porque se encarnó, fue un hombre, y no sólo vino a nosotros como Dios, sino que vino a ayudarnos a nosotros de hombre a hombre, en imagen de Dios.

Dios no va a pelear con Satanás, porque si quisiera haría desaparecer a Satanás de un soplo, pero Dios tiene en su corazón una razón. Hay cosas que él ha revelado a nosotros, a sus hijos.

"…sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual" (1Co.2:13). Él habla de dos cosas espirituales, que se acomodan una a lo otra; lo espiritual es lo que Dios nos ha concedido y se acomoda a lo espiritual, que son las palabras inspiradas por el Espíritu Santo: "…las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Jn.6:63). Y se acomodan a la realidad; y esa realidad es el Espíritu, y en este Espíritu es la Iglesia predestinada.

La Iglesia no puede hacer eso por sí sola, por eso Pablo dice que el depósito de Dios es guardado mediante el Espíritu, o sea confiado en el Espíritu Santo, y que sea él quien nos ayude, porque es él la realidad en las cosas, y el Espíritu no se nos da por las obras de la ley, sino, gracias a Dios, es suministrado, y hace maravillas por el oír por la fe, por creerle. "Abre tu boca, y yo la llenaré" (Sal.81:10).

Lo que Dios ha concedido exclusivamente a la Iglesia es tremendamente grande, y lo hace para alegrarse con la Iglesia; para que los ángeles suyos, y aquellos ancianos, serafines, querubines y arcángeles se gocen con Dios, se maravillen y aprendan del Señor.

LA SABIDURÍA EXPUESTA POR LA IGLESIA

La Iglesia tiene un testimonio, y una encomienda especial. Lo que el Señor le ha dado a la Iglesia es un testimonio posible, que no está en el mero judaísmo, no está en la ciencia, no está en una academia, no está en la filosofía, no está en las religiones, sino sólo la Iglesia puede dar ese testimonio de verdad. El cielo debe estar pendiente de este testimonio de la Iglesia que es en el Espíritu.

El Señor Jesucristo nos había prometido al Espíritu Santo y que ahí iba a estar la Iglesia. Si le damos una mirada a la historia de la Iglesia, vemos el por qué Jesús dijo: "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad;…" (Jn.16:13). La historia de la Iglesia se nos muestra mediante el Espíritu. Las principales preocupaciones de la Iglesia del Señor en los primeros siglos, era procurar conocer a Jesucristo. Cuando el Señor Jesús estaba aun aquí en la tierra, él indujo a sus discípulos a indagar en la primerísima prioridad diciéndoles: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas" (Mr.8:27-28).

Los discípulos fueron muy diplomáticos al responderle a Jesús y después de hacer patentes las opiniones humanas acerca de él, el Señor Jesús les pregunta: "¿Quién decís que soy yo? (Mt.16:15). Jesús consideraba a los suyos como distintos a los demás, y no les hace esta pregunta como si él no supiera la respuesta, sino él quería que se hiciera patente la siguiente confesión, por lo menos inicialmente entre ellos.

"…Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el hijo del Dios viviente" (Mt.16:16). Lo que dijo Pedro, sin duda fue por revelación de Dios, porque el mismo Jesús le dice: "…porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo…" (Mt.16:17-18).

Aquí el Señor comienza a revelar a la Iglesia, "…que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia…" (Mt16:18). Esta es la revelación del Espíritu, y lo primero que hizo fue la edificación de la Iglesia, con una tarea principal que es glorificar al Hijo y también mostrarnos lo que vino a hacer Jesús a la tierra.

El Padre conoce al Hijo desde la eternidad, pero ahora él empezó a ser revelado por el Padre y lo hace por el Espíritu de la Iglesia, para que ella le sea testigo juntamente con el Espíritu y en el Espíritu.

Lo primero que el Espíritu comenzó a hacer con la Iglesia es abrirle los ojos acerca de quién es Jesús, y fue el propio Señor Jesucristo el

que indujo a la Iglesia a esa consideración, porque lo que nosotros lleguemos a ser depende de lo que sea Jesucristo para nosotros.

Hay una íntima relación entre la revelación de Jesucristo y la edificación verdadera de la Iglesia. No habrá una edificación verdadera de la Iglesia sin una auténtica revelación de Jesús.

Capítulo Trece *

Recapitulación

En el evangelio de Marcos hay una parábola del Señor Jesucristo que solamente él registra, que sintetiza muchas cosas, y que nos ayudará a tener una visión global de la obra del Señor. La obra del Señor es preciosa y también profunda que nos revela la riqueza de nuestro Señor. Dios hizo una obra en continuidad, y así él les ha hablado a sus siervos.

UNA OBRA MULTIGENERACIONAL

Estamos trabajando en conjunto, trabajando en equipo en una obra multigeneracional en el Señor, y como se dijo de David: "él fue fiel a su generación".

La obra de ninguna generación es una obra aislada, sino que es una obra que descansa en los trabajos del Señor con las generaciones anteriores, y que debe avanzar un poco mas de generación en generación, hasta llegar a una conclusión. Por eso es que Pablo, en el capítulo primero de la epístola de los Efesios, habla de "la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así (de) las (cosas) que están en los cielos, como (de) las que están en la tierra" (Ef.1:10).

En esta frase de Pablo, guiado por el Espíritu, nos da cuenta que los tiempos tienen un sentido. El Señor es el Señor de la historia; y su obra, junto con el Espíritu Santo y la Iglesia, continúa su avance a lo largo de la historia y de la geografía. Podemos afirmar entonces que la obra de Dios es multigeneracional, y a nosotros no toca recibir el beneficio del trabajo del Señor con las generaciones anteriores, y a la vez nos toca poner nuestro granito de arena para las próximas.

Entonces, esos pasajes de recapitulación, de síntesis, nos ayudan mucho porque hacen que no nos perdamos en los detalles, sino que los aprovechemos y que los integremos en la visión general de Dios. Esta

* Mensaje predicado La Serena el 18/08/2009.

visión de Dios podríamos decir que es un paradigma, una manera de ver las cosas, y es la única que no se equivoca.

Dios es suficiente en sí mismo, pero como él en sí mismo es amor, él no quiere ser el único que existe, aun cuando él no necesita que exista nadie más, pero por ser un Dios tan lleno de vida y de buena voluntad, ha dado el ser a otras criaturas haciéndolas partícipes de la existencia, y les ha delegado también una misión, función y capacidades.

Esta parábola en Marcos también sirve como una recapitulación histórica de la obra y del reino de Señor. Entonces, nos ayudará a comprender muchas cosas de la palabra de Dios y de la historia de la iglesia.

"Decía además: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado" (Mr.4:26-29).

LA SEMILLA, EL GRANO Y LA ESPIGA

Nos podemos dar cuenta que el Señor nos da esta preciosa y didáctica parábola como una real síntesis de un largo proceso. El trabajo del Espíritu Santo a lo largo de la historia es un proceso y la Palabra del Señor nos habla de estos procesos, como también nos habla de obras consumadas, sin encontrar en ellas contradicción. Realmente, no habría procesos si no hubiera habido primero una obra consumada, y digamos que la obra que el Señor consuma es la base para que pueda haber un proceso.

La obra que el Señor termina es una provisión para ser aprovechada, pero el aprovechamiento de esa provisión es la semilla que se siembra, y las semillas se multiplican. Al principio es una sola semilla, pero está programada para reproducirse en muchas. Las provisiones, el arreglo divino de Dios, da todo de antemano, listo para que, a partir de ese don de Dios, ese regalo, se desarrolle en un proceso que nos conduzca a la expresión gloriosa de Dios. Lo que el Señor dio debe ir descubriéndose, disfrutándose y formándose en nosotros.

Todo es herencia nuestra, pero con Cristo. Aquel que lo pierda todo por causa del Señor, lo gana todo; y el que quiera perder al Señor para quedarse con todo, se queda sin nada. Qué paradójico es que para heredar todo, hay que perderlo todo y rendirlo todo a los pies del Señor.

Y en Jesús, el Hijo de Dios, todas las cosas a la verdad son buenas, y nada es desechable.

Esto nos muestra el principio de la Trinidad; el Padre no hace nada sino con el Hijo. Jesucristo dijo: "…como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti…" (Jn.17:21).

Ese "como" es el modelo para la Iglesia; o sea, Dios siendo todo en todo, pero primeramente en la Iglesia. Dios quiere que hagamos las cosas con él y él con nosotros. Dios quiere hacer muchas cosas, y las va a hacer con la Iglesia, como las hizo con Cristo. Él realizó con Cristo todo lo que necesitaba para hacer al hombre y Dios hizo al hombre perfecto en Jesucristo.

El reino es el proceso por el cual Dios llegará a ser todo y en todo a través de Cristo. La Iglesia es la vanguardia del reino de Dios, y por fin se verá este reino manifiesto en la Nueva Jerusalén. Pero todo aquello tiene que ir siendo construido desde la raíz. Esta parábola que hemos recibido nos muestra la historia sagrada; así es el reino de Dios.

Cuando un hombre siembra una semilla, lleva fruto a la tierra. Así mismo es la vida de la Iglesia. Cuando la semilla que representa a nuestro Señor es plantada, y recibimos a Jesús como el Hijo de Dios, comienza la nueva vida. Comienza el crecimiento y el desarrollo de la Iglesia. Ahora, de esa semilla tiene que salir una hierbita. Y no puede salir sino de la semilla; pero esa hierbita no es toda la potencialidad que está en ese granito de semilla, sino que hay hojas y ramas. Dios quiere que esta planta crezca en buena dirección para que cuando sea espiga, tenga tallos verdes, y cuando madure va a ser exactamente igual que el original y van a poder multiplicarse las semillas. El reino de Dios es así. Cuando el grano está maduro, en seguida se mete la hoz porque la siega ha llegado. El tiempo de la siega para nosotros es la venida del Señor, pero esta venida tiene que ver con la madurez de la Iglesia. Entonces, Dios no retarda su proceso, sino que espera que nos arrepintamos y nos volvamos a Él.

Hay un proceso en el crecimiento espiritual y formación de Cristo en la Iglesia, y nosotros somos los herederos de todo el trabajo de nuestros antepasados. Somos deudores, porque entramos en las labores que ellos comenzaron. Al final, tiene que haber granos llenos para que llegue el tiempo de Dios y él pueda venir a cosechar.

En Gálatas también podemos ver como se nos habla de un proceso, y de una realidad que es la siguiente: "Pero cuando agradó Dios, que me apartó desde en el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mi, para que yo le predicase entre los gentiles,

no consulté en seguida con carne y sangre…" (Gá.1:15-16). La frase "revelar a su Hijo" es una realidad espiritual necesaria. Hoy, ese es el fundamento. El Espíritu Santo viene para glorificar al Hijo, para darnos sabiduría y revelación en el conocimiento, que es espiritual y no sólo intelectual.

Jesucristo, siéndonos revelado por Dios nuestro Padre, es el fundamento; y la Iglesia es edificada en la misma medida en que el Señor Jesucristo nos es revelado. En la medida que el Espíritu Santo nos revela al Hijo somos edificados, ya que todo aprovechamiento depende del Cristo que conocemos. Lo que Cristo sea para nosotros es lo que determinará lo que lleguemos a ser para Dios. Nada nos ayudará más que conocer al mismo Señor y sus caminos, siendo todo revelado de manera espiritual. Conocer al Señor en Espíritu y seguirlo en unión, siendo uno con él, y así llegar a ser conformados a la imagen de Dios.

"Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí (Gá.2:19-20). Cristo en mí, es un estado, pero vivir por el Cristo es diferente. Está el aspecto de la vida misma y el aspecto del vivir la Palabra. Se nos muestra a Cristo como la vida, pero también como el vivir, que nos muestra la vida del que tiene al Hijo.

Dice Pablo: "…para mí el vivir es Cristo…" (Fil.1:21); él es la vida, él es el depósito, la provisión, y disfrutar de esta vida es la aplicación. Aplicar la provisión de Dios en Cristo. Hay un avance progresivo en esto, pues Cristo se nos ha revelado, y luego él viene a ser la vida en nosotros: "…y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios…" (Gá.2:20).

Estamos en esta carne luchando desde el espíritu contra todo lo que en ella hay. Aunque Cristo ya la venció, y nos dio la victoria en el Espíritu, si vivimos en comunión con él. Aunque seamos necios, débiles y menospreciados, nos debe bastar su gracia. Su poder se perfecciona en nuestra debilidad; así que si somos débiles es una buena ocasión para decirle al Señor que nos enseñe. Tenemos que poder ver las cosas como Dios las ve.

Nosotros como Iglesia pasamos por distintos desafíos durante la historia, pero el Señor es la respuesta ante todo reto. Si la Iglesia está pasando persecuciones, el Señor nos dice que él estuvo muerto y resucitó. Él nos pide que seamos fieles hasta la muerte. Él es el buey bueno que nos ayuda a llevar la carga.

La Iglesia debe dar lugar a que el Señor llene toda nuestra vida, que nada vivamos sin él. Dios quiere vivir nuestra vida, mientras noso-

tros vivimos nuestra vida en la vida de él. Quiere llenar nuestra vida, darle significado.

Siguiendo en Gálatas capítulo 4 versículo 19, nos dice Pablo: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros…". El Cristo revelado del capítulo 1, en el 2 es el Cristo viviente, Cristo como vida y vivencia, y ahora en el 3 es Cristo formado. La vida de Cristo se forma en nosotros y vamos conociendo al Señor cada vez de una manera más nítida.

Dios nos dio a su Hijo y nos dio su Espíritu que vive en nosotros: "Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien, con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte" (Fil1:19-20).

Es hermoso esto que nos dice el apóstol. Cristo es revelado en nosotros y existe Aquel que suministra el Espíritu; hasta que Cristo sea magnificado aun en nuestra carne, en nuestra vida y en nuestra muerte.

Capítulo Catorce *

Las aflicciones de Cristo por su cuerpo y el misterio

Pablo escribió a los Colosenses algunas expresiones preciosas, muy significativas en aquel tiempo, por medio del Espíritu de Dios prometido por él, y que el Señor Jesús en su humanidad también inspiró a Pablo, dentro de la obra del Señor en la tierra, para que nos hablara. Lo que el apóstol recibió del Señor, fue una encomienda sumamente importante.

El pasaje que vamos a leer tiene un núcleo, en el cual presenta una visión general de Dios, sintetizada para nosotros. A veces el Señor inspira frases cortas, pero claves, y que nos dan una información general, ubicándonos dentro de los propósitos de Dios para nuestra vida. Esperemos que el propósito de Dios con nosotros sea el mismo propósito nuestro con Dios.

PADECER POR CRISTO

Empezaba Pablo a decirles a los santos en Colosas lo siguiente: "Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros…" (Col.1:24). Ahora, esta es una frase extraña en el mundo, pero no es que Pablo sea masoquista y le guste el sufrimiento, sino que se goza en el sentido de sus padecimientos en vez de temerles. Y aunque a veces padecía, sin embargo, en medio de aquellos había gozo porque tenían un sentido; valía la pena haber caminado por ese camino estrecho, haber pasado por la puerta angosta. Él llegó a gozarse en las dificultades, en cosas que para la carne eran desagradables, pero que tienen un sentido y una recompensa eterna.

"…y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia…" (Col.1:24). Es una frase profunda, que podría dar, quizás, en alguna ocasión a un mal entendido si la leemos descuidadamente. Pero lo que dice es que cumple en su carne lo que falta "de", y no que a Cristo le faltaron aflicciones. Pablo te-

* Mensaje predicado en la localidad de Toltén, Novena Región, el 26/08/2009.

nía que completar lo que Cristo no pudo consumar, no en el sentido de la obra del Señor Jesús, porque esta es una obra consumada, dicho por el propio Señor cuando estaba en la Cruz: "…Consumado es" (Jn.19:30), pagando el precio por nuestros pecados por su muerte. Pero a nosotros, como lo dice Pablo en otra parte, se nos ha concedido de Dios, y así lo debemos entender, como un gran privilegio, que "… a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él…" (Fil.1:29).

El Señor nos confía algunas cosas que implican algunos pequeños padecimientos, que Pablo les llama "leves tribulaciones", y que no son comparables con el eterno peso de gloria que está reservado para nosotros. Pablo no se amedrentaba ante las dificultades, porque él sabía que no estaba solo, sino que estaba con el Señor, y que todo eso tendría un fruto.

En muchas ocasiones, pareciera que la semilla, al caer en tierra, se viera pisoteada, o que está pudriéndose; pero eso solamente es un camino para apresurar la multiplicación de esa semilla. La semilla cae en la tierra y empieza el germen a brotar, empieza a surgir la plantita, multiplicándose los granos, y de un grano salen muchos otros. Por lo tanto, ese es el sentido del sufrimiento del que Pablo hablaba, y que se nos había concedido creer y padecer por Cristo. Aunque claramente Cristo padeció por nosotros, y llevó nuestros pecados, nuestros dolores, de los montos de los sufrimientos de Cristo se nos concede a nosotros un poquito. Y como vemos, a Cristo no le faltaron aflicciones paras redimirnos, pues la muerte de Cristo ha sido suficiente para salvarnos, pero a nosotros se nos ha concedido participar un poco si seguimos a Cristo, y si vivimos por él.

Lógicamente, que va a haber una reacción del enemigo, además de que hay mucho mal en nosotros, y en nuestra carne, y en nuestro mundo; por lo tanto, hay que enfrentarlo, y eso a veces no es agradable. Cuando Pablo dice: "cumplo en mi carne", se refiere a su vida mientras estaba aquí en la tierra, "lo que falta de las aflicciones de Cristo", o sea, del monto de las aflicciones de Cristo, que de a poco se van cumpliendo también en nosotros – y en ese caso Pablo decía que cumplía en su carne de ese monto que le faltaba a Pablo experimentar.

Nosotros debemos cumplir lo que nos falta de las aflicciones del Señor, pues él nos ha honrado permitiéndonos hacernos participes de esto, pues en nada son comparables con la gloria venidera.

AFLICCIONES DE CRISTO POR LA IGLESIA Y SU FRUTO

Pablo también dice una cosa curiosa, que hay que destacar: "las aflicciones de Cristo por su cuerpo". A veces hemos pensado que las aflicciones de Cristo, su muerte expiatoria, fueron solamente por el alma de cada uno de nosotros, para perdonarnos los pecados, y para no ir al infierno. Eso es una parte de la verdad; el Señor Jesús murió en la Cruz como el Cordero de Dios para perdonar nuestros pecados. Y eso está escrito en muchos lugares en la Palabra.

Pero también hay otros versículos que muestran otros aspectos que realizó el Señor Jesús en su muerte, pues también murió para que nuestro viejo hombre fuera crucificado juntamente con él, y así no solamente para morir él por nosotros, sino para que nosotros, al estar unidos a él, y en unión con él, podamos también morir a nosotros mismos, y morir al pecado que hay en nosotros. Esa Cruz puede traer una pequeña aflicción a nuestra carne y a nuestra alma, pero significa una liberación para nuestro espíritu.

Es muy importante lo que hemos visto en estas dos cartas de Colosenses y Efesios, que fueron escritas juntas, en el mismo periodo, y enviadas a dos Iglesias. Por eso son muy parecidas, y es interesante cuando en las Escrituras encontramos pasajes, porciones o cartas parecidas, o que podríamos llamar paralelas, porque esas porciones nos sirven para compararlas una con la otra y multiplicarse mutuamente el entendimiento unos a otros.

Nótese que la muerte del Señor Jesús no tiene solamente una alcance individual, sino tiene un alcance corporativo. La Biblia dice que: "…y mediante la Cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo…" (Ef.2:16). Entonces, la Cruz nos reconcilia con Dios, y también nos reconcilia con nuestros hermanos, por medio de participar con Cristo, de ser perdonados por él, de vivir con su Espíritu, y además, vernos morir a nosotros mismos con su ayuda, en unión con él por la fe.

Eso hace que descubramos el otro lado de la Cruz, ya resucitados en Espíritu, como un solo cuerpo. La Cruz es la puerta del cuerpo de Cristo junto con el Espíritu. Por medio de aquella puerta salimos del mundo, y salimos de debajo de la potestad de la tinieblas, siendo trasladados y plantados en el reino del amado Hijo de Dios. Cuando nacemos de nuevo, nacemos en el cuerpo, nacemos en la Iglesia; por eso decimos que la Cruz tiene un alcance corporativo. Si no hubiera habido Cruz, no se hubiera presentado la Iglesia; por eso es interesante saber que lo objetivo de la Cruz no determina solamente el no ir al infierno, sino lo que Dios tiene planeado es darnos nueva vida.

El objetivo de las tribulaciones es facilitar el objetivo final que es la formación de Cristo en nosotros. Así que no temamos a esas leves –recordemos aquella palabra "leves" aflicciones –, porque en nada son comparables con el peso de gloria.

En el pasaje de Colosenses, se nos dice que el cuerpo de Cristo es la Iglesia. Generalmente, siempre surge la pregunta: ¿De qué iglesia eres? Universalmente, sólo tiene una, y todos los que somos hijos de Dios nacimos en ella. Nosotros no podemos cambiarnos de Iglesia, porque estamos por dentro de ella. Si nuestra unión fuera en torno a una organización, podríamos cambiarnos a otra, pero no se trata de cosas exteriores, sino se trata de nacer en el reino de Dios, nacer por el Espíritu, y nacemos dentro de la Iglesia. No necesitamos afiliarnos a alguna cosa, hacer algún pacto nuevo o especial acerca de algo, porque simplemente al recibir al Señor de corazón, ya nacimos de nuevo dentro de la Iglesia, y somos miembros del cuerpo de Cristo. Por lo tanto, valga la redundancia, somos hermanos de todos los hermanos, aun de aquellos que no entiendan bien el asunto de la Iglesia, pues no es algo que se entiende de golpe, ni al principio. Esta Iglesia, para tenerla en unidad y en gloria, fue la razón para que el Señor pasara por la cruz.

Por eso, la Palabra nos dice: "…por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreció el oprobio…" (He.12:2). El Señor vio lo que era tener una Iglesia en gloria, vio muchos hijos e hijas en gloria; vio a la familia celestial reinando con él en todo el universo, porque él es heredero de todas las cosas; y su esposa, que es la Iglesia, su compañera, su coheredera, consistente e íntima, con la cual él se goza en lo que el Padre le dio.

Él tiene un gozo con la Iglesia, y el Señor sabía que tenía que pasar las aflicciones por ella, por sufrimientos que ni siquiera nos lo imaginamos, porque nosotros vemos lo de afuera, lo físico, pero para él, la segunda persona de la Trinidad, ser separado del Padre, recibir juicio de pecador como si él lo fuera, y sentirse abandonado por el Padre, es realmente un sufrimiento, y peor que cualquier otro. Sólo él sabe lo que significa haber pasado por lo que él pasó. En cambio nosotros, pasaremos por cosas menores, pero sustentados por el Padre, porque él está con nosotros. El Espíritu de gloria reposa cuando estamos en las más mínimas pruebas. Ahora nos encontramos en estas mínimas pruebas, pero en la gloria. Así que llenemos nuestro corazón con una alegría infinita, sin importar lo que esté sucediendo afuera, ya que estamos bajo el Espíritu de gloria.

En el caso del Señor, aquel clamor de aflicción, no era ningún "teatro", porque no hay nada más desgarrador que por lo que él pasó, sintiendo que era una condenación eterna, diciendo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mt.27:46). Nosotros no conocemos lo que es el sufrimiento, y sin embargo, él lo tuvo como pequeño, por el gozo que tenía puesto delante de él, por el gozo de salvar para sí una esposa de millones de hijos, y de hijas, de todas las tribus, de todas las razas, de todas las lenguas, y de todas las naciones. Por lo tanto, no vamos a vivir cualquier clase de vida, porque nuestro Padre es el mejor Padre que existe y tenemos que ser como es él. Nuestro Padre sabe cómo quiere que seamos, y a veces nos tiene que corregir, o no sería realmente un Padre, y el mayor bien que puede hacernos es darnos su propia vida, hacernos como él, y que participemos con él guardando sus obras. Qué precioso es que Dios quiera hacer las cosas con nosotros, y que nosotros hagamos las cosas con él.

SIMÓN DE CIRENE

El Padre ama al Hijo, y le muestra las cosas que hace, para que el Hijo las haga igualmente. La muerte del Señor fue suficiente, y fue una obra consumada, pero él le concedió el honor a Simón de Cirene de cargar la cruz un poco (Mt.27:32). Aunque no se puede comparar la Cruz del Señor con la carga que hizo Simón de ella, pero esto está simbolizando que el Señor nos está pidiendo lo mismo a nosotros. La Iglesia tiene que salir de su comodidad, salir de las cosas en las cuales uno siempre quiere estar, porque uno siempre busca lo fácil, y muchas veces el Señor requiere una Iglesia que esté dispuesta a pasar por estas pequeñas molestias que no son nada, pero que a la vez son una honra. ¿O acaso creemos que las cicatrices del Señor Jesús no son ahora una honra para él? Si no fuera de esta forma, posiblemente cuando resucitó las hubiera desaparecido.

Entonces, cualquier bobería que pasemos por el Señor es nuestra honra, y nuestro privilegio; y hay que estar dispuestos por amor al Señor a lo que él nos pida. Por lo demás, él nunca nos va a pedir algo más de lo que podemos soportar, porque nunca podremos hacer cosas por nuestra sola fuerza. De pronto, nos damos cuenta de que si hemos podido cooperar con el Señor, fue por la ayuda sobrenatural de él, y nos sostenemos naturalmente por la gracia. La obra del Señor se realiza poniéndose en el altar de Dios, cumpliendo en nuestra carne las aflicciones de Cristo, concediéndosenos honra y privilegio como el de Simón de Cirene. Entonces, cada uno de nosotros considerémonos honrosamente como un pequeño Simón de Cirene.

Para que la Iglesia sea edificada debemos estar dispuestos a ponernos en las manos del Señor, a perder ciertas comodidades, y debemos hacerlo con alegría, no pensando en que estamos haciendo demasiadas cosas. Nada de eso; por lo demás, cuando María quebró el vaso de alabastro sobre Jesús, Judas decía que había sido un desperdicio, pero Judas no estaba en lo correcto, porque el Señor es digno, y no sólo de uno, sino que todos los vasos de alabastro se quiebren a sus pies.

El Señor murió para tener una Iglesia gloriosa, y murió por nuestros pecados; por lo tanto, esas aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia, se han cumplido en Pablo, y en nosotros, cooperando por lo que Cristo murió. De tal manera que él, por su muerte, tiene derecho a casarse con una Iglesia gloriosa.

"…de la cual fui hecho ministro…" (Col.1:25). Aquí vemos la continuidad de los versos de Colosenses, comenzando con las palabras "de la cual", refiriéndose a la Iglesia. Luego, cuando Pablo usa la palabra "ministro", no lo dice como lo podemos entender nosotros, sino muy por el contrario, él lo dice como si fuera un sirviente. Pablo nos habla de aflicciones, de servir, y no exaltarse a sí mismo, sino que exaltar a los otros y ponerse a disposición de ellos por amor del Señor.

"…según la administración de Dios que me fue dada…" (Col.1:25). Hay una administración de Dios y que ha sido encomendada a cada uno; hay algo en esa tarea que cada uno de nosotros debe realizar, para cumplir el propósito y que Dios tenga a la Iglesia gloriosa. Para eso estamos en la Tierra, para vivir principalmente para nuestro Señor, y no vivir solamente para lo nuestro.

"De Jehová es la tierra y su plenitud… El mundo, y los que en él habitan" (Sal.24:1). Así lo dice el salmo, y lo repite el Nuevo Testamento, pero a él no le gusta contar con todo eso, sino con lo que nosotros voluntariamente le devolvemos. El Señor es dueño de la tierra, de nuestras pertenencias, de todo lo que somos, y de lo que tenemos. Pero el Señor no quiere usarlo forzadamente, pues quiere hacer lo más alto, que es tener un santuario.

Así como Dios le dijo a Moisés: "Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda; de todo varón que la diera de su voluntad, de corazón…" (Ex.25:2). Estas palabras nos muestran que hay que darle al Señor lo que él pide, para lo que él quiere, y no lo que a nosotros nos sobra o lo que nosotros queremos dar. El Señor merece tener lo que él quiere, solo que él no quiere tomarlo a la fuerza. El Señor quiere tener una familia, y estar rodeado de los hijos.

Dios dice: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos" (Ex.25:8). Aquel santuario es una casa, es una familia de Dios. Dios quiere que su familia sea un ejemplo para toda la tierra, y que muchas personas más ingresen en su familia, porque él quisiera que todos los hombres fueran salvos, y que ninguno perezca. Pero él no hace esto a la fuerza, pues ¿qué alegría sería para Dios forzar al hombre? Si alguien no quiere ir a Dios, él lo va a dejar libre; y como dice la Palabra: "…el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida…" (Ap.22:17).

O sea, las cosas con el Señor son así: "el que quiera". El Señor es dueño de todo, pero como decíamos anteriormente, sólo es honrado de una manera especial, y él le llama "tesoro especial" a aquellos que le aman. Y este tesoro especial es la Iglesia y ese es su servicio, de los hijos y de las hijas de Dios, voluntario, alegre y espontáneo, que no está reclamando, sino que le sirve.

LA FE COMPLETADA

Entonces, las aflicciones del Señor son para tener a la Iglesia, y se nos concede también a nosotros un pequeño monto de colaboración con Cristo, en aquellas pequeñas dificultades. Por eso es que hay que servir a Dios en espíritu, y entender que él está aquí colaborando para que nosotros invirtamos nuestra vida en servirle, porque es un desperdicio usar la vida en otra cosa que no sea el Señor. Hay una lamentación inmensa por aquellas personas a las que se les acabe el tiempo para el Señor, y llegue el momento de presentarse con las manos vacías, diciendo que se ocupó durante toda su vida solamente en tonterías, y perdió el tiempo, sin colaborar a Dios con nada. En ese momento, habrá llanto, crujir de dientes, y habrá vergüenza.

Retomando la Palabra, ahora nos dice para lo que fuimos hechos: "…ministro (servidor), según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros…" (Col.1:25). Empezamos a entender un poco ese servicio. Aquel "vosotros" son los hermanos, los miembros de la Iglesia, y Dios da una administración para esta razón: "…para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios…" (Col.1:25).

Fijémonos que aquí el apóstol dice otra expresión interesante. Pablo podría haber dicho solamente: "Para anunciar la palabra de Dios", pero el Espíritu Santo no lo dejó decir esto de una forma incompleta, sino que utiliza la palabra "cumplidamente". No es la primera vez que Pablo habla en estos términos, ya que les dice a los tesalonicenses, que oraban por ellos, recordándolos, y para poder volver a Tesalónica

a completar la fe de los santos, aunque ya los santos tenían fe. De hecho, el mismo Pablo da testimonio de ellos diciendo: "Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor…" (1ª Ts.1:8).

Así que cuando Pablo llegaba a evangelizar, los hermanos en Tesalónica ya se habían adelantado. Pablo sabía para qué existe la Iglesia y cuál es su llamamiento, el cual no solamente es no ir al infierno. Pablo sabía que la fe de la Iglesia debía ser completada. Veamos la expresión de esto, en Primera de Tesalonicenses: "¿…orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe?..." (1ª Ts.3:10).

El misterio de la fe tiene un contenido completo, y la iglesia en Tesalónica tenía fe, amor, era misionera, pero Pablo sabía que no tenía el depósito completo de la fe, entonces él oraba para que la fe de la Iglesia fuera completa. Podemos comprender, por lo tanto, por qué dice anunciar "cumplidamente la palabra de Dios". La palabra de Dios tiene un monto, tiene un contenido, un fundamento, una edificación, una culminación.

Lo que el Señor está queriendo de la iglesia, es que ésta reciba el misterio de la fe de manera completa, que la Iglesia reciba la misión de Dios, que sea una con la misión de Dios y su visión celestial. Además de ser siervos del Señor, él también quiere que seamos amigos. El Señor nos dijo que ya no nos va a llamar siervos, sino amigos, y nos dio la razón de esto: "porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer" (Jn.15:15).

El siervo no sabe lo que hace su Señor, pero el amigo sí lo sabe. Entonces, el Señor quiere que sus siervos también sean sus amigos, que sepamos qué es lo que el Señor está haciendo, para dónde se dirige, y cómo colaborar eficazmente con Dios, sin dar vueltas y vueltas en las miserias, sino que le colaboremos, así como Pablo lo hacía. A este apóstol se le había dado la administración, y se le había encomendado anunciar cumplidamente la palabra de Dios, orando de día y de noche.

Por eso, Pablo no hablaba de manera descuidada la Palabra Dios. El Señor le ha encomendado a la iglesia, mucho más que sólo Proverbios, o las genealogías – aunque todo eso es parte de la Palabra; pero podemos decir que son una especie de "tuercas" que tienen su lugar, pero que contribuyen a la visión global. Sin embargo, a veces la Palabra de Dios es compuesta, y no la vemos en su forma cumplida.

Por ejemplo, tenemos una de estas tuercas que acabamos de nombrar, y nos gusta algún Salmo, o aquel Proverbio, pero todas esas piezas

forman el motor, y deben estar armadas para funcionar. De esta misma manera es la Palabra de Dios, que está formada por muchas cosas, pero todas tienen que estar en su lugar, porque si tenemos sólo algunos proverbios favoritos, o algunos Salmos, o también, como algunos, que les gusta el Apocalipsis, pero no vemos el asunto esencial de la Palabra de Dios, entonces todavía no estamos teniendo la fe completa.

Nosotros somos la iglesia y debemos tener esa comunión divina que se le ha dado. La iglesia debe saber para qué está aquí, y en qué consiste el plan eterno de Dios, de dónde viene y hacia dónde va, y cómo cooperamos con el Hijo, mirando derecho al centro para no estar pendientes de multitud de modas. Porque de repente llega la moda de pedir dinero, o danzar con banderas, y nos preguntamos si será eso lo que predicaba Jesús y los apóstoles. No queremos estar en espíritu de crítica, pero también hay que decir la verdad. Dejemos a cada cual en su camino, pero dejemos que nuestro camino sea el del señor.

Entonces, se nos dice esto que Pablo ha llamado "el anuncio cumplido de la Palabra de Dios". Pero esto es solamente un versículo – y claro que todo eso tiene su lugar, y hay que predicar de todo. Lo que queremos decir es que tenemos que agarrar esas tuercas, ponerlas con sus tornillos, y armar el motor. A esto nos referimos, a ver el asunto de la Biblia, ver cuál es la clave de la Biblia, cuál es el tema; porque podemos ver que aparece el lavar los pies, o que los hombres se corten el cabello y las mujeres no, y claro que esto está en la Biblia, pero ¿ese es el tema de la Palabra? O ¿cuál es el tema de Romanos? ¿Cuál es el tema de Juan? ¿Cuál es el tema de Juan con Romanos? ¿Cuál es el tema del Nuevo Testamento? ¿Cuál es el tema del Antiguo Testamento? ¿Cuál es el asunto? Eso es lo que Pablo a continuación da a resumir, aunque lo dice en un solo versículo.

Regresemos a Colosenses, diciéndonos que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, y luego nos viene a dar como una explicación de eso: "…el misterio…" (Col.1:26). Por lo tanto, ¿cuál es la palabra cumplida de Dios? Es un misterio, y que debe quedar al descubierto.

LA LLAVE DE TODA LA BIBLIA

"…el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos…" (Col.1:26). La revelación del misterio de Cristo es la llave de toda la Biblia. Efesios, junto con Colosenses, nos hablan del misterio de Cristo, y también nos dan la llave de este misterio de Cristo. La llave de toda la Biblia, lo que abre la Palabra, lo que conecta todas las tuercas con todos los torni-

llos, y que ha sido ahora manifestado a sus santos, es decir a nosotros, es el misterio revelado de Cristo.

"….a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles…" (Col1:27). Dios, desde Génesis hasta Apocalipsis, nos habla de un asunto importante, y es lo que nos dice aquí con estas palabras "dar a conocer". Dios quiso dar a conocer a los santos las riquezas, la gloria y el poder de este misterio de Cristo, dentro de los gentiles, o sea, entre los mapuches, entre los guaraníes, entre los cubanos, chinos, colombianos, etc. Y ¿cuál es el misterio? ¿Cuál es la clave? ¿Cuál es el anuncio cumplido de la palabra?

Aquí lo dice: "…que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col.1:27). Estas palabras son la llave de toda la Biblia, la que nos abre todo lo que está desde Génesis hasta Apocalipsis. Cristo en vosotros la esperanza de gloria. Sólo en una palabra: "Cristo", encontramos la Trinidad, la divinidad del Hijo de Dios, su personalidad, su relación de Hijo con su Padre, como Mesías. Aquí está toda la profecía, toda la misión, toda la función del Hijo en su divinidad, y ahora en su humanidad. Encontramos su despojamiento, su encarnación, la humanidad, sus funciones sacerdotales y de profeta, al igual que Moisés, pero con el mensaje definitivo, porque el de Moisés era provisorio, hasta el tiempo de reformar las cosas, pero Cristo es la palabra última de Dios.

¿Nos damos cuenta de todo lo que está debajo de la palabra "Cristo"? El tesoro de la Iglesia es el testimonio que nosotros tenemos, y es el testimonio que debemos dar. Dios ha puesto en nuestras manos lo más rico, y lo ha reservado a la Iglesia. Muchos pueden estar hablando en las universidades de átomos, o pueden estar hablando de edificios, de ingeniería química, o de psicología analítica, pueden estar hablando de muchas cosas, pero cuando terminen todo, se van a ir al infierno. No es que esté mal ocuparse de esas cosas, pero no son lo central. Pero a nosotros se nos ha confiado lo más importante.

El mundo no quiere a la iglesia, pero Dios sí la quiere. Para eso estamos aquí, porque Dios quiso manifestar a los santos las riquezas de la gloria de este misterio; esto que está aquí tan resumido. Estas riquezas de la gloria, hay que abrirlas como una cajita y empezar a sacar el botín de Dios, y solamente estamos en la primera palabra.

Ahora, después de Cristo dice: "en" y "vosotros". Dos letras con tan grande significado, pues no es solamente Cristo en sí mismo. Dios es rico en sí mismo, pero además, él quiere compartir esta riqueza. Dios es rico para con los que le invocan, y quiere traspasarnos lo que es

de Él. Entonces, Cristo "en" nos habla de la economía divina, de la manera cómo Dios se administra a sí mismo a los suyos. Cristo "en" es el Cristo de la Trinidad, de la eternidad, el Cristo del propósito, y del plan de Cristo de la creación, el Cristo de la revelación, el Cristo de la redención, el Cristo del reino, el Cristo del juicio, de la Nueva Jerusalén, y del Cielo Nuevo y de la Tierra Nueva, y es el mismo Cristo que quiere pasar a vivir en la iglesia. Es el mismo Cristo, pero administrado, fluyendo, circulando, otorgándose.

Ahora, Cristo en "vosotros"; y podemos decir que muchas cosas caben en esa palabra, pero podemos asegurar que estamos nosotros, todos los hermanos reunidos, nuestros espíritus individuales están ahí, incluidos en "vosotros"; y nuestra alma también, junto con nuestra mente y todos sus pensamientos, emociones y sentimientos. Ahí está toda la antropología, en la palabra "vosotros".

CRISTO FORMÁNDOSE EN LA IGLESIA

A raíz de esto podemos preguntarnos: ¿Cómo el Cristo Hijo de Dios pasa a formase dentro de nosotros? ¿Cómo se administra? ¿Cómo se mueve dentro del espíritu, en nuestra alma y en nuestro cuerpo? De todo eso habla la Palabra de Dios, y todo está escondido en esta frase: "Cristo en vosotros". Es ahí donde están todas las Iglesias, las que existen, las que van a existir, y las que existieron, en lo local y lo universal. Ahí está todo el cuerpo de Cristo. Es decir, ahí está la Iglesia gloriosa, toda eclesiología. Cristo en vosotros, como a lo largo de la historia en XXI siglos, el Señor se ha ido formando en la Iglesia, y la Iglesia ha ido creciendo en el Señor, de gloria en gloria, de revelación en revelación.

¿O acaso no dice eso en la Escritura? "…de su plenitud tomamos todos…" (Jn.1:16). La incorporación de Cristo a lo largo de la Iglesia, es como un bebé creciendo en el vientre de su madre, como el hijo varón formándose en la mujer, que es una figura de la Iglesia.

Y luego la Palabra nos dice: "…la esperanza de gloria,…" (Col.1:27). Si en la palabra "vosotros" está toda la antropología, y está toda la psicología, y toda la eclesiología, en la palabra "esperanza" está toda la escatología. Esa palabra "esperanza", es el propósito eterno de Dios, y no lo saben los científicos, no lo saben los académicos, sino que lo saben los santos. Los otros no saben para dónde van, ni para qué fueron creados. ¿Será que el hombre fue creado para que muera y se acabe? Será para eso que Dios hizo tan maravillosamente al ser humano, para que se vaya al polvo de la tierra otra vez? La Biblia no

es una tragedia, sino un romance; aunque si hubo tragedias en ese romance, pero prevaleció el amor del Señor.

Y ahora dice: "…a quien anunciamos…" (Col.1:28). ¿A quién anuncian? Al Cristo glorioso, al Cristo de la divinidad, de la eternidad, al de la encarnación, de la redención, del reino, del juicio, etc.

"…amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre;…" (Col.1:28). ¡Qué trabajo de la Iglesia éste de presentar perfecto en Cristo a todo hombre!, no importa cuál sea, sin importar cuán torcido sea; Dios lo quiere presentar perfecto en Cristo, y su Hijo hizo todo lo necesario para que sea perfecto, sin importa la raza, o la cultura, o si es analfabeta o erudito, pues Dios quiere que todos sean salvos, y que ninguno perezca. Dios quiere que a toda criatura se le presente el evangelio para que pueda ser perfecto en Cristo. El evangelio tiene la capacidad de perfeccionar, porque ese es el resultado de Cristo en nosotros, es la perfección en ese "en". Es la administración de Cristo hasta la perfección. Somos perfectos en Cristo, estamos completos, y esto debe ser anunciado.

Esto es lo principal que está sucediendo en la tierra, esto es lo que Dios está vigilando. Para eso Dios nos tiene aquí, y nos hace mover por distintos lugares, para colaborarle. Ayudarle un poco a cargar su pesada cruz, pues la mayor honra que se nos puede conceder es cooperar con el Señor. Para eso vivimos, y para eso Dios quiso darnos a conocer las riquezas de la gloria de este misterio, a fin de poder presentar perfecto en Cristo a todo hombre.

Dios está detrás de todo hombre, y no debemos pensar que hay alguno al que Dios ame más, sino que él no quiere que ninguno perezca. Dios quiere que todos sean salvos, y no sólo salvos, sino que vengan al pleno conocimiento de la verdad, y para eso está la Iglesia. Aquí, la Iglesia es un candelero para alumbrar, es una ciudad sobre un monte que no se puede esconder. Esa es nuestra misión, para eso vivimos, y para eso Dios ha trabajado con nosotros hasta aquí, y sigue trabajando.

"Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él…" (Col.1:29). Esto era el trabajo de Pablo, y para esto él trabajaba. También dice "luchando", que son las pequeñas molestias, y continúa diciendo que "según la potencia de él", con lo que nos quiere decir que no estamos solos en la lucha, porque la lucha no es contra cualquiera, pero tenemos que estar tranquilos, porque es el diablo quien se está metiendo con Dios.

"…la cual actúa poderosamente en mí" (Col.1:29). Así como actuó en Pablo, también puede hacerlo en nosotros. Para eso envió su Espíritu, para actuar poderosamente en la Iglesia. "Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros…" (Col.2:1). Y aquí sigue explicando lo de esa lucha: "…para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas…" (Col.2:2). Ya había hablado de esas riquezas de la gloriosa, de ese misterio, y ahora vuelve hablar lo mismo, pero en otras palabras. El objetivo no es sólo saber, sino alcanzar, poseer, disfrutar y servir.

"…hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo…" (Col.2:2). El original dice "el misterio de Dios, Cristo". Aquí, claro, el traductor lo parafraseó para evitar, quizás, alguna interpretación herética. "… en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas" (Col.2:3).Hay muchas voces en la Tierra de millares de demonios, pero también está el hablar de Dios, que es Cristo. Cristo es el hablar de Dios, el mismo Cristo de la Biblia, de los apóstoles, el de la Iglesia.

El llamamiento de Dios es grande e inmenso, y nosotros somos como mendrugos, pero si él nos bendice, esos mendrugos van a alimentar multitudes.

Capítulo Quince *

Persona, Divinidad y Teofanía

Estaremos considerando lo que el Espíritu Santo ha dicho acerca de la divinidad del Hijo, y esto hay que decirlo muy a propósito, porque la divinidad es una sola, y la divinidad del Padre es la misma divinidad del Hijo, y la del Hijo, la del Espíritu.

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

El Señor Jesucristo dijo: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn.5:26). Esa es la Palabra, la vida autosuficiente de Dios nuestro Padre, que incluye tanto su esencia como su naturaleza. La vida divina incluye su esencia, los atributos incomunicables de Dios, y también incluye su naturaleza, es decir, los atributos comunicables de Dios. Hay atributos de Dios que son exclusivos de él, que nunca pueden ser comunicados a nadie, y esos se refieren a su esencia, a lo que Dios es en sí mismo. La esencia es lo que hace que un ser sea como es; la calidad de un ser está determinada por su esencia.

Es la esencia divina la que hace que Dios sea divino; por lo tanto, es omnipotente desde la eternidad, y es eterno, y omnisciente, omnipresente, eterno, perfecto, único, supremo, maravilloso. Y dentro de esos atributos de Dios – que, por supuesto, no se han mencionado todos –, hay algunos que serán siempre solo de Dios, aunque él nos haya hecho hijos participantes de la naturaleza divina, pero que no significa que podamos ser como el mismo Dios, porque nosotros, de hecho, fuimos hechos de la nada; en cambio él nunca fue creado, él es eterno, es omnisciente, él es omnipotente, y omnipresente.

Pero, aparte de la esencia que se debe a sus atributos incomunicables, de los cuales nunca nadie participará, existe la naturaleza divina, que se refiere a los atributos comunicables de Dios. "Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo" (1 Jn.5:11). En esa vida se está refiriendo a su naturaleza. Nunca la Palabra dice que nosotros seremos Dios, pero sí dice que somos

* Mensaje predicado en Temuco el 27/08/2009.

participantes de la naturaleza divina. Por lo tanto, la naturaleza divina en la vida divina, se refiere a los atributos comunicables de Dios, lo que él comunica acerca de su Palabra, sus atributos morales, el ser santos. "Santo seréis, porque santo soy yo…" (Lv.19:2).

Todo lo que tiene que ver con su santidad, con su rectitud, con su amor, con su pureza, los atributos que pudiéramos llamar morales, son atributos comunicables. Dios quiere vernos ser como él es; nunca nosotros seremos Dios, pues siempre hay algo que es exclusivo de Él; incluso no todas las cosas las ha revelado en la Palabra, porque dice que: "Hay cosas que son secretos exclusivos".

Y del Señor Jesús se dice: "…y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo" (Ap.19:12). Lo que implica tener ese nombre, el íntimo significado, no lo conoce el hombre, sino sólo lo conoce él, porque sólo él sabe lo que es ser Dios. Nosotros somos sus hijos, sus criaturas, porque hemos sido hechos a su imagen y semejanza, para contenerlo. Ahora lo hemos recibido a él, y él vive en nosotros, y nos ha hecho participantes de su naturaleza divina; por lo tanto, la naturaleza divina sí incluye los atributos comunicables de Dios.

LA DIVINIDAD DEL HIJO

El ser de Dios se diferencia de los otros seres por su esencia y por su naturaleza. La naturaleza es una manera especial de ser. La Biblia habla de la naturaleza, y diferencia a los seres entre sí por su naturaleza. La Biblia habla del género, de la especie, de la naturaleza, y en el Génesis, Dios creó animales, plantas y semillas para que se reproduzcan según su género, y según su especie, y según su naturaleza.

Los seres son diferentes entre sí por ciertas características de su ser, que los diferencian unos de otros. Aunque todos son "seres", se diferencian entre sí por su naturaleza. Por ejemplo, aquellos llamados dioses, no son dioses por naturaleza, pues son hechos de piedra o de madera o de metal, y la naturaleza del metal, de la piedra, y de cualquier otro material no es divina. La Biblia habla mucho de la naturaleza y de las distintas naturalezas, y nos dice también que la naturaleza humana ha conquistado las distintas variedades de la naturaleza animal, vegetal, y mineral. Por lo tanto, la Biblia utiliza palabras relativas a naturaleza, y a esencia, especialmente cuando se usa el verbo "ser".

Cuando el Señor dice que él es "YO SOY" (Ex.3:14), o "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn.5:26), esto nos habla de esa esencia divina autosuficiente que no depende de otro, que no le debe a nadie nada.

Nosotros no somos iguales a Dios, porque la esencia humana, la naturaleza humanan, no son divinas. Nosotros no éramos, pues Dios nos creó; en cambio, en el caso del Hijo dice: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn.5:26).

Ahí nos damos cuenta que el propio Hijo de Dios está confesando su propia divinidad. Él no solamente tiene naturaleza divina, sino esencia divina. Por eso al Hijo en la Biblia se le confiesa Dios, y esto lo ha confesado primeramente el Padre. El Señor ha recibido adoración incluso en su humillación, y en su condición de hombre él también recibió adoración, porque no dejó de ser la persona que era, sino que solamente se vació a sí mismo, se hizo como hombre, pero no dejó de ser el Hijo de Dios.

Él ha dicho palabras que confiesan esto, por ejemplo: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy" (Jn.8:58). "Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn.17:5). Estas palabras son dichas por aquella persona divina: "En el principio era el verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn.1:1).

Nos damos cuenta que debemos considerar ver no solamente la divinidad en cuanto a su esencia, o su naturaleza, sino también su persona. Recordaremos pasajes, aunque no todos, que nos hablan de su divinidad, su esencia y naturaleza; pero también necesitamos juntamente con la confesión de su divinidad, la de su persona coexistente con el Padre, para que nuestra confesión sea la del Espíritu y la de la Biblia, y la de los apóstoles de la Biblia.

Los apóstoles de la Biblia, así como los profetas de la Biblia, confesaron la divinidad del Señor Jesús, pero también confesaron su persona, que era distinta del Padre, pero no distinta en esencia, ni en naturaleza, ni en divinidad. La divinidad, la esencia y la naturaleza divina sólo subsisten en la persona del Padre, en la del Hijo y en la del Espíritu Santo, quien, siendo tres personas distintas, no lo son en divinidad, ni en esencia, ni en naturaleza, sino que lo son en la manera como la divinidad, la esencia y la naturaleza divina subsisten en cada uno.

Aquí es donde llegamos a la palabra "hipóstasis" que aparece en Hebreos 1:3: "…el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia…". La palabra exacta es carácter de su hipóstasis. Entonces, ahí nos damos cuenta que la divinidad subsiste. De ahí viene hipóstasis, de su subsistencia en el Padre como ingénito, es decir, no engendrado. La misma divinidad, esencia y naturaleza, subsisten en el Verbo de Dios como Unigénito del Padre. En cambio, se

distingue el Padre del Hijo, en que el Padre es el Padre del Unigénito, y el Hijo es el Unigénito del Padre. Nunca podremos llamarle al Padre unigénito, y siempre tendremos que decir del Hijo que es el Unigénito de Dios, es decir, engendrado del Padre sin principio. Esa palabra que está ahí parece complicada, ¿cómo, "engendrado"?

En Proverbios 8, la Sabiduría divina, que es el Verbo de Dios, habla de sí misma, diciendo: "Yo, la sabiduría…" (Pr.8:12). La Sabiduría divina está hablando en primera persona, y continúa con más: "Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra" (Pr.8:23). Antes de los siglos, la Sabiduría es engendrada; por eso el Hijo, que es Cristo, la Sabiduría divina, es llamado Unigénito. Pero ¿cómo es engendrada la Sabiduría divina en Dios? Haciéndola también divina, reconociéndola divina y principal, y a la vez engendrada. Parece un misterio, y no nos introduciríamos en él si no estuviera hablado en la Biblia. Pero nos dice que lo que está revelado es para nosotros, y, por lo tanto, hay que recibirlo.

Ahora, también puede surgir una interrogante: ¿Se conoce Dios a sí mismo? Y la respuesta es rotunda: ¡Claro que sí!, o no sería omnisciente, y no sería Dios. Si Dios no se conociera a sí mismo, y no conociera todo, su esencia no sería divina. Dios se conoce a sí mismo por eso él puede revelarse y decir: "YO SOY EL QUE SOY" (Ex.3:14).

Palabras que nos muestran que Dios se conoce a sí mismo, y al conocerse, él engendra de sí y ante sí una imagen de sí mismo que es igual a él, pero no la engendra en el tiempo, pues no es que empezó un día a conocerse, y antes no se conocía, sino mas bien, él siempre se ha conocido a sí mismo. Por lo tanto, en el ser eterno de Dios existe la Sabiduría de Dios, y con Dios. La Sabiduría con él estaba ordenándolo todo, o sea el Hijo con el Padre, el Verbo con Dios. La Sabiduría de Dios implica que Dios se conoce a sí, y conoce todo, y si se conoce a sí mismo tiene una imagen de sí, y esa imagen de sí es igual a él, y por la cual él se revela.

El Hijo es la imagen de Dios, él es la imagen del Dios invisible, quien reconoce ser fielmente representado en su Hijo, y por eso puede hablar de nuestra imagen, aunque el Padre no es la imagen, ya que el Padre es el Dios invisible, pero la imagen del Dios invisible es el Hijo, como dice Colosenses: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación" (Col.1:15).

El Padre es el Padre del Unigénito, y son dos personas distintas, no en divinidad, pues la divinidad es la misma; no en esencia, ni en naturaleza, porque también es la misma en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu, porque es el Espíritu de Dios que procede del Padre y del

Hijo, porque el Padre no precede de ninguna parte. De manera que la divinidad con su esencia y naturaleza divina, subsisten en el Espíritu como procedentes; en cambio, la misma divinidad, esencia y naturaleza divina, subsisten en el Padre como no procedentes, porque él no procede de nadie, en cambio de él procede, a manera de Sabiduría, de imagen, el Hijo, y entonces de los dos también el Espíritu, pero éste procede, no sólo del Padre, sino también del Hijo; el Espíritu viene en el nombre del Hijo, y toma todo lo de él.

LA REVELACIÓN Y CONFESIÓN DE LA IGLESIA

La Divinidad es una sola, un mismo ser divino, con una sola esencia divina, con una sola naturaleza divina, pero que subsisten en tres personas distintas: una es el Padre ingénito, otra es el Hijo unigénito, y otra es el Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo. El Padre ama al Hijo, y el Hijo ama al Padre. El Padre es el amante, el Hijo es el amado, y el Espíritu es el amor entre el Padre y el Hijo. Por eso la Iglesia, por causa de la revelación de Dios en su Palabra, no sólo debe confesar la divinidad del Hijo, sino la personalidad distintiva del Hijo, en confesión de Hijo como persona distinta del Padre, pero no distinta en divinidad y naturaleza, sino consustancial al Padre. Allí está la diferencia también la confesión del Espíritu de Dios, y la otra, la del espíritu del anticristo.

Veamos qué nos dice la Palabra respecto de esto: "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo?" (1Jn.2:20,22). Hay muchos mentirosos en la tierra, inclusive dentro del judaísmo ortodoxo, pero no mesiánico. Creemos que Jesús es el Cristo esperado. Los mismos que tenían la promesa del Mesías no creyeron que era Jesús. Otros, en cambio, dicen que Jesús sí es el Mesías, pero hacen separaciones, colocando a Jesús por un lado, y a Cristo por otro, como si fueran dos personas. Nestorio hizo eso, como si la persona divina fuera una y la persona humana fuera otra. Jesús es el Cristo, y es la misma persona divina y humana. Ahora, en la modernidad apareció otra manera de negar que Jesús es el Cristo, en la que teólogos afirman que uno es el Jesús histórico del cual saben muy poco, porque no están seguros de que lo que está escrito en la Biblia sea verdad, o que sólo es un invento de los cristianos primitivos; y el otro es el Cristo de la fe. O sea, esos teólogos están poniendo al Jesús histórico por un lado, y al Cristo de la fe por otro.

La verdad es que el Cristo de la fe es el Jesús histórico, y el Jesús histórico es el Cristo de la fe. Jesús es el Cristo, y esa es la confesión del Espíritu Santo. La unción misma enseña a los hermanos y dice "esto sí" o "esto no". Esto no sucede con los que no han nacido de nuevo, pero sí sucede con los que tienen el Espíritu. La obligación de la Iglesia es probar a los que se dicen ser apóstoles, porque no todos los que dicen ser, lo son. En esto conocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu de error.

Nos damos cuenta en qué se distingue el Espíritu de Dios al espíritu del anticristo, y es en aquello que confiesan de Jesucristo, porque sobre la roca de Cristo revelado y confesado por la Iglesia, es que la Iglesia es revelada. Entre la revelación de Dios acerca de Jesucristo y la edificación de la Iglesia, hay una íntima relación, pues no hay edificación sin revelación. La verdadera edificación es una verdad cada vez más clara, más nítida, más sólida, revelación acerca de Jesucristo. La verdadera edificación es conocer al Señor en espíritu; su persona, su divinidad, su humanidad, su obra, su cruz, su resurrección, su ascensión, su intercesión, su Espíritu, su reino, su juicio.

Esto es lo que edifica a la Iglesia, la revelación de Jesucristo recibida directamente del Padre, que concuerda con los apóstoles. El que es de Dios oye a los apóstoles del Nuevo Testamento, y el que no es de Dios no los oye, pues les resulta difícil aceptar lo que está escrito, y tienen otras voces en sus cerebros.

Volviendo a 1ª de Juan, que nos dice que el mentiroso es el que niega que Jesús es el Cristo, y que este es el anticristo, la Palabra dice que: "Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre"(1 Jn.2:23-24).

Es decir, que permanezca lo que habéis oído. A veces, parece que captamos todo lo que dicen, pero no es así. El Espíritu Santo nos hace detenernos una y otra vez sobre una misma frase para desentrañarnos todo lo que implican esas palabras. No hay que correr sobre estas frases, sino más bien, hay que orar delante de Dios para que no nos deje entenderlas a nosotros solos.

Los "Sólo Jesús", es decir, la herejía unitaria, que dice que Dios es una sola persona y que esa persona se vuelve Hijo al vivir en un tabernáculo humano, y que el Padre es el mismo Espíritu y son la misma persona de modo diferente. Estas personas están negando al Hijo, porque al decir que en la Divinidad sólo existe la persona del Padre, es lo

mismo que decir que no existe la persona del Hijo con el Padre. Si sólo confesamos al Padre, estamos negando al Hijo. No hay nada de malo en confesar al Padre, sino que lo malo es negar al Hijo, al decir que la Divinidad es una sola persona. Esto es influencia de un espíritu maligno que está en contra del Hijo. El Hijo era antes de hacerse carne; en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y era Dios, como lo dice Juan en el capítulo 1 en su Evangelio. El Hijo es el heredero de todo, y para quien Dios hizo todo, por quien hizo el universo. La Iglesia debe de entender esto. La Iglesia debe confesar al Hijo.

LA DIVINIDAD DEL HIJO EN LAS ESCRITURAS

El evangelio de Mateo comienza con el hijo de Abraham, el hijo de David; Marcos comienza con Juan el Bautista; y Lucas comienza desde Adán; pero Juan comienza desde el principio, antes de la fundación del mundo. Mateo comienza con el ministerio en Galilea, pero Juan comienza con el ministerio en Judea, antes de llegar a Galilea. O sea, que lo que trata Juan es anterior a lo que trata Mateo, Marcos y Lucas. Y así como el Antiguo Testamento comienza con: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn.1:1), así mismo comienza Juan en el Nuevo Testamento, hablando de lo más antiguo, siendo el que habla de lo primero con mayor autoridad: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios" (Jn.1:1-2).

Nos damos cuenta cómo la confesión de Génesis se agrandó. Es importante detenerse en la pluralidad que implica la única Divinidad. Por la eternidad, Dios ha usado varias veces el plural diciendo "hagamos al hombre", "defendamos", "confundamos", "quién irá por nosotros", etc. Dios habla en plural varias veces, y ahora Juan está desentrañando ese plural escondido en la Palabra. Juan está agregando revelación. Al inicio del Nuevo Testamento, como si fuera un nuevo inicio, aunque está hablando del mismo principio, pero Moisés solamente dijo de Dios "Elohim", pero ahora Juan desentraña lo que está escondido en esa palabra, y saca del seno del Padre al Hijo, y lo muestra desde el principio: "…el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (Elohim plural) y el verbo era Dios" (Jn.1:1).

O como veíamos anteriormente, cuando el Hijo dice: "Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn.17:5). El que habla aquí es la persona del Hijo, y no habla sólo como hombre, pues también dice: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy" (Jn.8:58).

Juan está viendo mucho más de lo que vio Moisés. Moisés ya implicaba al Hijo, pero no tan claramente como Juan, porque la revelación no termina con Moisés, sino que tenía que ser completada con el Mesías, y quien no lo oyera sería desarraigado del pueblo de Dios. Pero Juan ahora está haciendo la confesión completa de la fe de la Iglesia, la verdadera revelación de Dios. "Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (1 Jn.5:20). Ahora estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo, quien es el verdadero Dios.

"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (Jn.1:14). Juan está confesando al Hijo con el Padre. Jesucristo es el "quien", el "con quien", y el "para quien" el Padre creó todo. Jesucristo es el heredero de todas las cosas, y por quien asimismo hizo el universo. El Hijo es creador con el Padre, y no solamente el Redentor. Eso es lo que la Iglesia debe ver en el Hijo, para no negarlo como lo hace el mentiroso. No vamos a entender ni siquiera nuestra propia persona si no entendemos al Hijo, porque el hombre fue hecho en relación al Hijo, en función del Hijo, quien es el modelo que Dios puso para hacer al hombre.

Y ¿quién es la imagen del Dios invisible? El primogénito de toda creación, que estaba en el principio de todo. Cuando se dice del Hijo que fue engendrado, lo dice a manera de sabiduría eterna, y divina. "…sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn.1:3). Juan está tomando el comienzo del Antiguo Testamento, pero está añadiendo todo el contenido que estaba apenas escondido, y ahora lo está sacando a la luz, porque el Hijo les enseñó las Escrituras a ellos, y lo que ellos enseñaron fue del Hijo, del Espíritu Santo, y de las Santas Escrituras.

El propio Pablo decía: "…no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder…" (Hch.26:22). En el Antiguo Testamento, ya el Espíritu Santo había confesado la Divinidad del Hijo, pero estamos viendo que la divinidad del Hijo implica la persona del Hijo con el Padre. Hay que reconocer la segunda persona de la Trinidad, y por lo tanto, también la tercera. El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre, y ellos no empezaron a amarse en el tiempo, sino desde la eternidad. Es ahí donde brota, y procede desde la eternidad, el Espíritu Santo que también es eterno. Hay un aspecto económico, y futuro del Espíritu, cosas que él haría después, pero en cuanto a su existencia, y a su esencia, él es eterno, y estaba con el Padre y con el Hijo desde la eternidad, o si no, no sería eterno.

El Espíritu Santo en la Biblia confiesa al Espíritu como eterno: "…

mediante el Espíritu eterno…" (Heb.9:14). Existen muchas confesiones sobre el Hijo en la Palabra, en relación a lo económico, con la administración, con la identidad del Hijo, y otras tienen que ver con su condición humana en humillación, en despojamiento. Pero es importante tener presente que las frases humanas que él habló en su despojamiento, no niegan lo que él es en su divinidad, solamente habla en su condición humana de despojamiento. Y esas frases no son contrarias, sino complementarias a las de su divinidad.

No debemos quedarnos sólo con aquellas palabras que nos muestran a Jesús despojado de su condición gloriosa, encontrándose como hombre delante del Padre, así como lo han hecho los llamados Testigos de Jehová. Éstos vienen a decirnos a nuestras casas solamente lo que habló Jesucristo en su despojamiento y en su humanidad, sin mostrar también lo que el Padre ha dicho del Hijo, lo que el Hijo dice de sí mismo, lo que el Espíritu dice por los profetas en el Antiguo Testamento, y por los apóstoles en el Nuevo Testamento acerca de la divinidad del Hijo.

Isaías, en el capítulo 7, dice: "Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel" (Is.7:14). Esto sí que es una señal, porque una doncella que no sea virgen conciba no es ninguna señal, más bien es lo normal, pero si una virgen concibe, esa sí que es una señal. Y ¿quién es el Hijo de la virgen? Dios con nosotros.

Luego sigue hablando de ese Hijo, en el capítulo 9: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz" (Is.9:6). ¿Quién es ese Hijo, ese niño que vino a estar con nosotros como hombre? El mismo Dios. El propio Padre vino a morar en el Hijo. No dejó solo el Padre al Hijo, pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo.

Ese niño Admirable, Consejero, no era cualquiera, porque ese niño era Dios con nosotros. Por eso, el mismo testigo Isaías dice: "Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará" (Is.35:4). ¿Quién nos salvará? ¿Quién será nuestro salvador? Dios mismo.

"Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo…" (Is.35:6). Cuando Juan el Bautista tambaleaba un poco según el hombre exterior, mandó a preguntar: "¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?" (Lc.7:19). Y ¿cómo responde a

esto Jesús? "En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista" (Lc.7:21).

El Señor Jesús hizo lo que Dios haría cuando él mismo viniera a salvarnos. Y dijo: "…Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído (…) y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí" (Lc.22-23). Juan el Bautista ya había tenido claro esto, pero es que en el hombre interior lo sabemos, pero en el hombre exterior, dudamos. Hay una diferencia en conocer con el Espíritu, y el conocer con la carne. En el Espíritu, adentro, sabemos que es de Dios, pero con el de afuera viene el diablo y hace dudar. Hay que andar en el Espíritu, y conocer según el Espíritu, porque la Unción nos enseña todas las cosas; pero cuando estamos en la carne existe el sí y el no al mismo tiempo.

En el Espíritu le podemos decir "amén" al Señor, así como María le dijo, porque ella no sabía cómo iba a dar a luz siendo virgen, pero ella creyó. "…hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lc.1:38). Cuando decimos "amén", la palabra cimienta, y engendra un nuevo nacimiento, una nueva creatura. Entonces ese niño, ese varón perfecto, comienza a formarse en el vientre de la Iglesia, en el espíritu de la Iglesia, por el amén a Dios, por el conocimiento interior del Espíritu. Entonces Juan, cuando andaba según el Espíritu que estaba sobre él, en el vientre de su madre, todavía no en él, pero sí sobre él, aún en el vientre de su madre, el Espíritu vino sobre él y lo acompañó todo el tiempo.

El otro Juan, el apóstol, al inicio de su evangelio, dice que cuando le preguntaban a Juan el Bautista las siguientes preguntas: ¿Tú, quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo" (Jn.1:19). Algunos decían que él era el Cristo, y aún hasta hoy hay un grupo en Irak, los mandeos, que dicen que Juan el Bautista era el Cristo. Luego, le preguntaron a Juan si él era Elías o un profeta, a lo cual Juan responde a ambas con una negativa.

CUATRO TESTIGOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Pero Juan dice de él: "Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino de Señor, como dijo el profeta Isaías" (Jn.1:23). Y esa es la profecía que está aquí en Isaías 40: "Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios" (Is.40:3).

Continúa diciendo Juan el Bautista: "…el que viene después de mí, el que es antes que mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado" (Jn.1: 27). Juan sabía que Juan el Bautista era esta voz que clama en el desierto, pero esta voz le preparaba camino al propio Je-

hová, nuestro Dios. Enderezaba calzada en la soledad a nuestro Dios, porque detrás de Juan el Bautista venía Dios. ¿Nos damos cuenta a quién era que venía anunciando Juan? Pues Dios mismo; por eso Juan se sentía indigno de desatar las sandalias.

Ahora veamos otro testigo, a Jeremías con una profecía acerca del Mesías: "He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra" (Jer.23:5). ¿Quién es este renuevo de David? ¿Acaso no es el Mesías? "En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado (especialmente cuando reciba al Mesías y comience el Milenio); y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra" (Jer.23:6). Entonces, ¿quién sería el Mesías? Jehová nuestra justicia; dice que así le llamaríamos.

Ezequiel es otro testigo; se dice que: "…en boca de dos o tres testigos conste toda palabra" (18:16). En tal caso llamamos a Isaías, Jeremías y ahora a Ezequiel. El testigo Ezequiel vio la gloria de Dios, y la describió en el capítulo 1, describiéndola hasta el final del primer capítulo: "Y cuando se paraban y bajaban sus alas, se oía una voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas. Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él" (Ez.1:25-26).

Este es el prototipo, la imagen del Dios invisible. Cuando Dios dijo: "hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza…" (Gn.1:26). Este era el modelo para hacer al hombre, este "antes" de la encarnación era el modelo para que el hombre fuera hecho a su imagen y semejanza, y la imagen del Dios invisible es el Hijo.

"Y vi apariencia como de bronce refulgente, como apariencia de fuego dentro de ella en derredor, desde el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor" (Ez.1:27). Podemos recordar en Hebreos, cuál fue la primera palabra del canto que el Señor dio a cantar al inicio de esta reunión: "…siendo el resplandor de su gloria…" (Heb.1:3). El autor del Nuevo Testamento había leído a Ezequiel; el Espíritu Santo le hizo usar el lenguaje de Ezequiel.

"Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, (aparecía en el trono de Dios en Apocalipsis) así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba" (Ez.1:28). "El que hablaba" era el prototipo en función de quien Dios hizo al hombre, de la gloria de Dios, del resplandor

de su gloria. Él es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia, como dice Hebreos.

Hemos visto tres testigos, pero hay un postre. En Zacarías, vamos a leer algunos versículos. Primero, fijémonos quién comienza a hablar aquí: "Así a dicho Jehová mi Dios…" (Zac.11:4). Es el mismo Jehová quien empieza a hablar aquí. Y ¿qué dice Jehová Dios? "… Apacienta las ovejas de la matanza, (…) Por tanto, no tendré ya más piedad" (Zac.11:6). ¿Quién no tendrá más piedad? Jehová. "Apacenté, pues,…" (Za.c11:7). Esa es la persona de Jehová. "Y destruí…" (Zac.11:8), "Y dije:…" (Zac.11:9), "Tomé luego…" (Zac.11:10). Luego dice: "Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo Jehová: Échalo al tesoro; ¡hermoso precio con que me han apreciado! (Zac.11:12-13).

Jehová dice: - me han apreciado- ¿A quién apreciaron por treinta piezas de plata? A Yahvéh Elohim. ¿Quién era, entonces? Jesús, el mismo Dios ¿Nos damos cuenta? Era el mismo Dios. Y luego, si seguimos leyendo, lo mismo pasa en el capítulo 12, en el principio donde dice: "Profecía de la palabra de Jehová acerca de Israel. Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho; He aquí, yo pongo a Jerusalén…" (Zac.12:1-2).

Este "yo" es Jehová quien sigue hablando en el verso 4: "En aquel día, dice Jehová, heriré…" (Zac.12:4). ¿Quién es este Dios? Jehová; ¿Quién herirá? Jehová. "En aquel día pondré…" (Zac.12:6). Y sigue hablando el Señor, diciendo: "Y en aquel día yo procuraré destruir…" (Zac.12:9). "Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron…" (Zac.12:10).

Desde el principio viene hablando Jehová. ¿Quién derramará? ¿A quién traspasaron? A Jehová, pero venía como un niño, que creció en sabiduría, en gracia, que fue probado como un hombre, pero era el propio Dios, la persona divina que se hizo también humana.

"…y mirarán a mí, a quien traspasaron" (Zac.12:10). Esta expresión es del Hijo unigénito. Jehová usó esa expresión, y no fue un invento de alguna teología. El propio Dios había usado estas palabras, y eso es lo que está usando Juan en su evangelio, lo que el mismo Señor Dios habló. Entonces, el Espíritu Santo, por boca de los profetas, confesó de antemano la divinidad del Mesías, del Hijo de Dios, y en el Nuevo Testamento, los apóstoles.

TRES TESTIGOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Ya hemos mencionado bastante a Juan; por lo tanto, veremos ahora a Pedro. También tenemos a tres testigos en el Nuevo Testamento.

"Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra:…" (2P.1:1). ¿Cómo le llamó Pedro a nuestro Señor Jesucristo? Le llamó nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y esa es la confesión de la Iglesia, es la roca firme en la cual estamos, en las manos de este que también es hombre y Dios, y hombre que murió, resucitó, ascendió y envió a su Espíritu. ¿Nos damos cuenta? Nuestro Dios y Salvador Jesucristo. ¿Lo podemos confesar?

La misma confesión que hizo Juan, la hace Pedro, y también la hizo Pablo al escribirle a Tito: "…aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo…" (Tit.2:13). Esta es la confesión de Pablo, y la de Pedro, que Jesucristo es nuestro gran Dios y Salvador, además de hablar de la manifestación gloriosa y bienaventurada.

Si volvemos al Antiguo Testamento, podemos leer: "Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos…" (Zac.14:4). ¿Quién es el que vendrá a poner los pies en el Monte de los Olivos? Aquel que viene a poner los pies con todos los santos en el Monte de los Olivos es Jehová, el mismo Dios. "…y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos" (Zac.14:5).

¿Quién fue el que ascendió desde el monte de los Olivos? "…dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando el cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hch.1:9,11). El que ha sido tomado de vosotros, como hombre resucitado, y no como un fantasma, sino como hombre y Dios, ascendió en las nubes, y fue a la diestra del Padre.

Ya tenemos el testimonio de Juan, Pedro y Pablo, y seguiremos también con Romanos, viendo solamente lo esencial: "Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén" (Ro.9:3-5).

Decimos "amén" con Pablo, con el Espíritu Santo. Es esta la confesión en boca de dos o tres testigos, y el postre está con Tomás, en el evangelio de Juan: "Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (Jn.20:29,29). ¡Gloria al Señor! Ahí está la confesión del Padre, Del Hijo y del Espíritu Santo, por mano de los profetas y de los apóstoles en el Antiguo y Nuevo Testamentos; esa es la fe de la Iglesia acerca de la divinidad del Hijo, pero hemos visto también la persona del Hijo.

TEOFANÍA

Ahora, la tercera palabra de divinidad y persona es "teofanía". Teofanía significa "las apariciones de Dios". Cuando Dios se aparecía, esa era una teofanía. La Escritura dice que: "Nadie ha visto jamás a Dios" (1ª Jn.4:12).

Pero, por otra parte, también dice que: "Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara" (Ex.33:11). Hay muchas apariciones de Dios, pero esto no quiere decir que sean contradicciones. Cuando la Palabra dice que a Dios nadie le ha visto jamás, se refiere a la plenitud de su gloria. Aunque Dios hablaba cara a cara con Moisés, él tenía que retener su gloria, revelándole solo un poco, para que Moisés no muriera.

En la Biblia, las apariciones de Jehová, sus teofanías, como el mensajero, eran el Verbo antes de su encarnación.

"Rodéate ahora de muros, hija de guerreros; nos han sitiado;…" (Mi.5:1). Eso fue Jerusalén, porque rechazaron al Mesías fueron sitiados. "…con vara herirán en la mejilla al juez de Israel" (Mi.5:1). Aquí está parte de los sufrimientos del Mesías. "…pequeña para estar en las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (Mi.5:2).

Está hablando de atrás para adelante, como a veces sucede en las películas cuando empiezan por el final y luego van retrocediendo, y así fue en este pasaje. Sus salidas, son las salidas del que sería el Mesías, y son desde el principio. Dios nuestro Padre, el Dios invisible tenía que revelarse. Entonces, él enviaba al Mensajero de Su Faz, que es el Hijo, el Verbo, antes de la encarnación. Las apariciones de Jehová son teofanías, donde no se presenta con toda su gloria, sino se retiene.

El mismo Mesías, el que nació en Belén, el que fue herido, ya había salido desde el principio. Es decir, que a lo largo de todo el Antiguo Testamento las apariciones de Dios son las teofanías del Verbo de Dios que después se hizo carne. Lo que pasa es que a veces nosotros nos confundimos con la palabra "ángel". La palabra ángel es un nombre que se refiere a oficio, y no a naturaleza. La palabra ángel simplemente significa mensajero.

Si vamos a decir "mensajero" en griego, se dice angelos, y si lo decimos en hebreo es malak; entonces malak y angelos, o ángel, significa "mensajero". Hay mensajeros que son de naturaleza angelical como Gabriel, o mensajeros que son de una naturaleza humana. Y la Biblia, incluso si leemos el Nuevo Testamento, cuando Jesús envió ciertos discípulos a prepararle camino o la mesa para celebrar la Pascua, dice que envió mensajeros, pero no eran los ángeles celestiales con alas, sino sus discípulos a los que él envió.

El Ángel de Yahvé no es un ángel creado, sino que es el Mensajero del Padre, usando la palabra ángel sólo como el oficio del Hijo eterno de Dios. Para ver eso, vamos a Éxodo: "Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová…" (Ex.3:1,4).

Entonces, el que estaba en la zarza como el Ángel de Jehová, era el Hijo, como una teofanía divina, no en toda su gloria, ya que así nadie le ha visto jamás, pero aquí hablaba con Moisés cara a cara.

"… y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido…" (Ex.3:4,8).

Esta es una aparición económica de Dios. Dios es omnisciente y no tiene que subir, ni bajar, pero en sus apariciones, en sus trabajos, el habla de esta manera: "He descendido"; es decir, era una aparición teofánica de Dios. Era el Mensajero de Dios, el mismo Hijo de Dios, que viene a representar a su Padre. Sus salidas son desde el principio, del que sería el Mesías. Él ya había venido varias veces, y ésta que vemos en Éxodo fue una de esas veces, y una muy importante.

"… y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, (…) El clamor, pues, De los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión (…) Ven, por tanto, ahora, y te enviaré (…) Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? (…) He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a moisés: YO SOY EL QUE SOY" (Ex.3:8,14).

EL QUE SOY es el Dios invisible, es el Dios que se conoce y se revela, pero Yo soy es la imagen del Dios invisible, el Hijo, el mensajero de la faz de Dios, una teofanía divina, una de las salidas del Verbo antes de la encarnación.

"Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros (…) Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos. Ve, y reúne a los ancianos de Israel, y diles: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me apareció diciendo…" (Ex.3:15,16). ¿Quién era el Ángel de Jehová? Jehová, quien le apareció a Moisés diciendo que el Dios de Abraham, Isaac y de Jacob es el mensajero de Dios, el Ángel de Jehová.

Cuando Agar está llorando, después de ser afligida por Sarai, y de haber huido de ella, se le aparece el Viviente que ve, y dijo: "… ¿No he visto también aquí al que me ve? (Gn.16:13). Este es el mismo Dios apareciéndose en una teofanía, es el Verbo como el Mensajero de Jehová. Dios se revela en la medida de la persona a tratar. A él nadie le vio jamás en toda su gloria, pero el Hijo es el que lo mostrará en su gloria cuando él venga.

También en Éxodo aparece otra teofanía, y vamos a verla: "He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado" (Ex.23:20). Ese "yo" es la persona del Padre, y ese Mensajero de su Faz es la persona del Hijo. "Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonara vuestra rebelión, porque mi nombre está en él" (Ex.23:21). Dios le puso a su Mensajero su propio Nombre. ¿Nos damos cuenta?

Ahora, sigamos a este Ángel, a este mensajero de la faz de Dios, y vamos al libro de Jueces y veamos cómo habla el Ángel de Jehová: "El ángel de Jehová subió de Gilgal a Boquim, y dijo: Yo os saqué de Egip-

to, y os introduje en la tierra en la cual había jurado a vuestros padres, Diciendo: No invalidaré jamás mi pacto con vosotros, con tal que vosotros no hagáis pacto con los moradores de esta tierra, cuyos altares habéis de derribar; mas vosotros no habéis atendido a mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? Por tanto, yo también digo: No los echaré de delante de vosotros, sino que serán azotes para vuestros costados, y sus dioses os serán tropezadero. Cuando el ángel de Jehová habló estas palabras a todos los hijos de Israel, el Pueblo alzó su voz y lloró. Y llamaron el nombre de aquel lugar Boquim, y ofrecieron allí sacrificios a Jehová" (Jue.2:1-5).

El mismo que dijo: "Mi Nombre está en él", Él los introducirá, y "Yo os introduje", fue el que los acompañó todo el tiempo, viéndolo Moisés; lo mismo que vio Agar, lo vio Abraham, Isaac, Jacob, y Job desde un torbellino.

"Yo, yo hablé, y le llamé y le traje; por tanto, será prosperado su camino. Acercaos a mí, oíd esto: desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu. Así ha dicho Jehová, redentor tuyo, el Santo de Israel: Yo soy Jehová Dios tuyo, que te encamina por el camino que debes seguir (Is.48:15,17). Así habla Dios, y habla de la Trinidad; Yo hablé, y me envió Él, y su Espíritu. Allí está la Trinidad, y el Yo que habla es el Hijo, el que lo envió es el Padre y su Espíritu.

"Porque dijo: Ciertamente mi pueblo son, hijos que no mienten; y fue su Salvador. En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó…" (Is.63:8-9). ¿Quién fue el que los salvó? El Ángel de su Faz, el mensajero de la faz de Dios, la imagen del Dios invisible, el representante, el testigo fiel y verdadero de Dios.

"He aquí, yo envío mi mensajero el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Mal.3:1). Estas apariciones son las salidas del que sería el Mesías desde el principio hasta el fin; y si queremos ver que esta es la enseñanza del Nuevo Testamento, la enseñanza apostólica, debemos ir al Nuevo Testamento: "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo" (1ª Co. 10:1,4).

REVELACION PLENA DEL HIJO

¿Quién era el Ángel que los introducía a la tierra prometida, en el cual el Nombre Divino estaba en él? Era Cristo; por lo tanto, hay que ver esto de la teofanía, junto con lo de la persona, junto con lo de la divinidad, y junto con lo de la humanidad del Hijo.

Para finalizar, es necesario ver a Zacarías. En este libro vamos a ver cómo Jehová habla como el Padre y cómo Jehová habla como el Hijo, y aun cómo en la misma Trinidad aparece Jehová enviando a Jehová. Ese Jehová que envía es el Padre, y el Jehová enviado es el Hijo. El Hijo siempre estuvo en la Biblia, sólo que la leemos muy rápido: "…y otro ángel le salió al encuentro, y le dijo: Corre, habla a este joven, diciendo: Sin muros será habitada Jerusalén, a causa de la multitud de hombres y de ganado en medio de ella. Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella. Eh, eh, huid de la tierra del norte, dice Jehová, pues por los cuatro vientos de los cielos os esparcí, dice Jehová. Oh Sion, la que moras con la hija de Babilonia, escápate. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos: Tras la gloria me enviará él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo" (Zac.2:3-8).

Este enviado es el Hijo, y el que lo envía es el Padre; el enviado es la teofanía de la encarnación, hablando del enojo de su Padre.

"Porque he aquí yo alzo mi mano sobre ellos, y serán despojo a sus a sus siervos, y sabréis que Jehová de los ejércitos me envió" (Zac.2:9). El Padre Yahvéh es el que envía, y Yahvéh Hijo es el enviado, y los dos son Yahvéh.

"Canta y alégrate, hija de Sion; porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová. Y se unirán muchas naciones a Jehová en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti; y entonces conocerás que Jehová de los ejércitos me ha enviado a ti" (Zac.2:10-11). Oh Señor, qué misterioso es esto de hablar en primera y en segunda persona. El Hijo no hace nada por sí mismo, sino en el nombre del Padre, y se lo remite todo a él. Por otra parte, el Padre se lo remite todo al Hijo.

Entonces, el Hijo es desde el principio el que aparece a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Por eso habla de: "…y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (Mi.5:2). "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn.1:1).

Él es el mensajero de su faz, el representante de Dios, es las apariciones teofánicas de Dios, pero no en toda la gloria. El Hijo de Dios conteniendo al Padre. El que se hizo hombre, y fue probado en todo, que venció, murió, resucitó, ascendió, y envió a su Espíritu, y que volverá en gloria.

Capítulo Dieciséis *

Elementos de la promesa: La Sangre y el Espíritu de Cristo

El tema sobre la Sangre y el Espíritu del Señor es algo simple, sencillo, pero necesario para todas las personas, tanto para los que no conocen al Señor, como para los que recientemente han nacido de nuevo, y también para los que ya han caminado con el Señor más tiempo. La Sangre y el Espíritu Santo será el mensaje, y los consideraremos como dos elementos prometidos por Dios en su Palabra.

El Señor ha provisto para nosotros su Sangre que nos limpia, como un don permanente que fluyó por las heridas de Cristo, y ha provisto también su Espíritu Santo que nos vivifica, nos fortalece y nos sostiene en toda situación.

LA INAUGURACIÓN DE LA IGLESIA

En los Hechos de los Apóstoles, capítulo 2, en "el día de Pentecostés", pudiendo llamarlo como la inauguración de la Iglesia, el tema del discurso de Pedro fue el Señor Jesús. Habló de su muerte, resurrección, ascensión y derramamiento de su Espíritu. En esto expuesto, está la base y la síntesis de la obra de Dios, que se materializó de esta manera. Desde allí brota toda edificación y trabajo de Dios a manera de gracia y por medio de la fe, como dice en la carta de los Colosenses: "…y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad. Así debemos andar, recibiéndolo constantemente por la fe" (Col.1:6).

Desde este día de Pentecostés, y gracias a la predicación del evangelio por Pedro, iluminado por el Señor, y a la luz de la exposición de Cristo, de su persona divina y humana prometida en las Escrituras, y de su obra, responde una interrogante a la necesidad humana: "¿Qué haremos, hermanos?". Aquí el apóstol comienza, inspirado por el Espíritu Santo, a hablarles, porque así Jesús había prometido que sería, que él nos recordaría todas las cosas y sus palabras (Juan 14:26).

* Mensaje predicado en Santiago el 12/08/2009.

Entonces, tenemos que la enseñanza de los Apóstoles y ésta específica, donde el Espíritu habla por medio de Pedro, son palabras que provienen del Antiguo Testamento, del trabajo progresivo de Dios, de sus promesas, de la tipología o preparación de Dios, y palabras que también habían sido interpretadas por Jesús. Y esa fue una de las tareas preciosas del Señor, y que continuó siendo también una tarea preciosa del Espíritu Santo. Durante los cuarenta días después de la resurrección, Jesús estuvo apareciéndoles a los Apóstoles, trayendo a ellos la enseñanza del Padre por medio de él y del Espíritu Santo; enseñándoles e interpretando las Sagradas Escrituras, abriéndoles el entendimiento espiritual. A raíz de esta enseñanza hecha por el propio Hijo de Dios, es que no podemos menospreciar la instrucción de los Apóstoles encontrada en la Biblia. De ahí que recibir lo que ellos han escrito por el Espíritu Santo, es recibir al mismo Señor Jesús, y recibir al Señor Jesús es recibir a Dios nuestro Padre. "El que a vosotros recibe, a mi me recibe y el que me recibe a mí, recibe al que me envió" (Mt.10:40).

Lo que ellos enseñaron, en esta inauguración de la Iglesia, y a la luz del evangelio, es que el hombre reconozca su necesidad de Dios y de la salvación, y todo lo que implica comenzar el camino de la vida eterna. Por esto surge la pregunta del discurso de Pentecostés: ¿Qué haremos, hermanos, qué haremos? quedando de manifiesto en esta interrogante la necesidad del hombre al tratar de salvarse por sus propias fuerzas.

Lo trascendental es lo que él hizo por nosotros y no lo que nosotros tenemos que hacer. Por nuestra parte sólo debemos creer. No obstante, el Señor ha dado respuesta a esta consulta y nos presenta los elementos claves antes mencionados: La Sangre y El Espíritu Santo. Esta es la base que necesitamos para comenzar, continuar y terminar; es la respuesta del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, de la Palabra y de los Apóstoles; y ésta tiene que ser también la respuesta de la Iglesia. Esto era lo que en síntesis Dios había prometido. Aquí Pedro está totalmente orientado hacia las promesas del Padre, en los elementos centrales, fundamentales del nuevo pacto, que es la manera apropiada de andar con Dios.

Si continuamos en Hechos, nos dice que: "A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos" (……) "Habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís" (Hch.2:32-33).

Pedro lo recibió como un hecho, como algo ya cumplido. Dios esperaba la resurrección de Jesús para incorporar la gloria a la humanidad

y, por su Espíritu, entregárnosla, y comenzar su obra de convicción sobre el mundo: convencer de pecado, de justicia y de juicio, sin importar cuán duro sea, o cuán difícil a nosotros nos parezca, pero para el Espíritu Santo todo es posible. "… Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Salmo 110:1). "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hch.34-36).

Aquí David profetiza la ascensión de Jesús, y la conclusión final de todo ese testimonio acerca del Hijo, de su persona divina, humana, de su muerte expiatoria, de su resurrección, ascensión, intercesión y derramamiento de su Espíritu. Esto es necesario saberlo, oírlo para creerlo, porque se recibe por la fe, y la fe es por el oír. Por esta razón es fundamental predicarlo; Jesucristo lo mandó, y que de esta manera se reciba y comience la salvación verdadera de los seres humanos.

En el siguiente verso vemos la pregunta antes mencionada: "…Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hch.2:37). Y Pedro les responde: "Arrepentíos". Antes teníamos un paradigma conforme a las mentiras de Satanás, pero ahora, esas mentiras se exponen a la luz de la Palabra. Comenzamos a comprender las cosas de Dios porque estamos oyéndole. Entonces, Pedro continúa diciendo: "…. Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hch.2:38).

Él nos está indicando lo que tenemos que hacer: comenzar a ver las cosas desde el punto de vista de Dios, identificarse con Jesucristo, con su persona, con su muerte y resurrección. Debemos obedecer en el Señor; la obediencia que proviene de la fe, del descansar en él y contar con él.

Ésta es la primera parte expuesta en esta Palabra, que Jesucristo murió, y he aquí por su Sangre la remisión de los pecados. En seguida, se presenta la segunda parte, que es su complemento: "…Y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch.2:38).

Aunque no podemos confiar en nosotros mismos, sí podemos confiar en Jesucristo y en el Espíritu Santo. El Señor Jesús confió tremendamente en el Espíritu Santo, incluso diciendo: "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad…" (Jn.16:13).

EL NUEVO PACTO

Y fue de esta manera cómo el Espíritu Santo les recordó y les interpretó a los apóstoles la exposición de la Palabra de Dios hecha por el propio Señor Jesús. Lo que hace el Padre siempre es traernos al Hijo; lo que hace el Espíritu Santo es glorificar al Hijo y que lo recibamos por la fe. Al Padre por el Hijo y al Hijo por el Espíritu.

¿Cuáles eran los términos del nuevo pacto? Podemos leerlos en Hebreos capítulo 8, desde el verso 1. Ahora bien, toda esta epístola es preciosa porque su punto principal es declararnos que tenemos ayuda, porque antes éramos ajenos a Dios, y ahora tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la majestad de Dios en los cielos. Además de él, ministro, servidor del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre, porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios, por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer.

De esta manera nos presenta que si estuviera sobre la tierra, como Caifás, como Anás y todos ellos, no sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley. Podemos aclarar que esta carta a los Hebreos se escribió antes del año 70, porque no había sido destruido el templo y aún funcionaba el sacerdocio, "los cuales sirven (todavía en esa época) a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: "… haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte" (Heb.8: 5).

Lo que erigió Moisés es un modelo, mas Juan en Apocalipsis vio la realidad, que concuerda con lo que Dios le mostró en el monte a Moisés. "Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas" (Heb.8:6).

Este "ahora" es muy importante. Este es el Nuevo Testamento a partir de Cristo, de un ministerio mejor que el de aquellos sacerdotes del antiguo pacto. Note que aquí está hablando de un pacto nuevo que tiene unas promesas mejores, refiriéndose a la Sangre de Jesucristo para el perdón de los pecados, y el don del Espíritu Santo. Estos son los elementos centrales del nuevo pacto a los que se refiere Hebreos, prometidos por Dios, quedando de manifiesto que únicamente por estos elementos se hace posible andar con Dios; esa es la única base real.

Continuemos en Hebreos 8, que dice: "Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: "He aquí vienen días,

dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor" (Heb.8:7,9).

Existen personas que quieren agradar a Dios en la base del antiguo pacto, pero Dios ya no se entiende con nosotros en esos términos. Dios sabía cuál era el objetivo de aquel antiguo pacto, y a modo de ilustración nosotros podemos referirnos a él como un instrumento de diagnóstico. Pero el ministerio del nuevo pacto es el del remedio por medio de la Sangre y del Espíritu. "…por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: (¿Cómo?) Pondré mis leyes en la mente de ellos y sobre su corazón las escribiré; (por obra del Espíritu) y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos (Obra de Espíritu). Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (Esa es la sangre) (Heb.10-12).

¿Podemos ver presentes los dos elementos esenciales de las promesas de Dios? Como dice en Colosenses: "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él…" (Col.2:6).

No sea que nos ocurra lo que pasó con los gálatas, que comenzaron por el Espíritu, pero que quisieron acabar por la carne. Lo que comienza por el Espíritu, tiene que culminar por el Espíritu y por la Sangre. Sólo por la Sangre y por el Espíritu se puede completar la carrera.

En el Antiguo Testamento podemos ver también que Dios nos habla del nuevo pacto que vendrá. Jeremías dice: "He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá" (Jer.31:31).

Claro que inicialmente la promesa era para ellos, pero nosotros fuimos incorporados en Cristo y en la simiente de Abraham, por lo cual nos corresponde también a nosotros. Continúa diciendo: "No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos

me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado" (Jr.32-34).

Estas mismas palabras son las que Jesucristo les había enseñado a los apóstoles, y que ahora podemos ver que claramente se referían a la Sangre y el Espíritu, para llevar a cabo el nuevo pacto. Lo mismo distinguimos en Ezequiel: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré". Esto es lo que hace la sangre de Cristo. Y "os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu…" (Ez.36:25-27).

Notemos que todo lo expuesto en la Palabra es algo que Dios ha dado; por ejemplo: "yo esparciré", "yo daré", "yo limpiaré", "yo quitaré". ¿Y nosotros qué haremos? Solamente recibirlo. Y vivir por la fe en el Hijo de Dios. Todo este "quitar y limpiar" es por la Sangre, por la Cruz, por la resurrección, por sus obras, por la ascensión y derramamiento del Espíritu. "…Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez.36:27).

Nosotros solos no podemos, pero Dios dice "yo haré que andéis". ¿Se puede dar cuenta de esta dádiva de Dios? Nos dio a su Hijo y el don del Espíritu Santo para todo aquel que en él cree. No es un préstamo, no es un alquiler, es un regalo, ya que por méritos nunca lo podríamos obtener. Y existe una sola manera de recibir este regalo y es por fe; creyéndole a Dios, creyendo en el Señor Jesús como el don de Dios. Esa es la obra, que creáis en el que él ha enviado (Juan 6:29). Esto es la gracia de Dios y se recibe por revelación. Eso es algo que Dios enciende, que Dios inicia, y que tú descubres por gracia y socorro de Dios. Las obras surgen como resultado de lo que él ponga y haga.

Esas son las promesas del nuevo pacto, anunciada por los profetas y apóstoles: la Sangre derramada por Jesucristo para perdón de pecados y el Espíritu Santo.

Jesús nos dijo: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Jn.5:24). El que oye y cree, ha pasado de muerte a vida y vida eterna; y el Señor le resucitará en el día postrero.

Capítulo Diecisiete *

Valor Polifacético de la Sangre de Cristo

En el capítulo anterior, nos introdujimos en aquellas dos promesas básicas del nuevo pacto en relación con la Sangre y el Espíritu Santo. La primera provenía de la obra de Jesús crucificado, y la segunda de la promesa del Padre luego de la resurrección y ascensión.

Observamos algunos aspectos que sintetizan la obra del Señor en la Cruz, de su trabajo extrayendo las cosas negativas implantadas en nosotros por el mundo, quitando todo lo relativo a la vieja creación, limpiando y colocando todo lo que ahora es nuevo en lugar de lo viejo. Entonces, la obra de la Sangre es para limpiar y la obra del Espíritu es para introducir lo nuevo.

LAS MÚLTIPLES FUNCIONES DE LA SANGRE

Profundizando en lo relativo a la Sangre del Señor Jesús, podemos señalar que ésta es polifacética, es decir, tiene múltiples funciones; y la primera, sería delante de la faz de Dios; segundo, ante nuestras conciencias; y tercero, delante del acusador de los hermanos.

Para explorar estas funciones, veremos el libro de Éxodo en el capítulo 12 sobre la Pascua, donde el Señor está dando ciertas instrucciones a Israel, y en el que también está instruyéndonos a nosotros como Iglesia, ya que dice que estas cosas les acontecieron a ellos y están escritas para amonestarnos a nosotros.

Pero, antes de esto, veamos un verso en el libro de Hebreos, donde el Espíritu Santo por mano del escritor nos dice: "Y Moisés (del que vamos a leer en Éxodo) a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, como testimonio de lo que se iba a decir" (He.3:5).

Esa frase "lo que se iba a decir" es importante, porque tiene relación con lo que acontecerá en el futuro, y no en la propia generación de Moisés, ni en la de Josué, ni en la de los Jueces, sino en la de la Iglesia,

* Mensaje predicado en Iquique el 24/07/2009.

en lo se iba a decir en el Nuevo Testamento. Lo que Dios tenía que decir hoy en la era de la Iglesia, en la era de la gracia, lo fue preparando desde los tiempos antiguos. Así que ahora, cuando leamos a Moisés en el pasaje de la Pascua, veremos que no sólo es un pasaje arqueológico o histórico, porque detrás de esa historia estaba la mano de Dios, la providencia de él preparando algo para nosotros, porque Dios nos quería hablar hoy. Y así como nosotros estamos sobre los hombros de nuestros antepasados, tenemos que ser fieles como lo hizo Moisés en sembrar, trabajar, cosechar y servir a la causa de Cristo en nuestra generación, para que las próximas descendencias se asienten sobre nuestros hombros.

Entonces, veamos qué nos dice Dios en su Palabra en el libro de Éxodo, capítulo 12 desde el verso 1 al 15: "Habló Jehová a Moisés y Aarón en la tierra de Egipto, diciendo: Este mes os será principio de los meses; para vosotros…" (Ex.12: 1-2). Este mes es abib-nisán, identificándolo como el principio del año en el equinoxio de primavera del hemisferio norte, donde la elíptica comienza.

El mundo tiene su calendario babilónico diferente, pero "para vosotros" que es su pueblo, los suyos, nos dice que: "…será éste el primero en los meses del año. Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: en el diez de este mes tómese cada uno un cordero según la familia de los padres, un cordero por familia. Mas si la familia fuera tan pequeña que no baste para comer el cordero, entonces él y su vecino inmediato a su casa tomarán uno según el número de las personas; conforme al comer de cada hombre, haréis la cuenta sobre el cordero" (Ex.12:2-4).

Podemos ver desde el principio cómo Dios muestra el alcance corporativo de la obra del Cordero. "El animal será sin defecto…" (Porque está representando al Señor Jesús) "…macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes…" (Ex.12:5-6).

Esto es justamente el día que murió el Señor Jesús, el día catorce del mes de nisán, que es el mes de abib. Aquí, en estas palabras, está profetizado cuándo sería la muerte de Jesucristo. "… Y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes" (Ex.12:6).

LA SANGRE PARA PRESENTARLA AL SEÑOR

El Señor daba instrucciones a su pueblo y ellos le obedecían, pero sin entender el significado de estos ritos. "Y tomarán de la san-

gre…" (Ex.12:7). Esto no es en un sentido literal, sino que se valdrán de la sangre para presentarla delante del Señor. Tomar de la Sangre es hacer uso de Su provisión. De esta manera empieza a enseñar a su pueblo el valor de la Sangre.

Ya al principio Dios le dijo a Noé que podían comer de todos los animales, de todo lo que se mueve, menos de la sangre, porque ésta era reservada para presentársela a Dios. El Señor ha entrenando a la humanidad desde el comienzo para que vea las cosas desde su punto de vista, y él sabe desde antes de la fundación del mundo que el Cordero de Dios estaba destinado a ser inmolado, y nosotros a ser redimidos por su Sangre y edificados por su Espíritu. "…. y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer" (Ex.12:7).

Ellos primero tenían que poner la sangre en las casas antes de comer del cordero. Con esto nos dice que, además de poner la sangre en el lugar donde Dios la vea, debe estar a la altura valórica que le corresponde estar. Después dice: "Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus entrañas. Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; lo que quedare hasta la mañana, lo quemaréis en el fuego. Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová" (Ex.12:8-11).

El Señor está pidiendo conciencia de diligencia, de urgencia, porque el tiempo del hombre no es el tiempo del Señor. La palabra "Pascua" (Pesaj) quiere decir "pasar por alto", y en el siguiente verso lo explica. "Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis…" (Ex.12j12-13).

Desde el comienzo, en la Sangre estaba la seguridad del hombre y Dios quiere que nuestra fe tenga su base en ella. El Señor no está buscando en nosotros nada fuera de la Sangre derramada por su Hijo, nada que nosotros podamos hacer, sino algo que ellos como Padre, Hijo y Espíritu Santo hicieron: "…y veré la sangre y pasaré de vosotros…" (Ex.12:13).

Con esto, el Señor nos dice que pasará de ellos, no porque los Israelitas fueran mejores que los egipcios, ya que si no hubieran colocado la sangre igualmente hubieran muerto sus primogénitos. Lo mismo

ocurre hoy, porque él pasará por alto nuestros pecados por la Sangre de Jesucristo. Pasar por alto es ignorar, y eso es lo que Dios quiere, ignorar nuestros pecados, pero él no perdonará sin la Sangre. No podemos venir delante del Señor en base a lo que somos, a lo que hacemos, a lo que sentimos: sólo podemos venir a su presencia en base a la Sangre del Cordero, del Hijo de Dios. Por esa Sangre es que nosotros estamos en pie y podemos dejar de escondernos y venir confiados y reconciliados, porque siendo sus enemigos, Jesús nos reconcilió con el Padre. Entonces ¿qué está buscando Dios? ¿Cuál es la base? La única respuesta es la sangre.

LA SANGRE SOBRE LAS CONCIENCIAS

El segundo aspecto de la Sangre de Jesucristo es sobre nuestras conciencias. Dios nos enseña que la valoración de nuestras conciencias debe ser la valoración Dios. Con respecto a esto, veamos qué nos dice la epístola a los Hebreos: "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (He.9:13-14).

Dios, para enseñarnos a nosotros, había instruido primeramente a Israel en función del testimonio que hoy se habría de decir en la era de la Iglesia, de la gracia, del Espíritu del Nuevo Testamento, en el cual estamos hoy. Hoy es estar en Cristo. Esto era lo que nos quería enseñar: que él limpiaría nuestras conciencias. Y nuestras conciencias deben estar en el Espíritu, o sea, si la Sangre de Jesucristo fue válida para Dios, cuánto más debe serlo para nuestras conciencias. El apóstol Pablo, después de haber sido salvo y maduro en el Señor, decía: "mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo" (Ro.9:1).

La conciencia de Pablo estaba en el Espíritu. Dios es misericordioso, aunque también es objetivo. Nosotros debemos tener una conciencia de pecado, y no ser ignorantes sobre las cosas que Dios no tolera. De esta forma, cuando viene a nosotros esta conciencia de pecado, debemos arrepentirnos y aplicar la Sangre de Jesús. No debemos estar con cargas en la conciencia o no podremos servir a Dios, porque cuando estamos con la certeza de haber sido perdonados y aceptados, nos animamos a evangelizar, a orar, a predicar, tenemos conciencia de que Cristo sana, limpia, y nos hace hijos de Dios.

Pero pretender algo de esto sin estar vinculado con Cristo, con su Sangre y con su Espíritu, no sirve de nada, puesto que la base que Dios quiere no está. Esto es lo que hace Satanás, hacernos olvidar esta base y nos hace adquirir la situación del hombre caído, esta situación esquizofrénica en la que nos idolatramos y nos detestamos al mismo tiempo y nos olvidamos de las promesas de Dios. Pero ante este escenario, el Señor nos recuerda nuevamente que la Sangre de Cristo limpiará nuestras conciencias y aprenderemos a decir lo mismo que dice Dios, a estimar a su Hijo y a su sacrificio y a tener su sentir por encima de nuestras autoacusaciones y las acusaciones de Satanás.

Ahora, nuestras conciencias tienen que aprender a valorar la Sangre de Cristo como la valora Dios. Él nos ama y se olvida de nuestras iniquidades. Esto es la Pascua y él quiere que así también nuestra conciencia lo acepte y lo crea de la misma manera. Dios dice que: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos" (1ª Jn.1:9).

Su Hijo pagó la deuda y el Padre lo aceptó. No podemos servir a Dios si nuestra conciencia y nuestro corazón nos acusan, pero mayor que todo lo nuestro es Dios. Por eso la Sangre de Jesucristo habla más alto que la de Abel. Cualquier otra sangre derramada en la tierra pide venganza, pero la de su Hijo pide perdón a favor nuestro.

LA SANGRE APLICADA DELANTE DE SATANÁS

El tercer aspecto de la Sangre que veremos es cómo ésta se aplica incluso delante del propio Satanás. Leamos apocalipsis 12: "Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él" (Ap.12:9).

El diablo, o sea, enlodador – eso es lo que quiere decir Diablo –, está tirando lodo, embarrando; y Satanás, quiere decir adversario. "Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche" (Ap.12:10).

Ese es el trabajo de Satanás, el inculpar a los hermanos, como cuando se presentó delante de Dios para acusar a Job o cuando pidió tentar a Pedro. Cuando este último pecó, se sentía triste y lloró amargamente porque había negado a Jesús, pero el Señor le perdonó. En el día de

Pentecostés, Pedro se olvidó de su pecado porque sus palabras fueron: "Vosotros negasteis al Santo y al Justo" (Hch.3:14).

Pedro dice estas palabras como si él nunca lo hubiera negado. Pero Pedro se arrepintió y se olvidó de su pecado y se deshizo de las acusaciones de Satanás. Podríamos pensar que Judas también se arrepintió, pero se ahorcó; la diferencia fue que Judas no creyó. Pedro le dice "vosotros negasteis", no incluyéndose. Ahora ellos también podían creer y levantarse como nuevas criaturas porque se habían encontrado con el ministerio del nuevo pacto.

"Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte" (Ap. 12:11). Ellos dieron testimonio del amor de Dios, de la obra de Jesucristo, ése es su testimonio: "Creí por lo cual hablé" (2ª Co. 4:13).

Acudamos a la Sangre, démosle valor y no prestemos atención a Satanás. La Palabra dice que los que vencieron al acusador, fue por la Sangre del Cordero; esta Sangre es la que da victoria.

La Sangre de Jesús tiene valor ante Dios, ante nuestras conciencias y también le calla la boca al acusador de los hermanos. Satanás ya no tiene nada más que decir cuando nosotros le respondemos con la Sangre del Cordero de Dios.

Capítulo Dieciocho *

La Cruz

En los capítulos anteriores hemos visto el valor que tiene a los ojos de nuestro Padre la Sangre del Señor, su aplicación ante él, y también el valor que debe tener a los ojos de nuestra conciencia, y que es lo único que nos libra de las acusaciones del enemigo.

Al habernos detenido en la Sangre, debemos también hacerlo en el Espíritu. Porque en la medida que Dios nos va revelando a su Hijo, el Espíritu lo va aplicando en nosotros. Es necesario que sepamos lo que el Espíritu nos da, para creerlo y por la fe disfrutarlo, porque la experiencia del hombre no proviene de la ley, sino proviene de la revelación del don de Dios.

EL EVANGELIO ACERCA DE SU HIJO

En la Epístola a los Romanos capítulo 1 verso 1, hemos de ver parte de esa panorámica de contenidos de las dádivas de Dios. Comienza esta carta diciendo: "Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios…", recordándonos las propias palabras del Espíritu cuando en Hechos mencionan a Saulo diciendo: "… Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado…" (Hch.13:1-2).

Luego, volviendo a Romanos 1, continuando con el verso 2, nos dice algo interesante acerca del evangelio: "…que él (Dios) había prometido antes…". Es decir, que el evangelio de Dios era una promesa. Hay pasajes y profecías de la Biblia donde se preanuncia el evangelio: "… por sus profetas en las santas Escrituras…". Allí Dios había prometido el evangelio: "…acerca de su Hijo…"

Con esto se nos revela claramente cuál es el contenido central de las buenas noticias que nos llegan de parte de Dios y que ya desde el comienzo él ha venido anunciando; como, por ejemplo, cuando Dios le dice a Moisés: "…os levantara profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; (…) y toda alma que no oiga a aquél profeta, será desarraigada…" (Hch.3:22-23).

* Mensaje predicado en Iquique el 25/07/2009.

Aquel profeta de quien Dios el Padre habla es Jesús, su propio Hijo; por lo tanto, el evangelio es acerca de él. Las buenas noticias nos llegan de Dios en el Hijo, y nos muestran quién es él, y qué hizo a favor nuestro. En Romanos continúa ahora con la descripción de esos dos aspectos fundamentales de la persona de Su Hijo, y que son su aspecto divino y su aspecto humano, diciéndonos: "…nuestro Señor Jesucristo que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos…" (Ro.1:3-4).

Él siempre ha sido Hijo, pero esto de ser declarado es sobre ser reconocido públicamente ante nosotros, para que lo recibamos como lo que él es desde la eternidad. "… y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe…" (Ro.1:5).

Primero, viene la gracia que es dada por el Hijo; y luego viene el apostolado. Tiene que haber fe, y de ésta es que surge la obediencia. Ciertamente, podemos decir que sin fe no habrá obediencia. "… En todas las naciones por amor de su nombre; entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo…" (Ro.5:6). Si el denominacionalismo en la cristiandad comprendiese lo que significa el "llamados a ser"; poder comprender que eso significa que pertenecemos a Cristo, no a un partido, sino a estar encabezados, guiados, y llenados por Jesucristo.

"…a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos…" (Ro.1:7). El original dice simplemente "llamados santos", porque él ya nos hizo santos. Si somos hijos, ya somos santos de origen.

"…Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo…" (Ro.1:7). El objetivo de toda esta carta es presentarnos el evangelio acerca del Hijo, el prometido en las Escrituras, en su humanidad, en su divinidad y lo que él hizo por nosotros, lo que él entrega a nuestra fe, para que no sólo como personas, sino como naciones, podamos obedecer a Dios. "…Pídeme, y te daré por herencia las naciones…" (Sal. 2:8).

Así le habla el Padre al Hijo. Y eso son las Iglesias, son las naciones salvas. Y no solamente bendición a las almas de los hombres, sino a los espíritus, a los cuerpos y a las familias. El cordero había que comérselo por familia, o sea que la redención tiene un aspecto corporativo, porque es para bendición de las naciones, para bendición de las familias de la tierra. "En tu simiente serán benditas todas las naciones…" (Gn.22:18).

En esta epístola a los Romanos, podemos ver una panorámica de la venida del Hijo de Dios a morir por nosotros y pasarnos por su Cruz. Este es el capítulo intermedio que podemos ver entre la Sangre y el Espíritu. Podemos preguntarnos entonces, ¿la Sangre acaso no tiene que ver con la Cruz? Claro que sí; no habría Sangre redentora sin la Cruz, sólo que veremos en la Palabra del Señor que la Cruz es mucho más profunda.

EL SIGNIFICADO DE LA CRUZ

Como primer hecho, vemos que la Cruz nos muestra de una manera objetiva el sacrificio del Señor. Al mismo tiempo, la Cruz también nos crucificó a nosotros juntamente con Cristo, que es otro segundo aspecto. Entonces, de eso nos habla Romanos al presentarnos esos distintos aspectos de la Cruz.

Él tomó nuestra naturaleza, pero ¿para qué la tomó? Para ponernos en sus hombros. Desde luego, él nos puso encima de él, sobre sus hombros como una vestidura, y nos cargó y nos introdujo en su gloria, sentándonos con él en lugares celestiales, y nos escondió con él en Dios. Nosotros no subimos solos, sino que él bajó, y nos puso sobre sus hombros, y ascendió con nosotros, y nos sentó con él en lugares celestiales. Eso es lo que hace el evangelio: ponernos en el Hijo, para que al estar en él estemos también en el seno del Padre. La Iglesia es puesta en el Hijo y en el Padre. "Si lo que habéis oído desde el principio, permanece en vosotros, (…) también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre" (1ª Jn.2: 24).

Y lo que hace el Hijo, como también dice en otro lugar en Efesios, es introducirnos al Padre. El evangelio nos pone en el Hijo, y a la vez pone al Hijo en nosotros. Y ahora el Hijo nos introduce al corazón del Padre. El Señor se nos revela a través de su Palabra, y esa Palabra es vivificada por el Espíritu dentro de nuestro espíritu. Mantengámonos en la fe, en la simplicidad de ella. No basemos nuestra fe en lo que sentimos, no basemos la fe en lo que experimentamos, sino basemos la fe en lo que él reveló en su Palabra, que será enseñada por el Espíritu.

"…Sobre esta roca…" (Mt.16:18). Esta roca es La revelación que el Padre nos da del Hijo. "…edificaré mi iglesia…" (Mt.16:18). La Iglesia es edificada con revelación, en una revelación que viene de parte de Dios acerca del Hijo, con la cual nosotros ahora contamos, y recibimos con gratitud, porque no es algo que merezcamos. Porque siempre Satanás nos lleva al territorio de querer merecer, para hacernos caer de

la gracia, y entrar en la necedad de la soberbia, en la locura y en la presunción; y este es un terreno peligroso.

Donde estamos nosotros es por la gracia y por la fe, es decir, por la gracia recibida por fe delante de Dios. Ese es nuestro terreno firme. Podemos escuchar miles de voces para sacarnos de ahí, para entrar en la arena movediza de la confusión, y de la emocionalidad, porque los seres humanos somos tan emocionales, especialmente al lado femenino que le gusta sentir, mientras que a los hombres les gusta saber, pero aun así las dos cosas son del alma. Pero el alma es un velo que nos mantiene afuera. ¿Nos damos cuenta? Es por la fe. Claro que él también produce un conocimiento del Espíritu y produce un sentir, pero en Cristo. El Señor, desde adentro, va permeando nuestra mente, para que llegue a ser la de Cristo, y también nuestros sentimientos para que seamos de un mismo sentir con él, y haya también en nosotros el sentir que hubo en Cristo. Esto es algo que Dios nos da cuando creemos. Es por la fe que nos volvemos al Señor, y somos trasladados al Espíritu.

"…El que en mí cree, confía". No el que siente de tal manera, porque aun cuando no sintamos ningún cosquilleo, debemos creerle a Dios. Creamos que Dios nos ama, aunque no sintamos nada. El enemigo es el que nos hace sentir que no somos amados, ni apreciados, llegando a creer esas mentiras, llevándonos a la depresión. Nos acostumbramos a ese complejo de inferioridad, que es la base de comparaciones, de rivalidades, de envidias, y de jactancias. Creamos, como dice Juan: "…nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros…." (1ª Jn.4:16).

Y el amor es por la fe. Y dice que el evangelio de Dios y la justicia de Dios es "… por fe y para fe…" (Ro.1:17). Hay que creer y seguir creyendo, permaneciendo en la fe. Guardando hasta el fin la esperanza, nunca mirándonos a nosotros mismos, ni siendo guiados por sentimientos. De hecho, recordemos que el Arca tenía unas barras que eran para cargarla, es decir, esta Arca tenía que circular, ser transportada. Esto nos habla de la circulación y del fluir de Cristo desde nuestro espíritu. Él nos indica su dirección a nuestra alma y nuestra alma percibe la dirección del Espíritu.

"…De su interior correrán ríos de agua viva" (Jn.7:38). Con esta palabra podemos ver que hay un fluir, un circular, mostrándonos la función de esas barras para cargar el Arca y que ésta circule, y así también que Cristo circule y fluya desde nuestro interior, dándonos la dirección en el lugar Santo, desde el Santísimo. Nosotros, en nuestro espíritu, recibimos una indicación suave, porque el Señor no va a

decidir por nosotros, eso corresponde a nuestra parte. Y es ahí donde algunas veces nos equivocamos, queriendo que él haga todo, pero él primero nos sugiere su voluntad, pero no nos obliga. Él espera que nosotros le entendamos y le pidamos que nos ayude para hacer lo que él nos indica. Entonces, contamos con esa ayuda, y en unión con él, colaboramos, y hacemos con él sus obras, es decir, nosotros con él, y él en nosotros. Lejos de Cristo, sin comunión con él, es imposible ser edificados, pero en comunión con Cristo, tenemos revelación, que es la edificación de Dios, donde Cristo está siendo revelado y luego confesado. "…Creí, por lo cual hablé…" (2ª Co.4:13).

Lo que él es, lo que hizo y lo que somos gracias a él. Por la fe somos edificados como casa espiritual, y el Espíritu circulará desde nuestro interior hacia fuera como un río de agua viva. Si creemos en él, si contamos con él, y andamos en su nombre, este río fluirá, y seremos edificados. Por lo tanto, la circulación del Espíritu, que es por revelación, edifica la casa.

Hebreos, en el capítulo 9, nos habla de las ordenanzas de culto y de un santuario terrenal que era el tabernáculo. Éste tenía una disposición establecida de sus partes y elementos, cuyo fin es que el Espíritu Santo diera a entender algo propio del Nuevo Testamento a la Iglesia. Esto es algo acerca de Cristo, de la obra de Cristo, porque no era solamente un interés arquitectónico, o solamente una descripción de cómo eran los tabernáculos en el pasado, sino que está hablando de espiritualidad neotestamentaria: "…lo cual es símbolo para el tiempo presente…" (He.9:9).

Todas aquellas descripciones del Tabernáculo, del mobiliario, de su orden y ritos eran "símbolos para nuestro tiempo". Muchas veces nos puede haber resultado tedioso leer esos capítulos, por ejemplo, en Éxodo sobre el tabernáculo, porque el velo estaba puesto sobre nuestro entendimiento, y leíamos del velo para afuera y no veíamos del velo para adentro. Pero en la medida de nuestra conversión a Cristo – porque la Iglesia es edificada en la revelación de Jesucristo – el velo es quitado, y comenzamos a entender las realidades espirituales, y nuestra propia experiencia espiritual está descrita con estos símbolos. Dios organizó y dispuso esas cosas para hablarnos a nosotros ahora, en el tiempo presente, del Nuevo Testamento. Este es el "hoy" de Dios.

CORRELACIÓN ENTRE EL EVANGELIO EN ROMANOS Y EL TABERNÁCULO

Volviendo al primer capítulo de Romanos, comenzamos a darnos cuenta de que nos habla del evangelio de Dios. Pero de pronto, el Señor empieza a abrirnos los ojos y vemos cómo va coincidiendo este desarrollo del evangelio que va presentando el Espíritu Santo por medio de Pablo, con aquellas disposiciones en el tabernáculo. Entonces, ¿qué era lo que había en el atrio? En el atrio había dos cosas, el Altar de Bronce, donde se ofrecían distintas clases de sacrificios, por ejemplo, el sacrificio por las transgresiones, el sacrificio por el pecado, la ofrenda de paz, que son descritas en Éxodo y especialmente en Levítico. Veamos que nos dice también Éxodo sobre este tema, en el capítulo 38 verso 7 y 8: "Y metió las varas por los anillos a los lados del altar para llevarlo con ellas; hueco lo hizo, de tablas".

Lo que está describiendo es el altar del atrio. Esto nos está hablando de Cristo, sobre tomar la cruz. "Hueco lo hizo", y esto tiene mucho significado porque el que llena todo es nuestro Señor. Si nosotros hacemos sólo lo exterior es algo hueco, es apariencia; pero el Señor es el que llena, le da la realidad a todo. Y dice: "de tablas", que representa cómo somos nosotros.

"También hizo la Fuente de Bronce y su base de bronce, de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión…" Cuando las mujeres, que aquí es una figura de la Iglesia, velaban a la puerta del tabernáculo de reunión, fue indicación de Dios, que se tomaran esos espejos, y se hiciera una Fuente de Bronce para lavarse, cuyo fin es para mirarse a sí mismo. Y esa Fuente de Bronce estaba y era en el Atrio.

En el Atrio había dos muebles, uno era el Altar de Bronce y la Fuente de Bronce donde se ponía agua, y donde los sacerdotes podían verse a sí mismos y lavarse, porque si uno no se ve, no se lava. ¿Nos damos cuenta? Las mujeres dejaron sus espejos que eran para mirarse a sí mismas, para peinarse, embellecerse. Esos espejos no eran como los de ahora, que tienen nitrato de plata, sino que eran con bronce bruñido, bien lijados, no eran de vidrio. Entonces había dos cosas en el Atrio. Pero note que las cosas no venían primero al Altar, sino primero a la Fuente. Como dijo el Señor Jesús: "Y cuando él venga convencerá al mundo…" (Jn.16:8).

La gente no estaba ni siquiera en el Atrio, estaba en el mundo, pero el Espíritu Santo convence al mundo. Ese es un trabajo que haría el Espíritu Santo, el trabajo de introducirnos al Atrio, y después al Santo

y al Santísimo. ¿Y de qué convencerá el Espíritu? "…de pecado, de justicia y de juicio" (Jn.16:8).

Ese trabajo del Espíritu Santo es convencernos, mostrarnos quiénes somos y qué merecemos en nosotros mismos, si no somos cubiertos por la Sangre del Cordero. Por eso es que la fuente se hacía de espejos de bronce. El bronce nos habla del juicio, pero espejos de bronce es sobre el juicio de sí mismo. Cuando abrimos Romanos, ya desde el capítulo 1 al 3 empezamos a descubrir la Fuente de Bronce. Esos 3 capítulos nos hablan de la Fuente de Bronce; y luego, desde la mitad del 3 y el 4, nos hablan del Altar de Bronce. Es decir, antes de hablarnos del Altar de Bronce, nos hablan de la Fuente de Bronce, hecha con espejos de bronce para juzgarse a sí mismo a su luz.

Veamos el capítulo 1, verso 18 al 20: "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad, porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo…". En el lugar Santo, la luz provenía del candelero. En cambio, La luz que da en el atrio, es la luz de la naturaleza, la luz del sol, o de la luna y las estrellas, es la obra de Dios escrita en los corazones: "…Siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa…" (Ro.1:20). Ahí está el funcionamiento de la Fuente de Bronce y de los espejos, mostrarnos que somos inexcusables. "Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria de Dios…" (Ro.1:21-22).

Todo ese capítulo 1 es un espejo, donde muestra al hombre su culpabilidad. ¿No son acaso, estas porciones de la Palabra de Dios, las herramientas del Espíritu Santo para convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio? Pero el mundo no es solamente los impíos, sino también los religiosos, porque la religión humana también es hace parte del mundo. ¿No dice la Escritura algo acerca de los rudimentos del mundo? ¿Y cuáles son los rudimentos del mundo? "No mires, no te vistas, no tomes". Todos reglamentos exteriores, estoicos, religiosos, pero sin depender de la gracia de Dios, sin Cristo.

Hay muchas religiones en el mundo tratando de agradar a Dios por sus propias fuerzas; incluso aquí habla de los judíos: "por lo cual eres inexcusable". Ahí sigue el Espíritu Santo convenciendo al mundo, incluidos los judíos religiosos, y también los evangélicos religiosos. También nosotros como religiosos "somos inexcusables", "…Quien

quiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo" (Ro.2:1).

Luego, llega el capítulo 3, en el verso 9, diciendo: "… ¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos?…" ¡Qué alegría ver que Pablo se puso entre este "somos"! "En ninguna manera, pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado". Entonces, ¿cuál es el primer trabajo del Espíritu Santo? "Convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio". "Como está escrito: no hay justo, ni aun uno; No hay quién entienda, no hay quién busque a Dios. Todos se desviaron…" (Ro.3:10-11).

Aquí compone Pablo un salmo compuesto de pedacitos de salmos. Un pedacito de éste, un pedacito de otro, un pedacito del otro. El Espíritu Santo se los juntó todos, porque eran varios espejos, e hizo una sola fuente, para que los sacerdotes se vieran a sí mismos; porque no por ser sacerdotes van a entrar sin limpiarse, y sin necesidad de la sangre.

¿Podemos darnos cuenta de que en estos 3 primeros capítulos, el 1, el 2 y hasta la mitad del 3, está la Fuente de Bronce, que utiliza el Espíritu para convencernos de pecado y de justicia? ¿Y qué tal que fuera sólo de pecado? Eso sí que sería terrible. Pero el Espíritu Santo es lo opuesto a Satanás que acusa a los hermanos; en cambio, el Espíritu Santo es llamado "Consolador", y él no sólo nos convence de pecado, sino también de justicia, y en esta justicia está lo que el Señor Dios hizo en Cristo a nuestro favor.

El sacerdote, antes de ejercer sus funciones en el altar, tenía que pasar primero por la Fuente de Bronce. Tenía que lavarse, y mirarse a sí mismo. Por eso dice la Escritura que ellos también ofrecían sacrificio no sólo por el pueblo sino por ellos mismos, porque son pecadores también; mas en el Señor Jesús no hubo pecado, aunque se identificó con nosotros, y por eso se bautizó.

Juan el Bautista le decía: "…Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia." (Mt.3:14-15). Él dijo estas palabras porque venía para tomar sobre sí mismo el precio de nuestros pecados, por eso él se bautizó, y también nosotros nos bautizamos, porque nos identificamos con él en su muerte. Jesucristo murió en nuestro lugar, y gracias a Dios que no sólo murió, sino también resucitó para darnos su vida. Nosotros fuimos puestos en él y lo llevamos a la Cruz. Pero él fue puesto en nosotros y nos pasó por la Cruz, y también por su resurrección, y ascensión.

Ahora, prosiguiendo en el capítulo 3, llegamos al Altar de Bronce. "… pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre…" (Ro.3:19). Para eso son los espejos de bronce, para mostrarnos quiénes somos, a dónde está nuestra pretendida altura, nuestros pretendidos méritos. La ley expone nuestra condición caída. "… y todo el mundo quede bajo el juicio de Dio; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él, porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado…" (Ro.3:19-20).

Por eso, la ley colocaba una Fuente de Bronce de espejos en el atrio. El primer trabajo del Espíritu es convencernos de pecado, pues mientras estamos contentos con nosotros mismos, no pedimos perdón, y tenemos la razón, pensando que el otro se merece nuestras críticas, pero no nosotros. Pero cuando nos alumbra la luz, nos vemos a nosotros mismos, y dejamos de pensar en los otros, y comenzamos a pensar en nosotros mismos, y la ley nos conduce como un ayo a Cristo. La ley nos encerró bajo pecado, nos descubrió, dejándonos sin salida. Pero hay una puerta, que es el Señor Jesús, y sólo él nos perdona. Reconocemos que todos somos pecadores, somos una miseria, y que sólo su Sangre nos lleva de la fuente al altar.

"Pero ahora…" (Ro.3:21). Dios le puso "pero" a esa condición terrible, y este "ahora" es en Cristo "…aparte de la ley…" (Ro.3:21). No solamente existe esa ley que nos muestra quienes somos, sino también hay un altar que nos muestra quién es el Señor, y qué hizo el Señor por nosotros, y cómo nos involucró en su muerte para conducirnos por ella a su resurrección, y ascensión, dándonos su Espíritu.

"…Se ha manifestado la justicia de Dios…" (Ro.3:21). Vino a convencernos de pecado, de justicia, y ahora está no solamente la fuente, sino que está el Altar de Bronce y eso es el Atrio. Estos primeros capítulos de Romanos nos describen el Atrio y su experiencia espiritual, porque aquello era "símbolo para el tiempo presente". Por lo tanto, el tiempo presente empieza por aquí, en el Atrio.

"…testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo…" (Ro.3:21). El fin de la ley es conducirnos a Cristo. Incluso de la ley escrita en nuestros corazones, aún sin conocer la de Moisés. Incluso los paganos tratan de hacer por su conciencia lo que es correcto; sin embargo, se dan cuenta que ser bueno es difícil, y ser malo es fácil. La ley nos prepara para descubrir que necesitamos la gracia de Dios en Cristo. Y la gracia fue manifestada en la encarnación, crucifixión, resurrección, ascensión, intercesión y derramamiento del Espíritu de Cristo, siendo todo esto gracia.

El Espíritu va haciendo primero un trabajo, luego otro, y aquí ya nos llamó la atención al Altar, y a los sacrificios del Altar, comenzando por el primero que comienza en Levítico. En este libro, cuando vamos a la descripción de los sacrificios, el primero que aparece es el de holocaustos enteramente quemados simbolizando la obra de Cristo para vindicar la santidad, justicia y gloria de su Padre, y entonces después en relación a nuestra necesidad, descrito en el sacrificio por las transgresiones, y después por el pecado, y después el de paz, hablándonos del perdón, de la crucifixión con Cristo, de la reconciliación con Dios, que es lo que habla Pablo desde Romanos 3.

"…Porque no hay diferencia…" (Ro.3:22). Antes nosotros pensábamos que sí había diferencia: "yo soy judío, y tú eres gentil", "yo soy de la tribu de Benjamín" (que era de Raquel, la enamorada de Jacob, la que Jacob quería), etc. En estos tiempos, también nosotros hacemos diferencias, y nos comparamos los unos con el otro, pero aquí la Palabra nos muestra nuestra condición diciéndonos "…por cuanto todos pecaron…" (Ro.3:23).

Esto que aparece implícito, lo veremos de manera explícita: "…y están destituidos de la gloria de Dios…" (Ro.3:23). Ese es el juicio, pero ahora dice "…siendo…" refiriéndose a todos, judíos o gentiles, chilenos, brasileros, de las montañas, o del mar, "…siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús…" (Ro.3:24).

Aquí coloca la justificación sobre la base de la redención "justificados gratuitamente por". Entonces, ¿cuál es la base? Si no hay redención, no hay justificación; la justificación descansa en la redención, y la redención descansa en la propiciación, y por eso dice a continuación que la redención es en Cristo. "…a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre…" (Ro.3:25).

Somos propiciados por medio de la fe en su Sangre. Sobre la propiciación descansa la redención, y sobre la redención descansa la justificación; y la justificación es que Dios ya no nos declara culpables, porque la culpa fue quitada, pero ¿mediante qué?, por la redención, porque el Señor pagó por nosotros. En la redención fuimos revividos, fuimos rescatados por la propiciación. Antes éramos enemigos, y lo seguimos siendo en la carne, y Dios tenía que estar en contra, aunque nos amaba, pero él tenía que condenarnos. Ahora Dios demostró que él está a nuestro favor, pero, y este 'pero' es muy importante, porque tiene que ser por medio de la "propiciación". Entonces, la Sangre derramada, creída, de Aquél que es la propiciación, es la base de la redención. Y la redención es la base de la justificación. Todo está re-

lacionado, pero no es lo mismo. Lo uno es la base de lo otro. "…para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto…" (Ro.3:23).

Aquí está la pascua ¿Nos damos cuenta? ("…veré la sangre y pasaré…"). "…A causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo…" (Ro.3:25-26). Este tiempo es el presente… "…su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida" (Ro.3:26-27).

Ahí está la jactancia, cuando pensamos que somos mejor que el otro. No hay diferencia, todos vamos a la misma caldera si no recibimos al Señor. Entonces, dice aquí que la jactancia queda excluida "… ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe…" (Ro.3:27).

Continúa hablando de la justificación en el capítulo 4, diciéndonos: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado" (Ro.4:7-8). Y ahí comienza a hablar del sacrificio por las transgresiones, que es un aspecto de la Cruz de Cristo. La Sangre es para perdonarnos delante de Dios, y que nuestras conciencias estén limpias para poder servirle, y no aceptar las acusaciones de Satanás.

LA CRUZ SOBRE LA NATURALEZA PECAMINOSA

Pero hay otros aspectos de la Cruz que sólo tienen que ver con el perdón, porque ciertamente, nuestros pecados nos armaban un problema delante de Dios, y necesitamos el perdón, pero el problema que Dios tiene con nosotros no son solamente las cosas malas que hemos hecho, sino que tiene otro problema con el hombre más grave que lo que el hombre ha hecho, y es lo que el hombre es. Nuestro problema no es sólo el cometer pecado, sino lo que somos desde que fuimos concebidos en nuestra madre.

Podemos apreciar que el capítulo 4, y la primera parte del 5, nos hablan de ese sacrificio por las transgresiones que se presenta en el Atrio, en el Altar de Bronce. Pero hay otro sacrificio, que es el sacrificio por el pecado. Ya no hablamos de los pecados en plural, de las transgresiones, las desobediencias, sino de la naturaleza pecaminosa que heredamos desde que fuimos concebidos en el vientre de nuestra madre. Porque cuando nuestros primeros padres, Adán y Eva, tomaron la decisión de darle las espaldas a Dios y vivir por sí mismos, y aceptar el camino de Satanás, desde ese momento la naturaleza hu-

mana quedó vendida al poder del pecado. Entonces, cuando ellos cayeron, y se reprodujeron, toda su descendencia, que somos nosotros, nacimos vendidos al poder del pecado, con una naturaleza que no puede por sí misma vencerle, aunque lo intente, resultando lo que nos dice romanos 7: "…no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Ro.7:19).

Ahora descubrimos que el problema somos nosotros. Entonces Dios tuvo que tratar, no sólo lo que habíamos hecho, sino lo que somos. En la Cruz, con la Sangre, Él nos limpia de los pecados, pero necesitamos no solamente ser perdonados, sino necesitamos ser liberados de lo que somos, que es algo más grave, porque lo que hicimos es por causa de lo que somos, y podemos llegar a hacer mucho más de lo que ya hemos hecho. Necesitamos ser perdonados, y para eso es la Sangre, el sacrificio por las transgresiones. Pero hay otro aspecto del sacrificio, y el sacrificio de Cristo fue uno solo, pero Dios hizo tantas cosas en el sacrificio, que tuvo que representar sus muchas obras con muchas clases de sacrificios.

Allá en Levítico descubrimos que hay otro sacrificio que se llama ofrenda, que es la del Señor por el pecado, y ya no por las transgresiones en plural, sino por el pecado en singular. La ofrenda por las transgresiones es la muerte de Cristo por nuestros pecados como el Cordero de Dios, pero también dice la Escritura, que se hizo (ya no plural, sino en singular) pecado por nosotros. También él aparece como una serpiente ensartada en un asta, porque los israelitas estaban siendo mordidos por la serpiente, y no se podían librar del veneno de ella. Entonces, Dios le indicó a Moisés que tomara una serpiente de esas, pero de bronce, porque el bronce es el juicio de la serpiente, y ensartar a esa serpiente en un asta, y todo israelita que fuera afectado por el veneno de la serpiente, la mirara y sería libre del veneno de ella. Ya no solo perdonado de los pecados, sino liberados del pecado.

Llegamos al capítulo 6, a la otra clase de sacrificio, que es el mismo sacrificio de Cristo pero con otro aspecto. El Señor trató la condición caída del ser humano, y nuestro viejo hombre fue crucificado, y Jesucristo fue hecho pecado por nosotros, y fue hecho maldición por nosotros, acabando con el viejo hombre. Podemos preguntarnos entonces: ¿Por qué lo sentimos todavía? Porque lo sentimos en la carne, pero en Cristo fue crucificado. Y todo lo que Cristo es, nos lo pasó a nuestro espíritu por Su Espíritu.

Es necesario ver esto que hizo Cristo, y que puso en el Espíritu, y que es un hecho en el Espíritu, y que si nosotros contamos con lo que el Espíritu nos trae, en el espíritu somos libres del pecado. Somos una

nueva criatura, nacimos otra vez. La primera vez nacimos pecaminosos, fuimos concebidos en pecado, y como dice la Escritura: "…en pecado me concibió mi madre" (Sal.51:5). Pero ahora no solamente es perdón, sino también liberación de lo que somos, realizada en la Cruz y en la resurrección, contenida por el Espíritu. En el Espíritu somos libres y si andamos en el Espíritu somos una nueva criatura en la justicia y santidad de la verdad. En el nuevo hombre somos ya justos, santos y verdaderos.

Esto no lo vamos a ser, sino que ya lo somos en el Espíritu. No lo busquemos en la carne, porque en ella heredamos lo que Adán llegó a ser, pero en el Espíritu heredamos de la misma manera, gratuitamente, la condición resucitada, ascendida, pura, santa, en el Espíritu. Entonces, en el Espíritu heredamos una cosa, y en la carne heredamos otra, y las dos están ahí. Y el alma está en el medio, por eso en Romanos entre el capítulo 3 y el capítulo 8 están los capítulos que tratan con lo que pasa en nuestra alma, que es el lugar Santo.

Podemos andar en la carne, o podemos andar en el Espíritu. La ley vino a mostrarnos lo que somos, para que no nos engañemos y para ser trasladados a su Hijo, para nacer de nuevo y recibir otra naturaleza distinta de la mera natural, y para que ya no vivamos en nuestra naturalidad.

Así como Satanás nos vendió gratuitamente al pecado, el Señor nos rescató gratuitamente. Y como por un hombre entró la muerte, por un solo hombre también entró la vida, entró la resurrección, y entró el Espíritu. Y el Espíritu que recibimos tiene todo lo que necesitamos; y para poder disfrutar al Espíritu, necesitamos conocer las provisiones de la Cruz, de la resurrección, y de la ascensión, porque todos esos elementos son los que están en el Espíritu. Y en el Espíritu es que heredamos la santidad, la justicia, y la verdad. Esa es nuestra herencia gratuita. ¿Recibimos el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? Por el oír con fe es que recibimos el suministro del Espíritu y las obras maravillosas que él hace entre nosotros, aunque no lo merecemos, pues es un regalo, porque la vida es un regalo.

Dios sabe que todo lo que intente la naturaleza humana, en su sola naturalidad, no nos va a llevar a nada. Él tuvo que hacer todo. Cristo trató con el pecado en la carne, y condenó al pecado en su carne, y nos dio a comer su carne, que es verdadera comida y bebida.

En el capítulo 8 de Romanos ya aparece el Espíritu. Este es como el Lugar Santísimo del Tabernáculo. Pero hay en el Lugar Santo unos fenómenos, y es que el Atrio tiene que ver con nuestra carne, y el Lugar

Santo con nuestra alma, mientras que el lugar Santísimo con nuestro espíritu. Es decir, lo que recibimos en nuestro espíritu es algo que el Señor consiguió en su carne, y en su alma. Entonces, lo que el Señor está haciendo ahora es poner a Cristo en nosotros, y a nosotros en Cristo. Ese es el trabajo del Evangelio. "…Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre" (1ª Jn.2:24).

El evangelio es para ponernos en el Hijo, y por medio del Hijo ponernos en el Padre, y también para poner al Hijo y al Padre en nosotros. Él en nosotros es la provisión; nosotros en él es el disfrute, es el ejercicio, es la apropiación. Son dos aspectos: primero él en nosotros, y segundo nosotros en él. Tenemos que tener los dos aspectos, porque si sólo pensamos que él es bueno y que es él quien hace todo, caemos en la facilidad, porque no ponemos el pie en lo que él nos dio, que es la obediencia de la fe, la responsabilidad. Si hay fe, hay obediencia, que es la que cuenta con que Jesucristo murió y fuimos crucificados con él, considerándonos muerto al pecado, mas también vivos para Dios en Cristo.

Capítulo Diecinueve *

El Óleo de la Santa Unción

Toda la obra del Señor es una obra orgánica, una obra relacionada; es decir, cada parte con su parte. Tenemos la parte de Dios el Padre, porque recordemos que al principio de la Palabra es la primera vez que habla Dios en Trinidad ahí en Génesis 1:26: "…hagamos". No es solamente el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu, sino el Padre con el Hijo y con el Espíritu, involucrándose en hacer una obra: "…hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza…" (Gn.1:26).

Entonces el Padre tiene su parte en este hacer. Pero el Padre no hace nada sin el Hijo. "…sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn.1:3). Incluso la planeación. Proverbios 8 nos dice: "…que la sabiduría de Dios estaba con Dios, y era su delicia delante de él".

En algunas traducciones dice que "…era su arquitecto…" Cuando un padre va a construir una casa, él contrata un arquitecto y conversan juntos, porque el arquitecto no va a hacer la casa sin tener en cuenta los deseos del dueño de la casa, y tampoco este padre no va a hacer la casa sin tener en cuenta a la madre y a los hijos. Entonces, el Señor Jesucristo era el arquitecto, es decir, que nada planeó el Padre sin el Hijo. Todo lo concibió con el Hijo.

EL ESPÍRITU Y LA TRINIDAD

Ahora viene el Espíritu, que procede del Padre y del Hijo. Debemos confiar que el Espíritu Santo nos tocará, dará refrigerio a nuestro espíritu, y como él está en nosotros, hará su trabajo, que es pasarnos estas cosas, comunicárnoslas, hacernos partícipes espirituales de este amor común entre el Padre y el Hijo, que es el Espíritu. Por eso se le llama el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo, no solamente llamándole Espíritu Santo. Por ejemplo, en Mateo 10 dice que no nos preocupemos el día que nos lleven ante los magistrados, y ante las autoridades para dar cuenta de nuestra fe, porque en aquella hora nos será dada palabra que ellos no podrán resistir, porque no somos nosotros solos

* Mensaje predicado en Iquique el 26/07/2009.

los que hablamos, sino el Espíritu de nuestro Padre (Mt.10:16,20, paráfrasis).

"…el Espíritu de vuestro Padre…" (Mt.10:20). Espíritu "de" vuestro Padre que habla en nosotros, o sea, que el Espíritu es llamado a "ser" del Padre, "Espíritu del Padre". Y en Romanos 8, dice "…si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús…" (Ro.8:11). Ese "aquel" es nuestro Padre. Dios resucitó a Jesús de entre los muertos. Entonces, el Espíritu es el Espíritu de "aquel"; es decir, de nuestro Padre. El Espíritu es del Padre, pero también es del Hijo.

Recordemos aquel pasaje en Gálatas donde dice: "… Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Ga.4:6). Esto es porque el Espíritu es también del Hijo, porque además de provenir del Padre también lo hace del Hijo, porque el Padre ama al Hijo. Así que el Padre es el amante, y el Hijo es el amado, y este amado también ama al Padre. Por lo tanto, entre el Padre y el Hijo hay un amor común, pleno, divino y además eterno, porque no es que el Padre y el Hijo un día comenzaron a amarse, sino lo han hecho desde siempre.

"…El cual por medio del Espíritu Eterno…" (He.9:14). En Hebreos aparece esa expresión: "el Espíritu Eterno", porque así como el Padre y el Hijo son eternos, también lo es el Espíritu. Se han amado con un amor común, que comparten los dos; y es tan grande, por cuanto al Padre le agradó que en el Hijo habitase "…toda la plenitud de la Deidad…" (Col.2:9).

Y como el Padre tiene vida en sí mismo, dio al Hijo el tener también vida en sí mismo. De manera que el Padre y el Hijo comparten un amor común. Y ese amor divino que procede del Padre y del Hijo, es el Espíritu. Dios es Espíritu y si no lo vemos de esta manera, y si tampoco vemos al Espíritu como del Padre y del Hijo ¿cómo podremos ver Iglesia?

El Señor Jesucristo dijo: "…como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros…" (Jn.17:21). Ese es el modelo para la Iglesia. La unidad de la Iglesia es la Trinidad. Y el que derrama el amor de Dios en el corazón de la Iglesia es el Espíritu. Entonces, el Espíritu es el que nos comunica todo el amor. Este es el amor que planea el Padre. La Escritura dice: "…nos amó con amor eterno…" (Ver Jer.31:3). Y también dice: "Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado…" (Jn.15:9).

Meditemos sobre esto, que el Padre nos ama de tal manera que nos dio a su propio Hijo, al que todo le ha dado y quien nos ha dado a

nosotros su gloria. Esto es una cosa tremenda, y no bastará la eternidad para disfrutar esto – nosotros usamos la palabra "cosa" sólo literariamente, pero lo que Dios nos ha dado es él mismo, que no es una cosa. Dios mismo se nos dio por su Hijo, y por su Espíritu. Toda la plenitud del Padre se la pasó al Hijo, y éste la comparte con el Padre, y ahora el Espíritu la toma de ellos, por eso la Iglesia va en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, haciendo discípulos, bautizándolos, y enseñando todo lo que recibieron del Señor.

Entonces, hay una parte en la obra de Dios que la hace el Padre, y que se le atribuye a él. Porque él dijo también "hagamos" junto con el Hijo, y con el Espíritu, siendo esto como el resultado de ese amor eterno, de ese plan. La palabra 'concilio' le queda pequeña. Los hombres se han tenido que inventar esas palabras "Trinidad", "concilio", y muchas otras para poder tratar de sintetizar en una palabra todo lo que dice la Escritura. Pero lo que dice la Escritura es profundo y riquísimo. Y el Espíritu, a pesar de esos elementos tan insuficientes, comunica lo interior, comunica su realidad, y si su Espíritu nos toca, nos hace vivir, comprender, nos ilumina, nos vivifica, y nos fortalece, dispensándose a nosotros y se forma en la Iglesia.

También la parte que es del Hijo, no la hizo sin el Padre. Y también el Hijo no hizo nada sin el Padre. Pero los tres son un solo Dios, y una obra que los tres hacen juntos. Porque la Trinidad no son tres Dioses. Son tres personas de un mismo y único Dios. Este es el modelo de la Iglesia: "hagamos", "vamos a hacer al hombre, al género humano, un hombre corporativo "a nuestra", en plural, pero "imagen" se presenta en singular. Todos juntos van a expresar un mismo Dios.

En la Trinidad solamente el Hijo es la Imagen. No se dice del Padre que sea la imagen, sino que es el Dios Invisible, en cambio se dice del Hijo que: "…es la Imagen del Dios Invisible…" (Col.1:15). Pero cuando se habla de la imagen única de Dios se dice "nuestra imagen", o sea, que el Padre se siente identificado y bien representado en el Hijo, pues el mismo Padre dice: "…a él oíd" (Mt.17:5).

O sea, lo que dice el Hijo es lo mismo que dice el Padre. Esto es precioso, grande y profundo, y es lo que están haciendo ahora también de nosotros, porque Dios dijo "hagamos al hombre a nuestra imagen", cuyo modelo es la Trinidad. Dios nunca había hecho cosa tan grande. Cuando miramos al hombre decimos: ¡pero qué miseria es el hombre!, pero lo que Dios planeó, lo va a terminar de hacer y es lo más alto que puede existir, porque es a la imagen y a la semejanza de Dios, no habiendo otra "cosa" más alta.

Si Dios no hubiera hecho al hombre, Dios mismo no hubiera obedecido su Palabra, porque él por medio de ella nos ha dicho que: "…y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado" (Stg.4:17). Este sería un pecado de omisión, pues no solamente hay pecados de acción, sino pecados de omisión; y el Espíritu no habla por su propia cuenta, sino lo que oye del Hijo, y el Hijo habla lo que oye del Padre; es decir, lo que escribió Santiago es del Padre, del Hijo y del Espíritu. Y ¿acaso Dios no va a ser consecuente con lo que nos enseña? Dios hizo muchas cosas hasta el sexto día; y al hacer al hombre, si no nos hacía de la mejor manera posible, él mismo hubiera sido omiso. Está decisión tremenda de crear al hombre, ha sido la más alta, porque este es la Iglesia, puesto que ese hombre es un hombre colectivo. Existe humanidad para que exista Iglesia. Dios quería que toda la humanidad fuera este cuerpo que lo contuviera, y lo representara, lo expresara, y lo canalizara, pero como las cosas en Dios no son a la fuerza, pues Dios es soberano pero no un dictador, es para el que quiera.

La Palabra nos dice: "¡Cuántas veces quise juntar tus hijos…!" (Mt.23:37). Podemos preguntarnos entonces: Si Dios es todopoderoso, ¿por qué no lo hace a la fuerza? Simplemente porque no es un violador. No hay carácter tan precioso como el carácter de nuestro Dios. Él es el modelo de los esposos, quienes deben ser como Cristo con la Iglesia, y la mujer como la Iglesia con Cristo; entonces esta relación es un matrimonio. ¿Cómo se va a casar un hombre solo? Debe haber mutuo consentimiento, y más que eso, se debe compartir la misma naturaleza, estar en un mismo Espíritu. Dios es trino, y cuando hizo al hombre, lo hizo en familia, porque lo pensó en papá, mamá e hijos. No lo hizo sólo hombre o sólo mujer. El hombre debe conocer al Señor, recibirlo en su espíritu, recibir el Espíritu del Padre y del Hijo en amor, y derramar ese amor en la Iglesia; y eso no se puede hacer sin la ayuda del Espíritu.

La Sangre es para limpiarnos, y para perdonarnos. La Cruz es para quitar todas las cosas terribles que fueron introducidas en el universo, empezando desde el cielo donde un querubín se rebeló, y quiso rivalizar con Dios. Dios no lo obligó, pero lo dejó hacer sus propuestas.

En la Biblia, una vez reunidos los espíritus con Dios, inclusive los malos, no sólo los fieles, les dijo Dios: "¿Quién inducirá a Acab, para que suba y caiga en Ramot de Galaad? (…) Y salió un espíritu y se puso delante de Jehová, y dijo: Yo le induciré. (…) Yo saldré, y seré espíritu de mentira (…) Y él dijo: Le inducirás, y aun lo conseguirás; ve, pues, y hazlo así" (1 R.22:20,22).

Dios le dio permiso a ese espíritu de ir a engañar. Qué caballeroso es Dios al dejar incluso opinar a un demonio de engaño. No puede engañar a Dios, pero podía engañar a un hombre. Recordemos también cuando Dios autoriza a Satanás diciéndole con respecto a Job: "… He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida" (Job2:6).

Nadie puede hace algo si Dios no lo autoriza. Dios tiene el control absoluto de todo, y aun Satanás, para poder tentarnos, tiene que pedirle permiso a Dios. Por eso dice Jesús: "…Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos…" (Lc.22:31). No pensemos que el diablo puede zarandearnos cuando él quiere, sino sólo cuando Dios le dice "ve, pues". Aclaremos que Dios le dice "ve" a Satanás, no porque concuerde con las intenciones de él – porque sus intenciones son muy distintas de las de Dios –, pero lo hace con la intención de que Satanás se estrelle contra el muro, y lo hizo en este caso de Job.

Dios hizo al hombre para que "…señoree en los peces del mar (…) y sojuzgadla…" (Gn.1:26-28). Y ¿dónde va a señorear? Por donde anda suelto el diablo, en los peces del mar. ¿No está ahí el ángel del abismo? En las aves de los cielos, ¿no anda el espíritu de la potestad del aire? Y sobre la tierra, ¿no anda la serpiente? Ahí gobernará ese hombre colectivo del que Dios dijo "hagamos", porque cuando comenzó Dios la creación del hombre, y éste falló, no pensó en cambiar de plan porque el diablo nos echó a perder. El propósito de Dios era eterno, y si él dijo "hagamos al hombre", no hay diablo que pueda contra su voluntad. Puede oponerse, pero no tendrá nunca éxito, al contrario, servirá al propósito.

Entonces, cuando Dios dijo "hagamos" está el Padre haciendo su parte, inclusive cuando dice: "…que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo…" (2ª Co.5:19). O cuando Jesús dice: "… no me ha dejado solo el Padre…" (Jn.8:29). Es el Hijo que estaba como arquitecto del Padre, pensando y planeando juntos; claro que también está incluido el Espíritu.

Y luego Dios dice: "…le haré ayuda idónea…" (Gn.2:18). Aquella que es ayudadora de Cristo; es decir, Dios no estaba hablando sólo de Adán, sino estaba hablando de aquella que es ayuda idónea de Cristo. Con esta palabra Dios nos está diciendo que nosotros vamos a ser para él. Pero podemos preguntarnos, ¿cómo vamos a lograr llegar a eso? Nosotros no lo lograríamos, pero fue Dios quien dijo "hagamos" y "le haré"; por lo tanto, él está haciendo todo. Entonces, el Padre, el Hijo y el Espíritu, cada cual hace su parte.

El Espíritu es eterno, aunque es procedente del Padre y del Hijo, pues no comenzó a proceder en el tiempo, porque el amor entre el Padre y

el Hijo es eterno, y Dios todo es eterno, por lo que la Trinidad también es eterna.

Ahora, en lo económico, en su administración, el Padre hace su parte primero, luego el Hijo, y tercero el Espíritu. El Padre es eterno, y el Hijo es el Verbo eterno de Dios, o no se podría decir que: "… era con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn.1:1). Ni se puede desconocer cuando la Palabra nos dice: "En el principio era…" (Jn.1:1).

EL ESPÍRITU SANTO REPRESENTADO POR EL ACEITE DE LA SANTA UNCIÓN

Entonces, si Jesús es Dios, tiene que ser eterno. El Espíritu Eterno fue representado con el aceite de la santa unción. Pero el aceite de la santa unción contiene otros elementos como mirra, canela, cálamo, casia; por lo tanto, el Espíritu no se llama solamente Espíritu o Espíritu Santo, sino que es el Espíritu del Padre, del Hijo, llamado también el Espíritu de Cristo o de Jesús. Lo dice el original griego en Hechos de los apóstoles. Pero ¿por qué a veces se le llama de diferente manera? ¿Por qué no se le llama solamente el Espíritu Santo? Porque el Espíritu toma todo lo que es del Hijo, y del Padre, para luego entregarnos, dispensarnos y aplicarnos todo eso a nosotros.

Esos elementos, esas especies que se le agregan al aceite para hacer la santa unción contienen todas esas cosas. Pablo en la carta a Filemón le dice "…para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús…" (Flm.1:6). La Palabra nos alumbra en el bien que está en nosotros por Cristo. Si nosotros somos alumbrados en lo que nos ha sido dado y en lo que tenemos, entonces, hacemos uso de lo que tenemos, y ponemos nuestras raíces ahí; contamos con eso y actuamos en el nombre del Señor. Y el Espíritu está ahí diciéndonos qué es verdad, qué podemos hablar, y que él lo respaldará. Porque el Espíritu está ahí para hacer realidad, hacer fresca cada día la Palabra en nosotros, para que no dependamos de la memoria, y para que lo que leamos en las Escrituras no sean palabras huecas, pues el Espíritu las llenará.

De esta misma manera, nosotros solos somos huecos, somos un vaso vacío, y él es el contenido. El Espíritu hace realidad lo que Dios ha prometido. El Espíritu es el que la da la sustancia, el contenido, a nuestra proclamación de fe. "… Abre tu boca, y yo la llenaré" (Sal 81:10). Y ¿qué es lo que tenemos que decir? La palabra del testimonio: "Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos…" (Ap.12:11).

El Señor es una realidad mayor que cualquier otra. Porque lo demás es una obra creada y sustentada por él. Dios puede hacer milagros, puede cambiar una cosa en otra, puede cerrar los ojos al ejército enemigo. Nosotros no nos guiamos por lo que se ve, sino somos guiados por el Invisible. Por la fe proclamamos lo que Dios ha dicho en la Palabra. Lo que Dios ha dicho y ha prometido, lo creemos y lo proclamamos. Esa es la palabra de nuestro testimonio, que llena el Señor y que confirma el Espíritu, porque estamos hablando en el nombre del Señor; porque el hombre, incluido varón y mujer, fue hecho a su imagen para contenerlo, canalizarlo, y representarlo.

Por esto es tan importante el Espíritu, porque él es quien nos impulsa, quien nos revela, quien nos sugiere; el que está con nosotros, y el que llena. Por eso dice: "Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo…" (2ª Ti.1:14). El Espíritu Santo es el que permite guardar, es el que le da frescura, es el que le da realidad al testimonio de la Iglesia. Por eso nosotros como iglesia debemos confiar en la obra del Espíritu Santo, así como confió el Señor Jesús. Al Espíritu no podemos verlo, pero está ahí, aun cuando no lo sintamos, pero ¿quién dijo que él venía para que lo sintiéramos? Él viene para que creamos. Entonces, si creemos, hablamos: "…Creí por lo cual hablé…" (2ª Co.4:13). Pero no hablamos lo que se nos ocurre, sino lo que el Señor dice en su Palabra.

En Éxodo se nos describe la composición del óleo de la santa unción; o sea, nos muestra lo que contenía ese óleo. Recordemos que todo esto es símbolo para el tiempo presente, y todo es una figura de lo espiritual. El Señor dijo que él nos daría el Espíritu, y lo pondría en nosotros y este nos haría andar: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad…" (Jn.14:16-17).

Vamos a usar un ejemplo de una radio que necesita energía para funcionar. Si la radio no está conectada a la electricidad, no funciona. Esto es como una figura del Espíritu. Cuando conectamos la radio recibe la energía. Ésta energía no la hemos visto nunca, pero ahí está, y está a disposición para mover unas máquinas tremendas. Así mismo es el Espíritu. El Espíritu es una persona, una persona divina que contiene la plenitud de Dios, de la misma manera que el Hijo y que el Padre. El Espíritu tampoco viene por su propia cuenta. Cuando el Señor dijo que vendría el Espíritu, dijo que el Padre y él vendrían. Cuando Jesús venía hablando del Espíritu, nos dice que: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Jn.14:18). Y no sólo el Hijo, sino también el Padre: "…y vendremos a él, y haremos morada con él" (Jn.14:23).

Nosotros somos morada de Dios, y somos morada del Espíritu. El Padre, el Hijo, y el Espíritu están en la Iglesia. En la medida que conozcamos por revelación divina todo lo que Dios ha puesto en nosotros desde que vino, vamos a ser más eficaces, porque vamos a compartir de lo que Dios nos ha dado. El problema es que a veces no creemos lo que Dios nos ha dado, y seguimos pidiendo, pero sin creer en que ya lo hemos recibido por fe.

"…Al que a mí viene…" (Jn.6:37). Jesucristo es la conexión que nosotros necesitamos, es nuestra energía para poder funcionar, pero ¿cómo hacemos ese contacto? Por la fe, y el enchufe es el Señor Jesús. Entonces, aferrémonos al Señor: "… de su interior correrán ríos de agua viva" (Jn.7:38). Cuando vamos al Señor "… sed edificados como casa (…) como sacerdocio…" (1ª P.2:5).

En lo individual, y en lo colectivo, proviniendo todo de ese río canalizado, del río del Espíritu, o mejor dicho de los ríos, porque él lo dijo en plural. El Espíritu son "los ríos" de agua viva, porque a veces él viene para hacer un trabajo, teniendo una función de amor, paz, alegría, gozo, templanza, o a veces también es un don. Pidámosle al Señor no perder un solo día quedándonos en nuestra sola naturalidad, como una radio apagada, sin estar en conexión con él. Habiendo conexión hay circulación, y cuando hay fe hay dispensar del Espíritu.

Volviendo a Éxodo capítulo 30, versículo 22, nos dice: "Habló más Jehová…". Dios ya había hablado, y ha querido seguir haciéndolo; ya lo hizo sobre la Fuente de Bronce, del dinero del rescate, que tiene que ver con la obra de la Cruz y el arrepentimiento. Pero ahora el Señor va a hablar de la unción y del incienso. La unción es una figura, es un símbolo del Espíritu de Jesucristo.

En Filipenses se nos presenta al Espíritu llamado "de Jesucristo", y el versículo comienza así: "… Sé…". Esa es la expresión de la fe de Pablo sobre este saber de la fe, porque no es sólo un conocimiento, sino que un conocimiento en la fe, pues lo sabe en su espíritu, porque la fe es la convicción, es la sustancia, la hipóstasis, la sustantivación de la promesa de Dios.

"…Sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación…" (Fil.1:19). Esta era la experiencia de Pablo, por eso él habló de esto, porque sabía lo que estaba diciendo. Pablo habla de algo que existe, y que se llama "la suministración del Espíritu de Jesucristo". No habló del Espíritu Santo, aunque es él, y aquí vemos el aceite con la mirra, el aceite con la canela, el aceite con el cálamo, el aceite con la casia; es decir, el Espíritu toman-

do lo que es de Jesucristo. A veces la Biblia dice: "el Espíritu Santo" o "el Espíritu Eterno", y ahí está ese aceite que tiene que traer las especies, y hacerlas bajar de la cabeza a la barba, que es el ministerio del nuevo pacto, una figura; y que tiene que seguir bajando hasta el borde de las vestiduras, que es el resto del cuerpo de Cristo; es decir, a todo el cuerpo de Cristo. Entonces, el aceite no viene solo, sino que viene trayendo el aroma de la mirra. Ese es el trabajo del aceite, él porta y pasa a nosotros, y nos suministra lo que es de Jesucristo. Pero ¿qué es de Jesucristo? Todo lo que es del Padre, además de la victoria sobre la muerte, sobre el diablo, sobre el mundo, y sobre la carne.

El Espíritu es eterno, pero Dios estaba esperando que Jesucristo ascendiera para enviarlo, pues en relación a lo que él tenía que hacer en el Nuevo Testamento, en la era de la Iglesia hacia acá, todavía el Espíritu no había venido. Dios estaba esperando que Jesucristo terminara su parte, la cual consistía en vivir como hombre, crecer en sabiduría, y aprender, aun cuando era como Dios y no tenía que aprender ni crecer, pero decidió hacerse hombre.

"…Por lo que padeció aprendió la obediencia…" (He.5:8). Y ¿para qué? Para enseñarnos. Él es el camino, porque él aprendió. Él creció en estatura, en sabiduría, en gracia, y habiendo sido perfeccionado, llegó a ser autor de eterna salvación. Entonces, Jesucristo se hizo hombre para vivir nuestra vida y enseñarnos cómo se vive y para eso él tenía que vivir. Jesucristo podría habernos salvado como un superhéroe, pero no lo hizo de esa manera, sino que lo hizo tomando nuestra naturaleza, vistiéndose de nosotros, y desarrollándose hasta la máxima perfección, para que el Espíritu la tomara, nos la pasara, y nos ayudara.

Cuando no sabemos lo que tenemos que hacer, estamos en la mejor posición, porque es ahí cuando podemos conectarnos con el Espíritu. En este momento él viene y nos entrega lo que sabe. Él conoce el camino, pues ya pasó por ahí; él es el camino desde el principio hasta el fin; por lo tanto, dependemos de él.

En muchísimas ocasiones, Dios nos tiene que llevar al límite de nuestras fuerzas, hasta que decimos lo que él quiere escuchar: "Ya no doy más Señor", para descubrir que no somos nada; y esta es una gran oportunidad, porque la Palabra nos dice: "…mi poder se perfecciona en la debilidad" (2ª Co.12:9). "… Bástate mi gracia…" (2ª Co.12:9). No que no seamos perfectos en sí mismos, pero Dios muestra su total expresión cuando le damos lugar, porque nosotros sin él no podemos: "… Separados de mí nada podéis hacer" (Jn.15:5).

"… Yo he vencido al mundo" (Jn.16:33). Entonces, ¿quién nos traspasa toda la victoria del Señor? El Espíritu. La radio no puede funcionar sola, pero si la conectamos empieza a funcionar. Cuando nosotros decimos: "Señor, no puedo más con este problema, ni siquiera puedo conmigo mismo", el Señor nos dice que le creamos, que lo miremos y veamos lo que él hizo por nosotros. No nos preocupemos por lo que sentimos, ni tampoco pensemos que las cosas serán siempre de color de rosa, pero si le decimos al Señor "ten piedad de mí", creemos que él tomó esta miseria y la cargó crucificándola. El Señor nos ha enviado su Espíritu para introducirse dentro de nosotros.

Entonces, esto es como estar sentado, pero ¿qué quiere decir eso? Significa estar "en" una silla. La silla está cargando todo nuestro peso, y así es para los que están sentados, ya que su peso está sobre otra cosa, que en este caso es "en" la silla. Esta es una excelente comparación a estar "en" Cristo. Dios nos puso "en" Cristo, y "en" el Espíritu. En lo práctico, estar en Cristo y en el Espíritu es lo mismo. El Señor es quien carga nuestras cosas. ¿Hemos visto a esas personas que edifican un segundo piso? Llega el camión con los ladrillos y los obreros hacen una fila y se van entregando unos a otros los ladrillos para ir avanzando, porque si no lo hacen, los ladrillos se irían amontonando.

En nuestra vida podemos ver como Satanás nos manda estos ladrillos, pero tan pronto como lo haga, nosotros debemos recurrir al Señor y decirle que tenga misericordia. Entonces, cada ladrillo que el diablo nos mande, se lo entregamos al Señor Jesús. Nunca estamos solos. Al abrir nuestros ojos por la mañana, clamemos al Señor y tomemos ese día y entreguémoselo al él; porque ¿para qué vamos a perderlo? Digámosle que queremos vivir con él. Ésta es la fe, confiar en él, conectarse con el Señor. Así que, pidámosle que nos mantenga crucificados en sus clavos.

Dios realizó al hombre en Cristo y él asumió nuestra naturaleza y la llevó hasta la gloria. Él nos glorificó en él, después de haber pasado por todo el proceso de crecimiento humano, de perfeccionamiento y aprendizaje humano. Él fue un niño perfecto, un adolescente y un hombre perfecto, pues él es el varón perfecto. Y ahora nosotros somos hechos del material de él.

La Palabra dice: "… le haré ayuda idónea…" (Gn.2:18). ¿Con qué material lo haría? Con el mismo de él. Y ¿quién nos está haciendo esposa de Cristo? ¿Quién le está diciendo a Adán que le haría una Eva? ¿Y acaso Eva no es una figura de la Iglesia? Entonces, ¿quién le está haciendo Iglesia a Cristo? Dios; y esto es lo que está haciendo.

"…Mi Padre hasta ahora trabaja…" (Jn.5:17). Del trabajo de creación ya descansó, pero tras la caída del hombre, tuvo que tener otro trabajo, y todos nosotros colaboramos o trabajamos con Dios. Cada uno, como Padre, Hijo y Espíritu hacen lo que le corresponde, y lo hacen con el otro, en el otro, y para el otro. Entonces, estos elementos que aparecen aquí en la unción representan lo que el Señor consiguió. El aceite no viene solo. No es sólo el Espíritu Santo.

LOS COMPONENTES DEL ÓLEO Y SUS SIGNIFICADOS

Luego de haber visto esa suministración del Espíritu, volvemos a Éxodo 30, que nos dice: "Tomarás…". Si no estuvieran ahí, ¿cómo se podrían tomar? ¿Quién preparó estas especies para ser tomadas? Dios las preparó. "…tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, y de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de oliva un hin. Y harás de ello el aceite de la santa unción; superior ungüento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa. Con el ungirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar de holocausto con todos sus utensilios, y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la santa unción por vuestras generaciones. Sobre carne de hombre no será derramado…" (o sea, esto es para el vivir en el nuevo hombre) "…ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere ungüento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo…" (Ex.30:22-33).

Aquí estamos viendo la composición del óleo de la santa unción. Un hin de aceite es el Espíritu Eterno. Pero había que ponerle "tres quinientos" de especies. Quinientos, otros quinientos dividido en dos, y otros quinientos. Quinientos de mirra, el otro quinientos del medio está dividido en dos, doscientos cincuenta de canela, doscientos cincuenta de cálamo, y el tercer quinientos de casia. Tres medidas de quinientos, porque en la casa de Dios está el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero entre el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo; el que murió por nosotros fue el segundo, el Hijo. Entonces, está partido por la mitad el quinientos del medio; está partido por la mitad, doscientos cincuenta de canela, doscientos cincuenta de cálamo. Es como el velo.

El velo tenía cuatro columnas, pero entre la primera y la segunda columna estaba una parte del velo, entre la segunda y la tercera, otra parte del velo, entre la tercera y la cuarta, otra parte del velo, porque el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo moran en la casa. Por eso tiene esas tres partes, para indicar la Trinidad. El Señor nos dijo que "… rogaré al Padre, y os dará otro Consolador" (Jn.14:16). Pero también nos dice: "y vendremos a él, y haremos morada" (Jn.14:23).

Entonces, dentro de la Iglesia está el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque somos la casa de Dios, del único Dios que es trino. Cuando Jesucristo murió, el velo fue rasgado, pero por el medio, entre la segunda y la tercera columna, por el velo del medio; es decir, en la sección que le corresponde al Hijo. El Hijo fue el que murió. Y así vemos aquí quinientos siclos, quinientos siclos, y quinientos siclos, pero los quinientos siclos del medio están partidos en doscientos cincuenta y doscientos cincuenta, que nos habla de la obra de la muerte y resurrección del Hijo: canela y cálamo.

La primera parte es la mirra, y la mirra tiene que ver con el aspecto de la muerte de Cristo. Por eso dice: "suministro del Espíritu de Jesucristo". No es sólo aceite, sino es el Espíritu Santo; pero dice Espíritu de Jesucristo, porque toma lo de Jesús. El Padre estaba esperando que el Hijo resucitara y ascendiera para poner en el Espíritu la victoria de su Hijo sobre el mundo, la muerte, la resurrección y ascensión de Jesucristo, y que el Espíritu nos lo pueda pasar a nosotros. Entonces, ¿cuál es la tarea del Espíritu Santo? Pasar a nosotros todo lo que el Hijo es y consiguió en su vida, muerte, y resurrección. Por eso había que tomar especies finas y ponerlas en el aceite de la unción, para que el aceite nos trajera la mirra, y nos la pasara al cuerpo de Cristo. Tenía que venir de la cabeza al cuerpo; el Espíritu transportando todo lo que es de Cristo hacia nosotros.

¿Y qué transporta? Mirra. Primero vimos que son tres medidas, pero la del medio está dividida en dos, así como el velo, y eso para indicar la obra del Hijo. La mirra nos habla de la victoria sobre la muerte. A los muertos los embalsaman con mirra para vencer el olor de la muerte. Cuando nació el Señor Jesús, vinieron a él, Gaspar, Melchor y Baltasar, aquellos tres hombres que la tradición, no la Biblia, menciona; trajeron oro, incienso y mirra, la deidad en servicio para muerte, pues él se hizo hombre para morir por nosotros y salvarnos. Llegó la mirra, que es lo que consiguió el Señor para nosotros en su muerte. Hay algo objetivo que fue hecho en la muerte, y es que todo lo que él hizo en ella se lo dio al Espíritu. Ahora es el aceite el que tiene la mirra. "Tomarás" y ¿quién las produjo? El Señor. Ahí está la mirra, y

¿dónde se pone? En el aceite. Ahora el aceite lo trae. O sea, no podemos negarnos a nosotros mismos por nuestras propias fuerzas, sino en unión con Cristo.

Por eso, la Biblia dice dos cosas que parecen contradictorias, pero sólo parecen: "…Nuestro viejo hombre fue crucificado…" (Rom.6:6), y dice también: "Haced, pues, morir la carne con sus hechos". Entonces, al final ¿fue crucificado o hay que hacerlo morir? En Cristo fue crucificado. Cristo venció al pecado en la carne. Cristo ya consiguió la victoria sobre la carne y por eso ya hay mirra en el aceite. Pero también puede surgir otra interrogante: ¿Cómo nosotros lo hacemos morir en nuestra experiencia? Aplicando la muerte de nuestro viejo hombre; es decir, nuestro viejo hombre ya fue crucificado juntamente con Cristo.

Ahora, nuevamente nos preguntamos: ¿Cómo vamos a experimentarlo? Cuando por el Espíritu Santo, el aceite trae la mirra, ahí aplicamos lo que ya fue hecho en Cristo. Lo aplicamos a nosotros. No es algo que nosotros tenemos que hacer, porque no podemos matar al viejo hombre, pues ya fue crucificado, y cuando estamos en el Espíritu, en novedad de vida, en nuestra experiencia, hacemos morir lo que ya está muerto. Ya está muerto objetivamente, pero subjetivamente tiene la experiencia cuando el Espíritu aplica. Cuando creemos esto, inmediatamente viene el efecto. Y de esta manera hacemos morir en la práctica, y en la experiencia. Estamos en la carne sufriendo aflicciones, pero nos volvemos al Señor, confiamos en el Señor, y nos olvidamos de nosotros mismos, pues nos consideramos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo, y nuestros miembros como instrumentos de justicia.

Y nuevamente surge otra pregunta: ¿Cómo se convierten nuestros miembros que estaban vendidos al pecado en instrumentos de justicia? El Señor Jesús pasó por la muerte, y nos pasó por la muerte; resucitó, y nos resucitó; puso nuestra muerte, y nuestra resurrección en su Espíritu. Y su Espíritu viene a nuestro espíritu, y cuando estamos en el Espíritu estamos muertos al pecado, y vivos para Dios en Cristo. De esa manera práctica hacemos morir lo que ya el Señor mató. No hay contradicción. Uno se refiere a la provisión objetiva en Cristo, y otro se refiere a la aplicación subjetiva por el Espíritu mediante la fe. Confío que el Señor nos revelará esto.

Ahora viene la canela, que es la que da sabor y fragancia, porque la obra de la Cruz es objetiva y subjetiva. Hay una obra objetiva que cubre la muerte. Pero hay un sabor que le da Cristo. Entonces, hay dos aspectos de la obra de Cristo. El aspecto objetivo, que es lo histórico

que realizó el Señor, en el tiempo, en la historia allá en Jerusalén, allá en el Gólgota. Y luego, está la aplicación, que es el sabor. La canela le da sabor, la canela es aromática, y el aroma nos habla de la aplicación de Cristo, del olor de Cristo. ¿No habla la Biblia del olor de Cristo? Opera la muerte, para que el olor de Cristo aparezca en nosotros.

También tenemos la parte del cálamo. El cálamo es una caña blanca que se levanta del barro, y que a nosotros nos habla de la resurrección. Por eso la medida de los quinientos siclos, como el velo rasgado en dos, está divido en doscientos cincuenta y doscientos cincuenta; es decir, lo que el Señor hizo en su muerte y en su resurrección. El cálamo es blanco, puro; sin embargo, se levanta del barro. Y Dios preparó el cálamo que es Cristo resucitado para ponerlo en el aceite: "tomarás especies" de la provisión de Dios en Cristo. Cristo es la mirra. Cristo es la canela. Cristo es el cálamo y también la casia. Cada una de esas especies finas son distintos aspectos de la persona y obra del Señor Jesús.

Cristo murió para libertarnos por la Sangre y por la Cruz, pero también resucitó para derramar el Espíritu. La Cruz quita lo viejo, y la Sangre nos limpia, pero el Espíritu suple, y suministra lo nuevo. Es por el Espíritu que pasamos por la Cruz, y es por el Espíritu que estamos en novedad de vida. El que nos crucificó, el que nos resucitó, ascendió y nos sentó, es Cristo. No busquemos esto en nosotros mismos, sino mirémoslo a él. Si no lo vemos, o no lo sentimos no importa, sino más bien conectémonos, diciéndole: "Señor Jesús", y empieza a funcionar. Todo eso está en el Espíritu.

El Espíritu toma todo lo que el Señor hizo. Todo lo que él vivió fue para nosotros. Todo su vivir, su perfeccionamiento, y su obediencia fue para nosotros. Ese es el cálamo. El aceite también tiene cálamo. El aceite nos trae la mirra, nos trae la canela, nos trae el cálamo, y también la casia. La casia es una resina que tiene una propiedad especial que ahuyenta a las serpientes. La serpiente huele la casia y sale huyendo. La casia nos habla de la victoria de Cristo sobre todo principado y potestad, porque el Señor no sólo venció la muerte, el pecado y la carne, sino también al diablo, y expuso todo principado y potestad. Nosotros no sabemos cómo vencer un diablo de esos, pero el Señor ya lo hizo. No estamos solos. El aceite pasa a nosotros la casia y nos da victoria sobre todo poder del diablo.

"…En mi nombre echarán fuera demonios…" (…) "…tomarán en las manos serpientes…" (Mr.16:17). La victoria sobre todo poder del enemigo está en Jesucristo, y nos dice que el Espíritu Santo: "… os hará saber todas las cosas"(Jn.16:12). Y no sólo para saberlo, sino para par-

ticipar; ese conocer habla de experimentación; es para disfrutarlo, es el conocer espiritual. Pero no podemos usarlo si no sabemos. Cuando uno no sabe lo que tiene, es como si no lo tuviera, aun cuando lo tiene. El Señor ya nos dio esto. Su Espíritu fue derramado sobre la Iglesia. Nosotros ya recibimos al Señor y ya bajó de la cabeza a los pies. El Espíritu de Jesucristo, no sólo el Espíritu Santo, ya fue suministrado. No es sólo el aceite, sino el aceite con la mirra, con la canela, con el cálamo y con la casia. Con todas las victorias.

Nosotros somos colocados en una situación que parece difícil, pero es solamente para darle lugar al Señor, para invocar su nombre: "Señor, tú venciste a nuestro favor, venciste el pecado, al mundo, a la muerte, y al diablo con sus principados y potestades, y viniste a nosotros, y te recibimos". El Espíritu toma todo lo que es del Padre, y del Hijo, en lo divino y en lo humano, toma el aceite con las especies, y lo pasa a nosotros, desde la cabeza al cuerpo.

Confiamos que el Espíritu Santo hará viva su palabra cuando la necesitemos, y la necesitamos desde ahora, durante todos los días de nuestra vida. La Sangre y el Espíritu. La Sangre nos limpia, la Cruz nos libera, y el Espíritu nos constituye en nuevas criaturas, en hijos, en sacerdotes, en reyes, en miembros de su cuerpo, y en instrumentos de justicia. Eso es lo que somos en Cristo Jesús.

Capítulo veinte *

Tres niveles de la Cruz

LA SANGRE Y EL ESPÍRITU

Acerca de la prioridad del Arca del Pacto, Dios la colocó en el lugar principal del Tabernáculo, en el Lugar Santísimo, para hablarnos del lugar que en su corazón ocupa la persona de su Hijo; y su obra, que es el fundamento sobre el cual edifica la Iglesia. Y es también el elemento de la edificación de su Iglesia, que es edificada en el conocimiento espiritual del Señor Jesucristo. Consideramos que la revelación del Señor y la edificación de la Iglesia están íntimamente relacionadas.

Pablo decía, al recordar a la Iglesia, en los Corintios (los primordios del evangelio), que lo primero que él les había enseñado, era que Jesucristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día. Entonces, comienza tocando el fundamento de la persona y la obra del Señor Jesús, centrándose en la Cruz y en la resurrección. Por ahí debemos nosotros comenzar también, sobre ese fundamento. El Señor quería que siempre recordáramos esto, por eso estableció la mesa del Señor, la Santa Cena para que la tuviéramos siempre presente.

Habíamos comenzado a compartir del Lugar Santísimo, de adentro hacia fuera. El Arca nos habla de la persona de Cristo, de la naturaleza divina en cuanto al Verbo de Dios. Él estaba con Dios el Padre antes de la fundación del mundo, y fue por él por quien hizo todas las cosas.

Habíamos tocado estos dos asuntos anteriormente, la divinidad y la encarnación del Hijo de Dios, y lo relativo al Arca. Como parte del Arca está el propiciatorio, que es su tapa donde se colocaban la sangre que había sido derramada de la expiación. Veíamos que el Arca nos habla de la persona de Jesús, y el propiciatorio nos habla de su obra.

Esto nos habla de la obra de la Cruz con la Sangre del Señor, pero también de la resurrección y la ascensión, porque estaba hablando de la sangre no tan solo derramada en el Atrio en el Altar de Bronce, sino la sangre introducida por el sacerdote, que en el caso de Jesús, es tam-

* Mensaje predicado en Santiago el 15/08/2009.

bién la ofrenda expiatoria. Él es el sacerdote que la presenta, es decir, que Jesucristo resucitó para presentar su propia obra por nosotros al Padre. Él entró al Lugar Santísimo como sumo sacerdote.

Dios el Padre, al enviar a su Hijo, ha reconciliado consigo al mundo. El Señor conoce lo que necesitamos para poder estar delante de él, para poder ser sus hijos, para poder mantener una comunión constante y no caer fulminados. Por esto Dios hizo unas promesas que tienen que ver con dos elementos esenciales que constituyen el remedio de Dios en Cristo para nosotros.

No se puede empezar sin la Sangre y el Espíritu de Cristo. Nosotros sólo podemos vivir por la Sangre de Cristo y su Espíritu, y eso es lo primero que el Evangelio de Dios presenta de parte de Dios en Cristo, es decir, que Dios nos de la vida de su propio Hijo y de su Espíritu, es como darnos su propio corazón. Eso es lo primero que anunció el apóstol Pedro en el día de Pentecostés, porque eso era lo esencial que Dios había prometido para hacer su trabajo, para que nosotros aprendiéramos con claridad lo que él nos quiere enseñar, confirmando que el Espíritu del Señor nos tocará con la importancia y seriedad, para poder permanecer bajo su Sangre y su Espíritu.

APLICACIÓN A LA HUMANIDAD

Vamos al libro de los Hechos capítulo 2, para revisar el primer discurso inaugural de la Iglesia. Aquí está el mensaje de Pedro donde, en primer lugar, ocurre el derramamiento del Espíritu Santo, y comienza a hablar diciendo que Jesús es el Mesías, que vino, murió, resucitó y que cuando ascendió Dios le dio lo que le había prometido para nosotros, el Espíritu. Ahí está el Arca divina y humana, el oro y la madera, la muerte, la sangre introducida en el propiciatorio, en el Lugar santísimo, figura del cielo mismo.

Después del mensaje, dice: "A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís" (Hch.2:32). Nosotros sabemos que el Espíritu es invisible, pero habla que se puede ver y oír lo que él hace. Aunque Dios es invisible, sin embargo, lo que hace es patente. Lo que Dios quiere es tocarnos, impregnarnos con su Espíritu, y que nos toque. Nosotros necesitamos del toque de Dios, que es la comunicación del eterno, lo espiritual, lo celestial por lo cual vivimos.

Continúa diciendo: "Porque David no subió a los cielos; pero el mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que

ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel…" (Hch.2:33,36). ¿Qué es lo que tiene que saber? "…que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron…" (Hch.2:36-37).

Ahí está el toque del Señor, y fueron ganados por él de corazón (ellos eran judíos en su mayoría que estaban en Jerusalén), y justo en ese momento, el día de Pentecostés, en que había venido el Espíritu Santo, ellos preguntaron: "¿Qué haremos?". Estamos tan acostumbrados a hacer nosotros las cosas que pensamos siempre en cómo hacer las cosas.

Si nos dan el secreto de lo que debemos hacer podemos alcanzar lo que sea; ya antes le habían hecho una pregunta al Señor Jesús: "Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?" (Jn. 6:28). El problema que tenemos es que pensamos que "nosotros haremos". El pueblo de Israel decía que cumplirían todo lo que le mandara Dios, pero él sabía que no era así, y que ellos necesitaban hacer la ley; pero el Señor Jesús nos responde esta pregunta por otro lado, diciéndonos que "…creáis en el que él ha enviado" (Jn.6:29). Porque no es por lo que nosotros hacemos, ya que eso sería una obra propia, pues la obra es de Dios.

Pedro les dijo a los judíos y a los habitantes de Jerusalén: "Arrepentíos", palabra que viene de metanoia (cambio de entendimiento), que es un cambio en la manera de ver las cosas. Antes veíamos las cosas de un punto de vista humano, pero cuando el Señor nos toca, empezamos a ver las cosas de un punto de vista distinto y nos damos cuenta que no somos tan buenos, ni tan capaces como pensábamos que éramos, y que si él no nos hubiera curado y tomado sobre sí, nosotros hubiéramos muerto para siempre. El arrepentimiento está junto con la fe, porque el arrepentimiento es por el convencimiento del Espíritu Santo en nosotros. Porque el Espíritu empieza a trabajar cuando estábamos en el mundo, como dice el Señor que el Espíritu Santo: "… convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Jn.16:8).

Nos podemos dar cuenta que Dios cuando nos toca empezamos a ver las cosas como él las ve. Dios nos está guardando desde el principio, y nos pide que seamos sabios y entendidos, y no seamos necios. Esto está incluido en el arrepentimiento, que es empezar a ver las cosas como Dios las está viendo. Entonces, no es tan sólo arrepentimiento, porque nos dice: "… Arrepentíos y bautícense cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo…" (Hch.2:38).

JESÚS, EL SUMO SACERDOTE

Esto es lo que necesitamos para empezar y para continuar: la Sangre y el Espíritu Santo. Siempre el perdón de los pecados es por la Sangre, pues "… sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (He 9:22). Así como también sin el Espíritu no hay nuevo nacimiento, ni podemos ser participes de nada divino. Cuando nosotros recibimos la Sangre, es porque no nos auto justificamos, sino que Dios nos justifica en el sacrificio de muerte de su Hijo. Sólo la Cruz se encarga de borrar todo lo que pertenece a la vieja creación y sólo su Espíritu introduce todo lo que corresponde a la nueva creación, terminando todo lo viejo en la Cruz. Por eso el lugar central de la Cruz, del Propiciatorio, es encima del Arca, porque ese Propiciatorio nos habla de la obra de la Cruz, de la resurrección, de la ascensión y del Espíritu; todo eso está incluido en el Propiciatorio, porque la Sangre fue derramada en el Atrio, en el Altar de Bronce, pero el sacerdote es Cristo quien resucitó, ascendió al cielo mismo, al verdadero templo de Dios que está en el cielo.

La Palabra dice: "…y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu…" (Hch.2:33). Es decir, Jesús tenía que resucitar y presentar su obra consumada para que entonces Dios pudiera enviar el Espíritu. El Propiciatorio nos recuerda la Sangre, pero como está en el Lugar Santísimo, nos recuerda al sacerdote, es decir, la resurrección y ascensión, recordándonos lo que se consiguió en la promesa del nuevo pacto que incluye perdón y regeneración, dos elementos fundamentales de la promesa de Dios.

Veamos Hebreos 8:1 lo que nos dice el Espíritu: "…tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre". Eso es lo que nos recuerda al propiciatorio, y aquí el modelo verdadero del Arca que Juan vio.

Continúa Hebreos diciendo: "… Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por el cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote..." (He8:3-4). Los sacerdotes y sus hechos siguen a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando erigiera el tabernáculo: "Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte" (Ex25:40).

Ahora tenemos mejor ministerio que el de los sacerdotes antiguos, que es el de Cristo, por cuanto es mediador de un mejor pacto. Nuevamente esto nos recuerda el Propiciatorio, del trabajo del Mediador vivo y humano que murió por nosotros, que hoy intercede y consiguió el regalo del Espíritu.

Aquí veremos cuáles son esos dos primeros asuntos prometidos, dice: "Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mi por pueblo; Y ninguno enseñará a su prójimo…" (He8:7,11).

El Señor, reprendiéndoles, promete perdonar y regalarnos el Espíritu Santo; bendita reprensión que nos ha dado su Sangre y su Espíritu: "Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos". (He.8:11). Esa es obra del Espíritu; "Porque seré propicio a sus injusticias,…" Y esta es obra de su Sangre, "…Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (He.8:12).

LA SANGRE Y EL ESPÍRITU: ELEMENTOS ESENCIALES DE LA PROMESA

Estas promesas que están aquí, son las que estaban en Jeremías y en Ezequiel, y no son inventos de los apóstoles. Cuando el Señor Jesús resucitó y se les apareció a los discípulos, él empezó a enseñarles durante cuarenta días lo que de él decían las Escrituras. Todo lo que los apóstoles recibieron, lo aprendieron del Señor, y en las Escrituras del Antiguo Testamento.

Desde aquí es donde brota toda nuestra victoria, nuestra vida y la edificación de la Iglesia, y es la única manera que el propósito de Dios se cumpliera con nosotros; no hay otra manera sino haciendo uso permanente de su Sangre y de su Espíritu.

Podemos ver sobre esta palabra en Jeremías: "He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y la casa de Judá" (Jer.31:31). "…daré mi ley en su mente" (Jer.31:33). Qué hermoso es este verbo "daré"; no dice venderé, arrendaré, prestaré, sino "daré", es decir, que nadie podía pagarlo, ni nadie podía merecerlo.

Y sigue diciendo en el mismo verso: "…y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios,…" (Jer.31:33). Él es un Dios para nosotros,

lo conoceremos como nuestro Dios, por enseñanza directa de su Espíritu.

Ahora pasaremos a Ezequiel para completar la promesa de Jeremías, en que nos dice: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré" (Ez.36:25). Esa es la obra de la Sangre. Él nos dará, y nosotros no tendremos que hacer nada, porque lo recibiremos por gracia. "Y pondré mi Espíritu en vosotros…". Dejemos que estas palabras entren en nuestro corazón, que nos toquen y que se queden ahí. Esto es un regalo de Dios, es un don, es vida eterna. Nos dio a su Hijo y nos dio el don del Espíritu, aun cuando no lo merecíamos. Nunca lo podremos pagar, pues sólo lo podemos recibir creyéndole a Dios.

Cuando bebemos de la copa y partimos el pan que es el cuerpo del Señor, estamos expresando el nuevo pacto de Dios diciendo: "Gracias Señor, tú viniste".

Capítulo Veintiuno *

Primer nivel de la Cruz y tres niveles del Perdón

Respecto de la obra del Señor en la Cruz, necesitamos detenernos y considerarla más lentamente.

LA CRUZ EN EL CORAZON DE DIOS

La obra del Señor en su Cruz ha sido rica y bastante profunda. Es más, podríamos decir que la obra del Señor en la Cruz es una obra en tres niveles. Dios escogió realizar su obra, la que él tenía en su corazón desde la eternidad, porque esto no es algo nuevo que a él de pronto se le ocurrió con el fin de remediar alguna cosa que quizá Dios no sabía. Lejos ha estado de Dios improvisar alguna cosa, porque Dios es eterno y así son sus propósitos. El propósito eterno de Dios fue realizar las cosas por medio del instrumento de la Cruz.

Hay un primer nivel que aparece en la Palabra de Dios, y es que la Cruz desde la eternidad ya estaba en el corazón de Dios. En las Escrituras podemos encontrar versículos que nos hablan que el Cordero fue inmolado antes de la fundación del mundo. Claro que históricamente sucedió allá en Israel, en las afueras de Jerusalén, sin embargo, desde el comienzo en el corazón de Dios ya estaba esta decisión. En la Trinidad no hay rivalidades, no hay envidia, porque hay una Cruz en el corazón de la naturaleza divina. Por eso es que el Cordero fue inmolado en la decisión de Dios, en la naturaleza divina que comparte el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y que están en un acuerdo, de manera que cuando el tiempo llegó, el Señor Jesús vino a manifestar lo que siempre ha estado en el corazón de Dios.

El Señor es la manifestación para nosotros de esa naturaleza de amor, cuya mejor expresión es la Cruz. Entonces, cuando hablamos de esos tres niveles estamos dejando afuera lo eterno y entrando solamente en lo temporal, en el tiempo, que atañe a la administración de lo eterno a nosotros aquí en la tierra. Los tres niveles expresan esa Cruz eterna que es el amor eterno de Dios, pero que se empieza a manifes-

* Mensaje predicado en Santiago el 13/08/2009.

tar primeramente para nosotros que estamos en la tierra, en un tiempo, y comienza a manifestarse en la historia, en esa muerte objetiva. Porque el Verbo divino y eterno que estaba con el Padre se hizo carne, se hizo semejante a los hombres y entró en nuestro tiempo, no como una mitología antigua, porque el Señor Jesús no es un invento, es una historia verídica, con testigos, pues incluso los enemigos son testigos porque dan testimonio al rechazarlo.

Entonces, en la historia, si el Señor no hubiese venido para pasar por la Cruz, el propósito de Dios no se hubiera cumplido, pero él se sometió negándose a sí mismo para honrar a su Padre. Jesús vivió en el principio de la Cruz, no solamente cuando fue crucificado, sino que él vivió siempre en ese principio. El Hijo nada hace por sí mismo, sino hace lo que ve hacer al Padre y depende de él. Ni el Padre, ni el Hijo, desean hacer las cosas sin el otro. El Padre hubiera podido crear el universo solo, él es suficiente, es Dios, pero no quiso hacer nada sin su Hijo, y así también el Hijo no quiso vivir la vida en la tierra sin la compañía de su Padre. Jesucristo quiere que aprendamos de él este ejemplo de vida que nos ha entregado.

Esto ocurre también con Dios y nosotros, porque él quiere hacer las cosas con nuestra compañía, y debemos darle las gracias por querer involucrarse con el hombre.

Entonces, también el Hijo vio el principio de la Cruz, en incluir a su Padre en todas sus obras y expresarlo. Entre ellos existe una estrecha relación, que es maravillosa, ya que tienen en común algo tan divino que es el propio Espíritu, y así toda la Trinidad es un solo Dios, y aunque son tres personas, son una misma esencia, y una misma naturaleza, pero expresada en la comunión de la Trinidad. Y esto es así por causa de la naturaleza de la Cruz, por esa naturaleza del amor, de vivir en función del otro, en armonía, sin rivalidad, con delicadeza.

Dios quiere involucrar a la Iglesia, para que el hombre nuevo sea realizado en la Trinidad Divina por medio del Espíritu Santo que nos muestra lo que ellos hacen, para que en la misma comunión, nosotros también estemos atentos a nuestro Dios, a nuestro Rey y a su Espíritu, para que podamos hacer las cosas en unión con Dios.

Entonces, la Cruz es la que expresa y la que ha realizado el propósito eterno de Dios. Por lo tanto, el Señor entró en la historia porque vino a hacer la obra de su Padre. Necesitamos ver la Cruz en todos sus niveles. Uno de los primeros niveles, la Cruz histórica del Señor Jesús, y no estamos incluyendo el nivel eterno visto anteriormente, que se expresa en estos niveles económicos, administrativos, históricos.

EL PRIMER NIVEL DE LA CRUZ

El primer nivel histórico es que el Señor Jesús murió para que nuestros pecados fueran perdonados, para que fuéramos limpiados de toda maldad, siendo algo objetivo y jurídico, porque éramos deudores y no teníamos cómo pagar la deuda: "…la paga del pecado es muerte…" (Ro.6:23).

Ningún otro podía morir, sino el propio Acreedor que se hizo hombre y fue probado como nosotros, claro que resultando inocente, para que su muerte sea expiatoria, porque él es tratado como culpable aunque siendo en verdad inocente, o de lo contario, su muerte dejaría de ser expiatoria y sería la muerte por su propio pecado.

La Sangre ya ha sido provista, pero debe ser tomada, y la Iglesia es la que la tomó. Pero el mundo no lo hizo, así como muchas otras provisiones, tanto en su Cruz, como en su resurrección, y ascensión. Estas provisiones hay que tomarlas por medio de la fe, así como al pueblo de Israel se le dio Canaán, la tierra prometida – que es una representación de Cristo – y así nosotros debemos tomar posesión de la provisión. Y podemos hacer esto por medio de la fe.

Jesús nos dice: "…tome su cruz, y sígame" (Mr.8:34). Y antes de ser tomada tiene que ser provista.

EL SEGUNDO Y TERCER ASPECTO DE LA CRUZ

El segundo aspecto de la Cruz nos dice que "…uno murió por todos…" (2 Co.5:14). Por lo tanto, continúa diciendo: "…luego todos murieron…" (2 Co.5:14). Entonces, la muerte de todos en la Cruz está hecha. Recordemos, pues, que primero hay una realización histórica en el Señor, para que haya una provisión inclusiva que es el segundo nivel, y una toma de la provisión en nuestra experiencia, que es el tercer nivel.

En Éxodo capítulo 12, que nos habla sobre la anunciada muerte de los primogénitos en Egipto, el verso 22 nos dice que: "Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre (…) y untad el dintel y los dos postes con la sangre…". Esto fue de esta manera para que el ángel de juicio la viera, y para que Dios también la viera.

Continúa diciendo en el verso 23: "… Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel (…) pasará Jehová aquella puerta". Este es el énfasis que a veces olvidamos; sólo estamos delante de Dios y no somos fulminados por la Sangre de su Hijo. Nadie

puede justificarse delante de Dios, sino que él nos justifica por la fe en su Sangre, porque él sabe lo que ella significa.

Dios, que conoce a su Hijo desde antes de la fundación del mundo, ahora le ha placido que nosotros le conozcamos por medio de su encarnación, y por medio de las pruebas que el aprobó, en esa vida pública aquí en la tierra. Después de su muerte expiatoria, el Padre lo resucitó ante testigos para que todos sepan que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que su sacrificio fue aceptable para él y que nos ha conseguido la redención.

"Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros…" (Ex.12:13). Es la sangre que Jehová verá y será la señal, y esto es lo que quiere decir Pascua, o "Pesaj", en hebreo, que significa "pasar por alto"; es decir, no tomar en cuenta los pecados. Y nuestra fe debe ver la Sangre del Señor como Dios la ve, y debemos valorarla y nunca más estar sobre ninguna otra base. Nunca debemos vivir sobre la base de méritos, por nuestros esfuerzos, porque esos nunca serán terrenos seguros, ya que el único terreno seguro es la Sangre.

En Juan capítulo 1, dice: "… La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1ª Jn. 1:7, 9). Quisiéramos subrayar la expresión "él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados". ¿Por qué no dice, por ejemplo, que él es bueno y misericordioso? Claro que él también lo es, pero aquí la base no está sobre su bondad, o sobre su misericordia, sino que colocó la base en un terreno más seguro.

El Señor aplica la justicia, pero también aplicada su bondad. En este caso, al tratar sobre nuestra salvación, la bondad se sometió a la justicia, de lo contario, Dios nos hubiera perdonado sin la muerte del Señor. Pero Dios no quiso que la salvación fuera solamente basada en la bondad, en la misericordia; aunque claramente la Palabra nos dice que por su misericordia el Señor nos perdonó. Pero esto es mucho más que eso, porque él también es fiel y justo para perdonarnos, y esto es una base segura porque está sobre la muerte expiatoria de su Hijo inocente.

Satanás engaña nuestros sentimientos, porque no quiere que estemos en la roca firme, jurídica, histórica, de la muerte de Jesús y su Sangre. Dios hace justicia, no solamente misericordia, que también hace. Dios no nos perdonó sin Sangre, sino que perdonó a través del sacrificio de

su Hijo, y manteniendo la justicia, cobró en su propio Hijo. Cualquier otra sangre que Dios ve, como la de Abel por ejemplo, reclama muerte, pues la sangre de Abel clama, pero no para perdonar a Caín, sino para decirle a Dios: ¡Caín me mató! Cualquier otra sangre que ha sido derramada en la tierra, clama como la de Abel, pero la única sangre que clama para que seamos perdonados es la del Hijo de Dios, y esa fue la que el Señor Jesús derramó, y es la que Dios ve.

En estos últimos versículos que hemos visto, el Espíritu Santo le muestra a Juan que Dios no solamente es misericordia, sino también fidelidad y justicia, colocándonos una base firme.

A Dios no le ha sorprendió nada de lo que ha ocurrido con el hombre; él sabía desde el momento de decir: "Hagamos al hombre" (Gn.1:26), que tenía que redimirlo, porque sabía que iba a caer, y en el debido tiempo aconteció la manifestación de la gracia de Dios, destinada a nosotros desde antes de los tiempos.

Hemos visto este aspecto jurídico y objetivo de la Sangre, pero viene un aspecto subjetivo, y es que el Cordero tenía que ser comido; es decir, nos debemos alimentar del Cordero, ser constituidos por él, y que el Cordero venga a nuestra vida, porque ya vino el perdón, pero tenemos que ser liberados y hechos nuevos, y este es otro aspecto.

LOS TRES NIVELES DEL PERDÓN

El perdón también tiene sus niveles, y, en primer lugar, hay un perdón de parte de Dios basado en su justicia, por la muerte de su Hijo, manifestando también su bondad para que tenga sustento, para que esas promesas de Dios donde nos decía que borraría nuestros pecados, tuvieran una base segura.

El otro aspecto del perdón, que también está en la Biblia, que después de ser hechos hijos de Dios, y después de hablar de ese perdón fiel y justo de parte de Dios, en primera de Juan, nos dice: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis…" (1Jn.2:1).

Fuimos perdonados, pero se espera que ahora seamos salvos, y que no volvamos a pecar, pero Juan es realista y todos nosotros también lo somos, porque no debiéramos pecar después de que Dios nos perdonó, pero cuántas veces nos ha tenido que perdonar nuevamente. El Señor sabe que necesitamos otra vez ser limpiados.

Por eso el Señor, antes de la fiesta de la Pascua, y ya sabiendo que su hora había llegado, comienza a lavar los pies de sus discípulos. Pero

Pedro le dice: "¿Tú me lavas los pies?" (Jn.13:6). Pedro no entendía este acto de Señor, porque sólo veía el aspecto externo. Pero el Señor le da la respuesta: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo" (Jn13:8).

El Señor ahí entró en otro nivel, y Pedro le dice: "… No sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos" (Jn.13:9). Pedro no entendía, pues había un limpieza, valga la redundancia, que los había dejado limpios, como hijos de Dios, nacidos en la justicia y santidad de la verdad, pero en la caminata por el mundo, a veces, se ensucian los pies. Dios les dice a sus hijos que ya están limpios, y que sólo necesitan lavarse los pies.

Esta segunda "limpieza" es distinta a la primera. Ya estamos limpios por la Palabra del Evangelio, que nos anuncia lo que el Señor consiguió en la Cruz. Entonces viene la otra "limpieza", que nos dice que ya somos hijos, y que nos escriben estas cosas para que no pequemos (paráfrasis Jn.2:1), pero vine el realismo, y si alguno ha pecado, o sea se le ensuciaron los pies en la caminata, no ha dejado de ser un hijo, porque ya estamos comprados, y somos salvos. Esa limpieza que tenemos que hacer a nuestros pies, es para recuperar la comunión – el segundo aspecto del perdón –, pues aunque somos salvos, pecamos, y necesitamos recuperar la comunión con nuestro Padre, quien vuelve a concedernos, no la salvación que ya tenemos, sino el gozo de la salvación.

Tenemos un mediador, y Jesucristo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo los nuestros, sino también los del mundo. Entonces, ahí está el aspecto del perdón que recupera la comunión y el gozo de la salvación.

Para comprender estos aspectos, y para comprender el siguiente, vamos al salmo 89, desde el versículo 26: "Él me clamará: Mi padre eres tú, mi Dios, y la roca de mi salvación. Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra" (Sal.89:26-27).El Padre está hablando de su Hijo, es una profecía, a través de David, pero mirando proféticamente al Mesías.

Y continúa diciendo: "Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él. Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos" (Sal.89:28-29). Ese pacto con el Señor, que es un pacto con David, pero principalmente es con Cristo y con nosotros, a través de él.

Esos son todos los alcances de este pacto, entonces ahora dice así: "Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieran en mis juicios, si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia…" (Sal.89:30-33).

Dios castigará, pero con misericordia; será un castigo, pero sin quitar la misericordia, porque hubo un pacto al cual Dios le está siendo fiel. Nosotros estamos bajo el pacto eterno de Dios y él es fiel al pacto; él es el buen Padre que castiga a sus hijos, pero no con un castigo eterno, sino con un castigo con misericordia. Hay vara, hay azotes, hay castigo, pero también hay misericordia.

"…Ni falsearé mi verdad. No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo" (Sal.89:33-37).

Vemos la fidelidad del Señor, en la cual muchas veces tiene que corregir. Llegamos también aquí a un tercer aspecto del perdón, de todo lo que consigue la Sangre, que nos salva y nos reconcilia. No perdemos la calidad de hijos, pero pecamos; perdemos la comunión con él, perdemos el gozo, pero no la salvación; él nos limpia de nuestros pecados, para restaurar la comunión y el gozo de la salvación.

David había cometido un pecado serio, un asesinato y adulterio. Fue un acto grave, y como dice la Palabra fue "desagradable ante los ojos de Jehová" (2 Sam.11:27). Del cual también se hizo el desentendido David por un buen rato, lo que todavía es más grave. Dios, por medio de Natán, le dice que por haber hecho lo malo delante de sus ojos, no se apartaría la espada de su casa. (Paráfrasis 2S.12:9-10)

Luego de ser anunciado esto, el hijo que nació de Betsabé, la mujer con quien adulteró, murió, aun cuando David había orado mucho para que esto no ocurriera. Dios había perdonado a David, pero no permitió que el hijo viviera. Después, su otro hijo Amnón violó a su hermana Tamar. Absalón hermano de Tamar, venga su deshonra asesinando a Amnón. Dios había perdonado a David, porque él se humilló, y creyó, y volvió a tener comunión con él, pero Dios no levantó la disciplina de su casa, que es otro aspecto del perdón.

Es un perdón de gobierno, porque la protección paternal es para tener a sus hijos en seriedad, y que no convirtieran en libertinaje la gracia. Si Dios no corrigiera a sus hijos, con quienes tiene comunión, se

podrían torcer de una peor manera. Cuando la disciplina se levanta, cuando ya no es necesaria más la disciplina, es un perdón de gobierno, y se levanta porque la Sangre ha cubierto todo. Entonces, vemos que el perdón tiene niveles, y todo se consigue por la Sangre.

Una cosa es la salvación eterna, otra es recuperar el gozo de la salvación, y otra cosa es levantar la disciplina. No todo esto es al tiempo, porque cuando recibimos al Señor fue la salvación. La restauración de la comunión es cada vez que la perdemos y reconocemos nuestra falta y volvemos con él. El levantamiento de la disciplina es cuando la disciplina ha cumplido su propósito, pues mientras no cumpla su propósito puede continuar. Entonces, no alarguemos la disciplina, sino que seamos irreprensibles, reprendiéndonos a nosotros mismos, para que Dios no nos tenga que reprender.

Capítulo Veintidós *

El valor de la Sangre de Cristo ante nuestra conciencia

Hemos visto el aspecto de la Sangre del Señor en un sentido objetivo, casi jurídico, al ver cómo nuestra deuda fue cancelada, gracias a Dios, por la muerte en la Cruz del Señor Jesús. Ahora, en Hebreos, veremos el valor de la Sangre ante los ojos de nuestra propia conciencia.

Dios quiere que el valor que le concede a la Sangre de su Hijo, nosotros también se lo concedamos, porque muchas veces sin darnos cuenta nos deslizamos a pretender estar delante del Señor sobre alguna otra base que no sea la Sangre del Señor Jesucristo. Dios quiere que nuestra conciencia llegue a ser una con la valoración que tiene Dios, y que nuestra conciencia funcione conforme al Espíritu de nuestro Dios.

LA CONCIENCIA EN EL ESPÍRITU SANTO

El apóstol Pablo usaba una expresión, en una de sus cartas, diciendo: "…y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo…" (Rom.9:1). La conciencia de Pablo funcionaba a una con el Espíritu Santo. En nuestro caso, en la condición caída del hombre, nuestra conciencia muchas veces no funciona a una misma voz, en un mismo sentir con el Espíritu Santo. La conciencia y la rectitud en el corazón, deben ser trabajadas por Dios y llegar a ser una con la voz del Espíritu.

Entonces, respecto de la conciencia, hay varios adjetivos que determinan distintos estados de conciencia: conciencia mala, conciencia buena, conciencia corrompida; pero, gracias a Dios, también conciencia en el Espíritu Santo. O sea que la conciencia debe ser corregida por el Espíritu Santo. El Señor tiene que corregir los desequilibrios de la conciencia humana, y especialmente la religiosa. Dios tiene que trabajar con nuestra conciencia; y este versículo que vamos a leer en 2ª de

* Mensaje predicado en Santiago el 14/08/2009.

Corintios es un versículo que apunta a ella, para que sea sostenida en la misma visión de Dios. Porque Satanás tiene un trabajo incansable, que, entre otros, es el de acusar a los escogidos de Dios. Claro que el Espíritu Santo también hace su trabajo convenciéndonos de pecado y conduciéndonos a la gracia. El Espíritu Santo es nuestro Consolador.

Leamos 2ª a los Corintios: "Así que, al proponerme esto, ¿usé quizá de ligereza? ¿O lo que pienso hacer, lo pienso según la carne, para que haya en mí Sí y No?" (2ª Co.1:17). Pablo se propuso, pero se lo propuso en espíritu, usando su voluntad. Porque la voluntad le fue dada al hombre para usarla. El Espíritu Santo sugiere la dirección, pero él no va a decidir por nosotros, sino solamente nos hace saber lo que él quiere. Debemos volvernos al Señor, tocar al Señor por la fe, dejar que él nos toque, y nosotros tocarlo como aquella mujer que lo tomó de su manto y fue sanada.

Pablo, al hablar de ligereza, nos dice que él también se puede equivocar, pero él sabía que no en ese caso. Él lo había hecho bien, su conciencia le daba también testimonio en este caso; pero lo que nos dice, es si lo que pensaba era según la carne. Nos damos cuenta de que podemos pensar, conocer y colocar nuestra mente en el espíritu, y a veces también en la carne. Carne hay en nosotros y cuando estamos en la carne hay sí y hay no; hay vacilación, pero cuando es del Espíritu es siempre un sí con certeza, o un no también con certeza. En el Espíritu hay claridad, en cambio el enemigo juega con nuestra conciencia cuando estamos en la carne, y nos acostumbramos a vivir por emociones, por impulsos, o por hábitos, y no nos volvemos al Señor en el espíritu.

"Mas, como Dios es fiel, nuestra palabra a vosotros no es Sí y No, porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que entre vosotros ha sido predicado por nosotros, por mí, Silvano y Timoteo, no ha sido Sí y No; mas ha sido Sí en él;… (2Co.1:18-19). Notemos la clave "sí en él", y en esto hay una diferencia, porque si estás en él es claro, es todo definido, no hay vacilaciones, es un cielo abierto y no hay penumbra, no hay ambigüedad. El Señor es muy claro: "…porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios" (2ª Co.1:20).

Podemos darnos cuenta de lo que pasa con las conciencias y la diferencia de estar en la carne. Se necesita que Dios vaya trabajando con nuestra conciencia, que él siembre un paradigma nuevo. Ahora, a partir de Cristo, hay que conocer según el Espíritu, aun cuando estamos tan acostumbrados a vivir en nuestra naturalidad, y basados en las emociones. Que el Señor nos ayude a estar delante de él y, como

decíamos anteriormente, el Espíritu Santo nos convence de pecado, pero nos conduce a la gracia. El Señor debe rescatarnos no sólo la conciencia, sino íntegramente; es decir, espíritu, alma y cuerpo.

"Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (He.9:13-14). ¡Qué palabras preciosas estas de santificar y purificar! Santificar es separar para Dios. Y para servir al Dios vivo nuestras conciencias deben ser limpiadas por la Sangre de Cristo. Entonces, aquí está hablando del valor de la Sangre para nuestras conciencias, para santificarlas y purificarlas. Lo que significa para el Padre ver la Sangre de su Hijo, como decía en la Pascua "veré la sangre y pasaré de vosotros" (Ex.12:13). Eso mismo él quiere que nosotros veamos, y que creamos la Palabra del Padre y el consuelo del Espíritu Santo, que siempre habla la Palabra del Hijo y del Padre, porque el Espíritu Santo no habla por su propia cuenta, sino que habla de lo que oye del Hijo y del Padre. El Espíritu Santo tiene la misma voz del Hijo y del Padre, y la Iglesia debe aprender a tener la misma voz de ellos.

En los Proverbios nos dice algo muy interesante con respecto a esto: "Su deseo busca el que se desvía, y se entremete en todo negocio" (Pr.18:1). ¿Por qué la persona se desvía y se enreda? Nos podemos dar cuenta que es por su propio deseo. Ama más ese deseo que al propio Señor, sin importarle las señales que le dé el propio Señor. ¿Qué pasa si nosotros idolatramos algo que nosotros queremos a nuestra manera? ¿No es engañoso el corazón? ¿No tiene que ver el corazón con la conciencia? El corazón es engañoso, y a veces lo es también nuestra conciencia por nuestro propio pecado, por nuestra propia astucia, y también por la astucia de Satanás que nos engaña, y nos acusa, nos atormenta, y que trata de decirnos "¡nada, eso no es nada, siga adelante!".

Entonces, necesitamos el paradigma de Dios, la mente de Cristo y la conciencia según el Espíritu Santo, y que el valor que la Sangre tiene para el Padre sea exactamente igual en valor para nosotros. Esto es lo que Dios quiere. Él quiere que lo suyo pase a nosotros, su paradigma, su naturaleza, y que nosotros veamos las cosas como él las ve, y lo único que sinceramente purifica, santifica, limpia nuestra conciencia, es la Sangre del Señor. Esto tiene que ser recibido con seriedad, con arrepentimiento y creyendo lo que el Señor dice.

LA CONCIENCIA Y LA PALABRA

El enemigo viene con sus engaños y muchas veces falsea nuestra personalidad, y pone un manto sobre nosotros, del que no nos damos cuenta. Entonces él se disfraza de lo que nos gusta, y luego él va añadiendo lo suyo, porque es perverso, y quiere destruirnos; nos coloca pensamientos de él, a veces sentimientos, pero lo hace tan sutil, que nos hace creer que somos nosotros mismos. Al comienzo, el desvío parece pequeño, pero deja que pase el tiempo y nos damos cuenta que nos quiere llevar a la muerte. "Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte" (Pr.16:25).

Pero Dios quiere unir nuestra conciencia a su Palabra, que es la espada y la voz del Espíritu Santo, para que la voz del Espíritu sea la voz de la Iglesia. Porque la voz del Espíritu es la del Hijo, y la del Hijo es la del Padre, y ellos quieren que la Iglesia tenga la misma voz, para que predique y bautice, y enseñe todas las cosas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, representando a Dios.

Esto es muy importante, porque tenemos ejemplos en la Palabra, de hombres que no han cumplido con los deseos de Dios, como le pasó a Saúl que no representó a Dios, pero en cambio David sí lo hizo, y aunque erró, Dios lo corrigió y pudo confesar su pecado. Pero Saúl se honró delante del pueblo; es decir, no había rectitud, no representaba el sentir del Señor. Dios ya no podía contar con esa persona, porque tenía intereses humanos, idolátricos; su propia gloria estaba primero que el propio Señor.

El Señor dice que "…como ídolos e idolatría la obstinación…." (1 S.15:23). Porque la idolatría es tener otro Dios distinto, amar otra cosa más que Dios y aceptar la propuesta, el sentimiento, la sugerencia, la tentación de otros espíritus y no la del propio Señor, que nos guía. Por eso se compara con hechicería, y se compara con obstinación. Entonces el Señor tiene que tratarnos, para que nuestra conciencia valore las cosas conforme a la Palabra de Dios.

No nos apoyemos en nuestra propia prudencia, sino fiémonos de Jehová, como nos dice Proverbios: "Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal… (Pr.3:6-7). Debemos consultarle con seriedad a Dios, no como aquellos ancianos que llegaron delante de Ezequiel haciéndose los justos: "Vinieron a mí algunos de los ancianos de Israel, y se sentaron delante de mí. Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su maldad delante de

su rostro. ¿Acaso he de ser yo en modo alguno consultado por ellos? (Ez.14:1-3). ¿Será que Dios se dejará consultar por personas que ya establecieron de antemano lo que quieren? Establecieron su propio ídolo, establecieron su propio tropiezo. Las personas se engañan a sí mismas, atribuyéndole a Dios los propios deseos de su corazón, incluso muchas veces hasta lo dicen en forma de profecía, pero estas no nacen del Espíritu de Dios, sino que hablan conforme al deseo de su corazón.

La gente ya no tiene excusa, pues Jesús dijo: "Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa…" (Jn.15:22). Cuando hubo luz, ya no hay excusa, porque vieron, pero aborrecieron sin causa al Padre, amaron más sus propios pecados; pero ahora ¿qué es lo que nos limpia de las obras muertas? La Sangre. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar…" (1ª Jn. 1:9).

Dios nos está preparando para vivir en la luz, y está formándonos para ser transparentes en la nueva Jerusalén. Dios ofreció a su Hijo en sacrificio por nosotros, y él derramó su Sangre para purificar nuestras conciencias, para que podamos servir al Dios vivo, para que podamos decir: "Padre, te estábamos esperando, Señor", y salir a recibirle en el aire. Ser arrebatados como el Señor fue arrebatado. Y dice el Señor que él quiere encontrarnos en pie cuando venga. En pie, no escondiéndonos como encontró a Adán, o como va encontrar a los poderosos de la tierra, a los soberbios que decían: "¡¿Qué Dios?!".

Que Dios nos sane de nuestra necedad; así que aprovechemos en volvernos a él con corazón sincero, humilde, y recibir con toda fe la limpieza de su Sangre. Él mismo limpia las conciencias. Si ya tenemos planeado el arrepentimiento y es sincero, como el hijo prodigo: "Y yo qué hago aquí, en esta hora los siervos de mi padre están comiendo y bebiendo con abundancia en la casa de mi padre, y yo aquí, con los cerdos, comiendo lo que les sobra; voy a ir, voy a volver a la casa de mi Padre, y le voy a decir: Padre no soy digno de ser llamado tu hijo" (Paráfrasis Lucas 15).

El hijo confesó su indignidad, diciendo: "Recíbeme como a uno de tus jornaleros" (Lc.15:19). Tenía todo el discurso preparado, y era sincero, y cuando llegó a la casa no había ni empezado a decir el discurso, cuando el Padre vino corriendo, lo abrazó y lo recibió. El Padre no lo dejó terminar el discurso, lo abrazó, le puso un anillo, lo vistió. Nosotros sabemos cuando Dios nos ha perdonado y nuestra conciencia tiene que aprender a ver las cosas a la luz de Dios, no a nuestra propia luz.

Dios nos ama, y el mayor bien que él nos puede hacer y dar es hacernos semejantes a su Hijo, del que dice: "…en quien tengo complacencia" (Mt.3:17), y en el cual se siente fielmente representado. Y por otra parte, él también desea que le seamos útiles, pero si no hay una relación correcta con Dios de fe, de sinceridad y transparencia, seremos inútiles.

La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado; la palabra del testimonio está basada en que la gracia fiel de Dios se recibe sólo por la fe. Y esta verdadera fe incluye el arrepentimiento y empezamos a ver las cosas como Dios las ve. Dios nos ha perdonado, nos ha abrazado y sentimos su abrazo en el espíritu. Vencimos al enemigo por la Sangre, que nos hizo nuevos y nos podemos levantar en Cristo.

Capítulo Veintitrés *

La circulación del Arca
La obra del Señor, la obra del Espíritu I

Todo el propósito de Dios se realiza por medio de la Cruz, y por medio de ella es que todas las cosas negativas son enfrentadas y son tratadas. Después de la Cruz también viene la obra del Espíritu, gracias a la resurrección y a la ascensión del Señor. Es necesario que veamos las riquezas que contiene su obra, para que queden escritas permanentemente, y cada vez que necesitemos confesar con la palabra del testimonio lo que el Señor ha hecho y nos ha hecho, lo podamos tener claro y tengamos testimonio en palabras y en vida, por la gracia del Señor.

LA CRUZ Y EL ESPÍRITU

Vamos a ir con un verso que ya hemos citado anteriormente en 2ª de Corintios, hablándonos de la obra del Señor, y nos dice: "…que si uno murió por todos, luego todos murieron…" (2ª Co.5:14). Nos está hablando de implicaciones profundas de la Cruz para nosotros. Al principio, nosotros entendemos la primera parte de estos versículos donde nos dice que Cristo murió por nosotros, pero no podemos dejar de lado la segunda parte. Recordemos que el Señor Jesucristo es el Hijo del Hombre, el representante de toda la raza humana, porque de una sola sangre Dios hizo el linaje de todos los hombres, y el Señor, cuando se vistió de nuestra humanidad, llegó a ser el postrer Adán, lo que significa que él terminó con todo lo de Adán.

Cuando el Señor Jesús se encarnó, lo hizo para condenar al pecado en la carne. Dios primeramente hizo a Adán en libertad, libre del pecado, aun cuando éste ya existía (porque Satanás se rebeló contra Dios siguiéndole un tercio de los ángeles), pero no estaba todavía en el hombre. Dios no quería que el hombre participara de ciertas cosas que se habían originado con el pecado, y por eso le dijo que no comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, ya que eso sería como abrir la puerta para entrar en el mundo donde ya existía la rebelión, el mal, la muerte eterna, y lógicamente, el juicio de Dios.

* Mensaje predicado en Santiago el 15/08/2009.

Pero el hombre en su libertad, sin que nadie lo obligara, en este caso Eva, dice la Escritura, fue engañada. De Adán no se dice que fue engañado. Entonces, la muerte entró por un hombre que fue Adán, por él entró el pecado, y la Palabra dice que: "Porque la paga del pecado es muerte…" (Ro.6:23). Entonces, ahora el Señor Jesucristo tenía que hacerse carne, y en la carne vencer al pecado, como dice la Escritura: "…condenó al pecado en la carne…" (Ro.8:3).

Por eso la Iglesia confiesa que Jesucristo ha venido en carne, porque él realmente vino como hombre, y a luchar como hombre en la carne. Adán había vendido la naturaleza humana al pecado, de manera que el poder del pecado llegó a esclavizar a la naturaleza humana, y nuestro espíritu fue separado del Señor, y de esta manera: "…por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios…" (Ro.3:23).

Nuestra alma se centró en sí misma y el hombre quiso vivir una vida independiente de Dios, pero esa vida espiritualmente era un camino hacia la muerte. El hombre murió, y el alma quedó sin el poder suficiente en sí misma para agradar y obedecer a Dios. Por más esfuerzo que haga el alma, queda supeditada al poder del pecado, como dice Romanos: "…porque querer el bien está en mí, pero no el hacerlo" (Ro.7:17).

La mente sola, las emociones, la voluntad, no tienen suficiente poder en sí mismas para vencer el poder del pecado. Cuando la naturaleza humana estaba bajo el poder del pecado en nuestros primeros padres, se reprodujo la humanidad caída, de manera que todos nacimos caídos, con la ley del pecado y de la muerte operando en nuestros miembros, en nuestra carne, solamente esperando que a la primera oportunidad que tengamos, no importa si somos pequeñitos, se manifieste el pecado, y se manifieste nuestra condición caída.

Entonces, la muerte del Señor Jesús debía tener también un alcance mayor. Él no debía morir solamente para perdonarnos los pecados, que es lo que hasta aquí hemos estado viendo, porque nuestro problema, que él en su bondad quería resolver, no era solamente perdonar nuestros pecados, sino que el problema era lo que nosotros somos y heredamos en Adán, desde nuestro simple nacimiento, y, vamos a decirlo, incluso desde la concepción, ya que la Escritura dice: "…Y en pecado me concibió mi madre" (Sal.51:5).

No nacemos buenos y nos volvemos pecadores, sino que fuimos constituidos pecadores desde la concepción y nacemos pecadores con la tendencia y la naturaleza vendida al poder del pecado. Por lo tanto, el Señor Jesús no tenía que morir solamente para perdonar nuestros

pecados, sino también para terminar con el viejo Adán, y llegar a ser el postrer Adán, que termina con él, y resucita para comenzar de nuevo. El Señor Jesús venció a la carne, venció el pecado en la carne, y aunque él se hizo carne, no pecó; asumió nuestra naturaleza humana y en la carne: "… sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He.4:15). Así como tú y yo somos tentados, y venció en la carne como hombre. En su muerte nos incluyó, y la Escritura nos dice que: "uno murió por todos…" (2 Co.5:14).

En consecuencia, todos murieron. Nuestro viejo hombre fue crucificado, y en la Cruz no sólo limpió los pecados, sino crucificó al pecador y nos hizo una nueva criatura nacida en la justicia y santidad de la verdad; el nuevo hombre está libre del pecado, porque es Cristo en nosotros. Que el nuevo hombre esté limpio del pecado, no significa que en Adán y en nuestra carne hayan "desconectado" la ley del pecado y de la muerte, ya que todo lo que Adán llegó a hacer después de la caída lo heredamos en nuestra carne y está en nuestra carne.

Lo que Cristo consiguió, está en Cristo, y él lo puso en el Espíritu, porque él dijo que el Espíritu tomaría lo de él para nosotros. De manera que, así como en Adán heredamos la naturaleza pecaminosa y la muerte, en Cristo heredamos la naturaleza divina, la victoria y la libertad. Sólo que lo pecaminoso está en nuestra carne y lo victorioso está en el Espíritu de Cristo.

Ahora existe un combate entre la carne y el Espíritu. Esto hay que entenderlo correctamente y lo que se quiere decir es que el pecado fue destruido, absolutamente destruido en Cristo, y ese logro está en el Espíritu, y su Espíritu lo ha puesto en el nuestro y en nuestro espíritu somos regenerados; somos nuevas criaturas en el Espíritu. Si andamos en el Espíritu, heredamos vida y paz, pero si andamos en la carne, heredamos corrupción y muerte. Dios nos da la oportunidad otra vez, como al principio, de estar delante de dos árboles, el árbol de la vida que viene a nosotros por Cristo y el Espíritu, o el árbol de la ciencia del bien y del mal, donde está la muerte, el vivir por nosotros mismos, y vivir por la carne. Diariamente estamos delante de dos árboles.

El Señor Jesucristo fue crucificado por nosotros, luego nosotros fuimos crucificados juntamente con él. Esta base es la que debemos tener clara; de lo contrario, vamos a tratar de crucificar nosotros nuestra propia carne, que ya está crucificada en el Espíritu. Entonces, Satanás nos coloca en la posición del legalismo, en la posición de nuestra naturalidad para que nosotros por nuestro esfuerzo religioso tratemos de matar lo que sentimos en la carne por causa de que heredamos

la caída de Adán, haciéndonos dudar de la obra del Señor. Porque nos pone en nosotros mismos, en nuestros propios sentimientos, en la realidad de la herencia adánica de la carne. Pero el Evangelio nos anuncia una realidad superior, un don superior, donde la carne y Satanás fueron vencidos, donde todo lo negativo fue vencido por un hombre: Jesucristo, y ese hombre como hombre venció, para ayudarnos, y para pasarnos a nosotros su victoria.

Necesitamos conocer a Cristo en su victoria y saber que toda esa victoria está en su Espíritu, y que su Espíritu se ha unido al nuestro. Cuando viene el Espíritu no viene solo, sino que nos trae al Hijo, y esto quiere decir que cuando viene el Consolador, que es el Espíritu Santo, Cristo también viene, y el Padre; por eso dijo: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (Jn.14:18), "… y vendremos a él, y haremos morada con él" (Jn.14:23).

El ministerio del nuevo pacto va más allá de la letra, pues es el Espíritu de la Palabra, la realidad de lo que la Palabra dice, es la realidad del Espíritu. El Señor Jesús dijo: "… las palabras que yo os he hablado son espíritu, y son vida" (Jn.6:63). Demos gracias a Dios que él puso a la Iglesia en el ministerio del nuevo pacto, y creamos cuando el Señor nos dice: "…estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de mundo" (Mt.28:20).

Cristo para nosotros es la sabiduría, la justificación, la santificación, la redención y esto es un regalo de Dios, y no sólo para la Iglesia, sino para todas las personas. Dios quiere que todos sean salvos; por lo tanto, hay que anunciárselo a todos. El que quiera tomará su Cruz, se negará a sí mismo y andará en él.

En la Palabra se nos dice: "El Señor Jesucristo esté con tu espíritu" (2ª Ti.4:22). Eso no es sólo un saludo, es el fortalecimiento del hombre interior. El mismo que caminó por Galilea, el mismo que fue crucificado, que resucitó y ascendió, el mismo de ayer, hoy y por los siglos, ya no fuera de nosotros, sino con nuestro espíritu, y también lo será con nuestra alma.

En 1ª de Corintios 14:15, el apóstol Pablo dice: "…Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento." El entendimiento pertenece a nuestra mente, y nuestra mente pertenece a nuestra alma; nuestra mente tiene sede en el alma y nuestra alma es la sede de nuestra emoción, de nuestra voluntad. Nuestra alma es nuestro propio yo, que es como el lugar Santo del Templo de Dios. Así como el espíritu humano es el lugar santísimo donde el Espíritu divino se unió

a nuestro espíritu, trayéndonos al Padre, al Hijo, con todo lo que hizo, y en todo lo que triunfó y consiguió, y se lo ha pasado al Espíritu, quien lo ha traído a nuestro espíritu en la regeneración, que es en un instante, es instantánea y es para siempre. El que cree y recibe al Hijo tiene la vida, y ahora que la tenemos es para que circule.

LA NECESIDAD DE QUE EL ARCA CIRCULE

Por eso es que el Arca era de madera, con oro por dentro y por fuera, y el propiciatorio, que es la esencia de la obra del Señor Jesús en su muerte, resurrección, y ascensión – porque el propiciatorio implica también la resurrección, y la ascensión, porque es el sumo sacerdote que pone la Sangre, que en el Altar de Bronce del atrio fue derramada, y es el sumo sacerdote que la introduce en el Lugar Santísimo. Entonces, el Propiciatorio nos habla de la Sangre, pero también del sacerdocio, o sea, de la ascensión y la entronización.

Pero había otra cosa que tenía también el Arca, que eran las varas. El Arca tenía cuatro argollas, y por esas argollas se colocaban las varas, y esas varas eran las que se ponían los levitas sobre sus hombros, y llevaban el Arca. Es decir, aquellas varas eran como las ruedas del carro, que nos hablan de la circulación. Ahora, ¿por qué el Arca tiene varas? Para hacer circular a Cristo, porque es la misma figura. Aquí estaba el Arca con los Levitas, pero luego vemos en Ezequiel la Gloria del Señor, y los cuatro querubines que tenían unas ruedas, y en ellas estaba el Espíritu; es decir, la gloria de Dios hace que andemos, por eso nos dice que: "Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis…" (Ez.36:27).

Entonces, aquellas ruedas son las varas del Arca, que nos hablan de la circulación, del fluir del Señor. El Señor viene a nosotros para fluir, para conducirnos, para llevarnos como nos lleva el río, y ese río salía de debajo del trono. Si nosotros entramos un poco en ese río, nos puede llegar hasta los tobillos, y podemos salirnos fácilmente de él, llevándole la contraria, pero cuando empieza a subir el agua y nos llega hasta los hombros, es más difícil llevarle la contraria al río, y no podemos ya nadar contra la corriente, llegando a un punto cuando ya no tocamos fondo, sino que el río nos lleva donde él va.

Cuando no conocemos el fluir del Espíritu, podemos ir en la dirección contraria, pero ya después no, cuando conocemos "…la supereminente grandeza de su poder para con nosotros…" (Ef.1:19). ¿Cómo un hombre, aun cuando hubiera sido un gran poeta, podría haber dicho estas palabras? Pero él sabía lo que decía. Pablo sabía que no

solamente existía lo viejo, lo malo, su naturalidad, sino también lo nuevo, lo del Espíritu, su fluir, y los ríos del Espíritu, siendo otra realidad que Pablo conocía, incluyéndola en su inventario. Nosotros los cristianos incluimos la Trinidad, la encarnación, la resurrección, la ascensión, y el Espíritu de Jesucristo con su suministro, su actuar, y lo incluimos también en nuestro inventario. Pablo hablaba de lo que él conocía, dando testimonio de lo que él había experimentado. Pablo hablaba para que el Señor siga circulando, para el que el Arca siga siendo transportada. Ese fluir de Dios, del Espíritu, está representado por esas barras que llevan el Arca, por esas ruedas de los querubines donde está el Espíritu, quien es el que dice ¡"rueda"! El Espíritu está en el propio Dios, procede del Padre y del Hijo, pero viene a nosotros para ponernos a andar.

"¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?" (Gá.3:2). ¿Por qué hay que predicar el evangelio? Para oír con fe, porque la fe viene por el oír, y por la fe se recibe al Espíritu. Se predica para que se sepa, para que se crea, y se cree para invocar, y se invoca para hacer el contacto y recibir; y para recibir es necesario creer; y para creer hay que oír. Entonces, Dios envía su Palabra para darnos por medio de ella la fe. Dios manda su Palabra a todo el mundo, y da fe a todos (Hch.17:31). Si alguno no tiene fe, no es porque Dios no le ha dado, sino porque no la quiso recibir.

Dice la Palabra de Dios que: "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres…" (Tit.2:11). Enviando así su Palabra para producir el oír, y dar la fe, pero Dios nunca va a violar la decisión de las personas. Dios llega y hace milagros, y las personas son iluminadas, sanadas, pero quieren seguir pecando. La luz vino, pero amaron más las tinieblas que la luz, y no recibieron; y al no recibir, no son regenerados.

Con el Espíritu Santo recibimos al Hijo, y nos regenera, haciéndonos nacer de nuevo. Este nuevo nacimiento nos transmite la nueva naturaleza, que está en el Espíritu del Señor, pero como este Espíritu pasó al nuestro, nosotros también lo tenemos para que circule, y fluya desde adentro hacia fuera: "…De su interior correrán ríos de agua viva" (Jn.7:38).

Desde adentro hacia fuera; es decir, hasta nuestra alma primero, porque el río sale desde el trono donde está el Santísimo, pasando al Lugar Santo; por eso cuando vamos a Crónicas podemos encontrar un detalle curioso, diciendo que en el tiempo de Salomón, cuando se levantó el templo, y se colocó el Arca en el Santísimo, las varas del Arca, sus puntas se anunciaban en el Lugar Santo. Entonces, estas

puntas hacían que aparecieran en el Lugar Santo por medio del velo, haciendo una señal. Las varas tocaban el velo, y señalaban en el Lugar Santo donde estaba el Arca, y eso es muy significativo, por eso la Palabra dice: "…Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento…" (1ª Co.14:15).

O sea, el deseo de Dios es que todo lo que recibimos del Padre, del Hijo y del Espíritu en nuestro espíritu pase a nuestra alma, y esto es la renovación en el Espíritu Santo. La regeneración es instantánea, pero la renovación es durante toda la vida, porque esta renovación es la aplicación en la práctica cotidiana de lo que fue provisto. Es tomar de él para aplicarlo en todas nuestras necesidades, pues nosotros siendo necios, Dios es nuestra sabiduría. Somos débiles, pero él nos fortalece; somos viles, pero él es nuestra justificación; nosotros no valemos nada, pero él nos compró, pagando el más alto precio, haciéndonos su familia real y celestial, pues ahora nosotros nacimos en el cielo, no siendo este sólo nuestro destino, sino también nuestro origen.

El primer nacimiento es en nuestra carne, pero este nuevo nacimiento es del cielo. Por esto el Señor nos dice: "Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Col.3:2). Dios quiere que el río que sale de su trono circule, pase por el Lugar Santo, pase por el atrio, salga a las naciones, y que toda alma que se sumerja en ese río del Espíritu sea vivificada, porque el río es el que da vida, el Espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha, sino sólo el Espíritu.

Lo que el Señor quiere es que su Espíritu, con el Hijo y el Padre, que ya están unidos a nuestro espíritu, se abran camino a través de nuestro yo, a través de nuestros pensamientos, para tener los pensamientos de Cristo, el sentir de Cristo, el querer con Cristo, para colaborar con él y cargarlo, y trasportarlo a él. Nosotros somos un vaso de barro, pero él es un tesoro, y él escogió lo débil con un propósito, para que la excelencia del poder sea de él, y no de nosotros.

El Señor hace circular lo suyo, para que cada vez seamos configurados a la imagen de él. Representar al Señor, y no andar sueltos de él, sino tomados de la mano, escondidos en él; él en nosotros y nosotros en él por el Espíritu. No nos miremos a nosotros, sino a él. No busquemos en nosotros, pues no somos nada, pero el Señor nos ha elegido, para deshacer lo que es.

El Arca es portada sobre los hombros, sobre el corazón de los levitas, pero ahora ya no estamos en la figura. Ahora el sacerdocio es según el orden de Melquisedec, y es de todo el pueblo de Dios, porque ahora el que nos hace sacerdotes es el Señor Jesús, no sacerdote de Leví, sino

de la tribu de Judá, y según el orden de Melquisedec, con el poder de una vida indestructible, para ayudarnos siempre, porque él conoce nuestra debilidad, pues él pasó por la tierra como hombre, vino en carne y en carne venció. Él sabe lo que hay en el hombre, y no necesita preguntar, porque él ahora también es hombre, y es capaz de socorrernos.

El alma con todas sus partes, sus pensamientos, empiezan a ser corregidos por la presencia del Espíritu; cuando estamos en el Espíritu, cuando escogemos volver a él, creyendo que "…es galardonador de los que le buscan" (He.11:6). El que se acerca al Señor debe creer que él está ahí, porque de verdad está ahí. Debemos volvernos al Señor, e invocar su nombre, contar con él para que actúe en nosotros, no confiando en nosotros, sino en su fidelidad. Entonces, cuando nuestros pensamientos miserables surgen, se enciende una lucecita roja, y cuando estamos con vida y paz, estamos con luz verde.

La Palabra dice: "Y la paz de Dios gobierne en nuestros corazones…" (Col.3:15). Cuando estamos en el Espíritu hay vida y paz, y esa paz gobierna. Cuando empezamos a perder la paz, y el Espíritu comienza a encogerse, apagándose la luz del Espíritu, debemos volvernos al Señor, pidiéndole piedad, pues él mismo dice: "… Y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn.6:37).

Ahora podemos preguntarnos: ¿Cómo podemos volvernos al Espíritu? Invocando al Señor de corazón. No creemos solo en el acto de invocar, sino en el Invocado. No entramos en el legalismo de las obras; no está mal invocar, pero no confiemos en nuestro ejercicio, porque incluso Satanás puede no dejarnos invocar; pero hagámoslo de corazón, volviéndose al que debe ser invocado.

El Señor circula a nuestra alma, a nuestra mente, a nuestras emociones. A veces nuestras emociones son todas torcidas; las emociones existen para tener un mismo sentir con Cristo. Si el Señor está ahí, y nos ha fortalecido, sólo él puede manejar estas emociones.

El Señor tiene que irrigar toda nuestra alma, todo el Lugar Santo, con el fluir del Espíritu. Si estamos en el Espíritu, él nos da refrigerio.

El Señor ha puesto delante de nosotros dos árboles, un camino de vida y otro de muerte: "… escoge, pues, la vida, para que vivas…" (Dt.30:19). Volvámonos al Señor, y roguemos al Señor para que nos vuelva a él. Entonces, esto es al mismo tiempo, ya que él nos vuelve porque está en nosotros, y nosotros nos volvemos porque estamos en él. Él en nosotros es la provisión, y nosotros en él es la responsabilidad, la decisión en fe activa. Si nosotros no queremos,

él nos deja, e insiste hasta un punto, que él conoce muy bien. "…No contenderá mi Espíritu con el hombre para siempre…" (Gn.6:3).

Ser entregado por Dios, ser sueltos por Dios, equivale a ser entregado a Satanás. Es algo muy delicado salir de debajo de la protección de Dios, y es semejante a caer en las garras de los demonios. Finalmente, Dios entrega a los propios ídolos, a lo que se ama más que a él. Las gentes del mundo, por no tener en cuenta a Dios, fueron entregados a toda clase de depravaciones, porque no quisieron tenerlo en cuenta, por lo tanto, fueron soltados, entregados. Roguemos que esto no suceda con nosotros, y donde sea que estemos volvámonos al Señor, pues la Sangre nos limpia, y el Espíritu nos fortalece, nos levanta y camina con nosotros en nuestro interior, y nosotros con él, haciendo juntos la obra de Dios.

Este fluir no sólo llega a todos los rincones del alma, a lo largo de nuestra vida, también tiene que pasar a nuestro cuerpo. Pablo, en Romanos 8, dice: "…el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado…" (Ro.8:10). El hombre heredó el pecado de Adán, y por eso no podemos andar y dejar a nuestro cuerpo gobernar, porque "está vendido al poder del pecado".

Pero hemos nacido de nuevo, y la Palabra continúa diciendo: "…mas el espíritu vive a causa de la justicia" (Ro.8:10). Y esto es ahora por la fe en Cristo. Él es nuestra justificación, pues aunque el cuerpo esté muerto, el espíritu vive. Entonces, nosotros no somos deudores a la carne que nos llevará a la muerte, pues mientras estemos en ella pecaremos, pero "Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, (…) vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu…" (Ro.8:11).

O sea que otro trabajo que hace el Espíritu en su circulación del Santísimo al Santo, y ahora al Atrio, a nuestro cuerpo, es primero antes de glorificarlo, aunque ya está glorificado en Cristo, pero de esa glorificación se nos adelantan los poderes del siglo venidero, sanidades, fortalezas, milagros. En el siglo venidero, en estado de resurrección íntegra, con el cuerpo incluido, habrá ciertos poderes, que se llaman así "los poderes del siglo venidero", que es en el Milenio, donde el poder del Señor obrará en nuestro cuerpo. Inclusive las aguas que serán destruidas, vueltas sangre, en las copas de la ira, el río que fluye del trono de Dios, en el milenio va a sanear las aguas. También los animales van a ser saneados, cuánto más lo serán nuestros cuerpos, o sea, que existe lo que se llaman "los poderes del siglo venidero". Pero la Biblia dice que algunos de esos poderes se adelantan en esta vida, y que algunos, incluso en esta vida antes del Milenio, gustamos de

los poderes del siglo venidero; y la vivificación de nuestros cuerpos mortales, es como un adelanto de estos poderes venideros. A veces estamos exhaustos, estamos enfermos, cansados, pero hay que ir a predicar, entonces sabemos lo que hay que hacer: "Señor Jesús", y nos volvemos a él.

Aun nuestro cuerpo es vivificado en estado mortal. Esta circulación que llega a nuestro cuerpo, va ocurriendo de a poco en esta vida. Démonos cuenta que la Palabra dice: "don de sanidades" en plural, y no "don de sanidad". Lo que es el don son las sanidades. Cada vez que Dios sana a uno, ese es el don. No es el don de sanidad, como si todo el tiempo la persona tiene un don, y todo el tiempo la gente tiene que sanarse, sino "don de sanidades". Las sanidades, cada una de ellas son los dones, que son adelantos de los poderes del siglo venidero en nuestro cuerpo. Debemos creer, estar disponibles para que el Señor haga maravillas, que no las hace por las obras de la ley, sino por el oír con fe; suministra el Espíritu, y hace maravillas en nuestra vida. Y después nos glorificará el cuerpo en su venida.

Dice que cuando él venga: "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col.3:4). Porque ya en su glorificación fuimos glorificados. Pablo dice que: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo (…) Y a los que predestinó, a éstos también llamó; a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro.8:29-30).

Ya lo dice como un hecho, pues ese hecho se realizó en Cristo. Él se vistió de nuestra humanidad, terminando con la muerte, lo Adánico, y resucitó como segundo hombre. Ahora resucitó nuestro espíritu, y va pasando esa resurrección a nuestra alma a lo largo de nuestra vida, incluso a nuestro cuerpo mortal, vivificándolo. Un día, toda esa glorificación que él ya consiguió la pasará también a nuestro cuerpo, porque él ahora reconoce nuestro cuerpo como su cuerpo. Porque nuestra boca, es su boca; nuestras manos, son sus manos; nuestros pies, son sus pies, porque caminamos con él, y él con nosotros. Él nos reconocerá como miembros suyos, y esa glorificación que él obtuvo, y que ya es nuestra aparecerá también y tendremos un cuerpo semejante al de la gloria suya.

Demos gracias a Dios por la circulación del Arca.

Capítulo Veinticuatro *

Segundo nivel de la Cruz

Volvamos a abrir la Palabra del Señor en Romanos, porque queremos ubicarlo en el contexto general del plan del Señor, pero primero es necesario volver sobre nuestros pasos y todavía considerar algunas cosas. Para ver Romanos, vamos a leer en Hebreos, para que la visión de Romanos se nos amplíe.

Desde el verso 1: "Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así" (He.9:1-2). El autor, que aquí nos va a hablar de disposiciones del tabernáculo, aunque no dice todas las que hubiera podido decir, pues ya en el capítulo 6 dice que "Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar…" (He.6:1).

SÍMBOLO PARA EL TIEMPO PRESENTE

Todo esto no se puede ahora hablar en detalle, entonces decía algunas. De las cosas que sí hablaba, nos daban la clave para saber que había otras que no dijo, pero que las dejó indicadas; o sea, nos dejó la clave para entrar en las otras.

Continuemos en Hebreos 9: "…en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamado el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle. Y así dispuestas estas cosas…" (He.9:2,6).

Todo aquello que era una disposición de Dios, una disposición para nosotros hoy, no era solamente para el culto de ayer en el Antiguo Testamento. Vamos a ver el objetivo, que es éste, ver que esa disposición de culto, esa colocación del mobiliario y las ordenanzas del santuario eran para hoy, para hablarnos hoy. "…en la primera parte

* Mensaje predicado en Santiago el 16/08/2009.

del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; dando el Espíritu Santo a entender con esto…" (He.9:6,8).

Con esas disposiciones, con esas ordenanzas de culto, con esos muebles, etc., el Espíritu Santo quería dar a entender cosas propias del Nuevo Testamento, cosas que atañen a la Iglesia hoy, como lo dice también aquí en el mismo capítulo, en la misma epístola de los Hebreos capítulo 3 verso 5: "Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir…"

No solamente era para testimonio de lo que sucedió en el pasado, sino que Moisés fue fiel para testimonio de lo que se iba a decir, ¡lo que se iba a decir! Y lo que se iba a decir tiene que ver con el Nuevo Testamento, con la Iglesia, y con el evangelio. Dios dispuso aquel santuario, aquellos ritos, aquellos muebles, con el objetivo de preparar lo que se iba a decir, con el objetivo de enseñar. Dios es muy didáctico, y como dice el dicho, "una imagen habla más que muchas palabras", entonces Dios utiliza imágenes, utiliza figuras, para que al verlas, podamos entender más fácilmente.

Y ahora llegamos a la frase clave, en Hebreos: "…dando el Espíritu Santo a entender (…) Lo cual es símbolo para el tiempo presente…" (He.9:8-9). Podemos apreciar que todo esto no era solamente una cuestión de arquitectura y de decoración, sino era un lenguaje del Espíritu Santo para hoy, para el tiempo en que se habría de decir algo, y por eso tenían que usarse esas figuras, esos símbolos, para poder decir las cosas de hoy. Cuando estamos leyendo aquellas cosas, debemos leer como para nosotros hoy, y que no solo estamos leyendo cosas de ayer, porque con lo de ayer Dios quería hablar hoy.

"…Ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas" (He.9:10). Antes del tiempo de reformar las cosas, estaba en vigencia lo simbólico, lo tipológico. Cuando llegó el tiempo de reformar las cosas, fue el tiempo de la realidad, y el tiempo presente es el tiempo de reformar las cosas. El Espíritu Santo nos da a entender cosas para hoy. En el tabernáculo, en el Atrio, de afuera para adentro, había principalmente dos muebles. Un mueble que era el Altar de Bronce, donde se ofrecían los sacrificios, de donde se obtenía la Sangre que el sumo sacerdote introducía hasta el propiciatorio, y había también una Fuente de Bronce que estaba descrita en el libro del Éxodo.

LA FUENTE DE BRONCE

Vamos a Éxodo para ver esa Fuente de Bronce: "Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Harás también una Fuente de Bronce, con su base de bronce, para lavar; y la colocarás entre el tabernáculo de reunión y el altar, y pondrás en ella agua. Y de ella se lavarán Aarón y sus hijos las manos y los pies. Cuando entren en el tabernáculo de reunión, se lavarán con agua, para que no mueran; y cuando se acerquen al altar para ministrar, para quemar la ofrenda encendida para Jehová, se lavaran las manos y los pies, para que no mueran. Y lo tendrán por estatuto perpetuo él y su descendencia por sus generaciones" (Ex.30:17-21).

Pasemos unas páginas más del libro de Éxodo, hasta el capítulo 38 versículo 8, donde hay un detalle adicional que no apareció en la lectura anterior, que nos ayudará a entender mucho más: "También hizo la Fuente de Bronce y su base de bronce, de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión."

Entonces, ¿qué hacían las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión con sus espejos? Se miraban a sí mismas. En ese tiempo, los espejos no eran como los de ahora que son de cristal con nitrato de plata, sino que eran de bronce bruñido. Entonces, las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo, o sea, las mujeres santas de Dios, las que representan a la Iglesia, se podían reflejar, verse a sí mismas en el bronce.

Con eso se hacía la fuente. Notemos que los sacerdotes, cuando llegaban, inclusive antes de pasar por el altar, tenían que llegar a la Fuente de Bronce. Esto quiere decir que los mismos sacerdotes se podían ver a sí mismo en aquella fuente, y después de verse, de reconocerse, se lavaban. Y ¿para qué sirven esas dos cosas? Antes de poder entrar a las siguientes, de poder pasar al Lugar Santo y al Santísimo, ellos tenían que pasar por el Atrio, y en el Atrio tenían que pasar primeramente por la Fuente de Bronce, antes de ofrecer los sacrificios para que no murieran. Para que no haya muerte, debe haber arrepentimiento y fe, que es lo que está representando esa Fuente de Bronce y ese altar.

En los tres primeros capítulos de Romanos, podemos encontrar ahí la Fuente de Bronce, y ¿qué es lo que nos dicen? Ellos cumplen el papel de la Fuente de Bronce hecha con los espejos de bronce, pues nosotros somos reflejados, se nos muestra nuestra verdadera cara y necesitamos lavarnos, además de necesitar el sacrificio.

Miremos lo que dice, por ejemplo, en el capítulo 1, en el verso 18: "… La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad injusti-

cia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se los manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa".

Ahí está el espejo, no tienen excusas, dice. Muchos dirán, "pero yo nunca había oído", pero ha visto la obra de Dios, porque las cosas invisibles de Dios se hacen claramente visibles por medio de las cosas hechas. Así que, al menos, una porción de la verdad de Dios es revelada a través de la naturaleza y del universo creado por Dios. O sea que aquí, este capítulo comienza a mostrar que somos inexcusables. También la ley nos muestra que necesitamos a Cristo, porque el objetivo de la ley es servir como ayo; o sea, cuando llegamos al bronce de los espejos, empezamos a conocer que somos inexcusables y que necesitamos a Cristo, y no solamente nosotros, sino el mundo entero, porque en el capítulo 1 habla de la gente que no conoce la ley, pero en el 2 habla de los que sí la conocen.

"Por lo cual eres inexcusable, oh hombre…" (Ro.2:1). Otra vez continúa la acusación; ya había dicho que no teníamos excusas porque la naturaleza nos habla la verdad de Dios, por lo menos en parte, pero nos habla de la verdad, y que los hombres con injusticia la detienen, y el capítulo 2 nos muestra también que la ley nos conduce a Cristo, y se lo muestra también a los judíos. Ya cuando llegamos al capítulo 3, ahí sí que no queda ninguno con excusa, porque el apóstol Pablo hace un ramillete de versículos, haciendo un salmo de salmos, pues junta varios salmos. ¿Y qué dirá este salmo?

"No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios, todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos (Ro.3:11-18).

¡Qué espejito! ¿no? ¿Qué era lo primero que haría el Espíritu Santo? Lo dijo el Señor Jesús, que sería el Consolador, y convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Entonces, notemos que el evangelio comienza por un llamamiento al arrepentimiento, y nos hace vernos a nosotros mismos a la luz de Dios. Entonces, ahí en el capítulo 1, en el 2 y en el 3, tenemos esa Fuente de Bronce que nos llama al arrepentimiento.

EL ALTAR DE BRONCE

Ahora ya pasamos al Altar; después de haber pasado por la Fuente, para reconocernos y lavarnos, pasamos al Altar, donde está la base de nuestra salvación. Pero la ley nos tenía que ayudar, porque la gente pensaría que es buena, pero viene la ley y dice al hombre que no haga estas ciertas cosas. Alguno obedeció nueve puntos de la ley, pero en el número diez, falló. La Palabra nos dice que si se falla en una cosa de la ley, falla en todas, y es un transgresor. Ahora sí podemos ver que necesitamos a Cristo.

Ahora, de la fuente pasamos al Altar de Bronce, donde se ofrece una serie de sacrificios. Entonces, en el capítulo 3:19, pasamos de la Fuente al Altar de Bronce: "Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo en juicio de Dios…"

El Espíritu nos convence de pecado, de justicia y de juicio, ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él, porque por medio de la ley (ese es el capítulo 2) es el conocimiento del pecado. "Inexcusable", se les dice a los gentiles; "inexcusable", se les dice a los judíos; todos, no hay diferencia, y no hay manera de ser salvos. No hay ni siquiera uno, todos se hicieron inútiles. Esto es muy serio, pero ahora se hace el traslado. El Evangelio recién está comenzando con el arrepentimiento; arrepentíos, así empieza el evangelio. ¿No fue acaso lo primero que el Señor Jesús comenzó a anunciar por todas partes? "Arrepentíos y creed", nos decía.

"…Ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para que todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituido de la gloria de Dios, siendo justificado gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro.3:21-26).

Ahora ya pasamos al altar. ¿Nos podemos dar cuenta? De la Fuente de Bronce, pasamos al Altar. Aquí empiezan a aparecer palabras preciosas, todas relacionadas unas con otras, y con una secuencia: justificación, redención, propiciación; y de a poco nos encontramos con reconciliación, salvación y nos damos cuenta que nos topamos con el Altar de Bronce. Y eso nos hace recordar el libro de Levítico, para volver otra vez de nuevo a Romanos.

Los primeros capítulos de Levítico nos presentan distintas clases de sacrificios, aunque nosotros sabemos que el sacrificio del Señor Jesucristo fue uno solo, y hecho una sola vez y para siempre. Sin embargo, es tan profundo y tan rico lo que Jesús hizo en la Cruz, que Dios para poder enseñarnos a valorar el sacrificio de su Hijo, para poder penetrar en las insondables riquezas de su gracia, simbolizó el sacrificio de Jesús con muchas clases de sacrificios, usando distintos nombres, distintas frases, en la que cada una nos muestra un aspecto.

Por ejemplo, vamos a mirar los títulos de los primeros capítulos: Levítico, capítulo 1: "Los holocaustos"; capítulo 2: "Las ofrendas", ofrendas en el Altar de Bronce; capítulo 3: "Ofrendas de paz"; capítulo 4: "Ofrendas por el pecado"; capítulo 5: "Ofrendas expiatorias"; capítulo 6: "Leyes de los sacrificios", y eso continúa en el 7. Y ya al final de toda esa lista, que empieza desde el 1 hasta 7, vemos lo que nos dice este último capítulo, como resumiendo en un título lo que leímos en todos estos 7 capítulos. "Esta es la ley del holocausto, de la ofrenda, del sacrificio por el pecado, del sacrificio por la culpa, de las consagraciones y del sacrificio de paz…" (Lv.7:37).

Todos estos sacrificios que están descritos con detalles, se refieren a un solo sacrificio hecho una vez y para siempre del Señor Jesucristo; pero como para ver las insondables riquezas de esto, empieza el Espíritu Santo a desglosarlo, y comienzan a aparecer palabras diferentes que se refieren a realidades espirituales, todas relacionadas y todas provenientes de la Cruz de Cristo, porque aquello era lo que se iba a decir hoy, en la era de la Iglesia, en la era de la gracia, en la edad del Espíritu del Nuevo Pacto, y del régimen nuevo.

No debemos pasar por alto Levítico, hay que volver a leer y releer, para poder comprender que hay varias palabras curiosas. Vamos a Levítico 1. Este primer capítulo nos habla de los holocaustos, y cuando comparamos estos con las ofrendas, en las que también se sacrificaba un cordero o un becerro, o una cabrita, podemos ver que es casi lo mismo, pero aparecen palabras diferenciales. Por ejemplo, los holocaustos eran totalmente quemados y se ofrecía todo, y el sacerdote no comía nada. El holocausto se ofrece todo, en comparación con los demás, en que los sacerdotes sacaban algo para ellos, o en otros sacrificios que el pueblo podía comer también, dejándole determinada parte para el sacerdote y su familia. Entonces, ¿por qué en los holocaustos los sacerdotes no podían comer? Había que quemarlo todo, y en ninguno de los otros se hacía de esta manera porque los holocaustos satisfacen la necesidad de justicia, honra, santidad y gloria del Padre. Todos ellos hablan del sacrificio de Cristo, pero hablan aspectos diferentes.

Dios hace las cosas detalladamente. Por ejemplo, dice que había unos garfios, para abrir el animal y separar el hígado del páncreas, y los intestinos y el estómago. Al leer esto, pareciera ser una carnicería, pero al comprender que todo habla del Señor, y es para la Iglesia, es muy diferente. Si relacionamos esto con nuestra vida, muchas veces decimos "¡Señor, perdóname si he pecado!". Y claro que hemos pecado, pero es necesario ser más detallista, como lo es el Señor.

Imaginémonos esto: con un garfio se ha agarrado el hígado, el riñón izquierdo y el derecho, pues así es como había que ofrecer las cosas. Por lo tanto, no podemos decirle al Señor que hemos pecado, sino más bien: "Señor, fui hipócrita", "fui envidioso", "lujurioso", "perezoso", "tuve mala voluntad", etc.; o sea, debemos repartir en pedacitos las cosas. ¿Nos damos cuenta? Todo eso está para hacernos ganar tiempo, y para que vayamos por donde hay que ir.

EL HOLOCAUSTO

El capítulo 1, donde la característica es que todo se quema, para que Dios lo huela y lo considere agradable. A veces nosotros venimos a Dios por causa de nuestra necesidad, pero el Señor Jesús sabía que su Padre había sido despreciado, y la justicia, y santidad de Dios fue ofendida, habiendo que hacer justicia primeramente a Dios, antes que ver la necesidad de los hombres. El Señor Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres. El hombre merecía la muerte, y Dios merecía la vindicación, la gloria del reconocimiento. Debía haber un sacrificio que satisficiera la necesidad de Dios. El Padre es justo y por eso alguien tenía que morir. Dios podía habernos perdonarnos sin la muerte de Jesús, pero no hubiera sido justo.

La gloria de Dios había sido profanada con la rebelión del hombre. A veces nosotros nos olvidamos de vindicar la gloria de Dios, pues con tal de nosotros salir del infierno no nos importa si Dios sigue mal entendido, o si el corazón de Dios sigue insatisfecho, porque sólo nos interesa la satisfacción de nuestra necesidad. Lo que hizo Jesucristo fue primeramente en relación con su Padre, pues su justicia, su santidad y su gloria debían ser vindicadas. Dios debía ser adorado.

En la Cruz, el Señor Jesús honró a su Padre, honró su justicia, su santidad, su gloria, su derecho. Por eso nadie podía comerlo, pues el holocausto sólo Dios lo podía oler; no era para con el hombre, aunque del mismo sacrificio somos perdonados, reconciliados y justificados, y somos beneficiados.

En la relación del hombre con Dios, hay que ser justos con él. Anteriormente, leíamos en Romanos que el hombre detiene con injusticia la verdad, injusticia contra Dios, y echándole a él la culpa de cosas de que somos nosotros los culpables, ofendiendo su justicia, su santidad y su gloria. Entonces, nuevamente, ¿qué hace el holocausto? ¿Qué representa el holocausto? Que es uno de los aspectos del sacrificio de Cristo, en el cual pone los intereses del Padre por encima de los intereses humanos.

LAS OFRENDAS

Es el segundo aspecto que se describe, el de la ofrenda, que no es todavía por el pecado, sino el derecho que Dios tiene de poseerlo todo; de que todo se haga para él, porque es de él y es para él, así como dice la Escritura: "todo es de él, por él y para él". Este aspecto de la muerte de Cristo, a veces no lo consideramos, porque estamos solo pensando que nos perdone, y ojalá lo más rápido posible. En Eclesiastés se nos dice que cuando vengamos a la casa de Dios no lo hagamos apurados, ni ofrezcamos el sacrificio de los necios, sino más bien, llegar para ser tocados por Dios, convencidos, iluminados, limpiados y convertidos, o si no, vamos a salir igual para pecar otra vez. (Paráfrasis Ec.5: 1 al 7).

El Señor Jesucristo estaba interesado en vindicar a su Padre. ¿Por qué no perdonó Dios sin sacrificio? y, ¿Por qué no perdona a todos los que no le piden perdón? Nosotros deseamos que Dios perdone a todos, que nadie se vaya al infierno. Dios no hizo el infierno para los hombres, sino que para Satanás y sus ángeles, pero hay hombres que han seguido a Satanás hasta el infierno, y van a estar muy incómodos en él. Dios no perdonó a los ángeles, ellos no tienen redención, porque fueron creados en la gloria y ofendieron a Dios, y esta ofensa contra la majestad de Dios fue grave. Nosotros nacimos en oscuridad, nacimos en pecado, nacimos corrompidos, pero Dios nos socorrió y por la fe nos salva.

Nosotros no entendemos lo que significa una ofensa a la majestad de Dios, no entendemos la ofensa que hacemos a Dios, y a los hombres, hasta que nos toca probar de la misma medicina. Hay que tener conciencia, vivir en la presencia de Dios y pensar en los intereses de él por encima de los de los hombres, para que no estemos en la posición de Satanás, porque así le dijo Jesús a Pedro: "… ¡Quítate de delante de mí, Satanás!" (Mr.8:33).

¿Por qué? Porque no tenía la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Ese es el sentido que tiene el holocausto, totalmente que-

mado, para que sólo Dios sea vindicado, y sólo Dios sea reconocido en su derecho, en su gloria, porque el Señor vino a reconciliar.

En el capítulo 2 aparece que, si alguno ofrendare algo a Dios, el sacerdote puede comer de la espaldilla, del muslo, y no puede comer de la sangre, no puede comer de la grosura. Ciertas cosas son sólo para quemarlas delante de Dios, pero ahora nosotros también tenemos beneficios, por ejemplo, el perdón, y estuvimos viendo que es un beneficio; la libertad, es un beneficio; la justificación, la redención, la propiciación, la reconciliación, la regeneración, la santificación, la renovación, la vivificación, la glorificación, la edificación. Son todos beneficios que nos vienen del sacrificio de Cristo y de su resurrección, ascensión y Espíritu.

De esto nosotros podemos comer, pero ahí continúa la variedad: esto es de paz y esto es para tratar el problema de la culpa, y esto para tratar el problema del pecado. Cuando llegamos a Romanos capítulo 3, el Altar de Bronce, donde se presentaban todos esos sacrificios, podemos ver que empieza el Espíritu Santo, al ponernos el espejo de la Fuente de Bronce, a mostrarnos el derecho de Dios y las injusticias de los hombres, que cambiaron con injusticia la verdad, y no le dieron la gloria a Dios, sino a las criaturas que empezaron a llamarles dios, ignorando al verdadero Dios. Por eso la idolatría es una ofensa grande, porque Dios dice que él es celoso. A veces no conocemos a Dios como un marido cuyo Espíritu nos anhela celosamente, y quiere que le pertenezcamos a él, que existamos para él.

El propio pueblo de Dios tiene amantes distintos al Señor, pues, ¿acaso no nos dice el apóstol Santiago (no el de los doce, sino el hermano del Señor) en su epístola?: "¡Oh almas adulteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Stg.4:4).

Dios (mucho más que nosotros) quiere estar unido al hombre; él quiere abrazarnos y hacerse uno con nosotros. Para eso nos hizo, y eso es lo que está esperando. A veces nosotros no nos damos cuenta y tenemos una imagen de Dios como un ogro, como alguien insaciable, como alguien imposible de agradar. Pero él ha hecho todo para recibirnos; nos ha dado todo, nos ha perdonado, y lo seguirá haciendo. Dios está tratando con nosotros y nos revela lo íntimo del asunto en la Cruz del Señor Jesús. Por eso debemos entender lo más que podamos, con la ayuda del Espíritu Santo.

¿Por qué fue necesaria la Cruz? ¿Qué asuntos involucra, y hasta dónde nos lleva la Cruz? El Señor había muerto como el Cordero de Dios,

para tratar ese primer aspecto, ese primer nivel de la Cruz que es el de nuestros pecados. Hemos visto que también él fue representado con una serpiente de bronce ensartada en un asta, o sea, el juicio de la serpiente, y algo más que ya sabemos, pero que hay que tenerlo bien claro, y es que nuestro problema no son sólo los pecados que hemos cometido. Porque los frutos se deben al árbol, y no sólo a los malos frutos; por lo tanto, no solamente hemos pecado, sino que somos pecadores.

Por eso, algo de la Cruz tiene que ver con los que hicimos, y algo de la Cruz tiene que ver con lo que éramos. Entonces volvemos a Romanos otra vez, desde el capítulo 3 verso 21, continuando por todo el 4 y el 5 hasta el verso 11, que nos habla de ese primer aspecto en que nos hemos detenido, el de la Sangre, el de la justificación por la redención, por la propiciación; y porque hubo propiciación hubo redención, porque hubo redención hay justificación, por eso el sacrificio por la culpa; y hay también por el pecado, y aquí empieza a hablarse de pecados en plural, de transgresiones, hasta que llega a la mitad de el capítulo 5 donde el Espíritu Santo comienza a hablar del pecado, de la naturaleza pecaminosa, del pecador, del árbol maligno.

Todo lo que ha significado el sacrificio de Cristo, Dios quiere mostrarnos su sentido. Quiere que conozcamos a su Hijo, que conozcamos el asunto, que entendamos a Dios. El Señor quiere que no nos gloriemos en ninguna otra cosa, pero que le entendamos a él, y en eso gloriarnos; no en el dinero o en cualquier otra cosa, sino en él. Y a Dios no lo conocemos sin Jesucristo, y a Jesucristo no lo conocemos sin la Cruz, porque ella es la que resuelve las cosas en los cielos y en la tierra. La Cruz es lo que revela el corazón de Dios, la naturaleza de la Trinidad, y el destino de la Iglesia.

NIVELES ASCENDENTES DE LA CRUZ

En Romanos 4, verso 7, dice: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos". Aquí dice iniquidades y pecados en plural, y habla de perdón y de cobertura. De la carne del sacrificio, cierta parte, o con otras palabras, ciertos aspectos nosotros podíamos comer, pero el holocausto se lo comía todo Dios; todo se quemaba para Dios y no había ningún desperdicio. Era el derecho divino de Dios. Y para sustentar y proclamar el derecho de su Padre, vino el Hijo. Jesús vino a honrar a su Padre, y someterlo, otra vez, todo a él.

¿Cuál es el sentido de la historia? Desde la ascensión de Cristo, todas

las cosas están siendo expuestas, juzgadas y sometidas al Hijo. Dios primero extiende un armisticio para los enemigos, pues todos nosotros éramos enemigos de él, pero siendo enemigos nos amó y quiso reconciliarse con nosotros. Los que no lo reciben y no aceptan aquella reconciliación, no reciben al Cristo. A éstos, que no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, les envía un poder engañoso para que crean la mentira, a fin de que sean condenados, por haberse complacido en la injusticia. La gente rechaza el evangelio, al Espíritu, a la justificación, a la Iglesia. Matan a sus hijos, a sus siervos. Les gusta la sangre, y ¡cuánta sangre han derramado! En Apocalipsis 16, nos dice: "… Justo eres tú, oh Señor, (…) Por cuanto han derramado la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen" (Ap.16:5-6).

Les gusta derramar la sangre de Jesucristo, la de Esteban, la de Jacobo, la de los apóstoles, las de los mártires; al mundo les gusta la sangre. Entonces van a beber sangre, las aguas se convertirán en sangre, y eso después del caballo rojo, y después de que viene el negro que aprieta más, y luego del amarillo que viene como pestilencia, Muerte y Hades. El Hades sigue a la Muerte, que es el juicio de Dios si no se someten a su gobierno. El Señor va a remover todas las cosas, y ¿sabemos cómo termina la última? Con un terremoto mundial, en que las ciudades, no una, sino las ciudades del mundo caerán, donde el sol a medio día se pondrá, donde cambiarán los polos magnéticos de la tierra, las islas desaparecerán, los montes no serán hallados, se cambiará la geografía del mundo, porque todo lo que ha de ser removido será removido; pero Dios tiene herederos de un reino inconmovible. Para eso el Señor se sentó a la diestra del Padre y todo otro reino será removido, destruido, pero la ciudad de Dios no se estremecerá. Volvámonos al Señor, porque el enemigo está en lo suyo.

Sigamos profundizando en los sentidos de la Cruz, en ese segundo nivel. El primero, Cristo murió por todos, pero en el segundo "todos murieron", es decir, los que aceptan morir y vivir con Cristo, ya no viven para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Ahora viene el aspecto de nuestra muerte, y llegamos al capítulo 5 de Romanos: "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Ro.5:8).

Cristo murió por todos ¿No es todo el evangelio? No. El evangelio tiene mucho más, mucho más de Cristo quien murió por nuestros pecados. Además, nos dice la Palabra que siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros, que es otro eslabón ascendente en la profundización de la obra del Señor. "Pues mucho más, estando ya

justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo…" (Ro.5:9-10).

Esto sí es precioso. Ya no sólo habló de perdón y de salvación, sino de reconciliación con Dios. ¿Sabemos la diferencia entre perdón y reconciliación? Esto se puede ejemplificar con un matrimonio en el que ha fallado su relación. Puede ser que este matrimonio se haya perdonado, pero decidieron continuar por separado. En este caso hubo sólo perdón. Pero en la reconciliación hay olvido; en este ejemplo del matrimonio, si hubiera habido reconciliación, seguirían juntos, olvidando todo lo que pasó. Esto hay en el corazón de Dios, y es lo que quería que entendiéramos. Nuestro amor hacia Dios ha sido infiel, pero el de él ha sido profundo.

Ahora, Dios nos dice que estamos reconciliados, que seremos salvos por su vida, que es otro aspecto. Una cosa es ser salvos de la ira y otra cosa más profunda es ser salvos por su vida; habíamos visto que nos salva por su muerte, pero ahora dice que seremos salvos por su vida. Ese es el aspecto del suministro del Espíritu, y por eso fue que empezamos con la Sangre y el Espíritu.

Luego, en el verso 11, dice: "Y no solo esto…" (Ro.5:11). ¿Cómo? Esto viene subiendo de escalón en escalón. Pablo estaba rebosando, por eso él hablaba de las inescrutables riquezas de Cristo. Cuando fue perdonado y de pronto vio más y más, y no sólo eso, sino que está descubriendo el botín de Cristo. Nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, porque hemos recibido ahora la reconciliación; por lo tanto, todo eso era la preparación para el siguiente nivel.

Ya hemos sido perdonados, reconciliados, y ahora al avanzar al siguiente nivel nos dice que es necesario hacernos de nuevo. El hombre vuelve natural lo que Dios considera abominación, y pecado. El Señor comienza a mostrar la condición caída del hombre, pero que no se inculpaba mientras no había ley. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, y aun los que no pecaron a la manera de la transgresión, de otras maneras sí fueron pecadores. Pero surgen tres letras, sólo tres, que forman la palabra "don". Lo que nos dice esta pequeña palabra es grandioso. Hay transgresión, pero el don fue mayor. Abundó el pecado, pero sobreabundó la gracia.

Entonces dice: "…porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo" (Ro.5:15). Aquí nos dice que abundó la gracia y el don de Dios, por Jesucristo. "Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque

ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación" (Ro.5:16). Aquí aparece la primera parte del don, que es el perdonar las transgresiones, pero ahora nos dice algo más: "Pues si por la transgresión de uno solo reino la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo…" (Ro.5:17). Reinarán en vida por uno solo, por Jesucristo. ¡Esto es glorioso!

"…los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia" (Ro.5:17). Hasta aquí habíamos sido bandidos perdonados, reconciliados, y amados. Nos salvó de la ira, pero también nos dio la vida para reinar en vida. Esto es algo más, y luego sigue diciendo que los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia, gracia y justicia como don, no sólo gracia como don, sino también justicia. Él fue hecho pecado para que nosotros fuésemos hechos justicia; ese es el aspecto de la serpiente de bronce en el asta, el cordero es por las transgresiones, pues el ensartar la serpiente que es el pecado, y que es la naturaleza pecaminosa, porque el aspecto de Cordero es para perdonar pecados, y el aspecto de ensartar a la serpiente es para tratar con nuestra naturaleza, no sólo lo que hicimos, sino con lo que somos.

Ahora entramos en otro nivel, diciendo: "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (Ro.5:19). ¿Por la desobediencia de quién? De uno. Tampoco dice que todos fueron constituidos pecadores, porque Jesucristo no pecó. Y ¿por qué fuimos constituidos pecadores? Porque Adán vendió la naturaleza humana al poder del pecado, y cuando se reprodujo, se reprodujo caída y bastó solamente ser concebidos en el vientre de nuestra madre, para nacer pecadores. No nos engañemos pensando que al ser perdonados y nacer de nuevo, nuestra carne, o la de Pablo, o la de muchos otros, mejoró. Cuando Pablo se dio cuenta que era el peor de los pecadores, fue cuando mejor apóstol fue, porque ya no se atrevía a hacer nada por sí mismo, sino que le pedía socorro a Dios, para que mostrara en él toda su gracia.

Si nosotros no sabemos que somos una miseria, ¿para qué vamos a nacer de nuevo? Pero el Señor tiene el espejo y la ley, para exponer nuestra miseria, y si no, también tiene legalismos, tiene la religiosidad, para que descubramos cuán hipócritas somos. Porque la obra de la ley también está escrita en nuestro corazón para que desesperemos acerca de nuestra condición, y seamos trasladados de nosotros al Señor. Dios nos quiere sacar de nosotros mismos y ponernos en Cristo, y eso es lo que él ha hecho. Nos puso en Cristo, y puso a Cristo en nosotros.

Aun no hemos llegado al capítulo 6 de Romanos, pero ya vamos a llegar. "… Así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro.5:19). Esto también es importante, porque Dios es justo. A veces sólo pensamos en el aspecto de la muerte de Jesús, y vemos que ésta fue obediencia hasta la muerte. El Señor Jesucristo vivió una vida de separación con Dios, pero pensando en él, pensando en honrar a su Padre, y también pensando en santificarnos a nosotros. Él fue obediente, para ayudarnos a obedecer, y no sólo para perdonarnos.

Él Señor quiere que la fe produzca obediencia, y no quedarnos sólo con el perdón por la fe. La Biblia habla de la obediencia de la fe, por eso decimos que la fe incluye el arrepentimiento, y produce obras y obediencia. La verdadera fe produce obras, pero no obras para ser salvos, sino obras porque fuimos salvados. Poner las obras como base de salvación es un error, pero quitar las obras como si no tuvieran nada que hacer en el plan de Dios, también es otro error.

Por lo que el Señor hizo, le da el derecho a cosechar la Iglesia; él dice que se entregó a sí mismo por la Iglesia para purificarla. La Cruz de Cristo no es sólo para perdonarnos, porque cuando él estaba en la Cruz, al traspasarlo, salió sangre y agua, o sea, representa la costilla de Adán, porque así como de éste salió Eva, su mujer, así también de Jesús, ha de salir una mujer, que es la Iglesia. La Iglesia es un derecho del Señor. Él tiene derecho a la unidad de la Iglesia y a la unanimidad de la Iglesia, y al conjunto de la Iglesia como un solo corazón, y una sola alma. No solo unidad en el espíritu, sino también en el alma y el corazón.

"Los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que como así el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro" (Ro.5:19-21). Aquí, cuando dice "para vida eterna", es lo interesante, porque en otros lugares diríamos "por causa de la vida eterna". Él ya nos dio vida eterna; Pablo dice que ya somos salvos y que ya tenemos vida eterna. Juan también dice: "tenéis vida eterna"; sin embargo, Pablo también dice "echa mano de la vida eterna". Entonces, ¿tengo vida eterna o tengo que echar mano? Las dos cosas, porque ya tenemos vida eterna dada por Dios, y ya que nos la dio, debemos disfrutarla. Apliquémosla todos los días, y creamos.

Capítulo Veinticinco *

Lo indispensable de la realidad de Cristo en nosotros

Veremos algunos versos en San Juan que nos servirán de primera cita inicial para introducirnos en el tema: "Escudriñáis las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Jn.5:39-40). "En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado" (Jn.7:37-38).

COMO LEÓN Y CORDERO

Palabras tremendas y preciosas del Señor Jesús, y ciertamente palabras de amor, palabras de ayuda. A veces pareciera que las palabras del Señor, en ciertas ocasiones fueran duras, y que hacen vibrar nuestros oídos. Los mismos apóstoles a veces decían: "…Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?" (Jn.6:60).

Cuando el Señor usa palabras duras, es porque nosotros somos aún más duros. Él no quiere ser duro, mas siempre habla conforme al Padre, y el Padre mora en Jesús. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo, porque él no vino a condenarlo, sino a salvarlo. En el corazón del Señor no hay dureza para con el mundo, sino que hay amor. El Señor ama a todas las personas, y como dice la Escritura, "… el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1ª Ti.2:4).

El Señor es bueno, es fiel, sólo que sabe cómo tratar con nosotros. Él muchas veces viene como el Cordero, y a veces viene como el León; él es el león-cordero. Todo lo que el Señor hace, lo hace por amor a nosotros, y no debemos escandalizarnos del Señor. Alguna vez, incluso

* Mensaje predicado en Santiago el 16/08/2009.

Juan el Bautista no entendía bien al Señor, y tuvo algunas preguntas, como cualquier ser humano puede tenerlas, y mandó a preguntarle al Señor: "… ¿Eres tu aquel que había de venir, o esperaremos a otro?" (Mt.11:3).

Muchas veces tenemos nuestras expectativas humanas, y cuando viene el Señor, podemos decir que no cumple nuestras expectativas. Pero Jesucristo viene a salvarnos, y a representar fielmente a su Padre. Entonces, el Señor hizo lo que tenía que hacer, lo que estaba profetizado ya en Isaías: "…los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán" (Is.35:5).

Jesús hizo las cosas que haría el que tenía que venir. Así también Jesús le responde a Juan el Bautista: "…Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis" (Mt.11:4). Pero añadió una palabra: "…bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí" (Mt.116). Parece que a veces podemos tropezarnos en el Señor, a veces no lo entendemos, y en muchas otras le echamos la culpa sobre los problemas que nos pasan, porque no vemos que el Señor hace las cosas con bondad, con sinceridad, con fidelidad, y siempre hace las cosas conforme a su naturaleza perfecta. Esto no lo entendemos, porque estamos en una condición humana caída, pero él sí nos puede entender a nosotros, pues él es Dios y hombre. Nadie tiene que contarle lo que hay en el hombre, pues él lo sabe. Por lo tanto, Jesús sabe que tiene que venir a nosotros como un cordero, y también según la situación, viene como un león.

La mayoría de las veces usamos la Palabra para los pecadores, por ejemplo, aquella que dice: "…estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo" (Ap.3:20). Es válido que se lo mostremos a los pecadores, pero en la Biblia, el Señor se lo dice a su propia y amada Iglesia, que también lo ama. Lo que pasa es que el amor de él para con nosotros es perfecto, pero el amor nuestro está siendo perfeccionado todavía. Él nos ama, y tiene que decirnos cosas que no le entendemos, pero si no las dijera, y a veces de forma dura, a causa de nuestra dureza, entonces no las aprovecharíamos. El Señor, porque es bueno, nos aparta de nuestros propios autoengaños para trasladarnos de nosotros mismos y de lo meramente nuestro, a lo suyo; y esas frases que comenzamos a leer a manera de epígrafe, de iniciación, tienen ese propósito, pues todas ellas mencionan al Señor y al Espíritu, en el contexto de su propio pueblo, que de la mejor manera posible le ha estado siguiendo.

El Señor hace perfecto a su amado pueblo, que es imperfecto en sí mismo. Él está pasándonos su perfección, porque ya nos la dio en Cristo, y ahora el Espíritu la está aplicando. Entonces, miremos ese

primer verso introductorio, que nos dice que escudriñamos las Escrituras.

El Señor veía algo que sucedía en su amado pueblo, y es que ellos separaban su estudio, separaban su actividad religiosa, bien intencionada, por lo demás, fuera del Señor. No dependían de él para leer, para escudriñar; hay una gran diferencia entre estudiar por nosotros mismos las Escrituras, y estudiarlas conversando con el Señor, charlando con él y preguntándoselo todo a él, y pidiendo que nos enseñe e ilumine.

Podemos ver en este verso la denuncia del Señor. Ese problema del pueblo era un peligro, pero el Señor no quiere menospreciar a su pueblo y humillarlo, porque él no vino a condenarnos. El ministerio de condenación es el de la sinagoga, pero el ministerio de la Iglesia es de reconciliación, no de condenación. El Señor no vino a condenar al mundo, menos a su pueblo; más bien quiere salvarlo; él es nuestra ayuda y es la única esperanza que tenemos. Sólo nuestro Señor tiene palabras de vida eterna.

EL TESTIMONIO DE LA ESCRITURA

Entonces, él dijo: "Escudriñáis las Escrituras, pensando tener en ellas la vida eterna", pero aquí empieza el Señor a decir cuál es el trabajo de las Escrituras, cuál es el trabajo de escudriñar su Palabra, y cuál es el objetivo. Jesús nos dice que ellas dan testimonio de él, pero ellos estudiaban, como quien dice, con la mejor intención, pero no lo veían a él, no lo tocaban. A pesar de todo, el Señor no los estaba condenando, ni acusándolos, sino está ayudándolos.

Continúa diciéndoles: "A vosotros os parece que en ellas…", y con esto no está diciendo que las Escrituras no digan la verdad, pero si se separan de él, si se hace una distancia entre los asuntos religiosos y la persona del Señor Jesús, no se está cumpliendo el objetivo de la Palabra. El objetivo de las Escrituras es llevarnos al Señor Jesús, así como también es el objetivo de la ley. La ley era de parte de Dios, y es santa, justa, buena, y Dios se la dio a los hombres, aunque los hombres somos malos, carnales, e inútiles, pero como nos creemos buenos, creemos que podemos hacer algo bueno también. Entonces, Dios no quería que confiáramos en nosotros mismos, porque resulta que ese árbol que mata, el de la ciencia del bien y del mal, tiene algo de bien, pero mezclado con el mal. A veces nosotros decimos que en el jardín había dos árboles, el del bien y el del mal, poniendo el bien a un lado, y el mal al otro lado, y nos olvidamos de la vida, pero esto

no es así. Si leemos con cuidado, es el árbol de la vida y el otro, el que mata, el del bien y del mal; es decir, el árbol que mata, por el que morimos, tiene algo de bueno, ¿qué nos parece? Hay cierto bien en él, pero que está mezclado con el mal, y por eso mata.

Dios le dijo al hombre: "…mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás" (Gn.2:17). Dios quería que comiéramos del árbol de la vida, por eso lo puso en el medio del huerto. Entonces, ¿cuál será el árbol que Dios quería que comiésemos? El de la vida, porque los otros árboles eran para alimentar nuestro cuerpo, pero nosotros también tenemos alma y espíritu, y de ese árbol de la vida necesitábamos el alimento. Dios mismo quiere con su propia vida alimentar nuestro espíritu, para luego alimentar nuestra alma y nuestro cuerpo con vida eterna, para que seamos inmortales y gloriosos. Pero ¿qué le pasó al hombre? Le entró la curiosidad por lo prohibido. Eso es muy interesante comprender, porque mientras más se le dice al hombre que no mire, que no vaya, o cualquier otra orden, o prohibición, él hará totalmente lo contario.

El árbol que estaba en el centro del jardín era el de la vida, y si vamos al Apocalipsis, donde dice que: "Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida…" (Ap.2:7), en este verso, la vida es la palabra ZOE, que en griego quiere decir la propia vida divina. Nosotros en español tenemos sólo una palabra para vida, pero también en el griego vida es "psique". Y psique es de donde viene la palabra psicología que se refiere a nuestra alma, a la sede de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos y emociones, de nuestra voluntad, a nuestro propio yo, que es el alma y es la vida del alma.

Hay un versículo que dice: "…y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Mr.8:35). Esto habla de perder nuestra alma "psique"; es decir, negarnos a nosotros mismos, someter la independencia de nuestros pensamientos, sentimientos y voluntad, para aliarla con el Espíritu de Dios, y así perder nuestra vida, la vida de nuestra alma, para ganar la vida eterna. Dios quiere que la vida eterna de Él sea la que permea nuestra alma, pues ella no fue creada para estar desconectada de la vida divina.

Cuando el hombre decidió independizarse de Dios, y andar por su propio camino, que le parecía bueno, esto está representado en el árbol de la ciencia del bien y del mal. Este árbol no solamente tiene mal, sino también tiene algo de bien. Por eso el apóstol Pablo hacía una clara diferencia entre la justicia propia, que es la parte buena del árbol, y todo lo que esté sobre esta base está en terreno equivocado.

Con respecto a escudriñar las Escrituras, y hacerlo sin el Espíritu Santo, es decir, leer sólo con nuestra propia mente, confiando en nuestra prudencia, es querer andar en nuestros caminos, y no hay vida en esto. La Biblia hay que leerla en comunión con Dios, invocando su nombre, y él nos enseñará. Anteriormente, hablábamos de la conexión con el Señor, y en este caso sucede lo mismo. El Señor nos dice que sus Palabras son Espíritu y vida, y por lo tanto, el Espíritu y la vida del Señor están en su Palabra. Recurramos al Espíritu Santo, porque hay una distancia enorme entre nuestra actividad buena, bien intencionada y religiosa, con lo que el Señor quiere.

"El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Jn.6:63). Es el contacto con el Señor lo que hace la diferencia. El toque es la circulación del Espíritu y de la vida del Señor que viene a darle vida a nuestro espíritu, y a cumplir su promesa de vivificarnos, de fortalecernos. La Palabra de Dios nos nutre, y para eso debemos comerla, y beberla. La Palabra da testimonio de nuestro Señor, y nos hace encontrarnos con él. No cumplamos meramente deberes con ella, ni la leamos meramente por compromiso, ni tratemos de leerla meramente lo más rápido posible con el solo fin de poder leerla completa.

SERVIR EN EL ESPÍRITU

Hay un gran contraste entre lo que nos da la carne, es decir, sus obras, y el fruto que da el Espíritu. Y veremos esto apoyándonos en la Palabra. Todo lo que nace de la carne es carne, no tiene provecho y sus obras son: "…adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías…" (Gá.5:19-21). Esto es algo que podríamos llamar la lista negra de la carne; pero lo que nace de Espíritu es totalmente diferente: "es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza…" (Gá.5:22-23).

Como hemos visto, la Biblia también tiene una lista blanca de las obras de la carne, pues no son sólo asesinatos y esas cosas, sino también son nuestras justicias propias. Muchos pensamos que el bien se encuentra en un lado y por el otro está el mal, pero no es así, porque el bien y el mal están en el mismo árbol que mata. Pablo en Filipenses nos muestra que la carne tiene cosas loables, y de que confiar, ejemplificándolas en él mismo: "…circuncidado al octavo día...". Él era circuncidado del linaje de Israel, el único pueblo de Dios, "…del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos…" (Fil.3:4).

Note que Pablo empieza a mostrar el lado bueno de la carne, lo que sólo brota de nuestra propia naturalidad; y así sea justicia propia, no puede heredar el reino de Dios, sino sólo puede hacerlo lo que el Espíritu produce. Pero luego continúa diciendo: "…cuantas cosas eran para mi ganancia, las he estimado como perdida por amor de Cristo" (Fil.3:7). Toda esa lista de títulos y diplomas, si amo a Cristo, es una pérdida. Pablo no está haciendo un contraste entre el bien y el mal, sino entre la justicia de Dios que es por la fe, en el Espíritu, y la justicia propia. Preocupémonos de que el Señor de verdad reine. Si estamos en el Espíritu él reinará.

"…no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo" (Fil.3:9). Debemos soltar todo lo nuestro y aferrarnos a la fuerza del Espíritu. ¿Acaso creemos que las intenciones de David eran malas cuando intentó traer el Arca del Señor a Jerusalén? No eran malas intenciones, pero al querer trasladarla, la pusieron en un carro nuevo guiado por Uza y Ahío. Este fue un gran error, porque Dios no escogió un carro para trasladar el Arca, porque la gloria de Dios tiene que pesar en el corazón de las personas que él escogió. Los Levitas eran los que tenían que llevar la carga. El peso de la Palabra de Dios tiene que venir de ese peso de la gloria. La gloria de Dios tiene que cargar nuestros corazones.

David no se había dado cuenta de su acto. Toda la casa de Israel danzaba delante de Jehová, pero los bueyes que llevaban el carro tropezaron, y Uza extiende su mano para sostener el Arca, enfureciendo a Jehová, quien lo hiere por aquella temeridad, y cae muerto. (Paráfrasis de 2 S: 6:1-11). El Señor ya había aguantado bastante cuando pusieron el Arca en el carro. Y así también es con nosotros, pues aguante y aguante, y no nos damos cuenta. Si hay alguien que tiene paciencia con nosotros es el Señor. En este capítulo de Samuel, sucede esto porque no actuaron conforme a la Palabra de Dios, y no podemos olvidar además que lo único por lo cual nosotros estamos en la presencia de Dios, es por la Sangre de Cristo.

Filipenses 3 nos dice algo muy interesante: "Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo" (Fil.3:2). Pablo nos dice que los que quieren gloriarse según la carne, obligan a circuncidarse; o sea, obligaban a los santos para circuncidarse para decir que esos ahora sí son santos por haberse circuncidado. Ellos hablaban de la circuncisión hecha con la mano en la carne, pero la verdadera circuncisión no la inventó Pablo, ya que el mismo Señor, incluso ya en el Antiguo Testamento, venía introduciendo el concepto espiritual de la verdadera circuncisión, de la que habla Dios por medio de Isaías, cuando dijo: "Circuncidad vuestros corazones".

Dios quería una circuncisión verdadera, y esa es de la que habla Pablo aquí, y en Colosenses: "En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo…" (Col.2:11).

Ahora Pablo, volviendo a Filipenses, continúa diciéndonos: "Porque nosotros somos la circuncisión, los que en Espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil3:3). ¿Quiénes son la circuncisión? Los que servimos a Dios, pero enseguida dice algo fundamental, "los que lo hacen en Espíritu".

En Romanos 1 verso 9, sólo para complementar, dice: "Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo…" (Ro.1:9). Pablo dice esto, porque el que conoce lo íntimo es Dios; a veces de afuera la gente no se da cuenta, pero Dios sí lo hace. El hombre natural, el psíquico, y el meramente almático, en su naturalidad de vida no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, y no las puede entender. Se necesita discernir espiritualmente lo que es espiritual, o sea, usando su Espíritu.

Queríamos subrayar la expresión "a quien sirvo en mi espíritu", ya que a veces es posible querer servir a Dios con buena intención, pero no lo hacemos en espíritu.

Pablo vivió un buen tiempo en este mundo, y lo hizo a los pies de Gamaliel, que era el mejor legalista que había en su tiempo, y el más entrenado. ¿Y para qué le sirvió todo su seminario? Para oponerse al Señor, quien lo tuvo que derribar al piso. El Señor lo derribó por amor, porque le quería dar cosas mejores, porque el viejo pacto no es tan bueno como el nuevo; el ministerio y el régimen del Espíritu es mejor que la justicia propia.

Dios busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad. Pablo servía a Dios en espíritu, y ponía atención al mover de Dios. El Espíritu del Señor es como un semáforo en nuestro interior; a veces es luz verde de vida y paz, donde está la puerta abierta a la paz y la alegría, pero a veces empezamos a perder esa paz en el espíritu y empieza la luz amarilla, que es para andar con cuidado de no estrellarnos; y está la luz roja que nos pide frenar.

Sigamos al Señor y adorémosle en el espíritu. Para esto necesitamos decirle que nos ayude, que nos enseñe y nos vuelva desde donde sea que estemos.

La Palabra nos dice: "…el que se une al Señor, un espíritu es con él" (1ª Co.6:17). El Espíritu de Dios viene a unirse a nuestro espíritu

humano, y nos da un espíritu nuevo. Ahora estamos en lo nuevo, en novedad de vida, en la nueva creación. Ahí es donde tenemos que estar y servir a Dios; ahí en espíritu adorar a Dios, en espíritu cantar, en el espíritu orar.

Preocupémonos de que el Señor de verdad reine, y si estamos en espíritu lo hará, no teniendo nosotros nuestras propias justicias.

Capítulo Veintiséis *

Ciertas paradojas

Paradojas son cosas que aparentan ser contradictorias para la gente natural, sin serlo; es común encontrarlas en la Palabra.

EL HOMBRE INTERIOR Y EXTERIOR

Por ejemplo, veamos justamente ese versículo en 1 de Corintios 2:14: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente." Estos son asuntos de incapacidad del alma desvinculada del Espíritu de Dios, y se han de discernir espiritualmente; o sea, haciendo uso del espíritu humano para captar la dirección y revelación del Espíritu divino. En cambio, el espiritual, juzga todas las cosas y este juicio no es en sentido de acusación, sino de discernimiento: "En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo" (1Co.2:15-16). Este "nosotros" habla de los santos del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Nosotros tenemos la mente de Cristo.

Ahora compararemos este pasaje con uno que está en 2ª de Corintios. "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así" (2Co.5:14,16). Este "nos" del comienzo se refiere a los santos hijos de Dios, que en unión a Cristo nos hizo pasar junto a él por la muerte, y que resucitó, y nos resucitó también a una nueva vida. Este "de aquí en adelante" es a partir de la regeneración, a partir de la participación junto a la naturaleza divina. Pablo también hace diferencia entre conocer según el Padre, según Cristo, según el Espíritu, y conocer según la carne; "y aún si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así". Hay una manera de conocer según el Espíritu, teniendo en cuenta a Dios.

* Mensaje predicado en Santiago el 16/08/2009.

Jesús decía que él no juzgaba solo, sino que juzgaba juntamente con el Padre, y él no juzgaba según las apariencias, sino con justo juicio. Aquí nos damos cuenta de que Pablo nos está dando a entender que existe un conocimiento de las cosas que es según la carne, la que se ejercita para poder conocer algunas cosas. De hecho, también Santiago, como lo hace Pablo, hace una distinción entre la sabiduría que es la de Dios, que viene de lo alto, y la que es natural, llamada animal y hasta diabólica.

Aquí hay un plano espiritual, y uno natural, que aparecen muy claros cuando el Señor Jesús ha resucitado, y en alguna de sus apariciones a sus discípulos. Podemos entenderlo hacia el final de los evangelios, y también en Hechos, que nos hablan de apariciones del Señor Jesús ya resucitado, manifestándose a las mismas personas, produciéndose el desconocimiento del hombre exterior y en contraposición al conocimiento del hombre interior. Algunos dudaban y otros lo adoraron.

Eso es lo que sucede con el hombre natural, con el hombre psíquico, con el hombre meramente exterior que está lleno de preguntas. Satanás ocupa el terreno del hombre exterior para llenarlo de millones de preguntas, y de doctrinas a través de hombres, a través de filósofos, teólogos, lanzando sus ideas sobre la humanidad y logrando que nuestro hombre exterior tenga dudas aun del mismo Señor.

Juan el Bautista decía: "Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo…." (Jn.1:33). En su espíritu, él tuvo revelaciones tremendas; Juan el Bautista proclamaba que Jesús era el Cordero de Dios, pues él tenía revelación en su espíritu. Muchas veces uno no siente lo del espíritu, y comienzan las dudas del hombre natural.

Nos podemos dar cuenta de esas diferencias entre el hombre natural y el hombre espiritual en la Palabra: "Así que, al proponerles esto, ¿usé quizás de ligereza? ¿O lo que pienso hacer, lo pienso según la carne, para que haya en mí Sí y No? (2Co.1:17). ¿Podemos darnos cuenta de lo que acontece? Hay sí y no al mismo tiempo; en la carne hay muchas dudas, porque en ella no se conocen los hechos espirituales, y por eso el hombre exterior duda. Por eso algunos de los apóstoles se preguntaban: "¿Tú, quién eres?", aun sabiendo que era el Señor (Jn.21:12).

Esto también sucede con nosotros, porque todos tenemos espíritu, alma y cuerpo. Cuando estamos en el espíritu, hay una revelación del Espíritu: "…y las ovejas le siguen, porque conocen su voz" (Jn.10:4). El Espíritu nos da testimonio de vida y de luz, pero el hombre exterior, en la carne, estará siempre en cavilaciones.

Es necesario aprender a conocer al Señor según el testimonio del Espíritu en nuestro espíritu. Las Escrituras nos dicen que Dios nos ha dado vida y éste es un testimonio, que él nos ha dado vida eterna en su Hijo: "El que tiene al Hijo, tiene la vida..." (1Jn.5:12). "El Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro.8:16).

Hemos estado tan acostumbrados a vivir solamente según el hombre exterior, por nuestro intelecto o nuestras emociones, que no ponemos atención al mover de su Espíritu, que es la única manera de conocer al Señor.

Entonces, claramente en las Escrituras aparecen ciertas paradojas, y que se resuelven en el Espíritu. Cuando el Espíritu Santo nos revela la Palabra, hay una participación que nos hace entender, así como entendió Pedro y dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: (…) porque no te lo reveló ni carne ni sangre, sino mi padre que está en los cielos" (Mt.16:16-17).

Todos nuestros sentidos exteriores son para tocar, escuchar, y captar aspectos del mundo material; y con nuestra alma captamos aspectos del mundo psicológico, personalidades, tristezas, exaltación; pero por nuestro espíritu distinguimos lo espiritual. Dios es Espíritu y es necesario adorarle en espíritu.

Las realidades espirituales pueden ser discernidas en el espíritu; por eso cuando no entendemos algo, preguntémosle directamente a Dios. Esperemos en él y él lo resolverá en su momento. No nos apoyemos en nuestra propia prudencia, sino "…confía en él; y el hará" (Sal.37:5).

PRIMERA PARADOJA

Tomaremos algunos ejemplos en la Palabra del Señor acerca de tres paradojas. Una acerca de la muerte, otra acerca de la vida y otra acerca de la salvación.

Vamos a empezar con la de la muerte. "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (Ro.6:2). Pablo está declarando un hecho espiritual, declarándolo con fe, y con conocimiento de causa, diciéndoselo a hermanos. "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Ro.6:3).

Lo que Adán llegó a ser después de la caída, todos los hombres lo heredamos en la carne. Pero los cristianos, los hijos de Dios, los creyen-

tes, hemos muerto al pecado, y hemos sido bautizados en la muerte de Cristo. La muerte del Señor no fue sólo para perdonar nuestros pecados, sino para pasarnos también a nosotros por la muerte juntamente con él. Jesucristo se vistió de nuestra humanidad, creció como Hijo de hombre y "…condenó al pecado en la carne…" (Ro.8:3-4).

Para que nosotros fuéramos libertados, murió, resucitó, ascendió y envió al Espíritu para darnos vida y resucitamos con él: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Ro.6:4). Somos partícipes de la misma resurrección de Cristo, no de otra diferente; por lo tanto, andemos en vida nueva: "…sabiendo esto…" (Ro.6:6).

Pablo lo sabía por revelación de Dios. Dios le había abierto los ojos para comprender todo, incluso la muerte "…que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido…" (Ro.6:6). La palabra "destruido" en el griego se traduce como anulado o desempleado, es decir, el cuerpo de pecado se ha dejado de usar. No es necesario volver a usar lo que corresponde al viejo hombre que está en la carne, porque ahora tenemos el don del Espíritu que contiene lo que es de Cristo, y podemos vivir por medio de la justicia de Dios y no por nuestra naturalidad.

En Gálatas nos dice: "y lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo" (Gá.2:20). Hay un conocer según la carne y un conocer según el Espíritu; un vivir según la carne y un vivir según el Espíritu. Por medio del Espíritu podemos vencer a la carne. Eso resuelve la paradoja que estamos nombrando. En Colosenses, el Espíritu Santo dice algunas frases, que si las leemos según el hombre natural, son incomprensibles: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que están arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues lo terrenal en vosotros…" (Col.3:1,5).

Aquí Pablo nos llama a hacer morir, surgiendo la pregunta: ¿Es decir, que no hemos muerto? Esto parece una contradicción, pero sólo parece. Es tan difícil morir por nosotros mismos: "…por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas" (Col.3:6-7); "y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno…" (Col. 3:10). "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, De entrañable mi-

sericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviese queja de otros. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacerlo vosotros. Y sobre todas las cosas, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto (Col.3:12,14).

Las palabras "nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo", "estáis muertos", "haced morir", son comprendidas cuando sabemos lo que es estar en Adán, en nosotros mismos, y en nuestra carne, a diferencia de estar en Cristo, y en su Espíritu. Aun cuando estamos en este cuerpo mortal, en resurrección espiritual somos semejantes a Cristo, mas todavía en nuestra carne opera la ley del pecado y de muerte. De manera que si andamos en la carne, en nosotros mismos, las cosas terrenales están vivas. Por eso hay que hacerlas morir en la experiencia de nuestra identificación con Cristo, en su muerte y en su resurrección, y como dice Romanos, presentarnos a Dios en Cristo como vivos de entre los muertos.

En resumen, en Adán heredamos la carne, y en la carne está la posición caída; y si andamos en nuestra naturalidad, se manifestará la carne. Aunque el Señor haya vencido a Adán, es necesario que le creamos y vivamos por el Señor y según el Espíritu. El Señor Jesús fue probado en todo, así como nosotros somos probados, pero él venció; él es el postrer Adán y terminó con todo lo de la vieja creación. Si estamos en el Espíritu, estamos muertos al pecado y vivimos para Dios y somos libres, y esa libertad es lo que debemos aplicar, haciendo morir lo terrenal. Este "morir lo terrenal" de que hablamos, no quiere decir que no hayamos muerto con Cristo, sino que todavía nos toca emplear lo que Cristo consiguió, y que está en nuestro espíritu y necesita ser aplicado, no desechando la gracia de Dios.

Pablo da a entender: "No voy a vivir por mí mismo si puedo vivir por la gracia, pues de lo contario se manifestaría nuevamente la carne". Cuando recibimos a Cristo, nuestra carne no se vuelve cristiana; se puede tratar de ser bueno, pero eso nunca va a hacer que la carne quede derrotada. Queremos decir que estando en Cristo, la carne fue vencida en Él, colocando la victoria sobre ella, y la nueva vida está en el Espíritu, que es un don de Dios para los que vivimos por la fe.

Pedro confió en sus fuerzas cuando dijo: "Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré" (…), "… aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré…" (Mt.26:33 y 35). Él no conocía la condición humana, y el Señor tuvo que permitirle la caída para que asumiera su condición y dejara de confiar en sí mismo. Después de la caída, Pedro lloró, porque pudo conocerse a sí mismo.

El Señor dice que cuando nos limpia los pecados, se olvida de ellos. Demos gracias al Padre por esta Palabra: "…aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida… (Ef.2:5).

El Señor también nos ha resucitado y su resurrección también es una paradoja. Podemos considerarnos vivo para Dios y vivir en esa novedad de vida nueva. Y esta vida no es la vida vieja "tratando de hacer", sino nueva vida de Dios en Cristo resucitado. Si le creemos al Señor, debemos dejar "el hacer" a él. Cuando dice que nuestro viejo hombre fue crucificado, es un hecho espiritual que ya existe. Podemos enfrentar la vida según la naturalidad que está en nuestra carne, en medio de la religiosidad, o podemos levantarnos en el nombre del Señor Jesús, confiar en él, y comprobar cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Desde esta manera, en la práctica cotidiana, Pablo hacía morir lo terrenal, queriendo decir, que apreciemos la muerte de Cristo, que es la nuestra, y que también creamos en nuestra resurrección, y poder considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo.

SEGUNDA PARADOJA

Veamos otra paradoja acerca de la vida: "Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo" (Ef.2:1-2). "…Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecado, nos dio vida juntamente con Cristo" (Ef.2:4-5).

En Juan dice: "El que tiene al Hijo, tiene la vida…" (1Jn. 5:12). Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. Nuestra fe debe venir del Señor, y en él tener nuestra confianza, porque Satanás nos engaña con una falsa fe. Hoy en día mucha gente está en la Nueva Era, que está copiando la confesión de Cristo en la Iglesia, pero sin fe en Cristo, no teniendo el sustento de la promesa de Dios, ni de la obra de Cristo, ni del Espíritu Santo.

Pablo agrega más cosas; veámoslas en Primera de Timoteo 6:12: "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuisteis llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos". Y ahora dice en el verso 18 y 19: "Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la visa eterna". No debemos poner la gracia en las riquezas que son

inciertas, sino en el Dios vivo que nos da todas las cosas en abundancia, para que disfrutemos y hagamos el bien. Pero hablando de la vida eterna, a veces nos aparece como una vida eterna del tiempo futuro. Tomarse de la vida eterna no quiere decir que no tengamos ya la vida eterna, sino más bien quiere decir hacer uso de ella. Ahora debemos hacer que la vida eterna forme a Cristo en nosotros y hacer lo de Cristo.

A veces la vida se nos presenta en versículos como algo ya obtenido, y otras, como que hay que echar mano de ella, queriendo decir que la vamos a heredar después. Nos podemos preguntar entonces, si Cristo murió por todos ¿por qué algunos se van al infierno? Y la respuesta es porque ellos no creyeron; no porque el Señor no quisiera salvarlos, pues la misma Palabra dice: "…el cual quiere que todos los hombres sean salvos…" (1 Ti.2:4).

Dios es todopoderoso y soberano, y él en su poder y sabiduría ha querido que el hombre pueda también decidir. La gracia de Dios fue manifestada para todos los hombres, y presentarlos perfectos en Cristo Jesús. Dios decidió no imponer salvación sino ofrecerla, y por nuestra parte como hombres sólo debemos decir "sí quiero".

Hay una entrada "en la vida" y una entrada "de la vida". Cuando recibimos al Señor, la vida "entra" en nosotros y vive Cristo en nosotros. Ahora cuando la Palabra nos dice "yo en Cristo", eso es entrar en la vida. Porque una cosa es Cristo en nosotros, y otra cosa es nosotros en Cristo, y nosotros ser hallados en él. Cristo ya está en nosotros, porque ya lo recibimos, pero ahora nos toca vivir por la fe en el Hijo, guardando sus obras.

TERCERA PARADOJA

Entonces, miremos lo que dice Pablo en Filipenses: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (Fil.3:12). Cristo ya nos tomó y ahora debemos lograr tomar por la fe aquello para lo cual fuimos tomados. Este asir de Cristo significa ser operario de los asuntos de Dios y aprovechar los dones que nos ha dado. Pablo es sincero en cuanto a su experiencia y aprovechamiento del don de Dios; porque él mismo no pretende haber alcanzado todo.

"…prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil.3:14). No proseguimos a la meta solamente por ser salvos y no irnos al infierno eternamente, sino sentándonos con él en

su trono, venciendo como el venció. Nuestra responsabilidad es aprovechar lo que Cristo nos ha dado, y nuestro regalo ha sido la vida, y Cristo en nuestra vida, y lo que aprovechamos en él.

"….todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos…" (Fil.3:15). ¿Será ésta otra contradicción? Pablo acaba de decir que no es perfecto, y ahora dice "los que somos perfectos". Bueno, esto sólo parece una contradicción, pero no lo es. Somos perfectos para siempre todos los que creemos. Él nos hizo perfectos porque la ofrenda es perfecta. Él en nosotros, pero esa perfección es un don, y es algo que Pablo persigue. Lo que Dios le dio y lo que Dios le hizo, quiere que sea aplicado en la experiencia, y en su testimonio.

Otro versículo dice: "…por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (…) Creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef.2:8-9-10). "He aquí yo vengo pronto, (…) para recompensar a cada uno según sean sus obras..." (Ap.22:12).

La salvación no es por las obras, sino por la fe, y nuestra fe se perfecciona en las obras, pero no es lo que hacemos lo que nos salva, sino el Señor Jesús recibido por la fe. Esa salvación se realiza, y tiene efecto en la vida, en el vivir y en las obras. Entonces, hay versículos, como el que acabamos de citar, donde dice que ya somos salvos, que por gracia somos salvos, pero al mismo tiempo en Filipenses nos dice: "… ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor…" (Fil.2:12).

Y de pronto, nos encontramos con que Pedro dice, "…en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado" (1P.1:13). "Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mt.24:13). Así que ¿somos salvos o hay que ocuparse de la salvación? ¿Hay que traerla o ya la tenemos? Parece que hay contradicción, pero no la hay tampoco. Cuando el Señor pagó el precio por nuestros pecados, jurídicamente fuimos perdonados, y resucitó y ascendió y derramó el Espíritu, y el que cree y el que se une al Señor por la fe, es un espíritu con él, y nació de nuevo instantáneamente y de una vez y para siempre. Ya está en su espíritu, pero esa vida eterna que tiene en el espíritu tiene que pasar a nuestra alma, y decidir ocuparse de la salvación con temor y temblor, y aplicar el don de la vida. La vida entró en nosotros, y ahora nosotros tenemos que entrar en esa vida, y también nuestra alma debe ser sumergida en esa vida. A eso se refiere la salvación del alma. El espíritu ya lo está, tenemos vida eterna, pues jurídicamente ya fuimos

perdonados, tenemos la vida divina, pero esa vida debe aplicarse. Por eso dice que debemos ocuparnos de la salvación con paciencia, y ya no dice con fe, sino dice con paciencia, y ganaremos las almas.

Ganar el alma es aplicar la vida eterna a todos los aspectos de nuestra alma. Ya somos perdonados por Dios, pero a veces nuestro pensamiento parece no estarlo, porque el hombre se siente pecador. Debemos estar a salvo del infierno, y también de los pensamientos. Hay que aplicarlo tomando la Cruz, porque ella también hay que tomarla, pues es una provisión. Por lo tanto, ahí habla de la salvación diaria, y habrá una aplicación cuando el Señor venga a nuestro cuerpo, es decir, la vida ya está en el espíritu. Ese río que sale del Espíritu, pasa del Lugar Santísimo que es nuestro espíritu, y pasa para ganar el alma y los pensamientos, y los sentimientos, y nuestra voluntad. Él vendrá a ponerlo todo en orden a lo largo de toda nuestra vida.

Vamos ganando el alma, salvando el alma, con la salvación que ya tenemos en el espíritu. Entonces, dice: "…el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. (Mt.16:25). Esto se trata de otro aspecto de la salvación, y es la salvación del alma, la aplicación de la salvación eterna, a nuestra vida diaria, a nuestros pensamientos, y eventualmente llegará a nuestro cuerpo.

Dice Pablo en Romanos que: "…el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia" (Ro.8:10). El que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará nuestros cuerpos mortales por su Espíritu. Nuestros cuerpos mortales pueden ser vivificados, si dependemos del Señor. Podemos estar agotados, confundidos, tantas cosas, pero está el Señor, que resucitó y vive en nosotros, y también ayudará a nuestros cuerpos.

Cuánto nos falta poner el pie en la tierra, y aprovechar a Cristo. Un día Cristo, que es nuestra vida, se manifestará, y nosotros también seremos manifestados con él en gloria, y al lado habrá una salvación que nos traerá salvación a nuestro cuerpo.

La Palabra nos dice: "Amados ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser…" (1Jn.3:2). Y lo que hemos de ser, es la salvación de nuestro cuerpo, en la resurrección gloriosa con Jesucristo. Hay un aspecto pasado de la salvación, un aspecto presente y un aspecto final. No hay contradicción, porque cada cosa está en su lugar.

Capítulo Veintisiete *

Libertados para fruto

Anteriormente hemos hecho un pequeño seguimiento de algunos de los capítulos de la epístola a los Romanos, relacionándolos con el tabernáculo, y viendo cómo algunas de las porciones del tabernáculo, de lo cotidiano, de los ritos, tienen una correspondencia con la presentación del Evangelio de Dios que nos hace el apóstol Pablo.

LA CULPABILIDAD DEL HOMBRE

Veíamos a grandes rasgos cómo los primeros capítulos, 1, 2 y hasta la mitad del 3 aproximadamente, aparecían, ya en el lenguaje propio neo-testamentario del Evangelio, la bacia o Fuente de Bronce que fue hecha con los espejos de las mujeres de Israel, en la cual los sacerdotes podían verse a sí mismos. Entonces veíamos porqué debían ser purificados, y pasar por el Altar de Bronce.

En esos primeros capítulos de Romanos se presenta que el hombre es inexcusable, así también como los gentiles que han tenido un testimonio verdadero, aunque parcialmente verdadero de Dios, a través de las cosas creadas. En el capítulo 2, también se presenta a los judíos como inexcusables. En el capítulo 3, ya llega con ese diagnóstico tremendo de que no hay justo, ni aun uno. Vemos cómo el trabajo inicial del Espíritu Santo, de convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio, es claramente hecho ahí.

Entonces esos primeros capítulos, digamos desde el 1:1 al 3:20, nos hablan del primer aspecto del Atrio, y de la función de la Fuente de Bronce, con los espejos de las mujeres de Israel, que esperaban a la puerta del tabernáculo, como nos lo dice el libro de Éxodo. Ya desde el versículo 21 comienza a describir el Altar de Bronce, mostrando la justicia de Dios por medio de Cristo, hablando de la muerte expiatoria de él, de la justificación por la fe, del tratamiento de nuestros pecados o transgresiones por la Sangre del Señor, del perdón de Dios, y después uno de los primeros tipos de sacrificios, mostrando la riqueza de la obra del Señor Jesús en la Cruz, y cómo él nos consiguió el perdón.

* Mensaje predicado en Santiago el 19/08/2009.

Luego del capítulo 4 y del 5, a partir del verso 12, se hace una transición también, así como en varias transiciones cuando se describen los sacrificios por el pecado, el sacrificio de paz, etc. En Levítico dice: Esta es la ley de los holocaustos, y de las ofrendas, de los sacrificios por la culpa, por el pecado, los sacrificios de paz, los de consagraciones, y una serie de palabras claves que nos revelan la profundidad de las riquezas inescrutables de la gracia de Dios en Cristo, realizadas por Él en la Cruz.

LA MUERTE DEL SEÑOR POR EL PECADO

Ahora pasamos a tratar este aspecto de la muerte del Señor por el pecado, en el sentido singular. Hasta el capítulo 5 verso 11 se podían ver palabras claves como justificación, perdón, salvación, incluso reconciliación, mostrándonos aspectos de la expiación, el sacrificio por el pecado, el sacrificio de paz. Pero luego el apóstol Pablo, ya en el capítulo 5, no trata solamente el problema de los frutos del árbol, sino el problema del árbol mismo que no luce con los frutos.

El Señor no trata solamente el perdón por los pecados que cometemos, los cuales con su infinita gracia, con su preciosa Sangre, nos perdona, sino que aquí se presenta otro problema, y es lo que nosotros mismos somos. No solamente el fruto del árbol, sino del árbol mismo; el Señor no solamente tiene que tratar con nuestros pecados, sino con el pecador. Luego comienza a aparecer el aspecto del tratamiento al pecador a través de la Cruz y a través de la muerte conjunta con Cristo. Entonces, ya no se habla más en plural de las transgresiones, de iniquidades y pecados, ni perdón de los pecados en plural, sino que comienza a aparecer la palabra "el pecado" en singular, especialmente en el capítulo 5 y en el capítulo 6.

En nuestra condición humana, hemos sido concebidos en pecado desde el vientre de nuestra madre, y fuimos constituidos pecadores por la desobediencia de un solo hombre, que fue Adán. El problema es que cuando Adán pecó, la naturaleza humana en general quedó vendida al poder del pecado, y cada ser humano que nace es un pecador, que antes de cometer el primer pecado ya está listo para pecar tan pronto tenga la primera oportunidad. Pablo dice, por el Espíritu Santo, en Romanos que: "…por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores…" (Ro.5:19).

Es decir, cuando Adán pecó, la naturaleza humana fue vendida al poder del pecado, quedando esclava de él, e incapaz por sí sola de vencerle. Por lo tanto, el problema que el Señor ha tenido con noso-

tros no es solamente lo que hacemos, sino lo que somos en nosotros mismos. Desde la segunda mitad del capítulo 5, comienza a tratar lo que es estar en Adán, en contraposición a los que están en Cristo. Ya no solamente habla del perdón sino que habla también de la Cruz, y ya no solamente habla de pecados, sino del "pecado", referido al poder del pecado que subyuga a la naturaleza humana a partir de la caída del primer hombre, y que opera en todos los hombres, con excepción del Señor Jesucristo que venció el pecado en la carne, y este no pudo entrar en él, y no fue aceptado en su carne.

El Señor Jesucristo asume, por una parte, como si él hubiera cometido los pecados, y muere por nuestros pecados, simbolizando al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; pero también el Señor, por él mismo, se identificó con aquel juicio de la serpiente. Cuando el pueblo de Israel era mordido por una serpiente, tenía que mirar a otra serpiente, pero de bronce, que estaba insertada en un asta, para poder ser libres del efecto de la mordedura.

Entonces, ahí estamos viendo otros aspectos de la obra del Señor Jesucristo, y no sólo el morir por nuestros pecados, sino que también comienza a introducirnos en el hecho de nuestra muerte conjunta con él, que es otro nivel de la obra del Señor Jesús en la Cruz, el cual está más allá de haber muerto por nuestros pecados como el Cordero de Dios que con su Sangre nos limpia de todo pecado.

Es también el primer nivel el que tiene que ver con la justificación y con la limpieza de la mancha del pecado; pero ahora va más allá cuando Aquel mismo dice: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn.3:14). Ahí el Señor Jesús fue hecho pecado por nosotros, llevando nuestra maldición, y nuestro viejo hombre crucificado juntamente con él, así como también el pecado. El cuerpo de pecado es anulado o dejado sin efecto, o bien dicho, desempleado, por medio de la muerte de Cristo que es el último Adán, con quien todo lo perteneciente a Adán es terminado, resucitando Cristo como el Segundo Hombre para comenzar de nuevo.

Ya hemos llegado al capítulo 6, donde dice que: "…nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, (…) Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Ro.6:6 y 11).

LA LIBERACIÓN DEL PECADO

Pablo está entrando en algo más profundo que solo sobre el perdón. Otra palabra que comienza a aparecer especialmente en el capítulo 6 es la palabra libertad. Ya que una cosa es ser perdonados, y otra cosa mayor y más profunda es ser liberados. El capítulo 6 nos presenta claramente en el evangelio la liberación del pecado, y no solamente el perdón de los pecados, sino la liberación. A veces podemos entender mal este capítulo, e interpretar la liberación del pecado como si nuestra carne pudiera mejorar después de nacer de nuevo, tornándonos impecables. Estas son interpretaciones raras de nuestra muerte con Cristo, y de nuestra liberación del pecado.

Lo que somos en Adán está siempre en nuestra carne, hasta el día que nuestra carne sea transformada en un cuerpo glorioso semejante al resurrecto del Señor Jesús. Si hay una liberación del pecado es porque el Señor Jesucristo condenó al pecado en la carne, pasando la naturaleza humana por la Cruz y también por la resurrección y ascensión. De manera que la liberación del pecado está en Cristo, por lo tanto, está también en el Espíritu. La libertad de la que habla Pablo en el capítulo 6, no es una libertad en el sentido de que nos tornamos impecables, y que nunca pecaremos, pues sería una doctrina errónea acerca de la impecabilidad.

El apóstol Juan también habla, en su primera epístola, algo muy interesante: "Todo aquel que permanece en él, no peca; (1Jn.3:6). "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1Jn.1:8). "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados…" (1Jn.1:9). Esto para que no pequéis, pero luego con todo realismo continua diciendo: "…y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1Jn.2:1-2).

Ahora, en el capítulo 6 de Romanos, desde el versículo 15, veremos cómo empiezan a aparecer algunas diferencias de expresión, que hasta aquí no habían aparecido. En el capítulo 3 y 4, las expresiones eran en plural, por ejemplo, "los pecados", "las transgresiones", etc. "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Ro.4:7). Dios tenía que hacer algo más profundo con nosotros, y por su gracia lo ha hecho en Cristo. Dios tenía que libertar nuestra naturaleza del pecado; y no lo hizo desconectando el pecado de nuestra carne, sino dándonos una nueva vida en el Espíritu, totalmente justa, santa, libre y verdadera; pero en la

carne continuó operando el Adán caído. Si escogemos andar en la carne, aparecerá de nuevo la miseria que Adán introdujo en la naturaleza humana. Si escogemos andar en el Espíritu, en él hay libertad, hay justicia, y ya no solamente imputada como en el perdón, sino que infundida, porque la nueva naturaleza, la divina, es justa en el sentido positivo, y es santa en el sentido positivo.

Hay un aspecto negativo también de la santidad, que es como la separación de lo pecaminoso y del mundo, e incluso de lo humanamente natural y de lo común; pero hay un aspecto positivo de la santidad que la naturaleza ofrece. Entonces, el Señor nos libra de lo negativo y podemos decir que nos perdona en un sentido jurídico. El Señor también introduce un elemento nuevo, que es la naturaleza divina, naciendo de nuevo nosotros del Espíritu. Somos nuevas criaturas creadas en la justicia, y en la santidad de la verdad; y eso es un aspecto positivo de la justicia y de la santidad.

Tenemos que comprender cada nivel de la Cruz, donde el propio Señor Jesús tiene que morir por nuestros pecados, y además hecho pecado por nosotros, cargando con la maldición; es decir, ensartar a la serpiente en el asta, y juzgarla. Por eso, esa serpiente era de bronce, que representa el juicio de Dios; y ensartada en un asta porque es representativa de la crucifixión del viejo hombre en la Cruz, porque el Señor fue hecho pecado por nosotros para que seamos hechos justicia de Dios en Él.

Ahora, ya en el capítulo 6, aparece la palabra libertad; palabra que se asocia luego con el Espíritu. Pero para que no entendamos mal, esta liberación nos lleva del capítulo 6 al 8, donde habla de la ley del Espíritu de vida y de la vida en el Espíritu. Pero, también es necesario pasar por el capítulo 7, para que no entendamos mal los términos de la liberación, pues es preciso tener claro que en Cristo Jesús fuimos totalmente libertados del pecado. Pero por este capítulo 7, entendemos que esa liberación no constituyó una mejoría de nuestra carne. Nuestra carne no ha mejorado y sigue siendo poco confiable, ya que no podemos nunca poner nuestra confianza más en ella, ni siquiera en sus aspectos más blanquecinos, como los que aparecen en aquella lista blanca de las obras de la carne que está en Filipenses 3.

Por lo tanto, la carne tiene su lado aparentemente bueno; el árbol que mata, es el que tiene más descaros en el mismo árbol, porque no es que uno es el árbol del bien y otro es el árbol del mal. Uno es el que da vida divina, y el otro es el árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, el de la justicia propia, de la independencia humana de Dios. El Señor nos quiere conducir al árbol de la vida, y no solamente a una

justicia propia, sino a vivir única y exclusivamente por el propio Dios, por el propio Cristo de Dios, por el propio Espíritu de Jesucristo.

EL PAPEL DE LA RESPONSABILIDAD HUMANA

Veamos el capítulo 6, para dar continuidad a esa visión panorámica, a partir del verso 15: "¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera" (Ro.6:15). Esto ya lo había dicho en el verso 1: "¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera" (Ro.6:1-2). Ya introduce nuestra muerte con Cristo diciendo: "Porque los que hemos muerto al pecado" (Ro.6:2). No está diciendo que debemos ir muriendo, o hacer un esfuerzo para procurar libertad, ¡nada de eso! Él habla de hechos espirituales consumados en la persona de Cristo, que son una realidad en el Espíritu y en el nuevo hombre, pero no en la carne, sino en el Espíritu.

"¿No sabéis que si os sometéis…" (Ro.6:16). Aquí vuelve a introducir la responsabilidad humana. En este capítulo, cuando comienza a hablar de la libertad, ya no estamos en el Atrio. Cuando se hablaba de la Fuente de Bronce, de ser convencidos de pecado, e incluso un sacrificio por las transgresiones, y del sacrificio por el pecado, todos los tipos de sacrificios se realizan en el Altar de Bronce. Estamos en el Atrio; pero luego el efecto de eso es introducirnos, darnos entrada, al Lugar Santo. En el Atrio hay que tratar lo que deberíamos de tratar, pero ya en el Lugar Santo, se trata de lo que pasa con el alma.

Dios trata con nuestra alma, así como el Lugar Santísimo trata con nuestro espíritu, y podríamos decir, que el capítulo 8 de Romanos, donde aparece el río de vida del Espíritu de Dios, es el Lugar Santísimo, porque los ríos de Dios, salen de debajo de su trono, salen del Lugar Santísimo, y claro, después aparece, saltando desde el 8 al 12, la vida de la Iglesia. O sea, estaban dispuestas en el tabernáculo; pero como la Iglesia comienza y termina con Israel, no puede saltarse del 8 al 12, sino que tiene que pasar por el 9, 10 y el 11, donde nos habla del misterio de Israel, de Dios planificando algo con Israel. Promesas, corrección, endurecimiento parcial, pero transitorios.

Cristo es el todo y en todos; así la Iglesia comienza con Israel, las promesas fueron hechas a Israel, de perdonar los pecados, de dar el Espíritu; comienza en Jerusalén y en Judea y en Samaria, y después pasa hasta lo último de la tierra, y al final vuelve otra vez a Israel, como lo hacen muchas profecías, y las resume en Romanos 11.

Entonces, entre el capítulo 8 donde está el Lugar Santísimo y el capítulo 12 donde está la vida práctica de la Iglesia, los capítulos 9, 10 y 11 tienen que ver con el misterio de Israel, porque la Iglesia empieza en Jerusalén; la Iglesia empieza con promesas hechas a Israel, que pasan a través de la Cruz también a los gentiles. Por lo tanto, la Iglesia no puede ignorar el misterio de Israel; por eso dice: "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles…" (Rom.11:25).

El Lugar Santísimo tiene que ver con nuestro espíritu; y hay que tratar lo relativo al Lugar Santo, el alma, pues es el resultado de haber sido facultados en el Atrio por el perdón y por la muerte conjunta con Cristo, por reconciliación y por la resurrección de Cristo y ascensión. Entonces, escondidos con él ahí, comenzamos a entrar, comienzan las operaciones de nuestra alma, porque, en cuanto al Atrio, las operaciones son de tipo jurídico, pero en el Lugar Santo las operaciones son del tipo orgánico; es decir, lo que el Señor hizo con nosotros en la Cruz, se comprimió el sentido, y cambia nuestra situación jurídica de culpables, por perdonados, y por libres.

Pero Dios no quiere solamente cambiar delante de él nuestra situación jurídica, sino que quiere también transformarnos a nosotros. No solamente es algo de perdón, sino también de conocimiento de la renovación, de transformación, y todo eso tiene que ver con nuestra alma, y con nuestro espíritu.

"¿No sabéis que si os sometéis a alguien, a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? (Ro.6:16). Es interesante que relaciona la justicia con la obediencia, y en otros lugares, inclusive empezando Romanos, en el saludo, habla de la obediencia a la fe, o sea, que la verdadera fe incluye el arrepentimiento que produce obras, como dice Santiago. No es que tenga que haber necesariamente una oposición entre Pablo y Santiago, pues Pablo también ve lo que ve Santiago, pero Pablo enfatiza primeramente el aspecto jurídico de la justificación por la sola fe sin las obras.

Pablo también dice en Efesios: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ella" (Ef.2:8-9). Y Santiago cuando habla de la fe nos dice: "Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi

fe por mis obras" (Stg.2:18). Si leemos Santiago, nos encontramos con frases como ésta, donde él se refiere a la salvación del alma. Lo que Santiago está tratando en su epístola, es lo relativo a la salvación del alma y al reino, y no lo relativo a la salvación jurídica. Lo que trata Santiago, lo trata también Pablo en las segundas partes de sus epístolas, de manera que no hay una contradicción sino un complemento. Las dos líneas apostólicas son inspiradas por el Espíritu Santo.

"Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados…" (Ro.6:17). La obediencia trae justicia, y esta gracia, a primera vista, parece sumamente osada, pero Pablo habla así con tal desparpajo, y sin temores al mencionar la palabra doctrina, pero no hay problema en eso si se está en el Espíritu. Así que Pablo no está usando la palabra doctrina en un sentido legalista.

Ahora, continúa con la consecuencia de esto: "…libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia" (Ro.6:18). Donde dice "erais esclavos del pecado", ahora dice "libertados del pecado y hechos siervos de la justicia", hablando del resultado normal de haber sido crucificados con Cristo y resucitados también con él, hechos nuevas criaturas. Por lo tanto, en la nueva creación somos libres del pecado, en Cristo por el Espíritu.

Pablo no quiere que malentendamos esto, y que digamos que nuestra carne mejoró, y por eso sigue diciendo: "Hablo como humano, por vuestra humana debilidad…" (Ro.6:19). Él podía hablar como hijo Dios, pero también por la debilidad humana de los hermanos en su carne, porque no han creído lo suficiente para permanecer lo más posible en el Espíritu. Es posible vivir toda la vida en el Espíritu, pero no lo hacemos. Dios no nos puso una imposibilidad, sino que nos la ponemos nosotros al tomarnos vacaciones del Espíritu y darle lugar a la carne, pero la provisión espiritual, y el perdón, son cosas verdaderas. El Espíritu es suficiente. La Sangre y el Espíritu son los elementos esenciales de la promesa del nuevo pacto, por los que Dios olvidaría nuestros pecados y pondría ese Espíritu en nosotros, y nos haría andar en sus caminos. Pablo estaba en Espíritu cuando habla como humano, pues ya no dice nuestra, sino vuestra. En Cristo hay la muerte al pecado, y en Cristo todo se puede, pero de todas maneras él dice que habla como humano, por vuestra humana debilidad.

"…que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros…" (Ro.6:19). Aquí se refiere a esa aplicación cotidiana de la provisión en el Espíritu, ejercida por

la fe, y la responsabilidad del hombre en la fe, esforzándose en la gracia. La gracia escrita en nosotros, y el esforzarse de nosotros en Cristo, son los dos aspectos complementarios, los dos remos de una barca. La provisión es lo que el Señor hizo por nosotros, o sea, Cristo en nosotros; ese es un remo. Y a veces hay que remar con un remo. Pero si sólo reman con ese remo, vamos a dar vueltas y vueltas, y no va a avanzar porque está siendo pasivo e irresponsable. No podemos dejar de contar con la provisión y la obra consumada de Cristo, creída por fe, que es la provisión, mas también siendo responsables en disfrutar lo que hemos conseguido por gracia. Quien tomó la decisión de presentarse a la iniquidad fue el alma, y el alma es la que así también debe tomar la decisión de presentarse en Cristo y tomar por la fe activa lo que Cristo ha provisto.

"…que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia…" (Dt.30:19). Cristo es nuestra santificación, pero aquí nos está hablando de la santificación no sólo provista, sino de la santificación adquirida. Ya nacimos en el nuevo hombre, y así también ya se nació en la justicia y santidad de la verdad; pero debemos ejercitarlas en la vida diaria por la fe activa, para que esa santificación provista se exprese en nuestra vida.

"…sino presentaos vosotros mismos a Dios (…) y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia" (Ro.6:13). Cuando habla de "santificación y para servir a la justicia" está pasando de la sola fe, a lo que Pedro dice: "…añadid a vuestra fe virtud…" (2P.1:5). Es decir, al ejercicio de la provisión por medio de la fe, considerarse muertos al pecado, y también vivos para Dios, en Cristo; muertos para el pecado en Cristo por la fe, porque él nos crucificó y nos liberó en Él, y eso está en el Espíritu, y al Espíritu lo recibimos por gracia, y no por las obras de la ley. Así que, permaneciendo en Él y Él en nosotros, avanzará la barca, y llevaremos frutos de justicia para la gloria del Padre.

"Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios…" (Ro.6:20,22). Ese "ahora" de que habla Pablo, es el ahora de la Iglesia. La Iglesia no solo ha sido perdonada porque es de Él, sino que ha sido también liberada y constituida nueva creación, hijos e hijas de Dios en la gracia asumida con responsabilidad y fe. Ahora pasamos de lo jurídico a lo orgánico; pasamos de la provisión al disfrute; pasamos a tener la tierra dada por Dios delante de nosotros, a poner el pie en la tierra para que efectivamente el regalo sea demostrado como cumplido.

Veremos otra expresión que aparece en 2ª de Tesalonicenses, dejando un momento Romanos, pero lo retomaremos nuevamente: "… Cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros). Por lo cual, asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder…" (1Ts.1:10-11). Recordemos la colaboración del casamiento entre el Dios que provee y el hombre que recibe, que corresponde sustentado por la gracia, y ahora ejercita la liberación, que es la libertad que la gracia dio, porque Dios no obliga a nadie. La gracia capacita a ser libre al que escoge libremente, esforzándose en la gracia. Luego, ¿qué debe cumplir Dios? "Todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder", nos dice la Palabra. Aquí está la sinergia, aquí están los dos remos: Dios en nosotros, y que cumpla con su pueblo, y nosotros en Dios-Cristo.

Pablo dice: "Me propuse en espíritu". Es decir, él ejercitó su voluntad, y esto nos sirve a nosotros, porque algunos quieren que el Señor nos hale del oído, y haga todas las cosas solo; pero el Señor dice: "Yo quise, mas vosotros no quisisteis". El Señor es soberano y todopoderoso, pero él no ejercita de forma violenta, ni de manera arbitraria, su soberanía. Dios quiere un ser humano responsable. Claro que la caída afectó nuestra capacidad, pero la responsabilidad sigue porque fue dada al hombre, y ahora el hombre en la gracia tiene la capacidad de cumplir su responsabilidad. Pero, ¿qué hace la gracia? La gracia recapacita para la responsabilidad, pero no la sustituye.

El que quiera ser nacido de nuevo, tome esa provisión: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Lc.9:23). Esto es una provisión de Dios que viene a ser adquirida por la fe, y con una elección responsable, sustentada en la gracia. La Escritura dice: "…Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo…" (Hch.7:51). El Espíritu Santo sí es resistible. Dios, que es soberano y todopoderoso, podría obligarnos, pero dejaríamos de ser hombres y pasaríamos a ser muñecos, y esa clase de gloria no es gloria para Dios. Él hace a sus criaturas responsables y libres. Algunos piensan que la gloria de Dios consiste en una sola realidad arbitraria, y no es así, porque la gloria de Dios consiste en ser adorado en espíritu y en verdad, y eso es lo que el Padre busca.

Dios quiere que nosotros queramos: "Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Ap.22:17). "Si alguno quiere venir en pos de mí…" (Lc.9:23). "…el cual quiere que

todos los hombres sean salvos…" (1Ti.2:4). Dice Pablo a Tito que: "… la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres…" (Tit.2:11). El hombre no le ha querido recibir, porque la manera como Dios da la fe es haciendo oír el evangelio; y además la Palabra nos dice que: "…la fe es por el oír…" (Ro.10:17).

Entonces, hay una responsabilidad en el hombre. La gracia no anula la responsabilidad del hombre, sino que capacita al hombre para que se esfuerce en la gracia y tome una decisión en la gracia. Entonces, no es que sea sólo Dios produciendo el querer y el hacer sin nosotros, sino que Él produce el querer y el hacer, pero en nosotros; o sea, pasando a través de todo nuestro ser en pleno ejercicio, conteniéndonos en sus obras.

"Mas a todos los que le recibieron (…) les dio potestad de ser hechos hijos de Dios…" (Jn.1:12). Pero tienen que recibirle para ser hijos de Dios. En Tesalonicenses, Pablo usa estas expresiones: "propósito de bondad", y "obra de fe", que es el proponerse, y es la responsabilidad del hombre.

Ahora regresemos nuevamente a Romanos, que nos dice: "Mas ahora que habéis sido libertados del pecado…" (Ro.6:22). Este "ahora" es de la regeneración, de la nueva creación en Cristo, es el ahora del suministro del Espíritu de Dios como un don, y es el ahora nuestro. Y también vuelve a usar la palabra libertados, y ya no el perdonados de los pecados, sino libertados del pecado, en singular. Es algo más profundo, es otro aspecto de la muerte de Cristo.

"…y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación…" (Ro.6:22). Pero esta santificación es provista, y es Cristo en nosotros; es la que produce el fruto, y debe ser apropiada por la fe, y ejercida en fe, por responsabilidad del hombre, para que esta santificación ya no sea sólo provisión.

"…y como fin, la vida eterna" (Ro.6:22). Esto pareciera ser una paradoja, que aquella vida eterna aparece como fin. En algunos lugares, aparece como futuro, y en otros aparece como presente, pero todo esto no es una contradicción. Dice Juan: "…os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna…" (1Jn.5:13). Es decir, que ya la tenemos. Y Pablo también ha dicho que: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; (…) pues es don de Dios…" (Ef.2:8). También se nos muestra como un hecho.

Pero el Señor Jesús dice: "Mas si quieres entrar en la vida…" (Mt.19:17). Hay que poner atención a esta frase, pues una cosa es que

la vida entre en nosotros, y otra cosa es que nosotros entremos en la vida. La vida entra en nosotros cuando creemos, y pasamos de muerte a vida. El que vea al Hijo y crea en él, no perecerá jamás; el que recibe al Hijo tiene la vida. Este es el testimonio de Dios, que nos ha dado vida eterna, y esa vida está en su Hijo. Cada uno tiene la vida, y esa vida tiene una tremenda capacidad.

Pero llega la hora del tribunal de Cristo, y viene la pregunta: ¿Qué hiciste con tu mina? Y uno dirá: "Señor, tu mina produjo diez minas"; entonces se le dirá: "Sé sobre diez ciudades"; otro dirá: "Produjo cinco minas"; por lo que también: "Sé sobre cinco ciudades". Entonces, una cosa es la vida que entra en nosotros, lo cual equivale a recibir la mina; y otra cosa es nosotros entrar en la vida. La vida como un don, y la vida como un vivir, porque hay Cristo como vida y Cristo como vivir. Cristo como vivir es la aplicación del don de la vida a la cotidianeidad, es el poner el pie en la tierra. Eso es lo que dice aquí Pablo "como fin la vida eterna". Si estuviera hablando de la provisión, tendría que decir "como principio la vida eterna"; pero como ahora se trata del aprovechamiento responsable de la gracia, ahora tiene como fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.

Por eso, Pablo le dice a Timoteo: "…echen mano de la vida eterna" (1Ti.6:19). Pero acaso, ¿no la tiene ya? Claro que la tiene. Jurídicamente ya está salvo y ha nacido de nuevo, y en esa nueva criatura está el reproducir a Cristo en la vida de las personas, formar a Cristo hasta configurarlo a su imagen. Para que él se configure en nosotros, y nosotros seamos configurados para él, se requiere de nuestra colaboración, de nuestra responsabilidad, de nuestro esfuerzo en la gracia. No estamos hablando de que nosotros podemos hacer algo sin la gracia, sino que estamos hablando que la gracia quiere que seamos responsables.

El Señor quiere colocarnos en una posición cerca de él en su reino, y todos los que estén en el reino van a estar salvos, pero una cosa es ser ciudadanos de una ciudad y otra cosa es ser alcalde de una ciudad, y otra mayor es ser coordinador de la nación o presidente de la nación. El Señor va a necesitar muchos presidentes, reyes, gobernadores, y alcaldes, y no sólo ciudadanos. Ser ciudadanos es por haber nacido de nuevo, pero ser alcalde, ser el gobernador, ser el ministro de hacienda, es haber trabajado con el presidente cuando él era candidato, es haber sido su amigo, colaborador con él, y haberle servido, para que entonces, cuando él ya esté gobernando, sepa cuáles son sus amigos que lucharon con él, y darles algún puesto en la presidencia con el rey.

La salvación es una cosa y el reino otra; la provisión es una cosa y el aprovechamiento de ella es otra; la gracia es una cosa y la responsabilidad es otra. Dios nunca nos da su gracia para hacernos irresponsables, sino para que seamos cada vez más responsables en aprovecharla. Por eso dice: "¿Perseveraremos en el pecado para que la Gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos en él? (Ro.6:1-2).

El que hayamos muerto significa que estamos crucificados, pero también resucitados, y que nos tenemos que considerar muertos y a la vez vivos, y como vivos, presentarnos como instrumentos de justicia. Ahí no hay ninguna pasividad, sino que hay propósito de bondad y obra de fe, pero cumplidos por Dios con su poder, por dos remos, para avanzar por el sepulcro, y hacia la vida eterna, y a santificación desde la santificación, y desde la vida eterna. Desde la vida eterna, hacia la vida eterna; desde la santificación provista, a la santificación aprovechada.

"Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor" (Ro.6:23). La dádiva nos dice que es en Cristo Jesús nuestro Señor; y ahí entonces ya llegamos al capítulo 7, que a modo de resumen valdrá la pena mantener. Y aparecen varias cosas desde el verso 7. La ley del pecado en la carne es tan fuerte que el poder del pecado no es vencido por la sola alma, ni por la sola fuerza de la mente, o por la sola fuerza del hombre. Tiene que haber una cuarta ley: la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, que es la ley que tiene el Espíritu dentro de Él.

Así como cada criatura tiene una programación interior, donde cada ser vivo se comporta como lo que es. Es decir, digamos que en el ADN están programadas todas sus funciones, y así como los animales tienen su naturaleza, así los seres humanos caídos están programados para pecar. Pero el Espíritu Santo, que no es criatura, pero proviene del Padre y el Hijo, Él también tiene una ley dentro de sí, que se llama la ley del Espíritu de vida en Cristo, y esa es la que nos libra de la ley de pecado en la carne.

La ley de la mente no es suficiente para vencer la ley del pecado y de la muerte en la carne, sino que se necesita la ley del Espíritu. Por eso Dios no nos colocó ahora bajo la ley externa, la ley de los mandamientos, pues hemos muerto con Cristo, y por la muerte hemos sido crucificados con él, y sepultados con él. La ley externa nos condenaba a muerte y esa condenación la recibió Cristo por nosotros, y Cristo nos incluyó en su muerte. Él resucitó como Segundo Hombre, y nos resucitó para casarnos con otro; se muere el marido, como decía al

inicio del capítulo siete, entonces esa mujer está libre de casarse con otro. Mientras el marido vive, no puede casarse con otro, pero cuando su marido muere, sí puede hacerlo. Así nosotros hemos muerto. La ley no tiene por qué morir, pero nosotros sí morimos. Nosotros no pudimos obedecer la ley, y ésta nos condenó. Pero Cristo nos salvó en su muerte, nos sepultó con él, nos resucitó, nos dio el Espíritu y ahora nacimos de nuevo, pero para ser de otro, y estamos en otro reino. Fuimos trasladados de la carne, del mundo, de las potestades de las tinieblas, del reino de la letra, al reino de Dios, al reino del Espíritu, que es en Cristo Jesús.

Ahora estamos casados con otro. Ya no con el reino de la ley, sino bajo la gracia, y esa gracia no es solo para perdonarnos, sino también para regenerarnos, para transformarnos a la imagen de Cristo, y revelarnos el misterio, vivificarnos como un solo cuerpo. Pero requiere de nuestra colaboración con la gracia. ¿Queremos? Pues, entonces, el que quiera, venga y beba gratuitamente, dice el Señor.

Capítulo Veintiocho *

¿Quién me librará?

Hemos estado considerando aspectos y niveles de la obra de Cristo, principalmente en relación con la Cruz, lógicamente relacionándola con la resurrección, con la ascensión y con el derramamiento de su Espíritu. En la Cruz, el Señor realizó todo lo necesario para limpiar el pecado de los hombres aquí en la tierra, y quitar lo negativo, lo que no podía permanecer en la presencia de Dios y que fue introducido por Satanás desde su rebelión en los cielos. Entonces, una parte de la obra del Señor – como vemos – es para limpiar, para quitar y también para suplir e introducir la nueva creación, su obra nueva. Él ha regenerado, renovado, y transformado para ir conformándonos a su propia imagen.

Para lograr esto, es necesario el Espíritu, y Él ha venido porque Jesucristo resucitó, ascendió y está sentado a la diestra del Padre. Dios, desde el Antiguo Testamento, prometió, por una parte, perdonar nuestros pecados, olvidar nuestras iniquidades y echarlas al mar del olvido; y por otra, ha prometido también darnos su Espíritu, ponerlo en nosotros y hacernos andar con él, regenerándonos y fortaleciéndonos.

En los primeros tres capítulos de Romanos, podemos ver un diagnóstico de nuestra condición; y así como en el Atrio del tabernáculo se encontraba antes del propio Altar de Bronce una Fuente de Bronce hecha con los espejos de las mujeres de Israel, que esperaban a la puerta del tabernáculo, donde los sacerdotes podían verse a sí mismos, así, la primera obra que hace el Espíritu Santo, como lo hacían los espejos de la Fuente de Bronce, es la de convencernos de pecado, de justicia y de juicio. Y ésta tarea es la de los tres primeros capítulos, especialmente hasta la mitad del 3.

En Romanos, desde el capítulo 4, se nos viene hablando de algunos aspectos que tienen que ver con la Sangre, con los pecados e iniquidades en general. Por ejemplo, en el verso 7 de ese capítulo se nos muestra ese primer nivel de la obra del Señor Jesús en la Cruz con su Sangre: "… Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son per-

* Mensaje predicado en Santiago el 21/08/2009.

donadas, Y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado" (Ro.4:7-8).

El énfasis aquí, como lo podemos ver, es en el perdón de los pecados por la Sangre de Cristo en la justificación por la fe. Es una obra que podríamos llamar jurídica de parte del Señor a nuestro favor, llevando nuestra deuda y pagándola. "Porque la paga del pecado es la muerte…" (Rom.6:23). Y nosotros pecamos, pero Jesucristo murió para limpiarnos con su sangre y esa es la bienaventuranza que aparece aquí.

Hasta la mitad del 5, vemos al Espíritu Santo guiándonos desde la Fuente de Bronce al Altar de Bronce, a ese primer aspecto del sacrificio de Cristo que tiene que ver con nuestros pecados y con su perdón. Pero luego a partir de la mitad de este capítulo, la Palabra del Señor comienza a mostrarnos que nuestro problema, además de nuestros pecados, es la condición humana heredada, caída desde que nacimos, así, como dice la Palabra que "… en pecado me concibió mi madre" (Sal.51:5). Porque, "como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres…". Y este hombre fue Adán. La gloria y santidad de Dios el Padre fue ofendida por el hombre.

El Señor Jesús vino sin pecado y luchó contra él, venciéndolo. El Señor Jesús no tenía por qué morir, pero lo hizo y no por sus pecados, sino por los nuestros. El Padre testificó que su Hijo le agradaba, que le complacía, que nunca hubo pecado en él y que como un Cordero sin defecto se entregó en expiación perfecta para satisfacer la justicia de su Padre, y también para hacer expiación por nosotros y justificarnos, ser reconciliados y libertados. Entonces, en su muerte nos incluyó a nosotros. Él se vistió de la naturaleza humana, venció en la carne como hombre, condenó al pecado en la carne y pasó por la muerte a nuestro viejo hombre, que fue crucificado juntamente con él, y Cristo también nos resucitó. Jesús fue a la Cruz como el postrer Adán, para terminar todo lo que Adán llegó a ser después de la caída.

A los ojos de Dios hay prácticamente solo dos hombres, el primero y el segundo. El Señor Jesús es considerado como el segundo hombre y toda la humanidad nacida de Adán es considerada como Adán mismo, pues por el pecado de él, la naturaleza humana de todos nosotros quedó vendida al poder del pecado. Y por eso, por el pecado de uno solo, fuimos constituidos pecadores y nacimos con una condición pecaminosa, con una naturaleza inclinada a la corrupción, al pecado, a la concupiscencia en sus diversos sentidos y a la inmoralidad.

Entonces, Dios no solamente tenía que tratar con nuestros pecados, con lo que hacemos, sino además con lo que somos. Porque hasta el día en que esta carne sea transformada a semejanza de su gloria, en nuestra carne operará la ley del pecado y de la muerte que fue introducida a partir de la caída de Adán. Por eso, el Señor Jesús no sólo tenía que morir por nosotros, sino que era necesario que también nosotros en Cristo muriésemos. Gracias a Dios, que el Señor Jesús también resucitó, y estando nosotros muertos en delitos y pecados, siendo hijos de ira por naturaleza, lo mismo que los demás hombres, Él nos amó y nos dio vida cuando estábamos muertos. El Hijo del hombre vino a buscar lo que estaba perdido y nos dio vida, aunque nadie la podía merecer, ni nadie la podría pagar. "… De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn.3:16).

El Espíritu Santo es un don, es un regalo, y Pablo le pregunta a los Gálatas: "… ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?" (Gá.3:2). No es porque lo merecemos, no es porque nunca fallamos, sino porque le creímos a Dios, y Él, en su bondad, se compadeció profundamente de nosotros y vino a llevar el precio de nuestros pecados.

Ahora, llegamos al capítulo 6, donde la palabra clave es libertad, y la libertad gracias al don. Ya en el 5 aparecía esa expresión del don de la justicia, el don de ser constituidos justos, así como "…muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro.5:19). Como hombres fuimos constituidos justos, pero no por causa de lo que hicimos, sino porque Jesucristo lo hizo en la regeneración, por la obra de la Sangre y del Espíritu de Cristo. Hemos nacido de nuevo en la justicia y santidad de la verdad.

Entonces, en el capítulo 6 aparece la palabra libertad, y estas frases podríamos considerarlas tremendas, y que un hombre se atreva a hablar de esta manera, es solamente porque está posicionado en la fe, en la gracia y en el don de Dios. En Romanos, hasta aquí, se ha hablado de los pecados, del perdón, de la justificación, pero ahora comienza a hablar del pecado en singular, de la condición caída del hombre y ya no habla sólo del perdón, sino de la liberación.

"Pero gracias a Dios" (Ro.6:17). Estas "gracias a Dios", es la voz de un redimido con revelación, que ha creído y ha tomado lo que él mismo enseñó en la primera parte de este capítulo 6, es decir, considerarse muerto en Cristo, muerto al pecado y al mismo tiempo vivo para Dios en Cristo y como instrumento de justicia, y todo por la obra del Señor,

por los hechos objetivos históricos de Cristo recibido por la fe y transmitido por el Espíritu.

Por eso Pablo, en este versículo, da gracias a Dios: "…que aunque erais esclavos del pecado…" (Ro.6:17). Este también es un gran versículo, y uno podría pensar qué diría uno en su condición caída tan atrevida, pero Pablo no la considera atrevida de ninguna manera, porque él ha creído de verdad y ha recibido al Señor y se halla en Cristo y no en sí mismo, y ya no confía en lo que él es, ni en su carne, pero sí confía en el don que Dios le dio y que recibió. Pablo sabe que eso no es solo para él, sino para todos nosotros, diciéndonos que la ley lo hizo esclavo del pecado, pero "habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados…" (Ro.6:17). Él no tiene reparos en hablar de doctrina, porque sabe que esa es una doctrina viva del ministerio del nuevo pacto, lo que Cristo hizo, y lo que Cristo nos hizo y lo que somos en Cristo.

"… y libertados del pecado" (Ro.6:18). He aquí otra palabra atrevida del apóstol, porque esta es la osadía de la fe, el júbilo de los libres en Cristo. Erais esclavos del pecado, mas libertados del pecado, dice, "vinisteis a ser siervos de la justicia" (Ro.6:18). Pablo habla de todo lo que Dios da al hombre en Cristo y ya no sólo habla del perdón sino de la liberación, pues antes éramos esclavos, pero ya no. Ahora somos libertados y hechos siervos de la justicia. Le está hablando a la nueva creación, a los que nacieron de nuevo, no de varón sino de Dios, por el Espíritu y por la gracia. Y ahora, en esta posición nueva, él es condescendiente para con los hermanos más débiles, diciendo: "Hablo como humano" (Ro.6:19).

O, mejor dicho, soy hijo de Dios, somos hijos de Dios, pero voy a hablar como un humano; y aunque ha de vivir en la carne, está en el Espíritu, por eso dice que va a hablar como humano. ¿Por qué causa? "por vuestra humana debilidad…" (Ro.6:19). Él realmente se sentía fuerte en Cristo, porque en Cristo lo somos, y así también débiles en Cristo, pero no vamos a entrar por ahora en esa paradoja.

"Para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia" (Ro.6:19). La Palabra no dice que es por causa de la santificación provista, que ya está incluida en la parte anterior, sino que lo que ha sido provisto debe ser aprovechado. Cristo es nuestra santificación, y ya nacimos como nuevas criaturas en la justicia y santidad de la verdad. Nuestra santificación es Cristo, pero él empieza a enseñarnos que esta provisión debe ser usada, debe ser aplicada en la vida diaria y no debe ser solamente

una posición, sino una disposición; no debe ser solamente una fe sin expresión, sino una fe que florece, que produce. Entonces, aquí Pablo habla en dos planos acerca de la santificación. Él habla de Cristo como nuestra santificación provista.

1ª de los Corintios 1:30, dice: "Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención…". Dios ha hecho a Cristo nuestra sabiduría, justificación, santificación y redención; y el Espíritu Santo, también por la mano del autor a los Hebreos, nos dice que "…con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre los santificados" (He.10:14).

Entonces, habla de la obra perfecta de Dios que fue hecha en Cristo y que nos es dada por el Espíritu Santo, pero que debe de ser aprovechada por nosotros. Por eso es que existe también junto con el capítulo 6, el 7. Por eso el Espíritu Santo no se salta el capítulo para pasar al 8 que habla del Espíritu, pero también de la carne. Por lo tanto esto ¿qué quiere decir? que el don que nos fue dado, en el capítulo 7 no significa todavía lo que va a significar después. No significa que nuestra carne en este momento o antes de la resurrección física haya heredado la impecabilidad, como algunos malentienden; es decir, creer que la carne hubiera mejorado, que así como nuestro Espíritu nació de nuevo, nuestra carne también hubiera nacido de nuevo.

Juan nos dice que: "él que ha nacido de Dios, no practica el pecado" (1 Jn.5:18). O sea, lo que proviene de Dios del cielo, lo que proviene del nuevo nacimiento, lo que es Cristo en nosotros, acerca de eso sí se dice correctamente, pues que el que ha nacido de Dios no peca, pero en la misma carta habla que "si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Jn.1:8).

Aquí les habla a los hijos de Dios, y continúa: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis…" (1 Jn.2:1). Como él es realista y entiende bien que el don de Dios es completamente perfecto, justo y santo en el Espíritu, y que todavía nuestra carne no ha adquirido la condición definitiva, él dice: "…ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser" (1 Jn.3:2). El don es mucho más, el don no solamente es para regenerar nuestro espíritu, el don también da para renovar todo nuestro hombre interior, nuestra alma y también para vivificar nuestros cuerpos mortales mientras estamos en la tierra. Aunque también da para glorificar nuestros cuerpos, sólo que primero comienza desde adentro para afuera. Se empieza con el Lugar Santísimo del templo, con la regeneración. Por eso, en Romanos 8, Pablo, después de hablar tantas maravillas de la provisión de

Dios, dice con toda sinceridad: "el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia" (Ro.8:10).

Entonces, ¿para qué se escribió ese capítulo 7? Para que no se malinterprete el 6. No pasamos del 6 al 8, de la vida nueva hacia el resto que habla del Espíritu, sino que nos explica ese problema terrible que existe en la carne de los salvos, de los que tenemos el Espíritu Santo, y cómo Él nos fue dado para aplicar la victoria de Cristo en nuestra lucha real y verdadera con la carne. Entonces, el Espíritu tiene que luchar con la carne; y evidentemente, la carne no mejoró para nada después de que nacimos de nuevo, no hay que malinterpretar el nacer de nuevo, y el "estamos vivos presentando nuestros miembros a Dios, como instrumentos de justicia", en el sentido de que nuestra carne ya adquirió este estado antes de la resurrección física en un estado de impecabilidad. A veces, malentendemos las cosas y le hacemos creer a algunos santos equivocadamente, y después los enviamos a la frustración porque andan repitiendo algo que no se da en su experiencia.

Entonces, la doctrina del Espíritu por Pablo no es la doctrina de la impecabilidad en la carne, aunque después sí lo sea, cuando nuestro cuerpo haya sido resucitado, cuando todo lo que Cristo consiguió en su carne haya pasado a nuestro espíritu. Lo cual ya pasó en el día del nuevo nacimiento, porque ya pasó de su Espíritu al nuestro, y están unidos, pero es a lo largo de nuestra vida y colaboración con Dios en la fe, que va pasando de nuestro espíritu a nuestra alma, incluso anticipando los poderes del siglo venidero en cierta medida, a nuestro cuerpo mortal. Pero en la venida del Señor, este cuerpo de humillación, que todavía Pablo le llama "cuerpo de humillación", porque nos humilla constantemente, será un cuerpo de gloria semejante al Suyo; o sea que todavía no es un cuerpo de gloria. Lo maravilloso es que, aun sin ser de gloria, el Señor nos ha perdonado, nos ha salvado y hasta nos usa. Él va a recoger este cuerpo como propiedad suya, como miembros de su cuerpo, y entonces lo va a resucitar en gloria, cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste en gloria.

Dice Colosenses 3, que nosotros "…también seréis manifestados con él en gloria" (Col.3:4). La glorificación de nuestra humanidad que el Señor Jesús ya consiguió en su resurrección y ascensión y en propiciación, la pasará completamente del Espíritu a nuestro cuerpo y seremos transformados en un abrir y cerrar de ojos. Y ahora sí podemos decir que entraremos en una situación distinta en cuanto a nuestra carne. Era necesario el capítulo 7, para que supiésemos que lo que

Cristo consiguió lo obtiene el Espíritu, y él ha venido a nuestro espíritu. Pero hay una condición, y es que él no nos va a imponer el don. Si andamos en el Espíritu, cosechamos vida, paz, y somos partícipes de la naturaleza divina y vivimos una vida victoriosa.

Pero si aun siendo hijos de Dios no escogemos andar en el Espíritu, sino que andamos en la carne, entonces inclusive habrá disensiones entre los hermanos, como en 1ª de los Corintios dice: "…Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo" (1Co.1:12). Y hay peleas y contiendas, hay caídas y pecados en la Iglesia, y no es porque no sean hijos de Dios. Hay personas que no han nacido de nuevo y que están en medio de los hermanos, que pueden aprenderse la cultura y los modales sin haber nacido de nuevo y sin obtener el Espíritu. Pero hay personas que sí tienen el Espíritu, que sí nacieron de nuevo, pero que son niños. Entonces Pablo dice: "…como a niños en Cristo (…)…sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones…" (1Co.3:3-4). ¿No sois carnales y andáis como hombres?

Pablo dice que va a hablar como hombre, pero no que hay que andar como hombre, sino como hijos de Dios, como Cristo. Así Juan nos escribe: "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn.2:6). No solamente se debe creer, sino, como fruto de ese creer, andar como él anduvo. Pablo dice "sois niños en Cristo", no dice que no sean cristianos, sino que en Cristo son niños porque aun son carnales. Es decir, aun la carne prevalece en ese combate entre ella y el espíritu, y todavía le damos la ayuda a la carne viviendo en su naturalidad, no aprendiendo a vivir en el Espíritu, aunque lo tenemos.

Entonces, es necesario ser muy honestos en esto, y no pensar que por causa de Romanos 6 nuestra carne ya adquirió de manera efectiva la impecabilidad. Y no es así, porque ahora empezó el combate entre la carne y el espíritu. Antes de nacer de nuevo, no había ningún combate entre la carne y el espíritu, porque estábamos solamente en la carne; había un combate entre el alma y la carne y aun la hay en el creyente, pero no había una lucha entre el espíritu y la carne, porque no habíamos nacido de nuevo.

Pablo nos instruye acerca de esta lucha, y hace un profundo diagnóstico psicológico, sólo para exaltar lo que es el Señor. En la descripción psicológica de los problemas del hombre, este capítulo 7 es de los más profundos y ricos.

CUATRO LEYES ESPIRITUALES

Veremos, desde el versículo 12, la co-existencia de cuatro leyes diferentes. La ley es una constante, que tiene validez general. En este pasaje, el Espíritu Santo por mano del apóstol Pablo, empieza a mostrarnos que hay cuatro leyes distintas.

LA PRIMERA, LA LEY DE DIOS

La primera, es la ley del propio Dios que tiene que ver con la naturaleza del Señor y que se presenta como ejemplo para nosotros, porque él quiere que seamos conformados a su imagen y su semejanza, pero antes de que el Señor hermosee nuestra vida, y nosotros poder ser como él quiere que seamos. Primeramente, él está fuera del hombre, como Jesús también decía a los discípulos que él estaba con ellos, pero que después iba a estar en ellos. Entonces la ley de Dios, la que está escrita en tablas de piedra, tiene los 613 mandamientos en los rollos del Pentateuco y se escribía después en las columnas, en las paredes, en las casas, en las filacterias, en muchas partes; y es una ley de Dios justa y buena.

Pero existe al mismo tiempo otra ley, y Dios actúa porque la ley expresa lo que es en su naturaleza justa, santa y buena. Entonces Romanos dice: "De manera que la ley (es decir la ley de Dios, la que está en sus mandamientos y estatutos) a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Ro.7:12). La ley de Dios es justa, santa y buena. Nosotros no estamos menospreciando la ley, pero nosotros no nos justificamos por la ley; no porque la ley sea mala, porque la ley es la que nos hace conocer lo malo que somos. Si Dios nos trasladó del régimen de la ley al régimen de la gracia, no es porque la ley sea mala, sino porque nosotros somos tan malos y tan inútiles que no tenemos la capacidad para obedecer por nosotros mismos. Pero si la ley pudiera vivificar, dice Pablo, la justicia sería verdaderamente por la ley; pero el hecho es que nadie ha obedecido toda ley.

Le preguntaron a Jesús: "¿Qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mt.19:16). "Cumplan los mandamientos", les responde. Si cumplimos siempre los mandamientos y nunca fallamos en nada, ¿por qué Dios nos va a condenar? Pero ¿será que hay uno que ha cumplido siempre todos los mandamientos? Dios tuvo que hacer una nueva alianza, un nuevo pacto para perdonar los pecados y darnos su Espíritu.

Entonces, ahora dice: "¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, (el pecado singular) para mostrarse pecado, (y es lo perverso de esto) produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno (el pecado usó lo bueno para matarnos), a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso" (Ro.7:13). Ahora se vuelve más horrible todo, porque la gente conoce lo que no debe hacer, lo que es abominable, pero igualmente lo hace, y éste es el misterio de iniquidad, que sin causa aborrecemos al Señor, porque sabemos.

Pablo confía que los demás también lo saben como él, y que la ley es espiritual, porque como dijimos anteriormente, el problema no es la ley, el problema somos nosotros, carnales y vendidos al pecado. ¿Qué es lo carnal? Lo que nace de la carne. Todos nosotros nacimos de la carne, y todo lo que es nacido de la carne es carne. Basta con haber nacido de papá y mamá y ya es suficiente para ser carnal y para estar vendido y sometido al poder del pecado. Porque no es por mis pecados lo que me constituye pecador, sino fue la desobediencia de un hombre, y en la primera oportunidad que tuve simplemente demostré la máxima de que el hombre es un pecador. Entonces ahí se va descubriendo una ley distinta a la ley de Dios, en la carne del hombre.

LA LEY DEL PECADO

Una segunda ley dice: "Porque lo que hago, (él va explicar porque dijo que era carnal y vendido al pecado; él va a explicarlo en una exposición magistral) no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco" (Ro.7:15). Pablo habla esto como un problema personal, pero ¿sería sólo de Pablo? Si somos honestos, es lo mismo con todos nosotros. "Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena"(Ro.7:16). Pablo nos dice que aprueba que la ley sea buena, aunque no quiera. Él no quiere ser un miserable, y después decir: ¿Qué es lo que hice? "De manera que ya no soy yo quien hace aquello" (Ro.7:17). O sea, no es solamente una complicación de mi alma; hay algo más aquí en este problema que Pablo nos dice; no soy sólo yo, sino que el pecado que mora en mí, y que el problema mayor soy yo.

"Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Ro.7:18-19). ¡No soy sólo yo!, sino el pecado que mora en mí, desde que Adán se vendió al poder del pecado, y la naturaleza humana quedó vendida al poder

del pecado, y toda la fuerza del alma humana no es suficiente por sí sola para vencerlo. El poder del pecado en su carne es el problema del hombre.

La Palabra dice de Pablo: "Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros" (Hch.22:3). Él sí sabía lo que era querer hacer el bien y al mismo tiempo no hacerlo. Dios sabe a quién escogió para escribir este capítulo. Pablo no está teorizando; él era uno de los mejores representantes de lo mejor que tenía Israel, de lo más celoso, de lo más selecto, de lo más sincero. ¿Pero a dónde había llegado? A llamar a todo ese esfuerzo humano "ignorancia".

Aquí hay una segunda ley diferente, otra ley, otra cosa constante que se repite siempre, que está siempre. ¿Cuál? "Que el mal está en mí" (Ro.7:21). Y está en el santo apóstol Pablo, que hasta lo último de su vida y más claramente que al principio, confesó que era el peor de los pecadores; sin embargo, vivió una vida santa. Pero ahora que estamos en el capítulo 7, ¿qué es del capítulo 6? ¿Acaso no acaba de decir que hemos sido libertados del pecado? Sí, y esa libertad es en Cristo y está en el Espíritu, pero no en la carne. ¿Nos damos cuenta? Porque era necesario que escribiera en este orden la Palabra, para que no se malentienda la libertad como impecabilidad de la carne en cuanto estemos en la tierra.

Vemos cómo Pablo hacía una crudísima descripción, muy sincera, para no engañar a la gente, ni engañarnos a nosotros mismos. Entonces dice: "hallo esta ley" (Ro.7:21). A esta ley le llama "ley del pecado y de la muerte", diciendo que está en sus miembros y en los de cualquiera que haya nacido de Adán. Incluso en la carne de los que han nacido de nuevo está esa ley, y por eso el que nace de nuevo tiene que luchar en el espíritu contra la carne. Hay un combate a muerte entre la carne y el Espíritu que no lo había antes porque todo era sólo carne, habiendo sólo combates entre carnales, pero no contra el Espíritu porque el Espíritu de Dios luchaba con nosotros desde afuera.

"Porque según el hombre interior (o sea según su espíritu), me deleito en la ley de Dios…" (Ro.7:22). Vuelve a mencionar la ley de Dios que está fuera, y el hombre interior concuerda con la ley, produciéndose una concordancia, por lo cual dice que aprueba que la ley es buena: "… Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente…" (Ro.7:23).

LA LEY DE LA MENTE

Aquí se menciona una tercera ley, la de su mente, o sea la de su propia alma, aquella que quiere hacer el bien y que aprueba la ley de Dios, y aunque no puede, hace el esfuerzo, pero no hace lo que quiere, sino lo que no quiere y lo que aborrece. Ya podemos ver esta ley de Dios, que está fuera de nosotros, escrita en las tablas de piedra, escrita en los rollos, incluso en nuestra conciencia de manera rudimentaria. Por eso podemos ver cómo antropólogos se han asombrado de percibir en indígenas que no tienen conciencia, la ley escrita en sus corazones poniendo orden en sus tribus, castigando el incesto, el robo y otras cosas como si hubieran leído a Moisés. Indígenas que nunca han oído nunca de Cristo ni de Dios.

Continuando con el verso 23, vemos esa otra ley del pecado y de la muerte, que está en la carne y que se rebela contra la ley de la mente, la ley de nuestra alma. Dios nos hizo el alma para caminar con Dios, pero quedamos vendidos al poder del pecado. Aunque a veces aprobemos y queramos, no podemos, es decir, el hombre abandonado a su propia fuerza, a su buena voluntad, a lo mejor que hay en él, a su moral y ética, no cambia la condición caída de la naturaleza humana.

"…y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí!" (Ro.7:23-24). ¡Qué contraste es esto! Él mismo que dijo que está resucitado con Cristo dice "miserable de mí" y dice algo más: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Ro.7:24). Después de esa constante descubierta, de lo que es la carne humana, la carne del hombre, la ley del pecado y de la muerte en nuestros miembros, y la ley de la mente vendida al poder del pecado, Pablo hizo una gran pregunta, y Dios quería que se la hiciera: "¿Quién me librará?". Mientras hacía el esfuerzo por sí solo, la pregunta tácita era: ¿Cómo saldré de esto? Podría haber muchas respuestas como: "voy a orar mas", "voy a leer más la Biblia", etc., pero el Señor dice esto: "… que creáis en el que él ha enviado" (Jn.6:29).

Es decir, nos lleva directamente a él. Y así como Pablo, también nosotros nos preguntamos: ¿Cómo me libraré? ¿Cómo venceré? ¿Cómo superaré este problema que me humilla? Pablo empezó a mirar a alguien fuera de sí mismo. Demos gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor que nos librará del mal; él es la respuesta.

"Con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado" (Ro.7:25). Por eso decía que era el peor de lo pecadores, aunque no tenemos registro de sus pecados, sino de su victoria.

Ahora sí llegamos al Lugar Santísimo del templo, al capítulo 8. Continuamos en el plano de la nueva creación que ya se había introducido desde el capítulo 5 y 6. Después de haber dado gracias a Dios por Jesucristo, menciona que "…ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús…" (Ro.8:1). Los que están en Cristo ya no pueden tener confianza en la carne, ni en sí mismos, ni en carne humana, solamente en Jesucristo. Y ¿qué implica estar en Cristo? Estar en él, es estar en el Espíritu. Así como todo lo que Adán destruyó lo heredamos en la carne, y andando en ella es lo que tendremos, así también Cristo venció, y lo que él es lo heredamos también gratuitamente en el Espíritu. Pues en la carne heredamos a Adán, y en el Espíritu heredamos a Cristo. Si andamos en el Espíritu, en el Espíritu somos libres, santos, justos, y buenos; y aunque la Palabra nos dice que no hay ninguno bueno sino Dios, el Espíritu Santo dice que Bernabé era un varón bueno. ¿La palabra se contradice? Bernabé era malo en Adán, pero bueno en Cristo.

LA LEY DEL ESPÍRITU

"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús…" (Ro.8:2). Estar en Cristo es estar abiertos y confiados al Espíritu, pero no sólo al Espíritu, sino que nuestra fe debe incluir más revelación. Aquí no habla sólo del Espíritu, sino de la ley del Espíritu. Nuestra fe debe también creer en esta ley, así como hay una ley en la carne. El Espíritu de Dios, el del Padre y el del Hijo, también tienen una ley, que es interior, que siempre lleva a hacer lo perfecto, lo bueno, lo santo, lo que agrada a Dios; y así como la ley de la carne nos lleva al pecado y a la muerte, la ley del Espíritu nos lleva hacer lo correcto, y lo correcto es andar en Cristo.

"Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez.36:27). El Señor no solamente nos dio el Espíritu, sino que el Espíritu que nos dio tiene también una ley. Por eso está escrito que la ley del Espíritu es una revelación de Dios. Debemos creer y confiar en el Espíritu, en el que tanto confió el Señor; él nos dijo que cuando viniera el Espíritu Santo, el otro Consolador: "…él os guiará a toda verdad…" (Jn.16:13).

Eso no será solamente una verdad sinóptica, será una verdad espiritual, es decir, una vida. Si hemos nacido de nuevo y tenemos al Señor Jesús y a su Espíritu, también en nuestro espíritu hay otra ley superior que es la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, la que me libra de la ley del pecado y la muerte en la carne. No es el esfuerzo de mi

alma, es la ley del Espíritu; no es lo que produzco con mi fuerza, sino es lo que produce por si solo el Espíritu. Él es el que toma la iniciativa y nos impulsa, nos sostiene y nos ayuda; nos hace fuertes, alegres, no como respuesta a nuestros méritos, sino como respuesta a su propia fidelidad, a su propia función, a su propia misión.

"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado…" (Ro.8:2). Esta fue la experiencia de Pablo; por eso él dice que "… aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia…" (Rom.6:17-18).

La obra del Señor no puede ser solamente el aspecto negativo de la Cruz, y negativo en el sentido de solo quitar lo malo, sino también el aspecto positivo, de suplir por el Espíritu. Es el Espíritu el que introduce lo nuevo. Sí necesitamos el perdón. Gracias a Dios, en el mundo cristiano, especialmente evangélico, se ha enfatizado sobre el perdón de los pecados por la Sangre, y sobre nuestra muerte juntamente con Cristo; pero también es necesario seguir al Espíritu en el que también hemos resucitado, y hemos nacido de nuevo. En ese mismo Espíritu que es el de Dios, que es el de Cristo, que es el de los Apóstoles, que es el del Nuevo Testamento, en ese mismo Espíritu nosotros también debemos andar.

"Porque lo que era imposible para la ley…" (Ro.8:3). Siempre la salida es Dios; Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado (es decir, con la misma naturaleza humana que tenía Adán quien después se vendió al pecado), lo condenó en la carne, y no permitió que el pecado venciese, y lo expuso, y no lo aprobó.

Parece que fallar es humano, y se acepta la pecaminosidad como algo normal, llamando a lo malo bueno y a lo bueno malo, porque el hombre, de tanto querer ser perfecto y no poder, acepta su imperfección como algo normal. Pero es Cristo lo que Dios tiene como normal para el hombre. No cedamos a la naturaleza humana caída, sino que digamos al Señor que queremos vivir como si no fuéramos humanos, y que todo esto no lo podemos vivir sin Él. Y así como Pablo, que vivió una gran y maravillosa vida en las narices de su propia debilidad, el poder de Dios se demostró perfecto en él, y con esto no se está diciendo que Dios no fuera perfecto, sino que su poder se manifestó en él, mientras más débil era Pablo, diciéndole: "…mi poder se perfecciona en la debilidad…." (2Co.12:9). En otras palabras, quiso decirle que aunque él era débil, que confiara en Dios, y Él aplicaría su perfección en él.

Continúa el apóstol, diciendo: "…condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, (no sólo en cuanto a la muerte sino en cuanto a lo que es correcto) que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Ro.8:4). Entonces, aquí Pablo introduce la vida en el Espíritu, eso que él experimentó y que muchos otros victoriosos en Cristo también experimentaron.

Continúa diciendo: "porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz" (Ro.8:5-6). En el griego, la traducción de ocuparse es "poner la mente en". Nosotros somos tripartitos, espíritu, alma y cuerpo. Los hijos de Dios tenemos al Espíritu de Dios en nuestro espíritu; nuestra alma está entre el espíritu y la carne; ella es la que escoge, ella es la que decide de qué ocuparse, en quién poner la mente. Por lo tanto, el alma puede poner la mente en las cosas de la carne, y tan pronto dejas que el alma se solace en pensamientos de la carne, comienza a despertar la concupiscencia, los juicios, empieza el enojo, el rencor. Y todo, por poner la mente donde no debía, en vez de haber puesto la mente en el espíritu, en el hombre interior, donde está el Señor.

El alma tiene la oportunidad de poner la mente en la carne o en el espíritu. Pablo dice que: "…se propuso en espíritu…" (Hch.19:21). Él estaba en contacto con el Espíritu, atento al Señor en su espíritu; hay que servir al Señor que mora dentro de nosotros y adorarlo en el espíritu. Si nos volvemos a Él cosecharemos vida y paz, y le daremos lugar a que el Espíritu con su ley interior se mueva. Este es el asunto: andar según el Espíritu, ocuparse de la cosas de Dios, no en las cosas religiosas; es ocuparse de Dios mismo, atender al Señor, volverse a él, invocarlo, tocarlo con nuestra fe, atender su mover en el Espíritu si él está alegre, si está triste, si hemos contristado su Espíritu.

Voy a atender al Señor en el hombre interior; a eso se refiere, porque ocuparse de la carne es muerte. "Por cuando los designios de la carne son enemistad contra Dios…" (Ro.8:7); las intenciones de la carne; y en consecuencia, los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Es una cuestión de capacidad. Aun el alma sola, el hombre psíquico, no puede entender las cosas que son del Espíritu de Dios, sino que se deben discernir espiritualmente, poniendo atención al mover interior del Señor en el espíritu.

"Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en ver-

dad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia" (Ro.8:9-10). Estar alerta a lo que pasa dentro de nosotros, no dejarnos arrastrar al remolino del alma, a los apuros de este siglo. Invoquemos al Señor y descansemos en Él.

"Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros"(Ro.8:11). Él vivificará no sólo nuestro espíritu, y no sólo nuestra alma, sino aun nuestro cuerpo. Nuestro viejo hombre fue crucificado y por eso podemos, en la práctica cotidiana, hacer morir las obras de la carne

"…todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos; ¡Abba, Padre! (Ro8:14-15). Esto es algo que él mismo hace: da testimonio a nuestro espíritu que no nos abandona, él nos mueve, nos habla, nos santifica; allí nos declara en el Lugar Santísimo que somos hijos de Dios, "y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que también juntamente con Él seamos glorificados" (Ro.8:17).

Hay un padecimiento en este conflicto, en este combate, luchando hasta la sangre contra el pecado, pero no en la sola fuerza nuestra, sino con la fe, contando con el Espíritu y su ley. El fluir del Espíritu, la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús es la que nos libró, dice Pablo, de la ley del pecado y de la muerte.

Capítulo Veintinueve *

La normalidad de una iglesia bíblica

La iglesia a los Filipenses era una iglesia querida para Pablo. Y se refería a ella como gozo y corona mía; era una iglesia a la cual Pablo recordó con cariño. Se trata de una carta llena de amor, llena de gozo, y justo esta iglesia de Filipos es considerada la iglesia del gozo. Pablo fue enviado directamente por el Señor a esta iglesia; pero la verdad es que iba para otra parte. En Hechos 16:7 dice que "cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió". Entonces se puso a buscar; ¿Señor, para dónde? Entonces tuvo una visión de noche. Pasa a Macedonia y ayúdanos, le decía un varón Macedonio. De manera que Pablo fue enviado directamente por Dios a esta iglesia; y esta fue la primera iglesia que se fundó en Europa. La primera iglesia que se fundó fue la iglesia a los Filipenses. Eso dice en Hechos de los Apóstoles; y en esta iglesia el apóstol tenía una relación muy bonita con los hermanos, y por eso vamos a ver cuál es la normalidad de una iglesia bíblica como ésta que fue fundada por Pablo, por mandato de Dios, mandato divino.

Vamos a analizar estos versos iniciales muy detenidamente, mirando las conexiones con el resto de la Palabra. Dice Filipenses 1: 1-2 "1Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos: gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo". En este saludo, Pablo se está dirigiendo a la iglesia más antigua, a la primera iglesia fundada en Europa, y se está dirigiendo de esa manera como lo hemos leído. Hay muchas cosas que están en ese saludo, y necesitamos desglosarlas con suficiente tiempo; porque si nosotros queremos ser una iglesia bíblica, entonces debemos ser como una iglesia de estas de la Biblia; pero ojalá sea una que no tenga errores, sino una iglesia como ésta, como la de los filipenses, que era el gozo y la corona de Pablo; o como una iglesia como la iglesia de Filadelfia, a la cual el Señor no le reprochaba nada; y eso podemos verlo.

Por lo pronto vamos a ver el ejemplo de los filipenses. Aun aquí en el solo saludo se nos revela una serie de principios que hacen que

* Mensaje predicado en la localidad de Facatativa, Cundinamarca, Colombia, el 24/08/2000.

una iglesia sea normal y bíblica; si nos salimos de esos principios, hay algo que falta, algo que está torcido. El deseo es que nosotros, que somos una iglesia con todos nuestros hermanos aquí, seamos una iglesia normal, una iglesia bíblica, una iglesia como las que fundaron los apóstoles en el principio con el mismo Evangelio, con el mismo Espíritu y con el mismo Cristo, con la misma normalidad.

PRIMER PRINCIPIO: CRISTOCENTRICIDAD

Entonces vamos a distinguir varios principios aquí. El primer principio es el de cristocentricidad; o sea, la iglesia es cristocéntrica; la iglesia no es iglesia de un apóstol, no es iglesia de un énfasis doctrinal, no es iglesia de alguna denominación, no es iglesia de un número de una personería jurídica; la iglesia es de Jesucristo. Fíjese usted que en el principio, en el medio y al final, sólo en el saludo aparece tres veces el nombre del Señor Jesús. "Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo"; esto es muy importante; no piense que no es importante; porque alguien puede ser funcionario de una organización eclesial, y puede tener su modus vivendi en el mundo eclesiástico, y puede trabajar para sus propios intereses en ese medio eclesial; esa persona está sirviendo para sus propios intereses, está sirviendo para su propio bien. Aquí aparece Pablo como siervo de Jesucristo; él no está mezclando, él a quien está sirviendo es a Dios, él no se presenta como funcionario de alguna junta, secretario de esto, como tesorero de aquello, o como vocal de esto, o como presidente de esto; él no se pone títulos altisonantes, aunque era un apóstol de Dios, siervos de Dios. Timoteo y yo; él se pone en el mismo plano con Timoteo, aunque Timoteo era un joven compañero. Pablo dice: "siervos (la palabra es muy sencilla, muy humilde) de Jesucristo". Eso significa que eran personas que conocían a Jesucristo, tenían relación intima con Jesucristo, habían sido comisionados por Jesucristo y se unirían a la causa de Jesucristo, siervos de Jesucristo. Hoy en día la gente dice: Miren, miren, les voy a mostrar aquí una tarjeta que es mi credencial del signo de tal, o de que soy coordinador pastoral juvenil tal; muchos títulos y cosas. No nos dejemos impresionar por eso; la persona es de Jesucristo, sirve a la persona de Cristo, lo conoce, tiene comunión con Él, y lo que importa es Jesucristo. Eso es muy importante, Jesucristo es el centro. Segundo, "a todos los santos en Cristo"; vuelve a nombrar a Jesucristo; no ha terminado el versículo y ya nombró dos veces a Cristo. El sólo saludo está saturado de Jesucristo, todo es Jesucristo, santos en Cristo; no es santos en la tradición de tal cosa, o santos porque practican tal práctica; tampoco porque este se viste de tal manera, o porque tiene tal tradición, no; sí es santo, sólo lo puede ser en Jesucristo.

Dice Pablo a los corintios (1Co. 1:30) que Dios hizo a Cristo nuestra santificación; nadie puede ser santificado sino en Jesucristo, por medio de Jesucristo, recibiendo a Cristo, siendo perdonado por Cristo y lleno del poder de Cristo; la iglesia es cristocéntrica, la iglesia alrededor de Cristo. No vemos en la Biblia iglesia de Pablo, no vemos en la Biblia iglesia de Pedro, no vemos en la Biblia iglesia de Felipe, ni mucho menos vemos en la Biblia iglesia de algunos de nosotros; sólo la iglesia de Jesucristo; o sea, los que lo aman a Él y lo siguen a Él a donde quiera que Él vaya, según Su Palabra, y lo que Dios dijo: "Este es mi Hijo amado, a Él oíd". La iglesia es cristocéntrica. Luego vuelve y dice: "2Gracia y paz a vosotros, de Dios Padre y del Señor Jesucristo". Porque la gracia de Dios viene por Jesucristo; la gracia no es por otra cosa sino por Jesucristo; entonces el origen, el medio y el fin, de Él, por Él y para Él, es Jesucristo. Pero dice: "Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo". El origen es Jesucristo; el medio, no sólo de Él, sino por Él, en Cristo Jesús; santos en Cristo Jesús; el origen y el medio es Jesucristo, el objetivo, siervos de Jesucristo; Él es el objetivo de nuestro servicio; para Él es que trabajamos el pan. Por Él como; el "para todo" es Jesucristo. El primer principio de la iglesia de Jesucristo es que la iglesia es cristocéntrica. La iglesia no puede ser apostocéntrica, pastorcéntrica, papacéntrica, marianocéntrica, santocéntrica; la iglesia es cristocéntrica. Dios estableció un solo nombre en el que podemos ser salvos. "Y en, ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12), sino el nombre del Señor Jesucristo; y nadie viene al Padre sino por Jesucristo. Él es el camino, Él es la verdad, Él es la vida, Él es la puerta de las ovejas, Él es el Pastor, Él es el Salvador, Él es el Señor, Él es el Mediador; la iglesia es de Jesucristo. Jesucristo es el centro de la iglesia, Jesucristo es la cabeza de la iglesia, Jesucristo es la vida de la iglesia, Jesucristo es el contenido de la iglesia; la iglesia sin Jesucristo no es nada, es un cascarón muerto; lo que le da a la iglesia su valor, su vigencia es Jesucristo. Si las personas tienen a Cristo, están en Cristo, son de Cristo, son de la iglesia del Señor Jesús, entonces eso es lo fundamental.

Dice el apóstol Pablo a los Romanos (8:9b): "Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él". Entonces las personas para ser de Cristo tienen que tener el Espíritu de Cristo; no importa lo que la persona diga; lo que importa es si tiene el Espíritu de Cristo, sí una persona está por ejemplo en lo católico y tiene el Espíritu de Cristo. Pero si tienes el Espíritu de Cristo, que Cristo more en ti, eso no quiere decir que apruebe todo lo que tú dices, o lo que tú haces, no; mora en ti porque creíste, lo recibiste y ahora se está formando en ti; pero es posible que un hijo de Dios tenga errores y a veces cometa pecados. No

están aprobados sus pecados, ni sus errores; pero sí es una persona de Cristo. San Pablo era de Cristo, pero él dice que tenía muchas debilidades. San Pedro era de Cristo, pero a veces lo tenía que corregir Pablo. El espíritu de error puede venir a la parte exterior de nuestro ser, y confundir por un rato nuestra mente. Como Pablo le escribió a los Gálatas: "¡Oh gálatas insensatos! ¿quién los fascinó para no obedecer la verdad?" (Gá. 3:1); inclusive la palabra fascinar en el original del griego quiere decir quién nos hechizó, embrujó o encantó para que no sigan a Cristo; es la operación de un espíritu que se aparta de Jesucristo, del evangelio de Su gracia. Entonces nosotros somos cristocéntricos, somos cristianos; no necesitamos otro apellido, porque no tenemos otra cabeza, no tenemos otra vida, no tenemos otra cosa; es el Señor Jesús; creemos que Él es el Hijo de Dios, que Sus palabras son palabras de vida eterna. Jesús dijo al Padre: ellos han creído que Tú me enviaste y las palabras que les he dado las han recibido, han creído que Yo salí de Dios, salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre. Nosotros no somos franciscanos, no somos luteranos, no somos wesleyanos, no somos calvinistas, no somos ningún ismo; somos de Jesucristo, cristianos; nuestro centro, nuestro fundamento, nuestra vida, nuestra esperanza, nuestro todo es Cristo; Cristo es todo en todo; entonces la iglesia es cristocéntrica, la iglesia es de Jesucristo.

Pero esto que estamos considerando ahora, que no lleguen a ser herramientas para juzgar a otras personas; que Dios los juzgará; sean herramientas para nosotros serle fieles a Él lo mejor que sabemos; lo mejor que podemos; vamos a ver qué es lo que en Su Palabra nos dice a nosotros; vamos a procurar ser fieles a Él en Su Palabra. Estamos aquí no tratando de juzgar a otros; quien les juzgara es Dios. Estamos aquí para nosotros andar según Su Palabra lo mejor que entendemos, esa es la mejor intención.

SEGUNDO PRINCIPIO: INCLUSIVIDAD Y RECEPTIVIDAD

Ahora vamos a pasar a otro principio que se ve aquí. Primero voy a empezar por lo que podríamos llamar Inclusividad o receptividad de la iglesia. Vamos a ver cómo Pablo veía a la iglesia; cómo era la iglesia que Pablo discernía, y cómo nosotros por el Espíritu de Cristo también ver lo mismo. Volvamos a Filipenses 1:1. Dice "Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos". La primera palabra que vamos a subrayar es todos; la frase completa es: "a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos"; pero ahora vamos a concentrarnos en la palabra a todos los santos

en Cristo; a todos los que formamos la iglesia. Esta palabra todos, significa que el Espíritu Santo, por el apóstol considera como parte de la iglesia allí en la ciudad de Filipos, a todos los santos en Cristo. Significa que nosotros debemos incluir en la comunión de la iglesia a todos los que el Señor incluye, recibir a todos los que Cristo recibe.

Nuestro corazón no tiene que ser un corazón estrecho, sino un corazón que incluya a todos los que el Señor incluye. Los límites de la iglesia deben ser los límites de nuestra receptividad; es decir, a los que el Señor recibió como hijos, yo debo recibirlos como hermanos. Mi Inclusividad no puede ser mayor que la del Señor, porque el Señor no tiene todavía adentro a todos los que son; y tampoco puedo sacarlos. Mi Inclusividad no puede ser ni mayor ni menor, sino a quienes nuestro Señor entró por Cristo, esos son mis hermanos; los que tienen el Espíritu de Cristo, los que creyeron en el señor Jesús, fueron limpios de sus pecados por Su sangre, fueron regenerados por el Espíritu, tienen el Espíritu de Cristo, y el Espíritu los bautizó en un solo cuerpo. No hay sino un solo cuerpo, el de Cristo; no hay muchos cuerpos. El cuerpo de Cristo es uno solo; y ¿quién es la persona que está dentro del cuerpo? la que el Espíritu bautizó en ese cuerpo por medio del nuevo nacimiento por Jesucristo. Si la persona nació de nuevo por el Espíritu, nació en el cuerpo, es una persona que cree en Jesús, en el Hijo de Dios, tiene Su vida, su espíritu ha nacido de nuevo, esa persona es miembro del cuerpo de Cristo.

RECIBIR AL DÉBIL

La iglesia no es sectaria, la iglesia no es parcial; la iglesia incluye a los que el Señor incluyó. Si yo voy a incluir a los hermanos que me gustan, a los que en todo piensan como yo, pues yo voy a ser sectario. ¿Se dan cuentan? La Inclusividad debe ser la de Cristo; es muy difícil vencer el corazón sectario; el corazón sectario es muy común; el humano es muy sectario. Pero Pablo dijo "todos los santos en Cristo Jesús"; receptividad. ¿Por qué usamos esa palabra receptividad? Porque el Señor nos habla de recibir a los que Él recibió. En el momento en el que nosotros no recibimos a los que el Señor ha recibido, nosotros nos volvemos una cabeza en vez de Cristo, y estamos rechazando a los que Cristo no rechaza.

Romanos 14:1 "Recibid al débil en la fe". Por eso hablamos de receptividad. Debemos recibir incluso al débil en la fe; es débil, pero está en la fe. ¿Qué dice? Recibid; es decir, no hay que rechazar a ese hermano,

hay que recibirlo. “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones”. Con respecto a lo fundamental, habla el apóstol Judas de contender ardientemente por la fe que una vez fue dada a los santos; pero con respecto a opiniones, a veces entre los hijos de Dios hay distintos tópicos secundarios, periféricos, que no afectan la esencia de la fe. Ahí dice recibirlos sin contender sobre opinión; y aquí da un ejemplo del tipo de opiniones en las que debemos aprender a convivir con los hermanos, aunque tengamos opiniones distintas. Si ya está en la fe, está en lo fundamental, no hay problema; hay que distinguir lo que son opiniones, de lo que es la fe en la verdad de los santos.

Judas dice: “me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” Jud 3. Si hay alguien que toca un punto de la fe, por ejemplo que Dios existe, que Jesús es el Hijo de Dios, que Su muerte es expiatoria, que la justificación es por la fe del Señor, que Él resucitó de los muertos, que el Espíritu Santo es enviado de Él, que la palabra de Dios es inspirada por el Espíritu Santo; esas son grandes verdades, esos son puntos centrales; sobre eso hay que contender. Sobre esto decía Pablo a los Gálatas: Si os vienen a presentar a otro Jesús, otro Espíritu y otro Evangelio, bien lo toleráis; me temo, hermanos, que he trabajado en vano con vosotros. ¿Cómo van a tolerar esto? Están tolerando lo que no debieran tolerar. Eso es lo esencial. Pero ya si la persona está en lo esencial, en Cristo, en la Palabra de Dios, en lo fundamental del evangelio, ya puede tener opiniones distintas acerca de otros tópicos no fundamentales; a lo mejor de que el arrebatamiento es antes de la tribulación; no, hermano, eso es en medio de la tribulación; no, yo creo que es después; no, a lo mejor hay uno antes y otro después. Bueno, esas son escuelas de opinión de los hijos de Dios; pero alguno dice: hermano, ¿será que yo podré comer morcilla? No porque es pecado, porque es sangre. ¿No será que es el sábado o el domingo? ¿Será que es todos los días, será esto? Esas son cosas que dicen, son opiniones, que no hay que discutir esas opiniones; hay que dejar libre a cada uno. Hay que intervenir en lo esencial. Ah que el caballo blanco es el anticristo; no, que el evangelio, que esto, que lo otro. Es en las cosas esenciales. Podemos decir que el milenio es el espiritual, que no literal, que no, que simbólico. Bueno, esas no son cosas esenciales; debemos ver si esa persona tiene el Espíritu de Cristo, si esa persona creyó en Jesús como el Hijo de Dios, como Señor, como Mesías, y ha confesado su pecado, ha sido perdonado, ha sido recibido, ha nacido de nuevo, ese es nuestro hermano. Ahora, si piensa que el rapto es antes, durante, después de la tribulación, pues esas son escuelas que hay entre los hijos de Dios, son opiniones; ese ya no es el plan o del fundamento, sino de la sobre edificación. Sobre el fundamente edi-

ficamos con oro, otros con paja; eso ya no afecta la salvación, afecta el galardón particular de la persona. Cada uno va a dar cuenta ante Cristo, y va a responder como hijo de Dios; cómo enseñó, opinó, qué dijo, y va afectar su galardón por bien o por mal; pero no su salvación, porque está en Cristo y en Su gracia. Son distintos niveles el del fundamento y el de la sobre edificación; de lo que hay que contender ardientemente y de lo que no hay que contender sobre opinión, son niveles distintos.

Entonces ¿qué dice acá? "recibid al débil en la fe"; o sea que sí está en la fe; con sus debilidades, pero está en la fe; pero por tener debilidades puede tener opiniones en ocasiones ridículas, pero es nuestro hermano. No hay que ser inmisericordioso; amarlo, recibirlo; no hay que eludirlo; que se sienta en casa porque es de Cristo; aunque es un débil en Cristo es más fuerte que los hombres, porque tiene algo del cielo; entonces recibirlo, no para contender sobre opiniones, cuando el asunto se refiera a cosas periféricas, no a cosas esenciales, como lo relativo al Señor, o lo relativo a la esencia del evangelio, a la salvación, entonces son problemas de casa, que hay que arreglarlos en casa. El Señor nos dice: recibid; receptividad de la iglesia a todos los santos en Cristo Jesús, aun con opiniones si son un poquito exageradas, pero es nuestro hermano. ¿Qué vamos a hacer si es nuestro hermano? Nosotros también somos débiles.

El evangelio, la esencia del evangelio, lo que es la persona de Cristo. Esas son cosas fundamentales. Por eso se dice: "Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis" (2 Co. 11:4). Eso Pablo se los está cobrando; están tolerando lo que no debieran haber tolerado, porque están tocando cosas esenciales. Por eso dice Judas "que contendáis ardientemente por la fe que una vez fue dada a los santos"; o sea, aquella que determina que una persona sea salva o perdida; eso es lo fundamental. Si la persona no cree en Dios, el Mesías y Salvador que murió por él en la cruz, ¿cómo va a ser salvo? Si no cree que resucitó, que la vida es la Palabra de Dios, ¿cómo otra persona va a ser salva? Pero si cree en esto esencial, pero, bueno, si tiene una cosita que está examinando por allá y que el pueblo de Dios en general no concuerda, pero son cosas de la periferia, hay que sostener mucha caridad, amor con esa persona; no quiere decir aprobar su error, no quiere decir ser ingenuo y dejar que vaya a causar problema en la Iglesia, pero hay que recibirlo como hermano sin contender; es decir, que hay que saber tratar a esa persona, acompañarla, llevarla al centro, llevándola a Cristo, llevándola a la verdad, siempre centrados en la esencia del evangelio.

Luego Pablo comienza a explicar con ejemplos de cómo es eso de que hay hermanos débiles en la fe, con distintas opiniones; pues, dice Pablo, estas son las razones por las que dije lo que dije: "Porque uno cree que ha de comer de todo; otro, que es débil, (pero está en la fe) come legumbres"; o sea que no todos están de acuerdo si se puede comer esto, o no se puede comer. Algunos tienen la libertad de comer de todo, otros comen sólo algunas cosas. ¿A qué se debe esa diferencia? A que no son iguales las conciencias entre los hijos de Dios, no son iguales los trasfondos, no son iguales los entendimientos, las madureces de cada uno respecto de otros. La madurez es diferente. Pero ¿qué dice? Uno cree que se ha de comer de todo, o tiene libertad para comer tranquilo; el otro, no; es decir, que en el pueblo de Dios a veces nos vamos a encontrar con personas que tienen los escrúpulos por un lado o por otro lado; pero no podemos negar que son hijos de Dios. Entonces, ¿qué nos dice la Palabra? "Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones". Dios quiso salvar a esa persona, con esos problemones, esos escrúpulos; es amado por Dios, él es importante para Dios; Él pagó Su propia vida por esa persona; ¿cómo no la vamos a acoger? Eso no quiere decir que uno vaya a tener los mismos escrúpulos, no; sino que va a tener en cuenta esas posibilidades y esa heterogeneidad, variedad, diversidad en la iglesia.

NO JUZGAR A LOS DEMÁS

Dice Romanos 14:3: "El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido". Nosotros, por esas pequeñas cosas que no son las esenciales, menospreciamos. ¿Sí ve lo que se nos pide? No menospreciar a ningún hermano por pequeñas diferencias de cosas exteriores, aun ni por denominacionalismo ni antidenominacionalismo; es nuestro hermano ya sea de cualquier denominación; si nació de nuevo es nuestro hermano. Aquí está la razón por la cual no debemos menospreciarnos ni juzgarnos unos a otros, "porque Dios le ha recibido". Si Dios recibe a una persona, ¿quiénes somos nosotros para no recibirlo? Debemos recibir a los que Él recibió, y Él recibe hermanos que comen sólo legumbres y hermanos que comen carne y de todo; algunos toman vino, otros no toman; algunas hermanas se cortan el pelo, otras no; unas se ponen pantalones, otras no; y se van a decir: no se tiene que cortar el pelo, y se van a decir no sé qué otras cosas. Hay que soportar, no menospreciarnos, ni juzgarnos si ya somos hermanos; no es si nos ponemos o no nos ponemos, o si nos conocemos o no nos conocemos, si comemos o no comemos; es el Señor.

El Señor tiene hijos de toda clase; además que ninguno está perfecto todavía. En Cristo está perfecto, pero en su relación todavía necesita madurar, crecer; pero ya desde que nace es de la familia; pueda que no sepa cuál es el apellido, ni quién es el tío ni el abuelo, ni qué diferencia hay entre mamá y tía; pero es hijo porque nació, es hijo, hay que recibirlo; esa es la actitud que debemos tener, la actitud con el corazón del Señor; no más grande; porque alguno quiere ser más santo que Dios, y los que Dios mantiene afuera, los quiere meter adentro. No, no más grande ni más pequeño; la inclusividad o receptividad de la Iglesia es incluyendo a todos. Por eso decimos inclusividad, todos, la totalidad de los santos, todos los que el Señor salvó, todos los que nacieron de nuevo, todos los que tienen el Espíritu de Cristo, son nuestros hermanos; la Iglesia es una sola, la Iglesia es un solo cuerpo, y en ese cuerpo participan todos los hijos legítimos; si es hijo legítimo, sí. ¿Cuándo es hijo legítimo? Cuando tiene a Cristo, de verdad cree en Cristo, es perdonado, nació de nuevo, entonces, hermanos, ese es nuestro hermano. Si nuestro Padre lo tiene por hijo, yo lo debo tener por hermano; mi receptividad no puede ser menor, ni mayor. A veces tenemos tendencias un poco estrechas, y somos muy sectarios; a veces somos exageradamente lapsos, universalistas, y vengan aquí, y metemos todos los errores; y vengan aquí gnósticos, y vengan aquí mormones, y aquí todos los espurios y los metafísicos; como ya se habló de Jesús; y los metemos en una olla ecuménica; no, no es eso, no; es todos los santos en Cristo Jesús. No todos los humanos, sino todos los que están en la fe en el fundamento que es Cristo. La receptividad de la Iglesia se refiere a recibir incluso al débil en la fe sin contender; aquí hay que recibir al que Dios ya recibió. ¿Por qué hay que recibirlo? Porque Dios le recibió.

Sigue diciendo Romanos: "¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme". Es que no es criado tuyo. Ahí lo llama Jesús para que le sirva a Cristo, y él poco a poco va a aprender; así es; por eso es que le digo no juzguemos a otros; pero vamos a ver cómo hacemos nosotros bien las cosas, y que lo critique Dios, pero nosotros, no. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar al criado ajeno? ¿Acaso tú moriste por él? Eso lo hizo quién lo compró; no le está sirviendo del todo porque, bueno, el Señor es poderoso para levantarlo aun si cae. Por eso dice aquí: "¿Tú quién eres que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme". No es para ti; si cayó, cayó para el Señor; pero estará firme, no porque sea fuerte, sino porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme. Y aun al criado ajeno que cae no lo debemos juzgar porque poderoso es el Señor para levantarlo de nuevo, y a lo mejor nos pasa

y nos deja atrás. De manera que tenemos que ser muy prudentes y no juzgar el servicio de otros al Señor; ellos son criados ajenos y están haciendo lo mejor que saben; y entonces no sabemos; lo juzgará Dios. Esto lo estudiamos no para criticar a otros; lo estudiamos para nosotros ver cómo es que quiere que le sirvamos.

"Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días". Unos son sabatistas, otros dominguistas, otros todos los diístas. es decir, cada uno haga las cosas por convicción propia; Dios no te va pedir que actúes con la convicción del otro, no; sino que a cada uno Dios le otorgó el privilegio de actuar conforme a su propia convicción, y de responder personalmente por haber actuado así delante de Dios; y Dios no nos va juzgar con la misma vara; Dios no va juzgar a tu hermano con la vara que te juzga a ti, sino que te va a medir con la vara que tú juzgas; con la vara que tú mides, tú vas a ser medido; con la que tú juzgas, tú vas a ser juzgado, y si tú juzgas con misericordia, o no juzgas y tienes misericordia, el Señor va a tener misericordia de ti; y si tú no tienes misericordia, no va a tener misericordia de ti. No todo el mundo va ser juzgado con la misma vara; Dios no tiene ningún código, no; el código es tu propia vara. A ver ¿con qué vara juzgaste tú? Entonces vamos a juzgarte a ti con la vara con que tú juzgaste a otros. ¡Ay! eso es delicado; porque con el juicio con que juzgamos, seremos juzgados; con la vara con que medimos, seremos medidos; Dios no va juzgar con la misma vara. Tú decías esto, pensabas esto, esta era tu convicción, entonces vamos a juzgarte según tu convicción. Haber ¿cómo obraste?, hice esto por esto; puede ser algo objetivamente errado, pero lo tenía como verdad de Dios. ¿Cuál fue tu intención?, yo pensé tal cosa; y Él lo va a comprender, no va juzgar con la vara de otro; a ti te va a juzgar con tu vara. Por eso la Palabra dice que no nos juzguemos unos a otros antes de tiempo, no nos pongamos tropiezos, no nos juzguemos, no nos menospreciemos, dejemos a los otros hacer lo mejor que están haciendo, porque Dios los va juzgar con la vara de ellos, pero nosotros podemos servir a Dios lo mejor que sabemos.

Dice aquí: "El que hace caso del día, lo hace para el Señor; (mire cuál es su intención; su intención es agradarlo, él quiere guardar el sábado para el Señor) y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. (Porque todos los días está en sábado, porque todos los días está en Espíritu, lo hace también para el Señor; los dos concuerdan en la intención, pero realizan la intención de forma diferente, pero están de acuerdo en el fondo). El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; (gracias, Señor, por este asado que nos diste hoy) y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios". Ya no voy a tomar vino, ya no voy a comer carne; voy a ser vegetariano; bueno,

amén. El Señor tiene una cualidad, y dice, recibid sin contender. Donde hay flores amarillas, anaranjaditas, rojitas, a Dios le gustan todas las flores y la combinación de todo; lo que debe haber es tolerancia; sólo en lo que va a lo esencial, a lo que perjudica, a lo que deshonra al Señor, que pierde a la gente cambiando el evangelio, ahí si no podemos ser tolerantes, ni diplomáticos; podemos sí ser decentes, pero claros. Hermano, aquí está la persona del Señor Jesús en juego, aquí está la esencia del evangelio en juego; esto vamos a hablar.

No se hacen discusiones de opiniones, pero es mejor estar preparados para cualquier cosa que haya o que no haya, porque puede ser que éste tiene la razón, o que los versículos de todos son convincentes, que uno no sabe qué hacer, pero que de todas maneras vamos asegurados ante cualquier cosa. No vamos a pelear por eso, no vamos a insistir en eso; podemos conversarlo, inclusive discordarlo, pero seguir siendo amigos, aunque no son las cosas esenciales, pero eso sí diálogo; con el dialogo no podemos temer. No, usted es ateo; puede ser creyente pero budista, puede ser mahometano; no, ahí ya no; porque Jesús dijo: "El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama" (Mt. 12:30). En eso no podemos ser diplomáticos ni tolerantes; ahí sí debemos saber dónde sí y donde no; por eso el Espíritu Santo dice las dos cosas claras. Por una parte dice: Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones; que come, que no come, que día, que no día; esas son opiniones; pero por otra parte el Espíritu exhorta por Judas a "que contendáis ardientemente por la fe que una vez fue dada a los santos"; es decir, las cosas esenciales. Sobre el fundamento ninguno puede poner otro; ahora, si está con ese fundamento, mire a ver cómo sobreedifica; esto ya le toca cada uno. Tú ya estás en Cristo, bueno, ya tú verás, y sabrás cómo le sirves; Él te va a juzgar según su vara; te va a medir, no soy yo.

Cada uno mire cómo sobreedifica; ya no se refiere al fundamento; sobre el fundamento nadie puede poner otro; en el fundamento no tenemos que ser tolerantes; no podemos tolerar un milímetro que nos cambien el fundamento. No que el fundamento no es Cristo; digamos que es Pedro o María, o digamos que es otro distinto a Jesucristo; ahí sí que no podemos tolerar, pues no hay otro fundamento sino Jesucristo.

Por ejemplo, algunas personas confunden predestinación con preexistencia; el conocimiento de Dios con la existencia real. La existencia de nosotros no viene sólo del pensamiento de Dios sino de la voluntad de Dios, y somos creados de la nada. Sí, son cosas que hay que sanearlas bien, pero el asunto de la resurrección de Cristo sí hay que

sanearlo porque la resurrección es de Cristo; porque dice: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, será salvo". Así dice San Pablo, será salvo; primero saber quién es el Hijo de Dios, y segundo que habiendo muerto por nuestros pecados, resucitó, pero no solamente en espíritu sino físicamente.

CADA UNO DARÁ CUENTA DE SÍ

Seguimos leyendo Romanos 14, para mirar en qué aspecto debe haber tolerancia. "Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos comparecemos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, porque ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí". Ya no nos juzguemos más los unos a los otros, (cada uno está tratando de hacer lo mejor que puede) sino más bien decidid (es una decisión que debe tener la Iglesia de esa inclusividad de las cosas esenciales) no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo, mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es". No lo es en sí mismo, sino que lo es en algo subjetivo. "Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se perjudique aquel por quien Cristo murió". Esta palabra, perderse, en el original griego no se refiere a la perdición eterna, sino a que se perjudique. Eso es lo que debemos seguir, no la pelea; vamos a contender sobre lo fundamental; pero si estamos de acuerdo en lo fundamental, somos hermanos, tenemos pequeñas diferencias, pero seguimos siendo hermanos, somos de la familia; entonces sigamos lo que contribuye a la paz, a la mutua edificación.

"No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero es malo que el hombre haga tropezar a otros con lo que come". Es decir, si yo al comer esto te hago tropezar a ti, aunque esto para mí puede ser normal, por amor a ti no voy a causarte un tropiezo, un escándalo; es sobrellevar las flaquezas de los débiles, dice Pablo en Corintios. Entonces dice: "Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda,

o se debilite. ¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba". Ah bueno, voy a comerme este asado con gratitud; pero si mi hermano come sólo legumbres, por causa del hermano no voy a comer el asado; bueno, entonces voy a comer con él legumbres, por amor al hermano. Entonces dice: "Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado". Él está dudando si se come esa carne, o por estar contigo se la come, y después va a estar acusado, y por esa acusación va a estar perjudicado y no puede tener comunión con Cristo porque su conciencia lo está acusando sobre tal cosa, porque tiene sus escrúpulos particulares.

SOPORTAR LAS FLAQUEZAS DE LOS DÉBILES

Entonces ¿qué vamos a hacer? Sigamos con el capítulo 15. "Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos". Eso es Iglesia incluyendo a todos; todos los cristianos incluyéndonos unos a otros soportando las flaquezas. En la Iglesia hay que soportar; en las cosas esenciales hay que ser claros, pero ya en estas cosas menores de los hijos de Dios hay que soportar; ya somos hijos, ya somos hermanos, hay que soportar, sobrellevar las flaquezas de los débiles. "Cada uno agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como Cristo nos recibió, para gloria de Dios". Para que Dios sea glorificado nos debemos recibir como nos recibió Cristo. ¿Cómo te recibió Cristo a ti? ¿Porque eras bueno? ¿Porque eras el mejor de todos? ¿Porque no tenía ningún error? ¿Porque tu ideología era la más perfecta? ¿O porque sólo puedes confiar que Él te perdone todos tus pecados, tus miserias? Sólo confías en Su misericordia; Él fue gracioso contigo y así Él te recibió a ti. Como Él te recibió a ti, entonces reconociste tu pecado, tu necedad, te confiaste en Su gracia, por eso El te recibió. Bueno, así recibámonos los unos a los otros; y si el otro pecador sólo puede confiar en Su misericordia, cree en su corazón y con su boca lo confiesa, reconoce sus pecados, es perdonado, él es un hermano. Recibid al débil; la receptividad de la Iglesia.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Entonces la inclusividad y la receptividad confluyen en la unidad, y si no hay inclusividad, si hay algo de Cristo que nosotros no recibimos, eso de Cristo que está en algunos hermanos, ellos no van a poderlo realizar, ejercer ese don, ese ministerio que es del Espíritu, si es bíbli-

co, entonces van hacia otro lugar en el cual puedan ser fieles a aquello que recibieron del Señor; y lo mismo si hay hijos de Dios que nosotros no acogemos, entonces ellos se van a buscar otro lugar donde sean acogidos. Hay unidad si hay inclusividad; si hay receptividad de todo lo que es de Cristo y todos los que son de Cristo, entonces hay unidad. La Iglesia es cristocéntrica e inclusiva en todas las cosas de Cristo, y receptiva de todos los hijos de Dios. La Iglesia es una, hermanos, el cuerpo de Cristo es uno; nosotros tenemos que estar seguros de eso. La palabra de Dios enseña muy claramente que la Iglesia del Señor en su sentido universal, es una sola; y no hay un cristiano legítimo que esté fuera de la Iglesia; y si es cristiano legítimo, está en la Iglesia, en la única familia de Dios, y hace parte del único cuerpo de Cristo. Todos los hijos de Dios pertenecemos a la familia de Dios, al cuerpo de Cristo, a la Iglesia del Señor, que es una sola en el sentido universal.

El Señor dijo, hablando en singular: "Yo edificaré mi iglesia"; se refería a Su familia, a los hijos donde Él ha sido recibido, donde Él está incorporado, y ellos están incorporados en Él. Somos la familia de Dios; somos el cuerpo de Cristo, donde nos encontramos con un cristiano legítimo, nos encontramos con un hermano; no es un primo, no es un hermano de segunda categoría, no es un visitante nuestro; es un hermano nuestro. Si es un hijo de Dios, es nuestro hermano. Si es un hijo de Dios que nació de nuevo, es miembro del cuerpo de Cristo. Yo no voy a preguntar si él es ortodoxo, o es protestante, si es metodista, si es bautista, o si es pentecostal; yo lo que quiero ver es si él tiene a Cristo, si nació de nuevo, si recibió a Cristo, si cree en Él; entonces es mi hermano, y lo que nos hace hermanos no es que tengamos la misma tarjeta, la misma membresía, la misma personería jurídica; lo que nos hace hermanos es que tenemos el mismo Padre, la misma vida; entonces los hijos de Dios somos un solo cuerpo.

Pablo se lo decía a la Iglesia que se quería dividir, aun por Cristo. En Corinto algunos decían que eran de Pedro, o de Cefas; otros que eran de Pablo; otros que de Apolos, y otros de Cristo; y Pablo les dice: "¿Acaso está dividido Cristo?". ¿Cómo van a decir que ustedes son de Pablo? Dios no aprueba el que seamos de Pablo o de Pedro o de Felipe, y ni siquiera que pensemos que sólo nosotros somos de Cristo. Está bien el que seamos de Cristo, pero está mal pensado que sólo nosotros somos de Cristo; aun los que dicen ser de Pablo, son nuestros; los que dicen ser de Pedro, son nuestros; los que dicen ser de Apolos, son nuestros. Lo importante es que son de Cristo; si son de Cristo, son de los nuestros. Pablo dice: Pedro es nuestro, Apolos es nuestro, y todos somos de Cristo y Cristo es de Dios.

TERCER PRINCIPIO: SANTIDAD

Entonces llegamos a otro punto aquí. Hasta aquí habíamos resaltado la palabra todos; ahora vamos a resaltar la otra palabra: los santos en Cristo Jesús (Fil. 1:1). Ese es el principio de santidad de la Iglesia. La iglesia es una pero también es santa; esas dos cosas se pueden dar juntas si las dos están en Cristo. A veces se quiere tener una Iglesia santa; pero no puede ser una. Porque si vamos a ser santos, piensan algunos: entonces tenemos que ver con otros; porque éstos son así o tienen esto. Se piensa que para la santidad se tiene que ser dividido (separados unos de los otros); y otros dicen: Sí, vamos a ser uno, entonces tenemos que tener también adentro los errores y pecados de la demás gentes cristiana; porque si no ¿cómo vamos a ser uno? Entonces pensamos que no se puede ser uno y santo al mismo tiempo. Mas la Biblia dice en Efesios 5:27: "A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha". El Señor decidió presentarse así mismo en Su venida una Iglesia santa y gloriosa; una y santa, y además gloriosa y sin mancha. Pero fíjese que sí se puede ser la Iglesia única y santa; la iglesia es una, ¿por qué? Porque Cristo es uno y no está dividido, y Él es el elemento de la unidad. Cuando pretendemos unir la iglesia a otra cosa, la iglesia no puede ser una, porque la iglesia es una en Cristo. Él, Cristo, es nuestra paz; dice la Biblia que Él es el coordinador; que en Él, en Cristo, están coordinados todos los miembros del cuerpo. Yo no puedo coordinar toda la iglesia, porque la iglesia es de Cristo. Si yo voy a coordinar la iglesia, los que no están de acuerdo conmigo no van a ser de la iglesia; y si no, ellos sólo van a ser, y no yo. Si el Papa va a ser el coordinador de la iglesia, entonces los que no aceptan el papado, tampoco van a ser de la iglesia; sin embargo la iglesia es coordinada por Cristo.

LA IGLESIA ES COORDINADA POR CRISTO

En Efesios 2:20,21. Cristo es llamado el coordinador de la iglesia. "Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra de ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor". Entonces ¿en quién crece el edificio coordinado? En Cristo; sólo Cristo puede coordinar a los miembros distintos; porque sí hay heterogeneidad en la iglesia, sí hay diversidad; sin embargo esas distintas piezas del rompecabezas se coordinan en Cristo; si es por causa de Cristo. Tú recibes a Cristo, ella recibe a Cristo, nosotros recibimos a Cristo, entonces Cristo es nuestro coordinador, Cristo es el centro

y es coordinador, entonces hay cristocentridad, receptividad, inclusividad, unidad, hay coordinación; pero esa coordinación es Cristo; Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia; la cabeza es Cristo, y Él no necesita nada para dirigir porque Él está vivo y Su Espíritu está en cada uno de Sus hijos, y cada uno de sus hijos tiene una relación directa con Él. Entre Dios y nosotros no hay sino un solo mediador que es Jesucristo; Jesucristo hombre es el mediador, y por medio de Jesucristo tenemos relación con Dios, y por medio de Jesucristo y por causa de Jesucristo, por Él y para Él tenemos coordinación unos con los otros; si nos aceptamos por causa de Cristo somos hermanos; si ponemos otra cosa para ser hermanos, ya no podemos ser hermanos, porque alguno va a ser esto, yo lo otro; pero si Cristo es la coordinación, ahí somos hermanos.

La iglesia es una pero también santa; una en Cristo y santa en Cristo. ¿Qué es la iglesia santa? La palabra santo tiene dos aspectos: Un aspecto negativo y uno positivo. El aspecto negativo quiere decir la iglesia separada, no sólo de lo inmundo sino de lo común. Santo quiere decir lo separado por Dios; eso quiere decir santo; es decir, que la iglesia no puede ser usada para la política de izquierda o de derecha, la ultra izquierda o la ultraderecha, los nazis, la guerrilla. Hay todo un mundo que quiere usar a la iglesia para sus cosas; la iglesia le pertenece al Señor, pero hay hijos del Señor que son de política de izquierda, hijos del Señor que son exclusivamente de política de derecha, hijos del Señor que son políticamente de centro, hijos del Señor que son apolíticos; y sin embargo todos son hijos y miembros del cuerpo. No obstante, por encima de todo eso, la Iglesia es separada del mundo; aunque estamos en el mundo le pertenecemos al Señor. Ahora fijémonos en un detalle, que la iglesia sea santa en el sentido negativo, quiere decir que está separada del mundo, separada del pecado, separada del error, separada de lo común; eso es lo que quiere decir santo en el sentido negativo.

En el aspecto positivo es que la iglesia es santa porque tiene la naturaleza de Cristo, que es santa. En un sentido estamos separados de lo que no es santo, y en otro sentido la santidad de la iglesia es por causa de Cristo; Cristo es la santificación de la iglesia. En un sentido es algo que tú no eres, y en el otro es algo que eres por causa de la presencia de Cristo en ti. Como Cristo está en la iglesia, la iglesia es positivamente santa, y la iglesia se separa del mundo; entonces la iglesia es santa. ¿Qué quiere decir eso, hermanos? Como somos el Cuerpo de Cristo, Él no quiere que haya pecado en la iglesia; no quiere decir que los ancianos no pecan; quiere decir que los pecados son llamados pecados en la iglesia. La iglesia no puede convivir con el pecado; la

iglesia dice esto es pecado, de esto tenemos que arrepentirnos, de esto tenemos que apartarnos; inclusive, si es necesario, la iglesia tiene que aplicar disciplina dentro de su seno.

EL SEÑOR CORRIGE EL PECADO

En la palabra del Señor hay distintos grados de disciplina. ¿Qué quiere decir eso? Que la iglesia no es tolerante con el pecado. El Señor decía a la iglesia en Tiatira: "Tengo unas pocas cosas contra ti que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetiza, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación" (Ap. 2:20-22). O sea que el Señor corrige el pecado en la iglesia; la iglesia es la asamblea de Cristo. Somos separados del mundo para ser de Cristo; el Señor vino a la tierra y Él quiere ver en cada lugar a los Suyos; el reino Suyo formándose, la gente suya, la gente que quiere hacer las cosas como Él quiere y hacerlas por medio de Él, y hacerlas por amor a Él y para Él. Entonces la Iglesia en ese sentido es santa; el pecado en la iglesia tiene que confesarse y se tiene que quitar; es decir, no podemos permitir el pecado sin tratarlo; esto es pecado, hay que pedir perdón, reconocer el pecado y amar la Santidad del Señor, amar la justicia del Señor; y eso, hace que el Señor esté realmente entre nosotros. Pero si nosotros no corregimos el pecado, entonces lo corrige el Señor y nos corrige a nosotros. Ahora, no existe la santidad de la iglesia sólo en el sentido moral del pecado, sino también en el sentido doctrinal; existe la doctrina fundamental de la iglesia acerca del Señor Jesús; o sea, la iglesia tiene la verdad del Señor Jesús; Jesús es la verdad; Dios, el Padre del Señor Jesús, es la verdad; la vida y la verdad. La iglesia tampoco acepta el error. Mire, existe una diferencia entre la persona, la conducta y la doctrina; puede que una persona cristiana, o sea, un cristiano legítimo, que él se entregue de verdad, que de corazón cree en el Señor, pero puede cometer un pecado; a él no lo rechazamos como hermano, pero le pedimos que arregle su pecado en la iglesia. Sí, a veces es necesario una disciplina en la iglesia; se disciplina en la iglesia; claro, con moderación pero con indiferencia no se puede dejar la cosa como si no hubiera nada malo.

A nivel de disciplina, no toda disciplina es igual. Por ejemplo, del hermano que no quiere trabajar, dice: amonéstenlo los demás hermanos, pero no lo tengan por enemigo, sino amonéstenlo como a un hermano. En Judas 23 aparecen varios niveles de tratamiento. De algunos dice: "De otros tened misericordia con temor, aborreciendo

aun la ropa contaminada por su carne"; que ni siquiera su ropa hay que tocarla; o sea que todas las cosas no son iguales; pero sí hay que tratar al pecado, pero al que sí hay que honrar primero es al Señor; pero entonces lógicamente no hay que hacer esto de forma farisaica, de una manera dura, de una manera que produzca daño; para que pueda producir realmente restauración, la intención de la disciplina del Señor es hacernos reconocer que hemos pecado y que debemos reconciliarnos con el Señor y con los santos; el propósito es destruir el pecado. Por eso Pablo en 1 Corintios 5, le dice a los hermanos que aquel que andaba fornicando con su madrastra, fuese disciplinado; los corintios no hacían nada, y Pablo les decía: pero ustedes se están jactando; pero sin embargo miren lo que hay entre ustedes y no lo han corregido. Pero luego de decir en la primera epístola la corrección, seis meses después viene la segunda epístola y vino la reconciliación, y el perdón es el equilibrio. En la primera vemos la corrección y en la segunda vemos la restauración.

Pero de todas maneras la iglesia no puede aprobar el pecado. Hoy en día quieren tener iglesias hasta de homosexuales; se casan hombres entre sí, lesbianas entre sí; esto ya no es algo de Dios, esto va contra la santidad de Dios; sí quieren seguir en eso, háganlo allá; un club de homosexuales, un club de gay, pero no en la iglesia. Examinar las distintas cuestiones. ¿Qué es lo que Dios nos dice en Su palabra? ¿qué hacer en el caso de esto? en este caso y en este otro caso ¿qué hacer? y en este otro caso ¿qué hacer? Para que así la guianza de Dios, la Palabra de Dios, sea nuestra guía y no nuestra inclinación natural.

A veces nosotros somos naturalmente muy fariseos, muy encerrados, muy duros, muy infieles, y nos vamos, y apretamos la tuercas más allá de lo que Dios las apretaría; y a veces somos muy irresponsables, muy lapsos; metemos en la olla sapos, culebras, asteriscos, interrogaciones, exclamaciones. Eso lo que quiere decir es no, como si nada sucediera, como si la iglesia del Señor fuera una guarida de aves inmundas. Esa es Babilonia, pero no la iglesia. En la iglesia se trata el pecado como Cristo lo trata, con Su Espíritu y Su palabra aquí en la Biblia.

SEPARACIÓN DEL PECADO

No debemos ser un espíritu ni más duro ni más lapso, sino representar a Cristo; en la iglesia está la santidad de Cristo, El Espíritu de Cristo está en la iglesia, el Espíritu de Cristo ha dicho cómo hacer en cada caso; cada cosa está en la Biblia; cómo tratar el caso de uno que dice ser hermano y es ladrón; entonces uno dice ser hermano pero por ahí va entre los hermanos y se lleva la grabadora, se lleva esto, se lleva

aquello, o llamándose hermano es ladrón. De manera que la Biblia dice qué hay que hacer en ese caso; o uno que llamándose hermano es borracho; no quiere decir que borracho es el que toma y se mareó un poquito, pero borracho es el que normalmente vive borracho o varias veces se emborracha; entonces la iglesia tiene que hacer algo; o uno que fuere fornicario; no que una vez cayó, pero uno que está siempre detrás de las hermanitas o los jovencitos, ahí la iglesia no puede decir solamente lo perdono; está bien, pero se necesita algo más fuerte. El Señor le dice a la iglesia mantener la distancia de las personas que diciéndose ser cristianos, son borrachos, son maldicientes, son avaros, son ladrones, son fornicarios; y eso debe ser corregido en la iglesia; está claro. Eso debe tratarse en la iglesia; claro, hacerlo con misericordia; pero misericordia no es lo mismo que alcahuetería, no; misericordia es decirle al hermano: Guárdate de este hecho.

La iglesia debe ser santa en el aspecto moral y también en el aspecto doctrinal; no quiere decir que vamos a rechazar a cualquier hermano que tenga un error, no; hay que hacer diferencia entre la persona y el error. Amamos a la persona, tenemos misericordia con la persona, pero le decimos: esto es un error. El error hay que decirlo; hay doctrinas claras en la Biblia; estoy hablando de las doctrinas fundamentales. Claro que hay asuntos donde todavía hay controversia, donde los puntos tienen dos caras: o por allí o por allá, y unos piensan una cosa y otros otra; no los vamos a llamar error, no; lo vamos a llamar un asunto que está en estudio; pero ya cosas fundamentales como la existencia de Dios, la encarnación del Verbo y otros, son serios y fundamentales. Ustedes saben que hoy en día hay miembros del clero que son ateos, hay reverendos ateos, hay cardenales que no creen en la resurrección de Cristo, y sin embargo tienen su cuello volteado ahí, religioso; pero ellos no son creyentes de verdad.

La iglesia tiene que tratar el asunto doctrinal, tiene que tratar el asunto moral, y tampoco la iglesia debe dejarse arrastrar por todo tipo de sistema; porque la Palabra del Señor aunque reconoce haber hijos de Dios en Babilonia, no ha aprobado que se queden en Babilonia. Sí hay hijos de Dios en Babilonia, el Señor dice: "Salid de ella, pueblo mío" (Ap. 18:4). El Señor reconoce tener pueblo Suyo en Babilonia, pero no les dice: Ya que son mi pueblo, sigan en Babilonia, no; salid de Babilonia; salir es ser santa. La iglesia se aparta del pecado. El Señor dice: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré" (2 Co. 6:17). La iglesia se aparta del error. Le dice Pablo a Timoteo: "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ellos, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y los que te oyeren" (2 Ti. 4:16); es decir, que la iglesia no puede ser indiferente

al pecado, no puede ser indiferente al error y no puede ser indiferente a los sistemas babilónicos. La iglesia debe ser guiada por Cristo a través de Su Palabra y Su Espíritu; la iglesia tiene que guardar distancia del pecado, tiene que guardar distancia del error y tiene que guardar distancia del sistema babilónico. Pero el Señor dice: "Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas". Si participas de sus pecados, participarás también de sus plagas.

CUIDADO CON LA TOLERANCIA

Este es otro principio que la iglesia debe tener en cuenta. Principio de Santidad o de Separación del pecado, del error, de los sistemas humanos. A veces hay personas que quieren hacer negocio con la iglesia. Dice la Escritura que en el tiempo del fin vendrá mucha gente haciendo negocio con la piedad, y tras esto la iglesia tiene que guardar distancia frente a estos intrusos; guardar distancia. No se puede hacer negocio con las cosas de Dios en la iglesia. Las cartas primera y segunda de Juan son relativas a la persona del Señor Jesús. En 2 Corintios 11:2 dice el apóstol Pablo: "Porque os celos con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaron como una virgen pura a Cristo"; pero tenemos que la tolerancia de la iglesia permite que se les predique otro Jesús, otro Espíritu y otro Evangelio. A mí mismo me tienen que examinar, ustedes me tienen que examinar a través de Jesucristo, del Espíritu Santo y la Palabra, para saber si es una verdad o no. Esta es la responsabilidad de ustedes, de todo el pueblo de Dios; esto es lo que dice Jesús a la iglesia en Éfeso, en Apocalipsis 2. Dice Pablo en 2 Corintios 11:4: "Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que el que habéis aceptado, bien lo toleráis". Toleran a los que se enseñorean de ellos; sin embargo, predican otro Jesús, otro espíritu y otro evangelio; eso no puede ser tolerado. San Pablo dice que esa es la serpiente tratando de corromper la virgen pura del Señor; en la iglesia el diablo procura presentar a otro Jesús, otro espíritu y otro evangelio.

EL ESPÍRITU, LA PALABRA Y LA COMUNIÓN

En esas cosas la iglesia no puede ser tolerante; la iglesia tiene que ser amable pero tiene que ser vigilante; por eso en la iglesia del Señor hay algo que se llama los guardas de las puertas. El templo tenía puertas y Dios estableció guardas en las puertas; los guardas son para que no se

cuelen cosas tras cosas de Satanás. Estas cosas que estamos hablando es contra espíritus, es la lucha contra espíritus; pero la iglesia ¿cómo debe probar? Se han presentado tres cosas: En el Espíritu, en la Palabra y la comunión, entonces la Biblia dice que "el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía" (Ap. 19:10); o sea, siempre que es el Espíritu Santo legítimo tiene la naturaleza de Cristo. Cuando ustedes ven un espíritu que no tiene la naturaleza de Cristo, un espíritu tramposo, un espíritu extorsionador, un espíritu cruel, un espíritu con errores, ese no es el Espíritu de Cristo; el Espíritu de Cristo es como la esencia, es el propio Espíritu de Dios; entonces el Espíritu de Él tiene la esencia de la naturaleza de Cristo, y el Espíritu que mora en los hijos de Dios, en lo íntimo de sus espíritus; tú tienes como una especie de semáforo; como dice el libro de Job, que el oído prueba las palabras. En tu espíritu cuando algo está fuera de lugar, el Espíritu del Señor en lo íntimo de tu corazón te da una señal. Romanos dice que "el ocuparse del Espíritu es vida y paz"; es decir que cuando el espíritu tiene la naturaleza de Cristo, en lo íntimo de tu espíritu percibes la vida y la paz; cuando hay una inquietud en tu espíritu; es como una luz amarilla o a veces roja donde el Señor dice: hay que tener cuidado, aquí hay un asunto delicado, no tienes que ir tan apurado; lo que pasa aquí es que a veces nos guiamos por el hombre exterior y no atendemos al hombre interior, al Espíritu en nosotros.

Segundo, eso no solamente tiene que ser subjetivo. Aunque el Espíritu Santo mora en nosotros, Él inspiró la Palabra fuera de nosotros; la Palabra de Dios es objetiva; el Espíritu mora subjetivamente dentro de nosotros, pero también el Espíritu inspiró la Biblia, entonces el Espíritu Santo nunca va a contradecir la Biblia. La Palabra de Dios es la espada que utiliza el Espíritu; el Espíritu Santo nunca te va a contradecir la Biblia; al contrario, Él te va a hablar algo de la Biblia; entonces si la Biblia dice "A" y un supuesto espíritu que se hace pasar por algo, dice "C", tú te das cuenta que no es lo mismo. El Espíritu Santo no sólo tiene la naturaleza de Cristo y obra en tu interior con vida y paz, sino que el Espíritu concuerda con la palabra de Dios; es decir, el Espíritu Santo nunca te va a contradecir la Biblia; el Espíritu Santo siempre va a ir con la Biblia y no sólo con un versículo, sino con la visión general de la Biblia, con el propósito general de Dios.

A veces Satanás puede usar un versículo aislado de la Biblia, sacarlo del contexto y aun utilizar un versículo sin contexto para tentarnos. Así le tentó a Jesús. Aquí (en la Biblia) está escrito; y ¿Jesús qué le dijo? Pero también está escrito; le conectó ese verso con el resto, con el objetivo y la visión general de Dios. Las cosas esenciales para la salvación están en la Biblia; fíjese que justamente dice el apóstol San

Judas Tadeo, hermano del Señor Jesús y hermano de Jacobo el Justo, dice ahí en esa carta verso 3 que la fe del evangelio es la Palabra de Dios que ya fue dada una sola vez, y esa revelación está en la Biblia; no se le puede agregar ni quitar nada, ya fue dada una sola vez en la primera generación apostólica, cuando el Señor estableció el fundamento; nadie puede poner otro; la fe fue dada una vez; y es por esto que dice el apóstol San Pablo: "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Co. 3:11). Además, en la Escritura está lo suficiente para mostrar la verdad acerca de la salvación; claro que si van a estudiar ingeniería genética o arquitectura, la Biblia no es un libro de arquitectura, no es un libro de ingeniería, pero es un libro de revelación de lo esencial. Si es algo que contradice la Biblia no es del Espíritu Santo; el Espíritu Santo no se va a contradecir; el Espíritu Santo inspiró la Palabra y Jesucristo dijo: "La escritura no puede ser quebrantada"; "cielo y tierra pasara, más mi palabra no pasará; la Palabra del Señor no pasa; la Escritura no puede ser quebrantada; como dice en Apocalipsis, el que quitare o añadiere, va a tener problemas; o sea que según Apocalipsis no se puede añadir ni quitar; entonces este y muchos versos nos muestran que la Escritura es suficiente para entender lo esencial de la salvación.

Ahora miren lo que dice el apóstol Pablo en Gálatas, completando lo que había dicho a los corintios; a los corintios dijo que la serpiente astuta quería presentarnos otro espíritu, otro Jesús y otro evangelio, y que ellos, los corintios, habían sido tolerantes en lo que no debían haber tolerado. Ahora le dice a los Gálatas: "Mas si aun nosotros, (ni siquiera los mismos apóstoles) o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" (Gá. 1:8). Si aun el mismo San Pablo o cualquiera de los diferentes apóstoles, o un ángel del cielo que aparezca, si anuncia un evangelio diferente del que hemos anunciado y que está ahí en la Escritura, sea anatema; está bajo la maldición de Dios. No podemos recibir otro evangelio aunque aparezca un ángel, ni aunque resucite San Pablo; y aunque San Pablo resucite y venga aquí en un milagro y diga: mire esto no, esto ya cambió. ¿Por qué? Porque el evangelio no es de San Pablo sino de Jesucristo; Jesucristo es la palabra final y es Jesucristo según la Biblia, y Jesucristo según los apóstoles; si presenta otro Jesús, otro espíritu y otro evangelio es anatema; y la iglesia es la que tiene que tenerla por anatema. Por eso Pablo se los dice a las iglesias de Galacia, la de Iconio, la de Antioquía; cada una tenía esa responsabilidad; si aun vienen los apóstoles o se nos aparece un ángel, y nos anuncia un evangelio distinto al que nos fue revelado por Jesucristo y que ya fue escrito en la Biblia, sea anatema. Para eso ya se escribió Gálatas para saber cuál es el evangelio; a los que anden conforme a

esta regla, a ellos paz y misericordia de Dios. Si vieren aparecer un ángel o nosotros mismos y les enseñamos o les predicamos un evangelio diferente, sea anatema; es decir, téngalo como cosa maldecida por Dios; porque es la trampa del diablo para apartar a la gente de Cristo y de la salvación.

Podemos ser respetuosos, muy amables, muy comedidos, pero muy claros. En cuanto a Jesucristo y en cuanto a la esencia del evangelio, esa es una cosa que la iglesia tiene que tener muy clara. La iglesia tiene que probar; por eso dice: comprobando cuál sea la voluntad de Dios; la iglesia debe probar los apóstoles, juzgar las profecías, comprobar los espíritus, comprobar cuál sea la voluntad de Dios; esa es responsabilidad de la iglesia, esa es nuestra responsabilidad; porque la palabra autoritativa final que Dios estableció en el universo es la de Su propio Hijo Jesucristo. Él dijo: "Este es mi Hijo amado, a él oíd"; y el Hijo dijo: "Padre, tu palabra es verdad"; Él estableció la Palabra, Él estableció la inquebrantabilidad de las Escrituras; ahí está en San Juan. Jesús dijo: "Las escrituras no pueden ser quebrantadas". Los apóstoles mismos decían: ni aunque vengamos nosotros, aunque aparezca un ángel que traiga un evangelio diferente, es anatema: y por eso le dice a la iglesia: prueben, examinen todo, retengan lo bueno, absténganse de lo malo; aun las profecías no son para comerlas crudas, son para ser examinadas a la luz de la Palabra; si es una profecía legítima del Espíritu Santo, va a tener la naturaleza de Cristo y va a ser conforme a la Biblia, y va a tener el respaldo de la vida y la paz de los miembros del cuerpo de Cristo; porque es la iglesia como iglesia la que debe examinar, porque yo solo puedo ser engañado, tú solo puedes ser engañado; por eso en necesario juntos hablar y protegernos juntos, porque el infalible es el Espíritu Santo por la Biblia; ninguno de nosotros. Debemos aprender a hablar con la Biblia, corregirnos mutuamente con la Biblia como hermanos, para no dar paso a espíritus malignos que vienen a aprovecharse de nuestra ignorancia; a veces a la voluntad del pecado; y ellos lo mimetizan y empiezan a hacer su trabajo. Esto es solamente una consideración mencional.

San Juan dice: "Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido" (Juan 1:3-4). Ahí no está hablando en artículo personal sino a nombre de la comunión apostólica. El que es de Dios, oye a los apóstoles de Cristo, de la Biblia, como está en la Biblia; el que no es de Dios, no oye a los apóstoles, lo que los apóstoles dicen; oyen lo que les resulte cómodo; ese es el espíritu de error. Cuando un espíritu de error está obrando

en una persona, no puede oír con tranquilidad a los apóstoles; él está oyendo otra voz; y por oír otra voz no encaja con la voz de la Biblia; aunque la Biblia dice así, no puede oír a los apóstoles; si no puede oír a los apóstoles es porque un espíritu de error está obrando en esa persona, cuando no se refiere a la Palabra de Dios. Porque, hermanos, nosotros tenemos que hablar no nuestras propias palabras; claro, nosotros somos iglesia y tenemos que hablar, conversar, y a veces reelaboramos las cosas con nuestras propias palabras; pero quienes tienen discernimiento saben si eso está basado en la Biblia, en el mismo espíritu de la Biblia, y sabe a qué se está refiriendo el hermano, y lo discierne; pero cuando uno no está seguro, vienen las dudas; pero, hermano, ¿eso dónde está escrito? Bueno, y luego le hace ver el contexto. Porque Pablo contendió con Pedro, porque había espíritu de error en Pedro, y Pedro no se enojó, sino que dijo después que lo corrigió: nuestro amado hermano Pablo; porque Pablo no estaba peleando con Pedro. Pablo amaba a Pedro y a la iglesia, entonces públicamente tuvo que hacerle la reprensión, porque había sido algo público, y tiene que corregirse en público; porque Pedro estaba metiéndose mucho con lo del judaísmo, en lo de la sinagoga más que en la iglesia, porque se estaba saliendo de la palabra de Dios. Por eso mismo es que no puede uno salirse de la palabra de Dios porque esa es la última autoridad; no hay autoridad mayor. Nadie puede contradecir a Dios ni a las Escrituras que Él estableció y su Espíritu inspiró; siempre que habla el Espíritu Santo, habla con las Escrituras; es decir, que hay que examinarlo con calma, no hay ningún apuro, comprobando; porque el diablo es el que quiere que tomemos decisiones apresuradas. El Señor te dice: no seas apresurado, con calma, no vas en el Espíritu, no con ingenuidad, examina, conversa; tengo inseguridad en esto. ¿Tú cómo ves esto? Vamos a ver la Biblia con calma, no hay que tragarse nada entero; y después con calma, cuando ha sido comprobada, tenemos paz en el espíritu, gozo, comunión, porque es algo de la Biblia y es la luz de la Biblia, examinado y aprobado. A veces no puede ser aprobado sino simplemente puesto en remojo; entonces no se apure. Si hay que dejar alguna cosa en remojo, no se apure, déjela el tiempo que sea necesario, pero no se coma nada crudo. La iglesia es la responsable, ustedes deben examinarlo todo.

CUARTO PRINCIPIO: LA JURISDICCIÓN

¿Qué es un una jurisdicción? Es un límite establecido. Estamos analizando una iglesia bíblica normal; aquí vemos una carta dirigida a una iglesia normal bíblica, la iglesia de los filipenses, la iglesia de la ciu-

dad de Filipos. Podíamos analizar Filadelfia, por ejemplo; pero ahora estamos analizando Filipenses "Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos". Ahora lo que vamos a resaltar es que están en Filipos. Esto es el principio de jurisdicción. En la Biblia no existe un solo versículo en que aparezca en una ciudad, en una localidad, en un municipio, en una aldea más de una iglesia. Eso es extraño en la Biblia. En la Biblia solamente tenemos en una ciudad una iglesia; ese es el principio de la Biblia, la ciudad en el sentido normal.

La iglesia es una sola en lo universal y por lo tanto en cada lugar donde aparezca debe existir una sola iglesia. La iglesia en la Biblia no es la de Felipe, ni de Bartolomé, ni la de Pedro, ni los únicos de Cristo, no; es la iglesia del Señor, la de Dios, la de Cristo, Su Iglesia. La Biblia dice que la iglesia está en Cristo y está en la localidad; está en Cristo y está en Colosas, está en Cristo y está en Tesalónica, está en Cristo y está en Filipos. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que cada iglesia tiene una jurisdicción local. Por ejemplo, en la Biblia vemos que hay siete candeleros. Le dice el Señor a Juan el apóstol: Escribe a las siete iglesias que están en Asia. ¿Cuáles son? No le dice: católica, ortodoxa, menonita, evangélica, no; le da el nombre de las ciudades donde están esas iglesias locales: Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea. Vemos, pues, que la iglesia de su respectiva localidad, es de Cristo en su localidad; por eso era que hablaba a los Tesalonicenses; noten que esos apellidos que aparecen en la Biblia, Filipenses, Tesalonicenses, Colosenses, es solamente cuestión geográfica, no es cuestión religiosa. Hay gente que le han puesto apellidos religiosos; le llamamos bautista, metodista, pentecostal, jesuita, gregoriano; eso es humano, eso no es de la Biblia, eso no es como Dios se refiere a la iglesia. Dios se refiere a la universalidad, una sola, y en la localidad, una sola: "las siete iglesias que están en Asia: una en Efeso, la iglesia en Efeso; Jesús escribe al ángel de la iglesia en Efeso; la iglesia en Antioquía, la iglesia en Corinto; por eso dice aquí, en Filipos.

Dios ve a Sus hijos como Su familia en ese respectivo municipio; y no es que alguien te pregunte, ¿y tú de qué iglesia eres? Es que no hay sino una iglesia. Quien hace esa pregunta es porque no entiende que la iglesia es una sola; sólo si entiendes, disciernes el cuerpo de Cristo. Tú no vas a hacer esa pregunta; lo que vas a preguntar es que si tú ya recibiste al Señor Jesús; conversas con esa persona y te das cuenta que es un hermano. Esa es la verdad. ¿Tú de qué iglesia eres? De la misma de tu ciudad, la del Señor, la de ahí donde tú vives; todos los miembros de Cristo que estaban en Jerusalén, eran la iglesia en Jerusalén. En Jerusalén habían miles de hermanos y se reunían en las casas, en

el templo de los judíos, hasta que lo destruyeron en el año setenta; sin embargo, todo Jerusalén era la jurisdicción de una sola iglesia; por las casas se reunía la iglesia en Jerusalén; no era que había iglesias de apóstoles; no era que Felipe tenía una iglesia y Bartolomé tenía otra iglesia, y Pedro tenía otra iglesia, no; San Juan y todos eran la iglesia en Jerusalén, y ellos estaban juntos y unánimes; y aunque se reunían en el templo de los judíos y por las casas, donde se reúnen es lo de menos; puede ser en un estadio, a veces al lado de un río. En Hechos dice que se reunían al lado de un río; a veces Pablo se reunía en una escuela; el lugar es lo de menos; porque hoy en día le llaman iglesia es al salón, al templo. No, en la Biblia el Señor Jesús y el Espíritu Santo por los apóstoles le llaman iglesia a la familia de Dios en ese lugar; la iglesia en Efeso. Quienes son todos los legítimos, los verdaderos hijos de Dios que están en ese pueblo, son la iglesia del Señor, todos. No tienen nombres: que metodista, que cruzada; esas son cosas que los hombres les colocamos y quedamos todos divididos, confundidos; que éste es de la cruzada, que éste es de la legión de María. ¿No es así?

Los hijos de Dios y las hijas de Dios somos cristianos y somos Su iglesia la única, todos una familia de Dios; y Él no quiere que estemos divididos en nuestra localidad. Los de Corinto se querían dividir, y les dice Pablo: ¿Acaso está divido Cristo? Usted es de la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre del Señor; son nuestros hermanos, somos el cuerpo de Cristo. Bien, entonces empieza a enseñarnos que el cuerpo de Cristo es uno solo, lo universal; y por eso cuando aparece en cada localidad es uno solo, es un candelero. Es el principio de jurisdicción; que todos los legítimos hijos de Dios que están aquí en este municipio, son Su iglesia. Los legítimos hijos de Dios debemos estar en comunión; ahora, si alguno de ellos no quiere estar en comunión, es porque no entiende, por ignorancia o por pecado; pero la iglesia de todas maneras sigue siendo una; nos seguimos reuniendo como la iglesia, pero abiertos a todos; pero no a los errores, no a los pecados, no a los sistemas; abiertos a los hermanos para compartir de Cristo, lo que tenemos en común; la iglesia es lo que tenemos en común en Cristo; esa es la iglesia. Tú tienes a Cristo, concuerda con lo que yo tengo de Cristo y sumamos todo lo que nosotros tenemos de Cristo y ahí tenemos el cuerpo de Cristo; no necesitamos ponerle nombre porque en la Biblia el Señor no le puso nombres, los apóstoles no les pusieron nombres, porque el único nombre que se nos ha dado para reunirnos fue el del Señor Jesús; no hay otro nombre en el que podamos ser salvos; en el nombre del Señor Jesús nos reunimos con todos los hermanos, sabiendo que son una misma iglesia, un mismo cuerpo, juntos y unánimes, aunque estemos en muchas casas; porque esta casa no es una

iglesia distinta a la de aquella casa, y aquella casa no es una iglesia distinta a la de aquella otra casa, y no es una iglesia distinta de esta, no; la misma iglesia en las casas, en un estadio, puede ser un salón, en un templo inclusive, pero lo que hace a la iglesia es Cristo y los santos; es una sola iglesia juntos.

Iglesias de una región. Ahora, cuando ustedes ven en la Biblia los nombres de provincias, de distritos, de departamentos, de países, de continentes, ya el Señor utiliza el "plural": las siete iglesias que están en Asia. Asia no es una localidad, Asia es todo un continente; por ejemplo cuando tú lees en la Biblia, Macedonia, dice las iglesias de Macedonia; cuando dice Judea, habla de las iglesias de Judea; cuando dice Siria y Cilicia, las iglesias de Siria y de Cilicia; las iglesias de Asia, las iglesias de los santos. ¿Por qué utiliza el plural? Esto no es simple, hermanos. Esta "s" o falta de "s" es muy importante, porque cuando el Señor, mirando hacia una provincia, dice iglesias, pues el Señor reconoce varias; o sea, cada una es una iglesia completa; no necesita de otra iglesia para ser ella iglesia. Siria es una nación, y Damasco es una ciudad de Siria en donde había una iglesia bíblica. En la Biblia tú no encuentras que otra ciudad reine sobre otra; en cada iglesia son hermanos; la iglesia de Esmirna es un candelero, la iglesia en Efeso es otro candelero, son hermanos; la iglesia en Antioquía es otro, la iglesia de Filipos es otro. ¿Qué quiere decir eso? Como hay comunión entre las iglesias, la jurisdicción es su propio municipio, su propia aldea, su propia población, la otra población es la jurisdicción de otra iglesia; no en el sentido universal sino en el sentido local; es decir, aquí en esta iglesia deciden cómo se van a reunir, cómo oran, cómo van a manejar sus cosas; esa es una decisión de la iglesia. En ese sentido la iglesia tiene su autonomía. Jurisdicción implica que los santos de esa localidad tienen responsabilidad ante el Señor de constituir Su candelero, Su reino, buscar Su rostro, buscar Su voluntad, hacer Su voluntad, dar Su testimonio. Aquí está la casa de Dios abierta para acoger a todos Sus salvos, tener comunión, ayudarnos unos a otros.

QUINTO PRINCIPIO: INSERCIÓN DE LA IGLESIA EN LA COMUNIÓN UNIVERSAL

"Todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos"; pero ahora después de haber visto este principio, tenemos que ver otro con este para no irnos al otro polo, al polo del aislamiento, como si la iglesia por ser iglesia local no tuviera comunión con el resto del cuerpo, como si no fuera el mismo cuerpo con toda la iglesia universal. Es por esto que vamos a ver otro principio, el principio de inserción de la

iglesia de cada localidad en la comunión universal del cuerpo de Cristo. Quiere decir que la iglesia de cada localidad es ella; ella no es una célula aislada, sino que pertenece al cuerpo de Cristo. Cristo también está entre las iglesias; y eso significa que las iglesias locales deben tener comunión entre sí, enriquecerse; es decir, cada iglesia aprende de la otra; hay algo de Cristo, hay algo que el Señor Jesús hace entre los hermanos aquí que otros tienen que aprender, y hay algo que el Señor ha hecho con hermanos en otros lugares, que nosotros tenemos que aprenderlo. Claro, la decisión la tomamos aquí; examinar los temas aquí porque esta es la jurisdicción. Imagínense que hay un gerente de galletas Noel y otro gerente de Colombina, y el gerente de galletas Noel va a dar órdenes en la fábrica de Colombina; eso está fuera de lugar; y lo mismo del gerente de Colombina, no puede dar órdenes en la fábrica de galletas Noel porque cada gerente tiene su jurisdicción.

Ustedes deben hacer respetar su jurisdicción; ustedes pueden ser ayudados por hermanos de todo el mundo, pero la decisión final la deben tomar ustedes como iglesia. Hay muchos reinos acá, pero el de Cristo es la iglesia donde se hace lo que Cristo quiere, Su palabra.

Para ilustrar un poco el principio de inserción de la iglesia local en la comunión universal del cuerpo de Cristo, vamos a ver 1 Tesalonicenses 4:9-10; dice: "9Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros". Le está hablando a la iglesia en Tesalónica; en la iglesia local se aman unos a otros, se cuidan mutuamente, se ayudan; eso es lo normal de la iglesia; nos tenemos que cuidar unos a otros espiritualmente e íntegramente. Pero eso ahora no tiene que quedar allá en Tesalónica; vamos a cerrar las puertas aquí en Tesalónica, no tenemos que ver con nadie más; aquí los únicos cristianos somos nosotros; no, no es así. Claro que Cristo está ahí, nos entregó una jurisdicción, una responsabilidad local, pero también ese candelero local, la iglesia en Tesalónica, hacía lo siguiente: "10Y también (no solo tenía comunión entre vosotros en Tesalónica) y también lo hacéis así con todos los hermanos que están en toda Macedonia". Macedonia no era solamente Tesalónica; Macedonia era toda una región; en aquella época era toda una provincia del Imperio Romano; hoy es un país que se llama Macedonia; entonces la iglesia de esa localidad aunque era de su localidad, tenía comunión, practicaba en la comunión el amor fraternal con las otras iglesias de la región; aunque es de Tesalónica tiene comunión fraternal con los de Macedonia y con las demás de su región. El plan de Dios no es que la iglesia quede aislada de la comunión, sino que haya intercambio, comunión; que unos se visiten con otros, porque al haber comunión hay unidad, hay enriquecimiento mutuo; las riquezas de Cristo fluyen de iglesia a iglesia;

o sea que hay nutrición; la circulación es para la nutrición, la circulación es lo que estos recibieron de Cristo, y se gozan. !Qué maravilla! el Señor nos dio esto y se lo pasamos a los otros y llega a los otros y son alimentados; y lo que ellos recibieron viene para acá y lo de acá va para allá, porque el Señor reparte sus cosas; a algunas iglesias les da alguna cosa, a otra iglesia le deja otra cosa; algunos hermanos descubrieron algo, aprendieron algo, les llegó un material importante, fueron edificados, entonces eso circula en el amor; eso es una circulación de doble vía, va y viene; se llama amor fraternal.

Por eso dice: También lo hacéis así con todos (sin acepción de personas) los hermanos que están por toda Macedonia. (pero uno dice: lo estamos haciendo más o menos así, pero ¿sabe qué?) Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más"; es decir que tenemos que abundar y después todavía más en la comunión entre todas las iglesias; aunque cada iglesia es cada iglesia, y cada iglesia tiene su característica y jurisdicción, su responsabilidad, sin embargo, debe abundar en la comunión inter-eclesiástica, una iglesia con otra; los de aquí visitan a los de allá, los de acá a los de acá; por eso dice "abundéis en ello"; abundar en la comunión de todos los santos. Por una parte, no vamos a ser gobernados por extraños, pero por otra parte vamos a tener comunión con todos.

A veces estos no consideran iglesia a los de allá. No, es que usted no tiene derecho de celebrar la santa cena; sólo cuando nosotros vamos allá; eso es un abuso, porque la iglesia de cada localidad puede celebrar la santa cena, pues su vida eclesiástica normal en su propia localidad es suficiente. Claro que pueden invitar a los otros y los otros vienen; pero los que vienen, vienen con respeto, no vienen a ser señores, sino que vienen a ser hermanos; somos hermanos y claro que podemos ayudarnos, y debemos ayudarnos; sí debemos visitarnos, pero respetamos. Es como cuando yo iba a la casa de Juan Carlos; pues yo sé, yo lo visito a él, él va a mí casa, me visita a mí; pero cuando voy a la casa de él no voy a abrir la nevera, meter la mano, sacar unos huevos y hacer un perico, no; eso ya le toca a Juan Carlos. Hay que tener ese respeto cuando uno entra en jurisdicción ajena. Yo en mi casa puedo cambiar la silla, cambiar eso, poner aquello, en mi casa; pero en casa ajena le toca al otro. Ahora, claro que nos tenemos confianza, nos convidamos y todo, pero siempre hay que tener esa delicadeza donde nos invitan; si quieren que estemos juntos, hasta ahí podemos llegar, pero sí se le fue la mano, le dimos la manos y agarró el codo. Eso está equivocado, ustedes acá son la iglesia en Facatativá y que nadie les meta el codo, y lo mismo ustedes no lo vayan a meter en otro lado, pero debe haber comunión con mutuo respeto; son candeleros hermanos.

LA IGLESIA LOCAL Y LA OBRA REGIONAL

Volvamos a la complementación de este principio de inserción de la iglesia en cada localidad en la comunión universal del cuerpo de Cristo. Ahora, esta comunión de la iglesia de cada localidad con los demás santos de las otras iglesias de la región y del mundo, porque ahora hay internet, antes era en burro, ahora ya hay avión, teléfono, con mucha más razón practiquemos esa comunión. Esto se complementa también con la comunión de la obra. Hay una diferencia entre la iglesia y la obra, y tenemos que entender eso. Esto aparece también en Filipenses 1:1: "Pablo y Timoteo"; éstos eran del equipo de apóstoles, de obreros regionales de la obra; ellos no eran de la iglesia de la localidad de Filipos, ellos eran los apóstoles que habían fundado esa iglesia, pero vivían en otra localidad, porque los obreros no son locales, los apóstoles son extralocales, son itinerantes; entonces existe la obra, que es regional, que es itinerante, que está en manos de los apóstoles con todos sus cooperadores, y está la iglesia en la localidad, que está en manos de un gobierno que la Palabra llama aquí obispos y diáconos. Primero obispos, pero también hay diáconos; pero antes de aparecer obispos y diáconos, aparecen aquí "Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo". Pablo y Timoteo representan aquí la obra. ¿Qué es la obra, y qué diferencia existe entre la obra y la iglesia? Esto es bueno que los hermanos lo entiendan bien, porque además de estar la iglesia de la localidad, con sus respectivos ancianos, obispos, diáconos, existen también obreros, apóstoles con ministerios itinerantes. ¿Cómo es la relación de la iglesia con la obra con este equipo de obreros itinerantes? Esta es la relación: Pablo y Timoteo a la iglesia.

Fíjense en lo que dice aquí en 1 Juan 1:1-4: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, (¿quién está hablando aquí en plural? está hablando San Juan en nombre de la comunión de los apóstoles) lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)". Noten que siempre habla en plural; aunque quien escribe la carta es Juan, no la escribe a nivel individual; Juan es un miembro de la comunión apostólica. El Señor constituyó un grupo de apóstoles para hacer la obra. ¿Cuál es la obra? evangelizar, discipular, fundar las iglesias, instruirlas. El trabajo de la obra involucra el trabajo de los apóstoles y de los obreros colaboradores.

Los ancianos, en cambio, pertenecen a la iglesia local. Cada iglesia local, aunque tiene su autonomía y jurisdicción, es relativa, no absoluta.

¿Por qué no es absoluta? Porque la iglesia de la localidad no es todo el cuerpo de Cristo, y el cuerpo de Cristo está en todo el mundo, y también el Señor instituyó ministerios itinerantes y extralocales. Entonces ¿cuál debe ser la relación de las iglesias de las localidades con el ministerio itinerante apostólico y sus cooperadores? Eso lo dice aquí. Juan está hablando aquí, diciendo: oímos, hemos contemplado, palparon nuestras manos, testificamos, anunciamos; aunque es Juan, no es sólo Juan. Juan era contado con Pedro, contado con Jacobo, contado con Andrés, contado con Bartolomé, contado con Jacobo el de Alfeo; o sea, con todos los apóstoles. Ellos conformaban un equipo, y ese equipo era el que atendía a las iglesias; por eso habla en plural: oímos, hablamos. Dice la Palabra que en Pentecostés se pararon los once, con Pedro, y habló Pedro, pero ellos respaldaron; no era sólo Pedro; aunque en ese momento el que estaba hablando era Pedro, ahí estaban de pie respaldando Andrés, ahí estaba Jacobo, ahí estaba Felipe, ahí estaba Natanael, ahí estaba Juan; o sea, era la comunión apostólica. "Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros (la iglesia, los santos a quienes les escribe esta carta) tengáis comunión con nosotros;" o sea, las iglesias deben tener comunión con los apóstoles, con los equipos de obreros, con los equipos itinerantes. "Tengáis comunión". No es una comunión insensata, ingenuos, no; la iglesia debe probar a los que dicen ser apóstoles; probar, pero si son reconocidos, entonces tened comunión. "Os escribimos esto para que tengáis comunión con nosotros"; es decir, las iglesias locales no deben estar aisladas, sino tener comunión con las demás iglesias y con el equipo apostólico que está trabajando en esa región; no vivir aislados, no. "Tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido". Es decir, para que tengáis más gozo, un gozo más pleno; entonces tengáis comunión; los apóstoles escribían para que tengáis comunión con nosotros; y él habla de nuestra comunión. ¿Qué quiere decir nuestra comunión? Nosotros los apóstoles tenemos comunión con el Padre, tenemos comunión con el Hijo, y por eso queremos que tengan comunión con nosotros, para que también se gocen como nos gozamos nosotros. Las iglesias deben tener comunión con los apóstoles, con los obreros; no sólo con la iglesia sino también con los obreros, porque el Señor instituyó también la obra.

¿Qué es la obra? Vamos a ver qué diferencia hay entre la obra y la iglesia. Hechos 13:1: "Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo". Cuando los hermanos se reúnen, los hermanos

participan, el Señor reparte dones de profecía, de enseñanza; noten que ya la iglesia estaba, ¿cómo se llama? "la iglesia que estaba en Antioquía"; noten que no era iglesia católica, iglesia protestante, iglesia maronita, iglesia jacobita, no; iglesia en Antioquía; lo que tiene nombre no es la iglesia, es Antioquía la que tiene nombre; la iglesia simplemente es del Señor. ¿Dónde estaba? en Antioquía, es una iglesia, la iglesia en Antioquía. ¿Qué había? profetas y maestros.

"Ministrando éstos al Señor, (estos hermanos más responsables y los varones se reunían a orar juntos) y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado". ¿Apartarles de dónde? Pues estaban en la iglesia. ¿Cómo se llamaba? La iglesia en Antioquía. Bueno, ¿qué dijo el Espíritu Santo? Noten, ahí mismo dijo el Espíritu Santo, como dijo Pablo: "apóstol no de hombres, ni por hombres"; directamente el Señor se movió ahí, porque la cabeza es 'El, y el vicario de Cristo es el Espíritu Santo infalible que habló con Su Palabra que está en la Biblia.

"Dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado". Vemos, pues, que la obra es algo diferente de la iglesia. Ellos ya estaban en la iglesia, ellos ya eran la iglesia de Antioquía; eran incluso profetas y ya eran maestros, pero todavía no eran apóstoles; su trabajo todavía era sólo local, y estaban como profetas y maestros ellos ahí en su localidad enseñando, profetizando, cuidando la iglesia, orando, ministrando, ayunando al Señor; pero de pronto dijo el Espíritu Santo: ustedes cinco acá. ¿Por qué el primero Bernabé y Saulo el último? ¡Ah! pero Saulo es el último, no; no, eso no lo dice el hombre; eso lo dice el Espíritu Santo; no, pero es el último. ¿Por qué no Bernabé y Lucio? Bernabé y Saulo; eso lo determinó Dios y no el hombre. Apartadme; por eso Pablo decía: apartado para el evangelio de Dios; separado, no echado de la iglesia. Ahora la iglesia los suelta, los envía para ir a la obra; la obra ya no es local. Estos hombres aquí se llamaban profetas y maestros; a partir de que el Espíritu Santo los envió a hacer la obra son llamados apóstoles; su ministerio es de apóstol. Fíjate que ellos no eran de los doce apóstoles del Cordero, pero eran apóstoles edificadores del cuerpo de Cristo. San Pablo era apóstol.

En Hechos 14:26 dice: "De allí navegaron a Antioquía". Ellos habían estado viajando, habían salido de Antioquía, fueron a Chipre, a Salamina, a Páfos, pasaron a la otra Antioquía, la de Pisidia, ya no la de Siria, fueron a Listra, a Derbe, a Iconio, en el Asia; recorrieron muchas regiones; discipularon a los evangelizados, fundaron las iglesias de esas regiones, las cuidaban, las instruían, les enseñaban; pero no

quedándose ahí, sino visitándolas por orden; como hacía Pedro, que salía a visitar por orden; y nombraban a los ancianos de esas iglesias y luego volvían otra vez a Antioquía; así como Pedro salía de Jerusalén y recorría partes y volvía otra vez a Jerusalén, así Pablo salía de Antioquía con Silvano, con Tito, con Bernabé primero, y volvían otra vez a Antioquía; después otros de Éfeso salían y volvían por toda el Asia. "De allí navegaron a Antioquía, desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido". Allí dice: a la obra a que los he llamado, y luego aquí: la obra que habían cumplido. ¿Cuál es la obra? La que realizaron en los capítulos 13 y 14. Llegaron a una ciudad y evangelizaron, luego pasaban a otra, evangelizaban; pasaban a otra, evangelizaban, luego discipulaban a los evangelizados, luego volvían, les instruían, les enseñaban, ponían en orden las cosas; fueron fundando las iglesias, hasta que quedó una iglesia en Iconio, hasta que quedó otra iglesia en Derbe, y así sucesivamente; ellos no se quedaron de pastores en una localidad; ellos venían aquí y salían de aquí; los dejaban solitos a Dios y a la Palabra; y de ahí se iban a otro lado, porque si iban a quedarse de pastores ahí en Salamina, no hubieran ido a Páfos, no hubieran ido a la otra Antioquía, no hubieran ido a Listra, no hubieran ido a Derbe, no hubieran ido a Iconio.

Ellos iban y volvían, ellos eran los obreros, porque trabajaban en la obra; entonces se dan cuenta que la obra es diferente de la iglesia. ¿Me comprenden? La iglesia es todos los santos en Cristo que están en la localidad; esa es la iglesia; y la obra es aquellos que el Señor envió para fundar otras iglesias donde no había, y a evangelizar otros pueblos; evangelizar, fundar otras iglesias. La obra está en manos de los obreros, y es regional, es itinerante; en cambio la iglesia es local y está en manos de los ancianos; son dos cosas. Una cosa es la iglesia y otra cosa es la obra; la iglesia es local, la obra es itinerante; la iglesia está en manos de los ancianos de la localidad, la obra está en manos de los obreros de la región; pero hay una relación entre la iglesia y la obra. Por eso dice: "os escribimos, os anunciamos, que tengáis comunión con nosotros". "Pablo y Timoteo a los santos que... están en Cristo"; y les dan las instrucciones, ponían en orden las cosas. Ese es el trabajo de la obra, ese es el trabajo de los obreros. Vemos, pues, que la iglesia es local, tiene su autonomía, su jurisdicción, pero no debe estar aislada de las demás iglesias, ni del equipo de los obreros; eso es lo que está establecido en el Nuevo Testamento. Los obreros que fundaron esas iglesias las deben cuidar, las deben instruir; y dice Pablo: "Os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí, y retenéis las instrucciones tal como os las entregué. Las demás cosas las pondré en orden cuando yo fuere" (1 Co. 11:2,34). Tito: "Por esta causa te

dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establezcas ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé" (Ti. 1:5). Ese es el trabajo de la obra; Dios forma equipos. Por ejemplo, Pedro con Juan, con Jacobo y los otros apóstoles eran un equipo que trabajaba entre los de la circuncisión, los judíos; pero luego el Señor levantó otro equipo. ¿Dónde? Allí en Antioquía; mandó a Pablo, a Bernabé, con Tito, con Lucas, con ellos, y ellos eran los obreros de la incircuncisión; o sea de los gentiles; por allá hay otro equipo, Zenas con Apolos y los que estaban con ellos.

El Señor formaba equipos de la obra y esos equipos atendían regiones que unos equipos de obreros, y esos equipos eran enviados por el Señor; eran llamados apóstoles, no de los doce, porque éstos no eran sino doce, sino apóstoles de Efesios 4; allí también se llaman apóstoles. Esto es para que los hermanos comprendan que la iglesia local, primero son Dios les indicaba a cada uno. Bueno, ustedes van a la circuncisión, nosotros vamos a los gentiles; y luego unos hacían esto, los otros hacían aquello. Hay todos los santos que están en Cristo, son cristocéntricos; la palabra definitiva es la del Señor Jesús que está en la Biblia; pero ellos no son los únicos cristianos de la tierra; tienen que tener comunión con las demás iglesias y con los obreros, con los equipos de obreros; pero esa comunión no debe ser una comunión ingenua, sino examinando todo; a ver si los apóstoles en realidad lo son; es decir, no tragando entero, examinando, cuidando y comprobando. Ese es el principio de inserción de la iglesia local en la comunión universal del cuerpo de Cristo en sus dos aspectos: comunión con las demás iglesias y comunión con los obreros, o con los apóstoles o los hermanos que tienen ese mismo ministerio itinerante. "Tengáis comunión con nosotros". A veces ¿qué pasaba? Pablo le tenía que decir a Timoteo: "Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos. A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman" (1 Timoteo 5:19,20). ¿Qué quiere decir eso? Que aquellas iglesias que habían sido fundadas por Pablo junto con Tito, con Timoteo, con Lucas, y después de que ellos habían nombrado ancianos, alguno de esos ancianos pecaba, ¿qué tenía que hacer la iglesia? la iglesia llevaba esas quejas a los obreros que habían fundado esas iglesias; y por eso Pablo le decía a Timoteo: "Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos"; pero si esa acusación es verdadera, y persiste en el pecado, repréndelo; es decir, primero tiene que amonestar a esos ancianos una y dos veces en privado. Pablo dice a Timoteo: no admitas acusación contra ancianos sino con testigos, pero sí esos ancianos persisten en pecar, ¿sabes qué vas a hacer? repréndelos públicamente para que los demás también teman. Entonces había orden en la obra y orden en la iglesia; eso no

lo podían hacer otras personas sino los que habían fundado la iglesia; es decir, Pablo podía hacer eso con Timoteo en las iglesias que ellos fundaron, no en las que fundaron otros; son esos otros los que deben hacerlo. Si por allá Apolos y Zenas fueron y fundaron unas iglesias, ellos son los que tienen que poner orden allá; pero en Jerusalén no le tocaba a Pablo; le tocaba era a Jacobo, a Cefas y a Juan. Allá en Corinto le tocaba a Pablo; era Pablo el que tenía que poner en orden las cosas en Corinto; y a veces Pablo no podía estar solo, entonces dejaba a Timoteo y le decía: Mira, Timoteo, haces la obra del Señor como yo; que no menosprecien tu juventud, ve; esa es la relación de la iglesia de la localidad con las demás iglesias y con la obra; el principio de inserción en la comunión universal del cuerpo de Cristo.

SEXTO PRINCIPIO: GOBIERNO Y SUPERVISIÓN

Volvemos a Filipenses 1:1: "Pablo y Timoteo, (ahí está la obra, tanto el obrero anciano como el más nuevo, como el más joven) siervos de Jesucristo, a todos santos en Cristo Jesús que están en Filipos (ahí está la inclusión y la receptividad) con los obispos y diáconos". Es normal con el tiempo, no cuando nace la iglesia, sino con el tiempo que llega a haber obispos y diáconos en la iglesia. Al principio hay sólo santos, y es en éstos donde se van perfilando los que van a ser los ancianos, que son los mismos obispos. Ese principio de los obispos se llama principio de gobierno y de supervisión en la iglesia de la localidad. Dios quiere que haya gobierno y que haya supervisión. Lo que quiere decir la palabra obispos es supervisores (del gr. epíscopos [επισκόκοιζ]). La iglesia no es que ya nace con ancianos, no; hay un tiempo en que la iglesia funciona sola; los obreros la visitan de vez en cuando, la ayudan, la instruyen, le enseñan, en fin, pero la iglesia sola va funcionando, y en ese funcionar de la iglesia se van perfilando los que el Espíritu Santo ha puesto por ancianos, los que están velando, los que están cuidando que las cosas vayan bien, que no se cuele esto, que no se desvíe esto, que no se desequilibre esto. Ahí van apareciendo entre los hermanos de la misma localidad los que van a ser los ancianos.

Tenemos por ejemplo, Hechos 14:21-23: "Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía". No se quedaron ahí todo el tiempo; iban trabajando, pero se iban a otra parte a trabajar, y después volvían. "Volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios". Vemos que los discípulos se quedaban

solitos y funcionaban solitos; los ayudaban un rato y se iban, porque había muchos otros lugares donde ir. Hay que trabajar en todas partes, entonces los que se quedaban trabajaban. ¿Y qué más hacían además de volver a animarlos, consolarlos, confirmarlos? "Y constituyeron ancianos (la palabra anciano en castellano, es presbítero en griego; fíjese en la pluralidad) en cada iglesia". Cada iglesia tenía varios ancianos; por eso en Filipos dice obispos, en plural. Vamos a ver que en la Biblia los obispos son los mismos ancianos; claro, estos ancianos son para la iglesia que está sin ancianos; estaban preparando discípulos; los discípulos estaban allí, y ellos iban y volvían; todavía no había ancianos. Hoy en día, algunos lo hacen de distinta manera; pero esta es la manera como el Espíritu Santo dice en la Biblia. Cuando volvían después, entonces el Espíritu Santo ya les mostraba entre ellos quiénes eran los que iban a ser ancianos. "Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído". Primero hay obreros, luego los obreros hacen la obra y evangelizan; luego esos evangelizados son discipulados, son visitados, son confirmados, y luego entre ellos mismos va a haber un tiempo, entre ellos mismos; no otros, sino de los mismos de ellos van a surgir los ancianos; que son los que van a cuidar la iglesia, son los que el Espíritu Santo les pone carga de cuidar a los hermanos, que las cosas estén haciéndose bien. A esas personas se les constituye después en ancianos; los ancianos no son importados; los obreros sí; los obreros no se quedan; los obreros sólo visitan; pero los ancianos surgen del mismo pueblo, son del mismo pueblo. De la misma iglesia surgen los ancianos. En Tito 1:5 dice: "Por esta causa te dejé en Creta, (Pablo, que era un apóstol más anciano, le dice a Tito, el otro compañero más joven, su cooperador. Creta era una isla que tenía varias ciudades que habían evangelizado Pablo y Tito, pero luego tuvo que irse Pablo a otra parte, pero le dejó a Tito, y ¿qué hizo Tito? ¿para qué lo dejó?) para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé".

Los ancianos de la iglesia local. Noten la jurisdicción de los ancianos, que es como la de la iglesia, la ciudad. Pablo le mandó a Tito que se quedara en Creta. ¿Qué tenía que hacer en Creta? Que corrigiera lo deficiente; tenía que ver lo deficiente y corregirlo poco a poco; ¿y luego qué? nombrar ancianos. ¿En dónde? en la ciudad; en cada ciudad hay un grupo de ancianos. ¿Cómo empieza la iglesia? Primero se convierten, luego se discipulan, se forma la iglesia, y después algunos llegan a ser ancianos, por la constitución de los obreros de la región que fundaron esas iglesias. Ahora, aquí ya estábamos viendo que son varios los ancianos en cada ciudad, que la ciudad es la jurisdicción de la iglesia y de los ancianos, que los obreros que evangelizaron y

fundaron esas iglesias son los que deben nombrar los ancianos. Ahora vamos a ver qué trabajo hacían estos ancianos. Hay muchos versículos.

Los ancianos deben apacentar la grey de Dios. Apacentar es calmar; porque a veces hay problemas, se alborotan las cosas. Tranquilo, hermano, todo normal, vamos a poner todo en orden; y ellos son los que ponen la iniciativa, se apersonan, cuidan la iglesia. Veamos un ejemplo de cómo se van formando los ancianos; porque aquí también tiene que haber ancianos. Vamos a 1 Tesalonicenses 5:12. Miren cómo surgen los ancianos de una iglesia nueva, Tesalónica. "Os rogamos, hermanos". Pablo le ruega a la iglesia, y no sólo Pablo sino también Silvano y Timoteo, que son los que escriben esta carta. Los obreros Pablo, Silvano y Timoteo, les ruegan a los hermanos de la iglesia en Tesalónica. "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros". Así es que nacen los ancianos. La iglesia de los tesalonicenses era una iglesia nueva; tres meses no más tenía esta iglesia, pero ya dentro de esos tres meses había algunos que amaban al Señor, que amaban la iglesia y que se ocupaban de cuidarla. "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros". Algunos no trabajan; ustedes son los que saben quiénes trabajan entre ustedes. Vamos aquí a nombrar a este, lo vamos a llamar reverendo padre, pero él no trabaja; entonces ¿cómo va a ser anciano? Primero dice a la iglesia que reconozcan a los que trabajan entre ellos, y ¿qué más? "y os presiden"; noten la pluralidad: os presiden; a veces será el uno, a veces será el otro, a veces los dos juntos o los tres presiden, inician; son los que convocan, los que reúnen. Eso es un trabajo que el Espíritu Santo está dando a los hermanos; esos van a ser los ancianos, esos van a ser los reconocidos, los que trabajan. No es dar títulos, y la persona no hace nada, no; son los que están cuidando a los hermanos, que van y los visitan. Hermanos, reunámonos hoy; hermanos, ¿cómo vamos a hacer esto? ¿cómo vamos a hacer en esta y esta situación? Esos son los que aman, esos son los que presiden y trabajan; entonces Pablo le dice a la iglesia: Os ruego, hermanos. Miren que San Pablo no está hablando de una manera dogmática; se hace así, o si no le mando aquí el ejército y la guardia suiza, no; nada de eso. "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Eso es; ¿se dan cuenta de ese ambiente tan lindo, tan espontáneo, nada legalista?

"Enviado, pues, desde Mileto a Efeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia" (Hch. 20:17-19, 26-28). ¿De cuál iglesia? pues de la iglesia de Éfeso; la iglesia de Éfeso tenía ancianos; entonces Pablo llamó a esos

ancianos porque ya no iba a volver a estar por ahí, y quería encargarles a ellos cómo llevar las cosas adelante. "Cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia". Miren que Pablo no se quedaba en Éfeso ni en Mileto; pero los ancianos sí se quedaban en Éfeso, en su iglesia local. "Sirviendo al Señor con mucha humildad, y muchas lágrimas"; y sigue hablando, y llega al verso 26: "Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido a anunciaros todo el consejo de Dios". ¿Por qué dice: estoy limpio de la sangre? porque Dios había dicho: cuando ponga un atalaya, y el atalaya ve venir la espada, pero no avisa, se quedó callado, Yo voy a demandar la sangre de mano del atalaya, porque vio venir la espada y no avisó al pueblo, y vino la espada y dañó al pueblo; pero si él avisa y el pueblo no se apercibe, ya ha librado el alma el atalaya, pues advirtió y la gente no puso atención, rechazó, criticó; eso ya fue problema del pueblo. El atalaya limpió sus manos de la sangre; pero si el atalaya ve la cosa y se queda callado, entonces la sangre del pueblo está en manos del atalaya; pero si el atalaya es guarda de las puertas y avisa y dice: miren, aquí hay un asunto, ahora el atalaya limpió las manos de la sangre, porque habló.

Pablo dice: os protesto que estoy limpio de la sangre, porque no he rehuido anunciaros, no me quedé callado, dije las cosas; ahora son ustedes los responsables; antes yo tenía que decirlas; ya una vez dichas ahora les toca a ustedes. Luego continúa: "Por tanto, mirad por vosotros, (¿quiénes son esos vosotros? los ancianos de la iglesia en Éfeso) y por todo el rebaño en que le Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor". ¿A quiénes está llamando obispos aquí Pablo? A los ancianos de la iglesia en Éfeso. ¿Se dan cuenta? En eso vemos que los ancianos son los mismos obispos; cuando se dice ancianos es porque son los hermanos más maduros del lugar, los más responsables; pero obispos es la palabra griega epíscopos. "Epi" es la raíz griega que quiere decir super; por ejemplo la epidermis es la parte superior de la de la piel. "Scopo" quiere decir mirar; por ejemplo telescopio, microscopio; aquí es epíscopos, entonces epíscopo quiere decir supervisor o sobreveedor; o sea que los ancianos son llamados supervisores o sobreveedores de la iglesia de su ciudad. Por eso Pablo dice: "a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos"; o sea con los supervisores o los ancianos; esos son los mismo pastores de primera de Pedro; Pedro les llama pastores y también Pablo les llama a los ancianos, obispos; o sea, obispos, pastores, presbíteros, ancianos, son las mismas personas; son aquellos maduros de la iglesia, que cuidan a la iglesia; y que empiezan trabajando y presidiendo entre los hermanos, y los apóstoles piden que sean reconocidos.

Ahora, dice Pablo a Timoteo así en 1 Timoteo 5:17-20: "Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar. Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos. A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman". Pablo es de la obra, y Timoteo, es su cooperador joven en la obra, y hace también la obra del Señor; así como él está poniendo en orden el asunto de los ancianos en las iglesias. ¿Qué dice aquí? "Los ancianos que gobiernan bien", o sea que los ancianos gobiernan la iglesia. Gobiernan quiere decir que son los que dan la palabra de autoridad; no que se van a enseñorear, no. ¿Qué le dice Pedro a los ancianos? Que apacienten la iglesia no con señorío, ni por ganancia deshonesta. Pero ¿qué dice Pablo? Que los ancianos gobiernan, que algunos trabajan en predicar y enseñar; y ¿qué debe hacer Timoteo? que estos hermanos ayuden a los que se dedican en la predicación, en la enseñanza; entonces deben ser ayudados por la iglesia, tenidos por dignos de doble honor, porque digno es el obrero de su salario. Los ancianos lo deben hacer voluntariamente, no por ganancia deshonesta; pero la iglesia debe aprender a apoyar a los hermanos que trabajan para que puedan dedicarse a la obra del Señor. Eso lo tienen que hacer los ancianos; algunos predican, apacientan, gobiernan, enseñan, cuidan las ovejas. ¿Saben qué tienen que hacer los ancianos a veces? Allí en Hechos 11 llegaron los hermanos de Macedonia y enviaron unas ofrendas, unos donativos para los pobres de Jerusalén. ¿Qué hay que hacer con donativos que lleguen a la iglesia? Los hermanos encargados de la obra llegan y junto con los ancianos del lugar que conocen bien quiénes son los hermanos más necesitados, los más pobres, la situación real, entregan esos donativos por manos de los ancianos; los ancianos son los que saben dónde está faltando algo. Aquí falta ropa, algunos hermanos están sin trabajo, entonces los ancianos van y proveen; o sea, por manos de los ancianos. Los ancianos administran, ellos gobiernan la iglesia, ellos dicen vamos a repartir esto: tanto para allá; eso le toca a los ancianos, reunir, cómo vamos a hacer para repartir este mercadito, esta ropa que nos llegó, estos libros, esta cosa; bueno, los hermanos más necesitados son tales, tales y tales; entonces ellos asumen esa responsabilidad. Por eso junto con los ancianos, los diáconos; por eso decía: "con los obispos y diáconos". Los diáconos son los encargados de las cosas materiales de la iglesia, porque los santos de la iglesia no son solamente espíritus gloriosos, son cuerpos que a veces tienen frío, a veces tienen hambre, a veces están sin trabajo, a veces están enfermos; entonces la iglesia tiene que cuidar de los hermanos huérfanos, de las viudas, de los hermanos necesitados, de los pobres. Ahí terminamos la reunión haciendo un fondito y ese

fondito ahí se va guardando, y de pronto un hermano se quedó sin trabajo, que fue a parar a una clínica y necesita una ayuda; ya no nos agarra por sorpresa; ya hay un fondito, ya le ayudamos con algo.

SÉPTIMO PRINCIPIO: SERVICIO

Pablo le decía a la iglesia en Corinto con respecto a la ofrenda para los santos; noten, no es que tienen que darme el diezmo a mí (el pastor), no; ofrenda para los santos, para los mismos santos pobres. "En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. (¿Cómo es esa manera?) Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo. Y cuando haya llegado, a quienes hubiereis designado por carta, a éstos enviaré para que lleven vuestro donativo a Jerusalén" (1 Co. 16:1-3). La iglesia escoge por lo menos dos; por eso dice: "a quienes hubiereis designado por carta", mínimo dos. ¿Quién los designa? La iglesia; a quienes vosotros, la iglesia. ¿Quién escogió a los diáconos en Jerusalén? La iglesia escogió los siete varones para cuidar las mesas. La iglesia escoge a los diáconos; no son primero diáconos; primero los ponen a prueba; son como subdiáconos, y cuando hayan pasado la prueba, entonces sí. Dice Pablo a los corintios que esas personas asignadas se les encargue de administrar ese fondo. Los diáconos ministran lo material. Hay que servir las mesas; ¿quiénes sirven las mesas? los diáconos, pues son hermanos que sirven; están poniendo todo en orden, esos son los diáconos; no son hermanos que están sacando el cuerpo, sino que están allí donde hay que poner el hombro; hay que hacer esto, hay que cargar este bulto de papa acá, hay que lavar esto, hay que poner esto en su sitio, hermanos. Son hermanos que están sirviendo, cooperando. Entonces a esas personas se les ponen a prueba, se les encarga, y bajo el gobierno de los ancianos u obispos, que son los mismos pastores, los diáconos se encargan de dirigir el aspecto material. Principio de servicio. No se olviden que diaconía quiere decir servicio; supervisor es epíscopo, obispos. En la iglesia debe haber gobierno y supervisión, pero la iglesia también tiene que tener servicio; por eso dice "el que sirve"; el servir entre los santos. Tenemos que servirnos, sí, servir las cosas materiales; a veces hay que hacer una comida, hay que ir a comprar, hay que conseguir los buses, hay que hacer esto; los diáconos son los primeros que están allí; los primeros que están cuidando las necesidades materiales de los pobres, de la viudas de la iglesia. "Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos". Esa

es una iglesia bíblica normal. La iglesia está tras de Cristo, en Cristo, para Cristo; que instruya todo lo de Cristo a todos los santos, pero santa, sin mezclarse con pecados, con errores, con sistemas, porque a la vez tiene su gobierno y su supervisión, que son los ancianos, los obispos, que prestan su servicio; hay unos diáconos, hay unos fondos y también están en comunión con las demás iglesias, y también con los obreros de la región. Esa es una iglesia bíblica normal. Ahora esto está en vuestras manos. Ahora, cuando vemos hermanos que de corazón limpio invocan al Señor, con ellos seguimos la fe, el amor, la justicia. Nosotros los queremos a todos, pero no vamos a meter dentro el pecado, el error, no; primero los principios bíblicos, no cerrados, ni tampoco así sin cuidado, no; dos cosas, inclusivos, pero santos. Todos los hermanos trabajando pero aceptando que hay supervisión, locales, autónomos, pero no aislados, en comunión con todos en el cuerpo de Cristo, tanto con las iglesias como con los obreros. Esa es la normalidad de una iglesia bíblica. Sed normales.